

LOS CIEN PILARES DEL CIELO

LA ALTA EDAD HEREDITARIA

EL REINO DEL MOZÁRABE

NOVELA

BY

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

LEÓN, AÑO DE 2017

LOS CIEN PILARES DEL CIELO

LA ALTA EDAD HEREDITARIA

EL REINO DEL MOZÁRABE

DE

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

LEÓN, AÑO DE 2017

D.L.: LE-82-2018

LOS CIEN PILARES DEL CIELO

LA ALTA EDAD HEREDITARIA

DE

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

EL REINO DEL MOZÁRABE

NOVELA DEDICADA A MI ESPOSA JULIANA SALAS
GUTIÉRREZ. Y PARA MIS HIJAS: CRISTINA ESCUDERO SALAS. Y
LAURA ESCUDERO SALAS.

LOS CIEN PILARES DEL CIELO

EL REINO DEL MOZÁRABE

PRIMER TOMO:

1ª Parte: Tiempo “DEL SOL ABIERTO”

2ª Parte: Tiempo: “DE LA FUENTE DEL MOZÁRABE”.

3ª Parte: Tiempo “DEL VALLE DEL SILENCIO”

4ª Parte: Tiempo: “DEL REGRESO A ESCALADA”

5ª Parte: Tiempo: EL MANUSCRITO DE TÁBARA.

ÍNDICE COMPLETO AL FINAL

NOVELA EN SETENTA Y CUATRO CAPÍTULOS

“LOS CIEN PILARES DEL CIELO”

EL REINO DEL MOZÁRABE

TOMO PRIMERO

VIDA EN ALDEAS, VILLAS, CIUDADES, MONASTERIOS, PALACIOS,
CASTILLOS, EN CENOBIOS E IGLESIAS.

CUENTOS, NARRACIONES Y RELATOS DE GENTES Y ALDEANOS, DE
CLÉRIGOS Y MONJAS. DE REYES Y CALIFAS, O JUGLARES Y POETAS
EN LA PRIMERA EDAD MEDIEVAL.

DEDICADA A LOS PROFESORES DE LITERATURA DE LA EDAD MEDIA,
DE HISTORIA MEDIEVAL Y DE HISTORIA DEL ARTE DEL MEDIEVO, DE
LA UNIVERSIDAD DE LEÓN.

By

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

LEÓN, AÑO DE 2017

PRIMERA PARTE

:

TIEMPO “DEL SOL ABIERTO”

CAPÍTULO PRIMERO

EN BUSCA DEL MONASTERIO.

EL TIEMPO ERA FRÍO Y DE INVIERNO. Las lluvias de diciembre inundaban campos, valles y riberas de los ríos. Las gentes estaban inmersas en la incertidumbre de un futuro plagado de supersticiones, confusos presagios o tristes y sombrías elucubraciones.

Tomasillo, con sus 12 años de edad, bajó airoso del viejo y ajado carromato y caminó unos metros por el camino lleno de piedrecillas, barro pastoso y charcos con agua sucia.

Seguía a su padre, *Benito*, como una oveja sigue al carnero del gran rebaño en la inmensidad de unos campos sin dueños ni sembrados, todo virgen, solitario, solo con el tintineo de una lluvia continua, con los salientes e irregulares arbustos de las laderas pisándoles los talones como finas y escuálidas, o deformes plantas, a veces muy rizadas que se metían por sus pies medio desnudos, y les aguijonaban la piel desnuda y sucia como si fueran moscas comunes o piconeras, o mosquitos infestos de los pantanos.

El cielo estaba tan gris y sucio como sus cuerpos que llevaban expuestos a las inclemencias del mal tiempo varios días, infestados de lúgubres presagios, y de un sinfín de trajines y de ingrata caminata hacia no se sabe que destino.

- ¡Padre!, ¿cuándo llegamos al monasterio de los monjes franciscanos?
- ¡Hijo, cuántas veces te tengo que decir que de frailes de San Francisco no! Por aquí, por estos lares, solo encontraremos monjes de San Benito. Y eso si no se han marchado de estos fríos e inhóspitos lugares.
- Pero, no decía “vuesa paternidad” que pronto encontraríamos una iglesia, un refugio o un monasterio que acogiese a Madre para poder dar a luz a mi nuevo hermano?
- ¡Sí, hijo, eso dije, es verdad! Pero, debo haberme equivocado con el número de millas o mojones de distancias.
- Entonces – dijo el muchacho llevándose sus manos sucias y de barro seco a sus cabellos negros y marrones por las suciedades del hostil trayecto – ¡Madre no va a poder descansar ni un momento!
- Cuando cruzábamos aquel alto del camino creí ver un negro humo saliendo de una alta chimenea y dispersándose entre los campos anexos al lugar.
- Yo tengo hambre, sed y me estoy meando –dijo el muchacho.
- ¡Por *San Benito*!, que así también me puso de nombre mi padre, creo que un fraile del convento de san Ambrosio, allá en tierras gallegas. Mear puedes hacerlo en esa seba, beber agua pudiste hacerlo antes al pasar aquel arroyuelo, y

- comer, bueno comer, solo nos queda unos mendrugos de pan. Y tu madre Andrea, lo necesita más que nosotros. ¿No lo crees así, hijo?
- Sí padre, pero mi barriga no sabe esperar, y lo único que sabe es cantar en esos fondos locos de mi estómago. Si pudiese engañar al hambre ya hubiera sido monaguillo. Pero aún nunca pude practicar las oraciones de buen cristiano, a pesar de que tú eres un buen albañil. Un artesano de edificios sacros, o como lo llama vuesa paternidad, de iglesias y conventos religiosos o cristianos.
 - Mi profesión es de picapedrero, bueno algo más importante al día de hoy, un cantero. Empecé por eso otro de rascar piedras para darlas formas más perfectas, pero al día de hoy quiero llegar a ser un artesano de la escultura, esa que se hace para tallar relieves, bloques de almohadilla o sillares, y cimacios o capiteles si quieres ir más lejos, o bien los canecillos de los tejados, más rústicos y elementales, pero que dan para más fantasía y erotismo.
 - Fantasía sí entiendo, padre, pero lo de erotismo a mis doce años no lo entiendo. ¡Ah!, pero, ¿no dice Ud. que los mejores son los artesanos de la Transmiera del norte?
 - Bueno, *Tomasillo*, ya te he dicho muchas veces que no me hagas caso siempre. Las palabras suelen cambiar de dirección cuando quien las pronuncia es un analfabeto.
 - Tú, padre, no eres un analfabeto, que eso si sé lo que es, pues yo entre tanto trasiego y trashumancia, he podido aprender a leer y a hacer garabatos, en los lapsus de su trabajo y tareas en iglesias y ermitas, y algún capellán o sacerdote me ha enseñado a leer pues dicen que seré buen cristiano si sé comprender las doctrinas de *Jesús*.
 - Este mundo está lleno de trabajos eventuales, transitorios y mal pagados. Con que tengamos para comer es lo suficiente. Tú, *Tomasillo*, de mayor serás un sacerdote o un cura de bien. Que esos por lo menos si saben leer, y comer bien.
 - Padre, - mirando a lo lejos del camino - ¿es ese el monasterio que buscamos?
 - ¿Qué monasterio que buscamos es...?
 - ¡Pardiez! Que tiene razón el muchachillo, que camina hacia los doce abriles, la gente a esa edad ya se considera adulta. ¡Pardiez!, es verdad, eso que vemos como en niebla mañanera es un convento de frailes, o una maltrecha posada de camino o un ruinoso castillo.

Ese día, un intemporal día del mes de diciembre, cuando el solsticio de invierno llegaba a su máxima longitud pues las noches eran de las más largas del año, y el día los más cortos en extensión de una jornada, y allí iba un ajado carromato, como si de un destartalado mueble se tratase recorría un enigmático camino, mitad de peregrinación, mitad de ruta de la plata, pues ellos venían desde el sur e iban hacia el norte, hacia el *Camino de Santiago*.

Las ruedas casi rotas de aquella carrucha, molida y destartalada, como un carro de feria, por tanto darse de piedras y de bruces por las sendas de las tierras de *León*, ruedas chillonas y alarmantes, como cuchillas de hierro imponiendo sus afiladas resonancias a todos los viajeros que pasasen a través de las riberas de ríos o cunetas del camino. Todo ello iba tambaleante como un ave sin rumbo que busca comida por los anchos campos de la meseta desde un cielo gris y triste. Y la carreta iba avanzando entre una lentitud silenciosa, y a veces con una prisa de diablo venidero, en un maltrecho carromato con un toldo carcomido por el tiempo, y roto con determinados harapos, que desplegaban al viento una sensación de ruina y calambre

nervioso, en un ambiente medio tenebroso para parecer lleno de un tétrico velamen, izado como vela al viento marino.

Allí los sentimientos iban y venían al compás de una mísera y húmeda existencia, llena de melancólicas canciones que iban y venían a ninguna parte, de sensaciones diversas que iban a averiguar cómo es la vida, y una triste y melancólica emoción donde el propio camino era una parca vía que así avanza hacia una desconocida salida, sin jugarse el destino, que es la vida. Vida por salida, camino por destino, vivir entre morir.

Cuando su caballo “*Lucero*”, un equino rebelde y de tiro, que de cuando en cuando daba un inesperado arreón al carro para suplir los baches u salvar las honduras de la vía, dando pie a lo que decía el refrán popular, que dice: “Tropezar y no caer es avanzar camino”.

“*Lucero*” era un caballo sin marca ni emblema, solo un penco lleno de sentido orgulloso por la supervivencia, y de innata modestia, tan humilde como sus amos, tan sencillo y vital como sus patronos, tan hambrientos como sus dueños.

- ¡So..., so..., so...! Profirió *Benito* a “grito pelado”, y luciendo “pelo en pecho”, dando graves órdenes de parar al caballo, para dar a conocer a sus servidores quien mandaba allí sobre ellos: primero haciéndoselo sentir al pobre y molido alazán por tanto relincho inútil, en aquel casi infructuoso viaje sin ver recompensa de paja y cebada, atado y pujando a su carromato día tras día, en segundo lugar a su hijo *Tomasillo*, que inquieto ya despuntaba bríos de mando, y luego a su esposa, la simpar *Andrea*, que llevaba en su vientre una criatura a punto de nacer, (eso era lo que ella suponía) de la cual nadie, ni ella misma, sabía sexo, es decir el género, ni cuántos seres iban a tener que traer al mundo, a este incierto y oscuro mundo, tras el parto que se avecinaba.

CAPÍTULO SEGUNDO

HACE UNOS AÑOS ANTES. MONASTERIO DE MORERUELA DE TÁBARA, CERCA DEL RÍO ESLA.

TOMASILLO CONTABA por aquel entonces todavía con nueve años, mientras su padre, Benito Andrade de 39 años trabajaba en la reconstrucción de las primeras edificaciones del que luego sería el *Monasterio de Moreruela de Tábara, al norte del río Duero*, bajo la advocación de Santiago, y con el paso del tiempo sería bajo la de Santa María, cuando los monjes del Cister tuvieran a hacer, e hicieran de él un fervoroso y esplendoroso convento, un ejemplar monasterio con dedicación benedictina, en un lugar solitario, en medio del campo, con abundante vegetación en sus alrededores.

Los monjes en aquellos tiempos eran unos hombres ejemplares, buenos cristianos, gentes honestas y honradas. Sus vidas transcurrían con la parsimoniosa monotonía de aquellos años, sencillez y humilde generosidad, sosiego y paz interior de aquel tiempo, allá por los comienzos del siglo X, reinando *Alfonso III en el Reino de León*, hacia el año 907, en un monasterio que se edificaba con los restos de un anterior ruinoso y abandonado tras las “razzias” de los moros de al-Andalus.

Un cenobio construido ahora con lenta pero parsimoniosa laboriosidad, con una sincera serenidad, y elocuente tarea del ora y labora, y se manifestaba en aquellas lejanas épocas, tan distintas en todo a las de ahora, en este llamado siglo XXI, cuando anteriormente estaban llenos de mentalización sacra, con una espiritualidad plena de silencios confraternales, llena de disciplina y de obediencia, de trabajo común y vocacional, un mundo distinto en pensar y orar, austero en economía y en bienestar, diferente en cuestiones religiosas, diverso en pensamientos y en actitudes ante la vida.

En aquellos lejanos y olvidados años, se iba levantando un monasterio especial, y se construía a pocas millas o leguas del *río Astura*, que luego llamaron *Esla*, en el lugar mencionado como el guardián del cielo, una especie de paraíso o vergel lleno de árboles, vegetación fecunda y agua corriente con aceñas que daban al río, donde poder moler trigo en esos molinos llenos de vida y de frescor.

Pero allí, en la construcción de ese primitivo cenobio, mandado rehacer y reedificar por *el rey Alfonso III*, en una zona conocida por muchos como “*Tábara*”, ahora con unas estancias y habitáculos nuevos, especiales, entre las celdas de los frailes y los feraces jardines, huertas y prados anexos, junto a los patios, paseos y claustro para oraciones y meditaciones. Un pequeño monasterio cuyo escritorio, este de *Tábara*, crecería y adquiriría con el paso del tiempo fama, renombre y esplendor, con copistas, calígrafos, miniaturistas y monjes realizadores de códices, biblias y beatos, llenos de calidades artísticas, de buen

hacer en pliegos y pergaminos iluminados, con pinturas deslumbrantes y majestuosas, entre escrituras del tipo visigótico, y luego, carolina-gótica. Un sitio especial y seguro, lejos de vías y caminos de paso para repoblaciones, o rutas de *razzias* de leoneses y de cordobeses, que harían de aquel lugar especial un sitio único y tranquilo, exuberante de vegetación, fértil en frutos y hortalizas, y que comenzaba a ser uno de los más monasterios o cenobios más importantes del mundo occidental, en aquellas olvidadas y oscuras épocas altomedievales.

Benito Andrade salió tan de mañana para el trabajo de construir un incipiente cenobio, con los primeros rayos de sol de abril, y con los altivos y alborotadores cantos de los gallos, que en los corrales anejos del comenzado convento, sonaban y se expandían los sonidos por las celdas de los monjes después de rezar sus oraciones matutinas, y entre las chozas o cobertizos de los pocos aldeanos que habitaban por entonces el lugar entre religioso y pastoril, como si los antiguos escritores o poetas latinos como *Ovidio*, *Horacio* o *Séneca*, con sus idílicas odas u églogas buscasen una realidad natural y auténtica o mimética naturaleza por aquellos lares.

Allí habitando unas viejas casuchas que hacían poco tiempo fueron hechas de rojo barro tostado al sol con paja amarilla y agua clara de los arroyos cercanos, casi como viviendas de ermitaños perdidos en los montes. Allí vivían el honrado *Benito*, en compañía de su esposa *Andrea Garnache*, oriunda de la marca de Portugal, con sus 28 *abriles*, con su hijo Tomás, un muchacho despierto y juguetón, y muy tenaz y constante sobre todo en cuestiones que atañían a los servicios religiosos de los monjes, actuando como un ferviente monaguillo en misas y actos religiosos de la comunidad religiosa que allí se iba aposentando después de la primera venida de unos doce monjes procedentes del sur de Francia, pertenecientes a la comunidad de *san Benito de Nursia*, para instalarse allí en aquellos pagos desiertos de gentes, y muy diferentes de las poblaciones o comunidades que serían y habitarían en los siglos posteriores.

Entonces no había villas ni ciudades, ni cercanas ni lejanas aldeas. Las pequeñas y míseras casas las poblaban gentes como el bueno de *Benito Andrade*, quien iba y venía de un lugar de trabajo a otro para poder subsistir y comer cada día algo caliente y algo fresco y natural de las huertas de la zona.

¿Quiénes trabajaban allí en aquel lugar y en aquella lejana época, a comienzos de la primera década del siglo X, hacia los años de construcción de lo que luego pasaría a ser de un primitivo cenobio a un gran monasterio como el de *Tábara*, cerca de ciudades que luego serían famosas como *Toro* y *Zamora*, regadas por el gran río *Duero* de la meseta al sur de los valles y cumbres cántabras, donde una vez *Pelayo* y los suyos defendieron la región del norte de las huestes árabes que invadieron *España* hacia el 711 desde *África*?

CAPITULO TERCERO

EN LOS CONFINES DE MORERUELA

AQUEL LUGAR DE *MORERUELA DE TÁBARA*, a orillas del cercano *río Esla*, serviría de comienzo a lo que luego sería, con el paso de los años, un espléndido y acogedor monasterio cisterciense, una abadía en aquel momento aún en ciernes para un gran convento de monjes donde además del “ora et labora” se caligrafiarían e iluminarían bellas piezas miniadas de *Beatos*, *Códices* y *Biblias*, tan hermosas y majestuosas como las realizadas por el supremo monje *Magius*, o bien como algunos de los bellos marfiles orientales, las copas y vasos sagrados de oro y plata, o las hermosas esculturas donde se esculpían imágenes casi perfectas y muy artísticas, en magníficas tallas con sorprendentes pantócratores, donde la imaginación de abades y los fantasiosos diseños de artistas alumbraban e ilustraban a los fieles o peregrinos hacia la consecución salvadora de sus almas, en un Juicio Final que les llevara al adorado y alegre Paraíso lleno de virtudes, mieles, frutos y manjares deliciosos, paz y sanos y eternos descansos.

Donde, por otro lado, los castigos y penurias fuesen no solo para los reservados a pecadores y viciosos de este mundo, sino también a malignos hombres pecaminosos y corrompidos, con calderas hirviendo con aguas o aceites infernales, con demonios sacando ojos de sus órbitas a los réprobos, con diablos persiguiendo a mujeres por sus impurezas y veleidades, o como mil esclavos colgados desnudos y al revés por sus pies, con furia y violencia, o bien atados por sucios cabellos lacios o largas orejas putrefactas a la soga de las paredes inmundas y avejentadas.

Pero eso eran otras cosas, unas benignas y gratas para los premiados con la cercanía de Dios, por ser fieles cristianos, buenos hombres llenos de virtudes y bondades, y las otras para dejar los defectos y vicios, los vicios y maldades, para los que van al infierno de cabeza y sin piedad para sus malvados actos, por su actitud nefasta y horrible.

Los frailes y gentes eclesiásticas siempre recordaban estas cosas a los fieles y peregrinos, que veían al frecuentar en los pórticos de las iglesias, o en las paredes tan pintadas al fresco de sus interiores, dejaban su impronta en las fachadas de catedrales, colegiatas y conventos para sanarse de males mayores, de los descarados males del pecado, y hacían rezos y profecías sobre las alabanzas de las virtudes y sacrificios de los bienaventurados. Y para ello, como muchos eran analfabetos. Se les exponían en pinturas de iglesias y en tallas de

piedra y relieves todas las bondades y clemencias de los beatos y los misericordiosos santos y mártires. Y allí se enseñaban también toda la parafernalia que había en el terrorífico y cruel infierno, con todas las maldades y fechorías de algunos pecaminosos humanos, para expresar como en una verdadera Biblia de pergamino lo que los monjes llamaban sencillamente “el bien y el mal”, la verdad y mentira, mostrando a los sacrílegos y representando la maldad y la avaricia, la lujuria o las ambiciones de los hombres, en una especie humana indigna y desgraciada como al anterior al diluvio universal de Noé, auténtico ejemplo para unos y para otros. Meditado e inquieto porvenir para los seres humanos.

También *Benito Andrade* sabía por propia experiencia que había dos Españas, pues cuando estuvo de joven en *Córdoba* contempló que el Islam y el Cristianismo a veces convivían en paz, pero otras veces, salía a relucir el radicalismo y la opresión de unos y otros, infringiendo dolor, sufrimientos y persecuciones a piadosas y pobres gentes, utilizando satánicas malicias, desconfianzas o envidias, marginando unos a otros, odiándose en religiones distintas, con manifiesta controversia y polémica, con un soberbio y arrogante fundamentalismo, sobre quien era más bueno o más malo, implorando los designios de *Alá* de los árabes, o el mensaje evangélico del **Dios** cristiano.

El fatídico, triste y anunciado año mil de nuestra era, estaba a la vuelta de ese siglo, y las luchas fratricidas entre árabes hispano musulmanes y cristianos del norte de Ibérica resurgían por doquier. Mas las intestinas peleas entre cristianos también desgajarían la piel de vidas, haciendas y territorios.

Todavía estaban presentes los visigodos que habían entrado por los Pirineos después de la desmembración del *Imperio Romano*, y las huestes de *Tarik* y *Muza* que se habían adentrado en los confines de la antigua *Hispania*. Todos luchando por poseer un rico botín donde asentar sus bases y sus poderes.

Más ahora, como decimos, en esos años de mediados del siglo X, se oían en *Europa* y *el Hispania*, rumores de incursiones de los moros de *al-Andalus* sobre tierras cristianas, pero de momento solo eran rumores y murmullos como de alondras buscando sus nidos en cada primavera, o como riachuelos provenientes de las montañas del norte que iban a parar al río *Duero*, que estaba todavía en disputa entre árabes y cristianos.

CAPÍTULO CUARTO

POR UN CENOBIO SERENO

Y ALLÍ TRABAJANDO casi de sol a sol, fatigados por días sin descanso, y sacrificando sueños y desvelos en pos de una actividad ilusionada pero ajetreada, unos, los más eran albañiles cristianos tallando y desgastando duras piedras para hacer relieves de belleza y propósitos para la oración, y otros eran a su vez, artesanos o trabajadores del ladrillo, provenientes de la *Córdoba* califal, bajo el río *Guadalquivir*, con sus mozárabes cristianizados viviendo con las gentes islamizadas de *al-Andalus*,

El bueno de *Benito Andrade*, que algunos de sus antepasados le decían que había nacido en tierras asturianas, y otros en la región de *Bierzo*, en lugares cercanos a *Galicia*, dependía en aquel año de un tal *Cristian*, un “*magister primus*” un jefe de obras proveniente del norte de *España*, de una región entre *Asturias*, *León* y *Cantabria*, y algunos rayando con *Álava* y *la Rioja*, que eran expertos albañiles y trabajadores de la construcción, hombres recios y muy holgados, usando buenos materiales, y una técnica especial, tanto en los trazos arquitectónicos como escultóricos, muy prácticos y sensibles al arte y a la religión cristiana. La organización de estas obras estaban pues a cargo del que todos llamábamos “*magister operis*”, un tal *Chistian*, que como decimos tenía la responsabilidad de que la obra saliera adelante con la ayuda de los maestros cantero, carpinteros, encofradores y otros mozos ayudantes.

El maestro de aquellas cuadrillas de trabajadores, o cuadrigas de obreros era el tal llamado *Christian Arbal*, y tenía también a su servicio dos primos suyos, llamados *Policarpo* y *Agustino*, ambos tallistas y escultores de cierta fama por los lares del reino de *León*, y el condado de *Castilla*.

Yo era un ayudante, y aprendiz de ellos en las tareas de fabricar adobes y ladrillos, con cascotes y piedras para preparar la argamasa para los muros o paramentos del monasterio, así como sillarejos o enfoscados si se terciaba la construcción. Dos jóvenes frailes llamados, *fray León* y *fray Jonás* nos ayudaban también como albañiles, después de sus rezos preceptivos, en la construcción primitiva de aquel estimado asentamiento religioso.

Otros monjes, después de las oraciones canónicas, se dedicaban a cuidar la tierra y a arar los campos, roturando los surcos con incansable vigor y sacrificio.

Y el resto de frailes administraban las haciendas como algunas fincas y las aceñas del río con sus molinos en el río *Esla*, llamado “*Astura*”, o bien intervenían en las bodegas y los almacenes, y plantaban unas vides y parrales para las uvas que habían traído de sus regiones más allá de los *Pirineos*.

¿Qué quién era el señor *Abad*? Un fraile alto, espigado y delgado, con la cabeza muy calva, las manos abiertas y amplias, su cuerpo fornido como un gladiador romano, sus ojos rebosantes de viveza y de inteligencia.

Todos le llamaban el “*Padre Jerónimo*”, un hombre de mirada meditabunda, ojos severos en cuencas desorbitadas, de hombros largos y fornidos, largos brazos y alma tan sacrificada como un humilde campesino. Y era su largura, su altivez de cuerpo donde sus zapatillas grises se engastaban en unos pies ásperos y rugosos.

Al extremo sur de los recintos se alzaban en fila seguida cuatro o cinco a casitas, más bien casuchas que serían demolidas al término de la construcción del convento, y que eran las viviendas provisionales de todos los que trabajábamos en la construcción del nuevo monasterio.

CAPÍTULO QUINTO

AQUELLOS OTROS TRES MONJES que colaboraban en la construcción del cenobio para ayudar al trasmerano *Christian Arbal*, se llamaban respectivamente *fray Senén*, *fray Matías* y *fray Constancio*, y que además hacían los servicios de herreros, y el segundo de hostelero y ropero, así como el tercero de enfermero, y limosnero, respectivamente, y que formaban parte de los doce monjes enviados por la abadía francesa de *Cluny* hacia el año de 907, cuando el rey *Alfonso el Magno* pidió ayuda a la comunidad de monjes cluniacenses de *Francia*, para repoblar esa región de *Tierra de Campos*, entre *Zamora* y *León*.

En la improvisada sala capitular los monjes, el abad discutía con los monjes o hablaban sobre las cuestiones de interés común, celebrando diariamente el llamado capítulo, y leyendo cada jornada uno de los capítulos de la regla benedictina, o bien contando los inconvenientes y necesidades de los monjes en las tareas de oración o meditación, así como en aquellas de temas administración del convento o de tareas agropecuarias, así como de participar en la realización del monasterio.

El prior en primera ronda, *fray Jerónimo*, invocaba las normas de *san Benito* para hacer cumplir y desarrollar lo que el abad principal francés *Padre Honorio*, había determinado realzar para construir con esmero, precisión, rapidez y arte, e imponer las bases del cenobio.

El resto de monjes hasta un total de doce sin contar al abad o prior todavía en sus comienzos, con sus pelos cortados casi a lo calvo, con sus respectivas coronas rapadas en círculo como buenos frailes cristianos se llamaban *fray Abel* el cocinero y encargado del comedor y refectorio; *Facundo* el portero y el tesorero; *fray Ángel* el segundo padre espiritual y monje encargado de hacer cumplir los determinados servicios y deberes; *fray Norberto* el cillero y almacenista, un recepcionista de alimentos y compra de enseres; *fray Cutberto* el iluminista y copista, proveniente de una abadía irlandesa, antiguo pintor de paredes y frescos; y los dos hortelanos, *fray Natalio* y *fray Juan*, buenos agricultores, hortelanos y amantes de la exuberante naturaleza. El primero también actuaba como un capataz de fincas y prados, y el segundo como repartidor de cosechas, vituallas y frutas y verduras para ellos y los sobrantes para venderlas en el mercado más cercano.

Aquel día, finales del mes de Abril del año del Señor de 907, abría buenas perspectivas y bienestar a la comunidad religiosa que iba creciendo poco a poco, a manera que las necesidades y funciones religiosas y sociales iban creciendo.

El día había amanecido despejado, sereno y sin nubes en el firmamento, con un sol amable, difuso y suavemente enrojecido. El ligero viento del sur que se respiraba con aires agradables, soplabla cálido, sosegado y calentaba la piel y el

cuerpo de los frailes y de los trabajadores que tras la hora “prima”, sobre las seis del amanecer, y después del frugal desayuno, asistían a la misa diaria matutina, en las horas canónicas de la regla benedictina, como eran las “tercias” sobre las nueve de la mañana. Las avejillas del cielo, volando de rama en rama, se mostraban nerviosas, intranquila, azarosas, buscando con sus gorjeos y trinos dar la bienvenida a un paisaje vegetal verdoso, suave, silencioso. Las aves nocturnas volvían a sus guaridas, y los murciélagos se ocultaban en sus oscuras cuevas y profundas cavernas huyendo de la clara luz del día, para seguir siendo mamíferos a pesar de su agrio, inquietante y sorprendente aspecto natural, para ver ciertas ilusiones casi de ciencia ficción, las sombras y las oscuridades patas arriba de unas galerías inmersas en una noche negra y tétrica.

Por otro lado, la ligeras y sensibles campanas sonaban a lo lejos por la meseta y las praderas como una música celestial, actitud que les hacía pensar que no estaban solos en el mundo, sino que la divina providencia les acompañaba con sonoros canticos como provenientes del cielo, porque vigilaba **Dios** desde las alturas que aquella comenzada congregación religiosa viviese en paz con **Dios**, para alabar a **Dios** y con la esperanza de salvar almas, y que sus vidas fueran más prosperas y elevadas con la dignidad y fervor y con piedad, fe y oraciones en común a la salvación, y tras su muerte tras pasar el *Juicio Final* ser llevadas al *Paraíso*, como las gentes de la religión mahometana también sus fieles eran llevadas al paraíso que ofrecía el *Corán*.

Tras el santo oficio de la misa donde participaban con rezos y cánticos gregorianos, todos los monjes del recién fundado convento en menos de dos años, tras las ruinas y demolición del anterior, por abandono y *razzias* de huestes enemigas. Eran todavía frailes con sus respectivos hábitos talares negros, todavía pertenecientes a la congregación de los cluniacenses.

En la sala capitular todavía un tanto provisional a causa de las obras que se estaban llevando a cabo en todo el recinto religioso, y que quería formase como una ciudad autónoma e independiente donde sus necesidades elementales fuesen cubiertas con esmero y diligencia, los frailes reunidos en capítulo, en bancos de madera junto a las paredes de la sala, y rodeando el centro de la sala con su Prior en una silla principal para presidir el Cabildo, y otros monjes adjuntos, los correspondientes a cada día, con los temas y asuntos propios para suplir y hacer que la jornada del día fuese de acuerdo con las preceptivas del Abad o Prior correspondiente.

El orden del día tanto mental como escrito en caracteres latinos estaba fijado por el padre Prior y consistía en aquel día tratar los siguientes asuntos:

- Lectura en primer lugar, como era preceptivo en la regla, de un capítulo de la regla benedictina, hoy el *Capítulo V*, referente a la “*Obediencia*”, que un hermano debe tener para con sus superiores, debiendo obediencia a la jerarquía siguiente, como lo era el padre abad en un monasterio, o el Padre Prior en un convento más pequeño.

- Necesidades alimenticias propias de una jornada de trabajo y oración, a cargo del padre *fray Abel*, cocinero del convento.
- Reposición de la Biblia para su lectura en el pulpito del comedor, reparada por el padre *fray Cutberto*.
- Análisis y comentario sobre la marcha de las obras de mampostería y traída de sillares para levantar el muro lateral norte de la iglesia, junto al claustro conventual.
- Y el nuevo, y más reciente tema, que era el acoger y dar hospitalidad cristiana a una nueva familia de refugiados mozárabes, procedentes de sur de la península, de la zona musulmana del califato cordobés.
- Y qué función y utilidad dar a los nuevos dos nuevos frailes que acompañaban en esa expedición a esa familia de cristianos mozárabes, llamada los *Cordobanes*, que escapaban de persecuciones en *al-Andalus*, y llegaban a estas tierras al otro lado del río duriense, o denominado ya *el río Duero*.

Aún no se esperaba la llegada de algún novicio, jóvenes adolescentes en edad de estudiar y trabajar desinteresadamente para la comunidad, pero el abad o prior pronto les advertía de que dos o tres jóvenes de la región habían manifestado la intención de entrar en la orden para encontrar y buscar sinceramente a **Dios**, y habría que informarles de las duras condiciones de la regla de pobreza, castidad y obediencia a que sería sometidos. Y era obligatorio posteriormente la “rasura” o raspamiento al cero de parte del cabello de su cabeza.

El primer fraile llegado en esa comitiva del sur se llamaba respectivamente *fray Mateo*, que era experto en escritura visigótica y carlina, así como compositor de poemas, zéjeles y textos literarios, tanto en cuaderna vía como en romances. Al otro monje le llamaban *fray Daniel*, hermanastro por parte de madre de la familia de los *Cordobanes*, y se dedicaba generalmente a oficios de pintura, encalados, morteros de yeso o de cal, así como diseñador de arcos herrados y techumbres arábigas.

La familia de los *Cordobanes*, estaba compuesta por los dos miembros principales y progenitores, el “pater familia” *Salaí*, con sus cuarenta y nueve años de ascendencia bereber convertido al cristianismo por su mujer, un varón que había sido especialista en joyas y orfebrería, ebanistería con muebles a medida, y cortes de cueros y piles, y su bella esposa, *Amadam*, de cuarenta y tres años, al que había dado cuatro seres humanos muy capacitados para tareas manuales y técnicas, y ella era una experta en curtidos de pergaminos, tomados de pieles de terneras o corderos. Dos varones, de nombre *José*, *experto carpintero*, como en la Biblia del Nuevo Testamento, con sus treinta y seis años, capaz de realizar los mejores tablones o postes, así como las cimbras de madera, o vasos, mesas o taburetes de buena madera vegetal, y por otra parte el hijo siguiente de treinta y cuatro años, *Anuel*, que practicaba la herrería y la forja con gran desdén y amaño, práctico y versátil en ideas y trabajos, capaz de hacer lo mismo armas o puñales de hierro que rejas para iglesias o algunas joyas de orfebrería de tamaño mediano, y de factura regular, pues solo se dedicaba a esas cosas cuando la necesidad le obligaba a realizar tareas para anillos, collares, pulseras o diademas por encargos para celebraciones ostentosas.

En cambio las dos mujeres, las más jóvenes de la familia, una llamada *Dalia*, de veinte años de edad, a quien se le daba bien las plantas medicinales así como se experta en flores y animales, y la más pequeña, de nombre *Azucena*, con sus

dieciocho años de edad, cuya pasión era el bordado, las telas orientales, chinas o persas, y que iba para ser una dama experta en paños y tejidos, así como diseñar y confeccionar trajes y vestidos para las mujeres.

CAPITULO SEXTO

TAMBIÉN por aquel entonces preocupaba mucho al abad, mejor llamarlo así que prior, porque esa designación de el primero entre iguales era significativa, pero en estos reinos leoneses, y posteriormente castellanos, se solían denominar abad de un monasterio al director o el que presidía todas las funciones del convento, y era el jefe espiritual y material de todos ellos.

Así pues, el abad del monasterio de *Santiago de Moreruela*, que así era como se llamaba en principio el monasterio zamorano estaba en esos momentos del año 907, preocupado por cómo iban las obras y la marcha de las partes y asientos más importantes de un monasterio como podían ser su iglesia, su salas de reuniones, las letrinas al final del arroyo que surcaba el monasterio, así como la cocina que iba al comienzo del discurrir de las corrientes de aguas que luego iban a desembocar al río Esla, cerca del convento. Había que tirar partes a medio demoler del anterior recinto religioso y afianzar otras que luego iban a ser importantes como el futuro claustro alrededor del patio principal, o bien las habitaciones para frailes y futuros novicios.

Y una muralla que rodease todo en recinto monacal como una ciudad se ve rodeada por unos paños de defensa, y que en el primitivo monasterio de *Santiago de Moreruela* entrañaba tener seguridad y confianza, amén de ser práctico y conforme a las leyes de **Dios** y a los códigos y fueros del rey leonés.

Estaban poniendo las bases de lo que en años posteriores allá por las décadas siguientes, hacia el 985, el monasterio comenzase a recibir mejores donaciones y haciendas, y a ser un hito importante en el llamado “*Camino de Peregrinos*” que le diera esencia con alguna nueva reliquia o resto de algún santo o mártir cristiano.

Y los monjes prevenientes de *Francia* les hablaban como mejor ejemplo del monasterio de “*Conques*”, donde los restos sagrados de la joven santa, martirizada a los doce años de edad por el emperador romano *Diocleciano*, hiciese de ello un hito y una gesta en el deambular del *Camino de Santiago*.

Y con la necesidad que da de operar rápida y noblemente se reunieron el *abad Jerónimo* con el maestro trasmerano *Christian Arbal* junto con sus dos expertos ayudantes, *Policarpo* y *Agostino*, primos como dijimos de “magister operis”, y procedentes también de la zona cántabra de Trasmiera, rica y abundante en operarios de albañilería, canteros, campaneros, retablistas, y constructores de iglesias y monasterios con un románico rico en arcos de medio punto y con columnas o pilares que llegaran hasta el cielo donde moraba Dios con sus huestes celestiales. Y el *abad Jerónimo* se trajo de su cosecha de monjes los más apropiados

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

para ayudarle en la consecución de tamaña obra monacal. Finalizar o dar el último empuje a la edificación del convento cluniacense.

Así pues, el abad llevó con él a *fray León* y a *fray Jonás* que entendían bien de albañilería, fundamental para reparar y reconstruir diversas obras, así como a *fray Senén* que era el más experto de ellos en forja de hierros. Si bien, luego, sería reemplazado por *Anuel*, que llegado de *al-Ándalus* dominaba mejor la técnica de hierro y forja para puntales, clavos, puntas y rejería diversa. También posteriormente se incorporaron a este equipo global de construcción, el mozárabe José el carpintero, y su padre que era un todoterreno en cualquier cosa referida a casas, viviendas, iglesias y monasterios.

Por mandato de “magister operis”, es decir, de *Christian* se incorporó a este cuadro el bueno de *Benito Andrade*, quien a su vez llevó a su hijo *Tomasillo*, como pinche y aprendiz de cualquier cosa.

Pero hoy en esa reunión en la sala de monjes solo estaría representados el abad, sus tres monjes descritos, y el maestro de obras y sus dos primos.

La conversación que mantuvieron fue la siguiente, toda ella en el más estricto silencio cuando ello era menester, cordialidad, rigorismo y firme propósito de construir y edificar con verdad, honestidad y honradez, justicia, firme equidad, armonía y disciplina. Y empleando materiales y recursos adecuados y proporcionados a la consecución de una obra sana, firme, segura y económica, sin derroches ni malgastar fondos y dineros que para el monasterio eran primordiales.

Pero antes de entrar en debate, el maestro *Christian* pidió respetuosamente, con humildad y disciplina que si era posible que entrara en ese círculo de expertos, *Benito Andrade*, pues era una pieza importante en el tratamiento de materiales, como encofrador, albañil experto en mampostería, en paredes y sillares, arena, agua y cal, para unir en una masa de calidad y con proporción esos ingredientes para la construcción.

Eran las diez y media de la mañana y el primero en hablar fue el Abad Jerónimo, que dio la conformidad y agradeció la presencia de todos ellos con estas palabras:

- Amigos y compañeros en el Señor. Os deseo amor y felicidad con la ayuda de Dios. Estamos aquí reunidos para abordar los siguientes pasos en orden a terminar de construir este monasterio, que años atrás permaneció sumido en el olvido y con muchas ruinas y desorden en su antigua edificación.

CAPÍTULO SÉPTIMO

EL ABAD del monasterio de Moreruela de Tábara siguió hablando con estas humildes palabras, como rasgo de voluntad hacia su cargo monacal:

- Amigos en el Señor de nuevo. Buenas noticias nos traen los cielos
Porque todo nuestro afán, intención y confianza está basado en ir terminando este modesto y humilde monasterio, quien yo como nombrado abad del mismo estoy dispuesto a impulsar para su terminación a fin de cumplir los designios del nuestro Salvador Jesucristo. Para ello os he reunido aquí para que entre todos sigamos poniendo piedra sobre piedra, como nos lo mando nuestro Señor Jesús cuando le dijo a san *Pedro*, “Tú eres piedra y sobre esta piedra edificaré mi templo”.
Así pues juntos y entre todos recemos una plegaria al Altísimo para pedirle ayuda, limosnas venideras y tesón y esperanza en el resurgir de este antiguo y denostado monasterio.
Hoy los cielos nos bendicen con alegría y nos dan un nuevo día lleno de bondad y misericordia.
Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, y hágase en estos lugares un templo y un monasterio capaz de acoger y servir a fieles, frailes y gentes sencillas del pueblo, para hónrate, servirte y adorarte. Amén.
Tiene la palabra nuestro honrado servidor el maestro *Christian Albar*, que nos explicará las siguientes fases y menesteres para seguir realizando las bendita obras de este sagrado convento, cuya comunidad como sabéis ha crecido con la reciente llegada pastoral de de dos nuevos diáconos del Señor y una familia de mozárabes procedentes de la *Córdoba califal*, huyendo de las persecuciones allí impuestas a los fieles cristianos.
- Amigos, compañeros y benditos frailes de este monasterio que ayudáis a realizar una impar obra con la ayuda de Dios y de vuestras manos. La tarea puede ser ingrata y reñida con el tiempo y las necesidades comunitarias de una congregación religiosa que aspira a redimir almas para dios y en salvar los corazones de estas alejadas gentes del pueblo llano.
- Gracias a todos por vuestro auxilio y vuestras manos, sin ellas nada hubiéramos hecho, aún contando con los donativos de nobles del obispo de *Astorga, el de Zamora y el de León*, porque la tarea a desarrollar todavía es grande y se necesitan de cuantas manos y recursos mejor que mejor.
Ya hemos oído las palabras de nuestro Abad en el monasterio de *Moreruela en Tábara*, zona especial de la que gozamos paz, silencio, naturaleza y serenidad a raudales. Somos hermanos y los “fratres” se conocen por sus obras, deseos y sacrificios. Y así todos dispuestos seguir colaborando y aportando recursos, materiales y mano de obra entraremos en el **Reino de Dios** al final de nuestros días, según me ha aportado en sus días nuestro reverendísimo Abad, el Padre *Jerónimo*.
Y aunque mi tarea es sermonearos, que eso son cosas de los padres y de los monjes, si os quiero decir que la nueva organización de trabajo que hemos previsto hace que todos seamos partícipes de una parcela o trozo de construcción de este magno edificio que nos comprometemos a finalizar en su día, y nos

aventuramos a proclamar las virtudes y dignas excelencias que el convento reportará en años sucesivos a los habitantes del mismo.

Por eso propongo, si a todos os viene a bien así confirmar, que Agostino y Policarpo, familiares de mi casa, se ocupen de las tareas de traer y colocar los sillares y sillarejos para las paredes y los paramentos de la iglesia en construcción, y todo los hagan en compañía con *Benito Andrade*, cuya calificación y especialización en mamposterías y obras de encofrado y sujeción queda manifiesta por anteriores propósitos.

Los frailes que nos ayudarán estarán a disposición mía para trabajos más sencillos (si su humildad y sencillez nos les oprime en su alma, y menos en su cuerpo) con el fin de ir dando forma y estructura a los mecanismos y necesidades que cada día se nos van presentando.

Los trazos de la edificación están sobre todo en mi mente, y he dispuesto unos bosquejos en la celda del Abad, para que ellos vean los progresos que vamos realizando. Y como de todos es sabido el refrán que dice que “cada maestrillo tiene su librillo”, así nosotros en secreto y con cierto esoterismo, guardamos como todo el mundo lo hace las pruebas, investigaciones y hechos que sabemos aplicar a cada caso y a cada cuestión técnica, manual y llena de sabiduría, y que pasamos de padres a hijos celosamente, o a familiares consagrados, en orden al secreto de profesión y oficio, y a no ser copiados ni plagiados en nuestras santas tareas, cuyo patrón *Vitrubio* ya conculcó a sus discípulos, si no me equivoco.

Nosotros ya en las montañas de *Trasmiera* tenemos ya un código de honor, y siempre construimos y edificamos en honor a unos principios y postulados y no solemos salirnos ni un ápice, a no ser que la obra lo requiera inmediatamente en orden a salvar cimbras, techos, artesonados, o fuertes muros con contrafuertes para que resisten las inclemencias del fuego, o de la lluvia, los temblores de una Tierra inestable, y del paso inexorable del tiempo. La piedra siempre es eterna, véanse las pirámides egipcias y el paso del tiempo. Otros materiales como adobes, ladrillos y calizas son más frágiles y resisten menos la lluvia, las tormentas y el paso del tiempo.

Y hay que prevenir también nuestra defensas, pues nuestros enemigos son muchos y rodearemos nuestra pequeña ciudad con unas murallas que no nos expongan a las incursiones enemigas, y nos salvaguarden de perecer invadidos y masacrados por nuestros adversarios religiosos y ladrones de haciendas.

Alguien levantaba la mano para aclarar o pedir algunas osas que no habían quedado claras ni expuestas por falta de tiempo o de olvidos indeseados, o inconscientes.

El *Abad Jerónimo*, visto que el maestro de obras ya había expuesto lo esencial para este tipo de cosas dio la palabra inmediatamente al asturiano de *Cangas de Onís*, quien muy avezado ya en cuestiones prácticas y técnicas dijo:

- Gracias señor Abad. Gracias amigos confraternales, gracias mi magister operis”. Todos seremos una piña y todos seremos un equipo en la construcción de este monasterio que el mismo *rey Alfonso III* ha mando construir, con anuencia con los *obispos Froilán de León y Atilano de Zamora*, y todas las demás personas que nos han honrado con sus donaciones, dineros, recursos y materiales. Más también con la dedicación y disciplina, con particular obediencia de los miembros de la orden benedictina.

Pero, nos faltaba alguien capacitado para la carpintería y que fuera práctico en la realización de maderos de sujeción, cimbras y ensamblajes para los arcos de medio punto, tabloneros y objetos, tales como columnas y tabloneros, tan esenciales e imprescindibles para estas nobles tareas.

Personalmente he hecho de muchas cosas, y he practicado oficios diversos en muchas obras a lo largo de mi vida. Pero recomiendo ahora al señor Abad, y al maestro de obras *don Christian Arbal*, que hagan un pacto, aunque sea con el diablo, perdón, no se santigüen sus personas, pues he querido decir que hay en estos momentos en el recinto monacal, unas personas que pueden ofrecernos una mejor marcha en cuanto a carpintero muy esencial, repito para las necesidades de estas obras. Y así la construcción marcharía más rápida, apostando por mejores estructuras.

¡Perdonen por **Dios**, perdón a sus reverencias, si me he sobrepasado, que creo que sí, con estas sugerencias y palabras, pues son mis deseos los que han hablado en voz alta, y no los de vuestras reverencias que me escuchan con interés y atención, y a los que doy las gracias de antemano.

A todos dejó algo atónitos en sus caras con las sorprendidas palabras y las sugerencias del *Benito Andrade*, al que todos llamaban por mote “*el ortoficio*”, pues a veces era genial en ideas y proyectos, aunque nunca se saliese de sus medianas invenciones.

CAPÍTULO OCTAVO

NI QUE DECIR tiene que las palabras de *Benito Andrade* sorprendieron, primero al Abad y luego al “*magister operis*”, quienes pensaban que todo ya estaba decidido y aprobado.

Aunque todos conocían las genialidades y destrezas del señor llamado “*ortoficio*”, esta nueva digresión había llamado la atención de Abad y del Maestro.

Ambos se habían mirado sutil y calladamente rostro por rostro, y lo mismo habían hecho el resto de monjes y los primos del “*magister*”.

¿Era osadía o negligencia? Nadie solía contrarrestar al Maestro de obra, y menos en presencia del Abad del monasterio de Moreruela. ¿Pero aquella observación era una advertencia o solo se refería a una nueva situación, más apta y capaz de mejorar las necesidades de trabajo? ¿A quién se refería en concreto por la apuesta sobre un especialista mejor que él, en trabajos de madera y carpintería? ¿Y estaba ya suplida la otra necesidad de la forja y herrería con las aportaciones del *monje Senén el herrero*, cuyos servicios hasta ese momento eran discretos, y a buen seguro, fiables, eficaces y palpables, pues sus puntas, clavos y herraduras para caballos eran muy apreciadas por los que le conocían? Pero sería siendo herrero, pues alguien venido de fuera, *Anuel, el Cordobán*, también era experto en esas artes. ¿Y no sería conveniente dedicar los menesteres de fray Senén para otras actividades tan esenciales en un monasterio, y menos duras en los brazos de un monje, aunque antes ese trabajo en una fragua conventual se llevase con más o menos precisión, medida y esmero por el avisado monje?

Sin duda un eficaz y holgado carpintero también sería imprescindible en las tareas de construcción de aquel monasterio, de la que ya sus habitantes estaban dispuestos a mejorar y a hacerlo un lugar seguro y acogedor en aquella región del reino de *León*, en la margen derecha del río *Esla*, camino de la desembocadura en el río *Duero*.

Y así después de deliberar un rato se acordó ofrecer el puesto del taller de madera al recién llegado *José* el carpintero de la familia de los *Cordobanes*, pues la vegetación y bosques de robledales eran exuberantes y abundantes en la zona. El sería la persona que necesitaban, y si era un buen experto en madera, sería una figura deseable en el trajín incansable de la construcción monacal.

Y en la mente de todos estaba la figura de un fraile que pasaba muy desapercibido, era el padre *fray Cutberto* el iluminista e ilustrador, proveniente de una abadía irlandesa, antiguo pintor de paredes y frescos, y un trabajador nato en tareas de copias de manuscritos medievales. Ese hombre lo mismo valía para un roto que para un descosido, pues era un tejedor de telas y paños con los que hacer los hábitos y vestimentas para la comunidad religiosa, arreglando y cosiendo las prendas para que encajaran en cada uno de los siervos de **Dios**, que allí moraban por pura convicción y vocación religiosa.

CAPÍTULO NOVENO

TIEMPOS DUROS, ESPIRITUALIZADOS, CALLADOS, ANGOSTOS. No hay calificativo en un mundo monástico, simple, sencillo, tranquilo, sosegado. Solo abierto al callado espíritu del tiempo, con unas almas teñidas de paz, de tranquilidad, de pacífico suelo y de azulado cielo.

Lejos del mundanal ruido, alejado de las voces que hablan de guerras, de combates y de peleas.

Lejos del terrenal mundo donde hasta el bondadoso *Genadio*, se había marchado de la zona del *monasterio de Ageo*, en tierras de *Zamora*, acompañado de doce monjes del mencionado monasterio, camino de lugares más silenciosos y taciturnos como era la región berciano de *Santiago de Peñalba*, pacíficos lugares, verde belleza camuflada en la espesura del monte, entre risueños riachuelos que hasta el serio *abad Genadio* mandaba callar y hasta el valle se teñía de “*Silencio*”, retiro y candidez, buscando un idílico retiro, un bucólico sitio donde el antiguo ermitaño conocido por *san Fructuoso* allá en los albores del siglo VII morase y viviese como un asceta solitario en compañía de prados, valles, animales y plantas tan reales, sanas y olorosas que el tiempo mostraba su amor a la naturaleza, su embriaguez hacia la música callada y silenciosa de aquellos entrañables y olvidados lugares del Bierzo.

¿Qué buscaba *Genadio* en los confines de los bosques y valles bercianos? ¿Buscaba un edén o paraíso terreno, en medio de una Hispania visigoda colonizada por los musulmanes desde el siglo VIII? Buscaba además del edén, el enorme silencio, la paz grata y serena al oído natural, poesía en la naturaleza, tranquilidad y no agobio, un remanso pacífico, lejos del mundanal ruido de urbes, civitas y aldeas.

Pero el bueno de *Genadio* pronto sucumbió a la llamada de la jerarquía religiosa y hacia el año 909, al final del reinado del rey asturleonés fuera nombrado obispo de *Astorga*, una ciudad esa de *Astúrica* en otros tiempos muy romana y con una muralla defensiva y unos templos e iglesias de la época de cuando roma lucía todo su esplendor, vuelto ahora a comienzos del siglo X en una ciudad que resistía el tiempo y el recuerdo de un emporio que se extendía hasta las *Médulas* de donde el imperio romano extraía el oro, con las castañas y el rojo vino de su suelo, donde las vides daban uvas sabrosas y las gentes se escondían entre sus montes, bosques y valles tras la espesura de castaños, robles y hayas dando al paisaje una coloración rojiza como si la sangre romana aún circulase y latiese por el cuerpo de sus habitantes, lejanos en el tiempo y cercanos en la gloria de tener un refugio y un campamento donde cobijarse de las guerras entre romanos y visigodos, o entre estos últimos y los nuevos invasores mahometanos procedentes del *Oriente Medio* muy arabizado por las doctrinas de *Mahoma* y sus seguidores.

Pues bien, fueron en aquellos años cuando partiendo de la ciudad de *Astorga*, y usando sus vías de *la Plata* romana, y luego por los nuevos caminos y rutas que se bifurcaban por los parajes y suelos leoneses,

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

Habían pasado varios meses, y se acercaba el año de 909, cuando las cosas iban a cambiar, y una recua de dos carromatos de maragatos procedentes de Astorga, con sus dos caballos en cada carro, y dos personas en sus asientos, que tiraban rumbo a la zona de *Zamora*, pasando por el *Monasterio de Moreruela de Tábara*, donde sus pobladores ya habían avanzado en la construcción de un amplio y feraz monasterio, con varias decenas ahora de monjes y de monjas que habitaban en otro espacio cercano, que adquiriría hasta más de doscientos monjes y monjas, siendo uno de los primeros cenobios, con una comunidad dúplice, de hermanas y hermanos en Dios, y que alcanzaría un esplendor notable, económico y social.

En esta región zamorana y en estos años del rey *Alfonso III, el Magno*, quien junto con los obispos *Froilán de León*, y *Atilano de Zamora* fundaran monasterios y cenobios dignos de figurar en aquellos anales del principios del siglo X, como atestiguan crónicas y documentos de la época, cuya repoblación y asentamientos de población fueron cosa del *rey Alfonso*, de obispos, los citados, y de monjes y monjas que apostaron por repoblar valles y campos para esplendor y maravilla de propios y extraños.

CAPÍTULO DÉCIMO

PASADO UN TIEMPO

UNA VOZ DE NIÑO dio el aviso en el monasterio de que se acercaban unos carromatos desde el otro sendero del camino en dirección al convento.

Era el griterío de un niño feliz que rompía la barrera del silencio del monacato para decir a grito pelado:

- Vienen ya hacia aquí. Ya vienen por el camino. Ya vienen...

Y el chicuelo corriendo como un descosido camino del primitivo monasterio de *Moreruela de Tábara* iba proclamando a los cuatro vientos:

- Ya vienen... Ya vienen... Allí, mirad...

La irritada y potente voz de pequeño Tomasillo, a sus nueve años de edad insuflaba en los cielos azules de aquella mañana un hilo de alegría y felicidad largamente esperado.

Hacían que esperaban las vituallas, y los víveres comprados desde Astorga, unos meses atrás, cuando dos de los suyos, *el fraile Norberto y Benito, su padre*, habían ido a encargar enseres, vituallas, alimentos y minerales que les hacían mucha falta en esa pequeña comunidad o ciudad de Jerusalén como la llamaba *el abad Jerónimo*.

Tres recuas de acarreo y transporte, tras sus carros respectivos llegaban ahora lentamente a través de un camino lleno de matas y arboledas, de tierras polvorientas, y de vegetales roídos por el tiempo, en una ruta que había rodeado la *Sierra de la Culebra* con sus estribaciones y montes, para acercarse calladamente hacia el monasterio de *Tábara*.

Era el monasterio, en verdad, una ciudad en pequeño, con todas sus ventajas e inconvenientes, con sus necesidades materiales y espirituales, rodeada de una muralla para seguridad y confianza de sus habitantes, como una fortaleza para salvaguardar a sus moradores en caso de ataques musulmanes, o quizás con la rapiña de algunos cristianos que se enfrentaban a sus hermanos de raza y religión, o bien acosados por ladrones o bandidos que solo buscaban su provecho propio y maltrataban o mataban a los que se oponían en darles los que ellos querían poseer a la fuerza. Solo por la ambición y la avaricia de recaudar dineros y cosechar las viandas y enseres de otros, tanto bienes de campesinos como de monjes o de monjas, gentes estas que confiaban en *Dios Padre Salvador* para acabar con esas plagas de malvados sin escrúpulos y sin conciencia.

Y a veces ni la iglesia sagrada de un monasterio o de una iglesia perdida en el monte, o en los prados o valles, se libraba de fechorías y desmanes por parte de gentes malignas y peligrosas.

Cerca de la iglesia monacal, en una de las torres principales del monasterio, *Cutberto*, un fraile que aunque procedente de *Irlanda*, había apostado por llamarse así con el nombre de aquel santo varón de *Durham*, en el norte de Inglaterra, donde se había fundado un magnífico convento cuyo prior había sido el *santo Cutberto*, y cuyas reliquias eran veneradas con piedad, amor y temor en aquella zona de la *isla de Inglaterra*. En esos lejanos lugares había vivido en santidad y pobreza, y había mostrado su energía, tan valiente como desenvuelta, un monje viviendo en unos parajes solitarios, como un eremita en soledad y silencio, y cuyo ejemplo de dignidad y santidad había arrastrado a que muchos jóvenes de la época le siguiesen con vocación y sacrificio. Y luego a aquel ermitaño le hicieron obispo, y tuvo labor pastoral en la región de *Northumbria*. Tras la muerte de este santo varón, que fue enterrado en la iglesia de *Lindisfarne*, y donde muchas gentes del pueblo natural peregrinaron a su tumba para mostrarle su cariño y su pasión por su vida, obra en la región.

Y según cuenta la leyenda, los monjes amigos intentaron llevar su cuerpo muerto, en santa religión, once años después, hacia otro lugar más importante de la iglesia, y cuando abrieron el ataúd se encontraron con la sorpresa, y, de repente, que el cuerpo del santo eremita no estaba descompuesto, y que más parecía un hombre dormido que muerto.

Y aquel episodio que parecía un milagro fue mencionado en años posteriores como un hecho peculiar y sagrado, y como una prueba de su verdadera santidad.

Ese era el nombre de aquel monje irlandés que había llegado a *Moreuela de Tábara*, con los demás hermanos monjes al principio de su fundación.

Y el tal monje *Cutberto* se había especializado en códices y miniaturas, porque eso era su innato instinto, en plasmar con ilustraciones e iluminaciones diversos códigos, beatos y biblias, frescas miniaturas, con obras que pronto se distinguieron por sus valores artísticos, folios y pergaminos de gran encanto y belleza.

Allí en una de esas torres del monasterio preparaba una Biblia bellamente iluminada, donde él mismo actuaba de momento también como copista de las caracteres escritos en letras carolinas, y otras mozárabes.

CAPÍTULO DÉCIMO PRIMERO

LA LLEGADA DE LOS CARROMATOS MARAGATOS

TOMASILLO con sus gritos pelados saliendo de su boca a raudales, y su cara como todo un poema de felicidad, tan contento y nervioso como un pájaro gorrión trinando en primavera desde un alto roble o encina, contemplando el verde paisaje de los alrededores y viendo a lo lejos el mediano río Esla de aguas tumultuosas en esta estación del año, por el deshielo de las altas montañas del norte peninsular donde nacía allá en los Picos llamados de Europa. El pajarillo llamando la atención de su oculta amada, era un continuo trinar con incansables gorjeos, y musicalizaba con sus alegres cantos la belleza que Dios daba a los verdes prados y a las altas arboledas cercanas al monasterio.

La llegada de dos carromatos maragatos había hecho saltar las alarmas de la comunidad religiosa.

En un principio creyeron ver que eran dos los carros que se acercaban al convento, y comprobaron que los carruajes iban lentos y despacio, acercándose a las puertas de aquel recinto religioso con cierta parsimonia como si fuera un secreto misterioso el llegar hasta allí desde unas tierras lejanas.

Cada uno de los carromatos de carga estaba tirado por sendos animales.

Tomasillo, a pesar de su edad temprana, pudo comprobar que el primero de aquel carro estaba formado por dos caballos, cuyo nombre, pudo apreciar por las voces de sus acompañantes que los llamaban: uno “*Bucéfalo*”, como el equino de Alejandro Magno, y el otro como “*Aníbal*”, quizás como recuerdo del guerrero cartaginés.

En su interior, y sobre los grandes y formidables tablones, que existían en su plataforma del suelo, se veían cajas y cestas donde parecían apreciarse viandas y útiles como sartenes y ollas, y cazuelas, y según el rapaz había oído a su padre que también transportarían, sacos con salazones de bacalao nórdico, así como otros objetos y viandas como castañas duras, y variados paños, telas y pañería de sarga o lino, algunas pieles para abrigo, miel de colmenas bercianas, especies como azafrán, canela o clavo, y unos sacos de harina fina apta para hacer sagradas formas o “hostias” para la celebraciones eucarísticas en el monasterio por parte de los monjes. Este primer carromato estaba al mando del padre superior de la familia, llamado *Paolo*, y de apodo *Escribano*, pues por aquellas épocas, apodo y apellido era todo uno, y posteriormente el apodo sería como un apellido complementario del nombre. Y todo ello porque el tal señor *Paolo* había trabajado hacía bastante tiempo de funcionario escribiente en las labores del municipio de aquella ciudad. Sentada con el jefe iba una joven doncella, una de sus hijas del patrón, a la llamaban la

simpár *Constanza*, una mujer que se la veía acostumbrada al tiro, a la carga y al acarreo de mercancías y negocios por los caminos recorridos y construidos por los antiguos romanos.

En el segundo transporte, un carromato de igual hechura que el anterior era llevado con destreza y agilidad por un fornido varón, de nombre *Yulio*, y que era yerno del patrón maragato, pues la joven mujer con la que compartía asiento, llamada *Esther*, era la hija primera de *Paolo Escribano*, y tenían un hijo, *Antón*, de cinco años que habían dejado en la ciudad astorgana al cargo de los padres de él.

Dos inquietas yeguas, denominadas, “*La Fresca*”, la más rubia, y la otra “*La Ligerá*”, que era más negra y un poco más pequeña que la anterior.

Estos modos de transporte solían ir de ciudad en ciudad y de regreso siempre iban cargados con otros enseres o mercancías de la región o zona desde la que posteriormente partían hacia su origen. En este caso iban a llevar sacos de sal, que en las cercanías de *Villafáfila* había terrenos salinos donde los humedales y lagunas salitrosas hacían que allí la sal fuera muy valorada en los territorios donde no la habían, y muy apta para condimentar los alimentos y salar ganados como cerdos para su conservación.

También pensaban llevar de vuelta maderas de roble y unos lotes de algodón y plantas medicinales que por la zona se daban con cierto primor.

Pero lo que el joven *Tomasillo* miraba era lo que en aquel momento transportaba desde la romana ciudad “*Astúrica*” hacia el monasterio, y eran en aquel carromato, pedazos de carbón negro, piezas de mineral de hierro, y bloques de alabastro para tallar ciertas esculturas para la iglesia del convento.

Pero lo que más llamó la atención de muchachito fue el aspecto físico de los hombres, y sobre todo de una quinta persona que nadie parecía esperar, y de la cual *el jovencito Tomás* iba a tener como un buen y servicial amigo. Se trataba de *Bernabé*, un adolescente de unos diecisiete años, primo de *Yulio*, y que él y su familia quería que se formase como novicio en aquel monasterio, y que como luego vio con fijeza, traía entre manos y no se apeaba de ello, unas cestas de cerezas primaverales de las que el *Bierzo* y la *Maragatería* cercana eran muy prodigiosas en dar como cosechas de gran calidad, y muy sabrosas por esa época del año.

El que más llamó, sin embargo la atención de chaval fue *Yulio*, apodado, *Altobán*, que acompañado por su esposa *Esther*, era un varón fornido, musculado, alto y moreno, quizás por los avatares del sol y los vientos de los caminos. Y con su rostro terso y de perfil agudo, sus grandes ojos negros, así como sus abiertas cejas daba la sensación de serenidad, complexión varonil y franqueza.

En cambio, *el adolescente Bernabé*, su mirada parecía pensativa y perderse en las profundidades de sus orbitas oculares, y su cara lampiña le hacía parecer inocente y descuidado, algo azorado y de palabra torpe. Y a *Tomasillo* le mostró al pasar en el carromato unos racimos colgantes de cerezas rojas, de dos o de tres uniones, que hizo las sugestivas delicias del paladar de chiquillo como todo un encanto de manjar.

El Pater familia, *Paolo*, un hombre de unos cincuenta años era un ser muy avezado en estas cuestiones de rodar por las sendas, las vías y rutas medievales, y su cara muy morena, desgastada y arrugada, ya por el tiempo de la madurez de sus vivencias, sobresalía como portadora de experiencias, sucesos y aventuras, realizadas por esos caminos de Dios, dando pragmatismo y rigor, fortaleza y avidez con sus recios brazos, y sus amplios pies ligeros hechos para remover y pisar carreteras, así como conocer lugares misteriosos y exóticos, que le hacían peculiar y asombraba a pequeños y mayores.

De las mujeres que les acompañaban la cuestión era distinta. Los frailes y las primeras monjas de los conventos anexos y cercanos las veían como viajeras y acompañantes de los maragatos en su deambular por el mundo, e ir de aquí para allá. Eran mujeres algo fornidas por el cargo y el trabajo anexo al cargo de carreteras por las calzadas romanas y otras creadas en la *Edad Medieval*. Se habían acostumbrado a las labores de ir y venir con los arreos y trayectos por caminos, utilizando a animales de recuas para poder sobrevivir por esos largos, desiertos y a veces peligrosos caminos.

Esther la mayor, era una mujer de brazos complejos y masculinos, apta para llevar lo mismo una casa que una pareja de mulas, bueyes, o yeguas como era el caso actual. Era en el fondo una mujer callada, seria, obediente a su marido, como toda mujer de la época. Tenía una gran cabeza, boca enorme, y dientes blancos de buen yantar, Pelo castaño y orejas recogidas con un pañuelo de colores típico de su zona, y que le hacían aparecer con unos ojos vidriosos, muy llamativos y nerviosos, que reflejaban cierta paz, seguridad y ternura a las gentes que le miraban de frente.

En cambio su hermana menor, *Constanza*, que era la que acompañaba a su padre *Paolo*, era una joven de unos veinticinco años, mas jovial y simpática en su rostro, de tez más rubia y de cabello casi pelirrojo, que aparentemente no se parecían si no fuera por costumbres y hechos de la familia de carreteros y arrieros. Sus ojos azules le hacían ser más seductora, aunque su menor estatura con respecto a su hermana, una mujer más alta y de complexión más fuerte, le daba a *Constanza* una figura más dulce y sensual. Y su padre sabía que esta doncella no le gustaba tanto el acarreo de mercancías y que la perdería en cualquier momento, pues ya tenía edad de casarse, o de aparearse con algún varón, en una de las muchas rutas que recorrían por caminos y ciudades del norte.

La llegada de la comitiva fue bienvenida por toda la comunidad de monjes y las nuevas monjas que se habían establecido por la ribera derecha del río *Astura*, o *Esla*.

CAPÍTULO DÉCIMO SEGUNDO

UN PASEO POR LA CAMPIÑA

HABÍAN PASADO unos dos meses desde la llegada de los arrieros maragatos, y las cosas habían cambiado un poco, o un mucho, tanto en las viviendas de los alrededores del monasterio como en el interior de dicho recinto religioso.

Para empezar decir que aquella linda muchacha, la hija menor de *Paolo*, llamada *Constanza*, se había quedado en Tábara, pues se había enamorado de uno de los hijos de los Cordobanes, de *José*, el carpintero de obras y de muebles, quien había conseguido seducir a la joven, con su labia amorosa, y su destreza y habilidad en construir piezas para el hogar. Y además había capturado un ave llamada “*abubilla*”, pero la habían apodado “Upupa”, de pico largo y curvilíneo hacia abajo, con su cresta ostentosa de color canela o pardusco. Sus ojos tiesos y ligeros, ave despierta y ojeadora, y buena comedora, que desde altivas lomas, troncos desconchados o muros caídos, devoraba insectos, hormigas o lagartijas. Era un ave de espléndida belleza, cuyas alas de color negras y blancas semejaban mosaicos bizantinos. Y su perfil era como el de una doncella egipcia, llena de olores y maquillada. Mas, para la cual había construido una jaula, pues la bella muchacha quería tener un ave así para su deleite, y cuidar de dicho animal como otras damas tenían diferentes mascotas como gatos o perros pequeños.

Ese día habían establecido una excursión, o paseo, por los alrededores del monasterio, para buscar ciertas plantas medicinales, y algunas especies vegetales tales como setas comestibles, sobre todo por las mujeres *del clan de los Cordobanes*, cuya experta *Dalia*, en unión de su hermana *Azucena*, que iban acompañadas por *Tomasillo* y su madre *Andrea*, que era un especialista en micología comestible. La Naturaleza era un buen modelo de alimentación. Un ejemplo a seguir en los momentos difíciles de la vida.

El muchacho *Tomás*, que había hacia unos meses cogido una mascota, un perro de caza, al que llamaba “*Sultán*”, una especie de pastor centroeuropeo, y que había convencido a su madre para que les acompañara el novicio *Bernabé*, cuyas cerezas rojas le habían permitido hacerse como un buen conocedor de frutos salvajes y vegetales comestibles. Y *Tomasillo* era feliz, lleno de ilusión, en compañía del joven *Bernabé*, primo de los maragatos, y un muchacho soñador e ingenuo, muy cándido y honesto.

Bernabé, allá en el Bierzo, era a su edad un experto en frutas comestibles que crecían por los alrededores de los ríos, y canales o lagunas.

Y lo primero que el pequeño Tomás le mostró por aquellos lares naturales fue una fuente en cuyas zonas húmedas de su manantiales frescos y llenos de agua, fueron unos vegetales llamados “berros” que era, como unas hojas como lechugas de buen sabor para ensaladas. Luego, encontraron unas plantas de perejil y varias cebollas silvestres.

Pero lo que mejor buscaron fueron en compañía de las mujeres como fueron varias setas y el perro “Sultán” todo un sabueso en caza les encontró tras las raíces de unos arbustos varias trufas que eran muy ricas y apreciadas a quien las probaba.

No era un paraje muy espléndido pero sin duda existían varias variedades de plantas como algunas sauces llorones que a los monjes les recordaban otras regiones o países de donde provenían, y los fresnos y encinas les llamaban mucho la atención por la sombra en verano y por las bellotas que aportaban a la alimentación de su ganado que tenían en los corrales tanto del monasterio como de los alrededores.

Y mientras las mujeres como *Andrea* o la recién llegada de la familia de los maragatos, *Constanza*, *Dalia* y *Azucena*, de los *Cordobanes*, estaban muy contentas y eran muy joviales, recolectaban variadas plantas, y recogían plantas como la tila, manzanilla, hierbabuena, melisa, y hasta el órdago, *Tomasillo* y *Bernabé*, a quienes los monjes le permitían salir, pues aún tenía mucho que aprender de la vida y de la naturaleza, se paraban a observar el discurrir de ciertas lagartijas y salamandras, que escurridizas como eran se calentaban al sol para tomar fuerzas y energías en sus cuerpos estilizados y nerviosos.

- Mamá, vosotras... Mirad aquí hay un hormiguero. ¡Unas hormigas que llevan en las boas granos de cereales, y hojas secas! – voceó como un gran descubrimiento el chavalito, tocando con un palo seco que había encontrado las rutas incansables y pausadas de unas negras hormigas, a las que el perro pastor olfateaba con inquieta actitud y labraba sin ton ni son a unos animales que organizan sus vida como ellos, en un monasterio lleno de orden, de disciplina y de bienestar social.
Llevaban caminando como unos treinta minutos, y el perro ladró con cierto entusiasmo como dando a conocer algo nuevo e imprevisto que...
- ¿Qué es eso, Bernabé? – dijo en chiquillo lleno de curiosidad y cierto miedo mirando a una gran charca, como una laguna en medio del las praderas y perdida tras unos matorrales. .
- No te acerques mucho – le dijo el novicio al muchachito.
- ¿Por qué, hacen daño esos animales...?
- Ni mucho menos, pero se espantarán si hacemos mucho ruido.
- ¿Si son aves voladoras? Y continuó diciendo: “*Fray Daniel*, el hermanastro de José y Anuel, me ha enseñado que esas aves, a las que llama patos salvajes vuelan todos los años a un país que llaman África, y hacen algún daño”.
- No, no son buenas para cazarlas y para la comida...
- ¿Y no son buenas también los conejos y las liebres que se encuentran ahí en esos montes? - dijo el muchachito con incauta inocencia e ingenuidad, señalando los montes cercanos como la sede de dichos animales.
- Sí, sí, pero todo no vale para comer. Dios es muy generoso con la Naturaleza, pero como en el Jardín del Paraíso siempre hay cosas peligrosas o prohibidas...
- ¿Cosas prohibidas como qué Paraíso.
- ¿Aun los frailes no te han explicado lo del pecado original...

- ¿El pecado original? ¿Qué es eso Bernabé?
- Bueno dicen que es un pecado con el cual nacemos porque *Adán* y *Eva* comieron del fruto prohibido y **Dios** les castigó a salir del Paraíso donde muy bien se encontraban.
- ¿Del Paraíso? ¿Qué es eso, un lugar como este en el que ahora estamos?
- ¡Bueno, sí, más o menos como este!

Mientras tanto, cerca de allí, entre hierbas altas, jaras, retamas, tomillos de buen olor, las mujeres recolectaban plantas medicinales.

Y un poco más lejos, las hermanas *Delia* y *Azucena* buscaban otras plantas silvestres, una de ellas, no sé cual, de repente exclamó, y puso un grito en el cielo con estas palabras.

- ¡*Constanza*, *Andrea*, amigas, venid, rápidamente, mirad que he encontrado...!
¿Qué era en definitiva lo que la joven muchachas de los *Cordobanes* había encontrado entre la oculta floresta? ¿Eran fresas salvajes como les habían anunciado que allí existían? ¿O era otra cosa curiosa y misteriosa de la que no se habían apercebido encontrar allí?

CAPÍTULO DÉCIMO TERCERO

LOS VARONES CRUZAN EL ASTURA

DESDE LO ALTO DE UN ÁRBOL que contenía un nido de cigüeña, una pequeña cigüeñita se había caído de las altas ramas de un olmo.

Eso era lo que había encontrado *Dalia* mientras en compañía de su hermana buscaba plantas y otros frutos.

Pero, *Azucena*, no había encontrado eso...

Ella había encontrado unas cuantas fresas silvestres.

Y su sorpresa fue cuando una y otra, adivinaron que la vida en el campo estaba llena de cosas sorprendentes, de hechos inusitados y especiales.

¿Qué hacer con el cigüeñita? Y ambas tenían razón, las cosas en el campo no son como empiezan sino como continúan o acaban.

Mientras, varios hombres, algunos monjes y otros varios seglares habían cruzado en una barquita hacia la otra orilla *del río Astura*, para pescar o cazar algunas aves o animales permitidos por las leyes del Reino y por las normas de *san Benito*.

Estaba ese día con un sol muy radiante y hermoso con su luz natural y de tonos claros. Era un domingo primaveral, del mes de mayo, cuando todo es belleza en flor y la naturaleza se muestra espléndida y maravillosa.

Pero había un episodio que a nadie se le había ocurrido prever como un acontecimiento nuevo.

Hacia unos pocos meses que otros monjes se habían incorporado al monasterio de *Moreruela de Tábara*. Los frailes más numerosos provenían de *Francia*, pero, había otros que habían llegado del sur de *Hispania*, de la zona de *al-Andalus*, como eran cristianos o emigrantes, o desplazados por razones ideológicas y religiosas.

Entre estos últimos estaba *fray Guillermo*, el boticario, que se había incorporado al servicio del convento, y a cuyas dependencias de la botica le fueron asignadas junto con las funciones de encargado de la Farmacopea, con sus respectivos frascos de cristal, un dispensario entre anaqueles, tarros con sabias medicinas, ungüentos, cremas y medicinas, y variados potingues, con diversos recetarios, al servicio de la comunidad tanto religiosa como de los fieles o gentes diversas apostados en las cercanías del recinto monacal.

Era el boticario un hombre alto, rubio, con rostro serio y disciplinado, un varón elegante y amable, con grandes cejas y ojos agudos y saltones, con el pretexto de acopiar diversas plantas útiles en botica. En esa expedición o excursión casi apostólica o de bien común para la comunidad, había acompañado el boticario a

otros frailes y a seglares como *Benito Andrade* en busca de plantas y vegetales de tipo curativos.

Pero, era la joven de los Cordobanes, *Dalia*, experta en recolectar plantas, sobre todo medicinales y curativas, aprendidas en el suelo árabe y andalusí, la que había tratado de manifestar una cierta relación por esas cuestiones medicinales con fray *Guillermo*, siendo este un monje varón muy dado al amor, y muy enamorado, aunque había habido frailes de esa índole humana muy propicios a ser más humanos que piadosos ermitaños. Y así el boticario, por aquello de recolectar y experimentar con determinadas plantas curativas se había empezado a enamorar de la joven *Dalia*, y aquella ocasión de salir al aire libre en busca de aquellas plantas se hacía favorable a un encuentro casual o fortuito, meditado o diseñado para tener un encuentro social en busca de especies curativas por el campo.

Y así mientras *Constanza* se había fijado en el varón de la familia de los *Cordobanes*, *José*, el ebanista o carpintero, otra mujer, *Dalia*, estaba siendo seducida, poco a poco, y entre comillas, con ella dándose cuenta de los hechos, con un monje, como Fray *Guillermo de Úbeda*, al que por sus conocimientos llevaba además de la oración, y a su cargo la botica del monasterio.

Otro de los monjes casi recién llegados, *Fray Lucas*, por su amor a los libros, a *Platón* y a *Aristóteles*, así como al poeta *Horacio* y a *Virgilio*, había sido propuesto para la biblioteca, y así se estaba coleccionando ciertos pergaminos y libros procedentes sobre todo de *al-Andalus* con traducciones de arabistas que había conocido en *al-Andalus*.

También había dos monjes al que les habían asignados labores de agricultura, y uno de ellos *Fray Anselmo* le habían asignado el control de las colmenas y de un palomar.

El palomar estaba en la margen derecha del río, a unas pocas leguas del monasterio, al que llamaban "*Columbus*", y esa construcción, acabada de realizar hacía unos meses, tenía una estructura de barro y cal, y una composición de unas cien palomas con sus parejas, donde daban unos cuantos huevos diarios. Y en cuestión de apicultura el fraile *Anselmo* tenía ciertos conocimientos que le valían para fabricar una miel riquísima, así como realizar velas con cera propia hechas para la liturgia de la iglesia, y para el alumbrado de celdas y estancias monacales.

En la excursión de hoy, *fray Anselmo* iba a la otra orilla, la izquierda, donde había colocado unas cinco colmenas, que daban esa buena miel y ceras para los gastos de todo en convento. Y así había pasado todos ellos, en compañía también de *Benito*, en esa barquichuela para control de abejas, con su reina en cada panel, y sus obreras trabajando y polinizando por los floridos campos anexos.

Unos pocos monjes se habían provisto de unas cañas de pescar peces, y *Benito* también llevaba otra, y así en unas balsas al otro lado del río intentaron pescar lampreas, barbos y cangrejos de río en una vegetación ribereña de chopos, olmos y álamos, y viendo en la lejanía un monte cargado de quejigales y encinas que mostraban lo fértil y esplendorosa que a veces es la naturaleza, y **Dios** que vela porque todo transcurra en paz y armonía entre todos los seres de la Tierra.

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

Pero en aquellas circunstancias de los hombres para un lado del río *Esla*, y las mujeres para la otra ribera, pocos encuentros fortuitos se iban a realizar.

Mas las cosas no iban a parar ahí. Acontecimientos diversos le iban a mostrar a *Tomasillo* que no estaban solos en el convento ni en la región, aunque sus padres trataran de ocultárselos siempre que podían.

CAPÍTULO DÉCIMO CUARTO

EL OTRO MONASTERIO CERCANO

TOMASILLO aún en aquellos meses no se había dado cuenta de que a unas cuantas leguas de allí, se había formado, incluso antes que ellos, es decir, su monasterio de *Moreruela de Tábara*, una antigua comunidad religiosa, más fecunda y amplia que la suya, pero mantenida al margen para no herir sensibilidades, ni responsabilidades religiosas que se solapasen o se hiriesen mutuamente.

Ahora por un descuido de *fray Juan*, un buen hortelano y fraile de la tierra, que siempre que ponía algunas verduras como ajos, cebollas o zanahorias, u otras hortalizas, regalaba a la madre de *Tomasillo*, *Andrea*, para que cuadrasen los surcos como si nada hubiere sucedido, todo para el comer de aquella familia, y es que en el fondo el mencionado monje estaba medio enamorado de *Andrea Garnache*, sin que nadie lo supiera ni lo sospechase.

Y con un despreciable comentario de *fray Juan* sobre el camino que habían tomado al partir, con la marcha de los maragatos, *Tomasillo* descubrió que su ruta no era la de vuelta completa, sino que iban a estar unos días en el cercano monasterio de monjes benedictinos.

Salvador de Tábara era el nombre del otro monasterio cercano, o unas cuantas leguas de *Moreruela*, un lugar también recóndito y exuberante, cercano al río “*Astura*”, y un gran convento junto al arroyo del *Casal*, en las últimas estribaciones de *Sierra Culebra*, fundado también por el *obispo Atilano de Zamora* y por su compañero el *obispo Froilán de León*.

¿Cómo se había mantenido oculto el tal monasterio?

Primero había sido este que *Tomasillo* había ahora comenzado a conocer por referencias y hechos observados sin la menor importancia.

Un niño o muchachito no tenía porque conocer el resto de fundaciones o repoblaciones dadas por reyes u obispos.

Cada monasterio era autónomo, independiente, aunque luego estarían unidos por sus abades o priores que tendrían que mostrar a un abad superior como era el de Sahagún o algún monasterio francés los gastos, ejercicios económicos y rentas, donaciones o prebendas recibidas.

Así ambos monasterios habían florecido en el siglo IX cuando en esa zona del río *Esla* se habían instalados los monjes y monjas hasta un gran número de hermanos y

hermanas, como miembros de unas comunidades religiosas que servían para ampliar territorios, sacar fruto y cosechas a la tierra, y evangelizar a los fieles cristianos que por allí fuesen a morar.

Y así “*Salvador de Tábara*”, como otro monasterio, quizás más esplendoroso que el también primitivo de *Moreruela de Tábara*, buscasen la paz con **Dios**, el silencio de unas congregaciones y el despertar del campo, aún a pesar de la confrontación con *el Islam de al-Andalus*, cuyas razias y guerras eran continuas por aquella época.

¿Y es factible que existieran dos monasterios casi juntos en aquellos pagos zamoranos el río *Esla*?

Y eso fue factible y posible. Una realidad según algunos textos y documentos antiguos.

Mas *Tomasillo* ya se había percatado cuando había oído hablar de otro convento cercano, pero nadie le había dado importancia a aquel hecho ni ser un modelo de convento de uno para el otro.

- Entonces, Padre, ¿existe otro monasterio cerca de aquí?
- Y eso te importa mucho – le había contestado el Padre. ¿No estás a gusto aquí? Allí ya son muchos. Tal vez un día tengamos que marchar de aquí.
- ¿Y cuándo será eso Padre?
- Cuando el trabajo y la necesidad obligue.
- ¿Y eso será pronto?
- Te voy a contar que aquí, no hace mucho tiempo, tuvo lugar una batalla entre cristianos y musulmanes, la llamaron de “*Polvoraria*” y vencieron los cristianos a los musulmanes, y a raíz de ello, ¡me sigues entendiendo *Tomasito!*, (el muchacho hace una mueca de afirmación) dos monjes, convertidos en obispos, *Froilán* y *Atilano*, convirtieron esta región en una zona de monasterios, con ayuda del rey *Alfonso*.
- ¿Y es verdad que el rey está enfermo?
- ¿El rey enfermo? ¿Quién te ha contado eso?
- Yo lo he oído decir a varios monjes que hablaban en voz baja, pero mi oído es muy fino y los escuché en un rincón.
- ¡Va, son bobadas! Siempre dicen cosas de nuestros obispos y de los reyes.
- Pero, - continuó el chiquillo diciendo - sus hijos le quisieron destronar, o como se llame eso de quitar reyes y poner a otros.
- ¡Va, más bobadas y patrañas! Cuando seas mayor sabrás muchas verdades. Ahora, de qué te servirán que lo sepas.

El muchacho se quedó pensativo y meditabundo. Sabía que su Padre le mentía en pequeñas cosas, pero tenía razón, a su edad de qué le valía saber esto o aquello...

Ahora me explico – se decía interiormente el muchacho – por qué motivo los astorganos se fueron en esa dirección. Y por qué los “*Cordobanes*” cuando vinieron aquí lo hicieron primero hacia esa zona.

Cada monasterio es un mundo aparte, y yo soy *Tomasillo*. Y punto.

CAPÍTULO DÉCIMO QUINTO

EL MONASTERIO DE SALVADOR DE TÁBARA

PARECE IMPOSIBLE PERO FUE CIERTO. A pocos kilómetros se fundaron dos monasterios, que por aquella época, era como fundar dos ciudades cercanas a unas pocas leguas uno del otro.

Tomasillo comprendió unos días después que el mundo no era uno, sino varios. Y tuvo ganas de saber cómo era o cómo estaba siendo esa otra ciudad medieval. ¿Sería un monacato como los demás, o era distinto del que conocía de *Moreruela*, fundado a la derecha del río? Pero, qué decir si el del Salvador también estaba situado a la derecha del “*Astura*” en caminar o desaguar en el río *Duero* camino del mar de *Portugal*.

Entonces se dio cuenta que en aquellos años los cenobios eran ciudades de **Dios** en medio de una vegetación espléndida, exuberante, grande y especial. Y aunque olvidados del mundanal ruido eran cenobios sagrados, religiosos, como ermitaños en medio de una vegetación nueva, de unas tierras feraces, en una región fértil rodeada por un espléndido río que bajaba rico en tierras pardas, minerales y polvo terroso, que la zona apreciaba más que el oro. Y el silencio, el dúctil y agradable trabajo de los frailes y monjas con sus miniaturas para los códices y beatos, biblias o Salmos, era una apuesta nueva y distinta. La bendita paz y tranquilidad de los monasterios encontraban allí además de un agua fresca y límpida para el riego y para ellos, la luz buscada por apóstoles y discípulos de Jesús.

Pero ¿cómo podía ir hasta el otro convento, y conocer cómo era aquel otro lugar, aquel otro centro religioso? La curiosidad infantil se llenaba de imaginación e ilusión, y su mente ávida de aventuras, pero fructífera de fantasía le llenaba de explosiva emoción por conocer otros mundos, de vivir unas nuevas sensaciones en otros lugares de la tierra, aunque fueran cercanos en el espacio, y lejanos, tal vez en el tiempo.

¿Y si se lo dijese un día al novicio *Bernarbé*, su especial amigo del convento? ¿Tal vez una rápida escapada hasta donde decían existía otro lugar religioso no estaría mal conocerlo?

La semilla de la aventura ya estaba puesta en su juvenil mente, como un pensamiento secreto, altivo, ilusionante y atrevida.

Pero él era todavía pequeño...

A sus diez años era todavía un chiquillo.

¿Cómo podría ir un día hasta allí? Si estaba a pocas leguas tal vez le daría tiempo de ir y venir en un solo día, cuando el verano estuviese en su cénit y con muchas horas de sol encima.

Más nada tendría que decir a sus padres. ¿Y cómo y cuándo sería eso? ¿Toda una aventura en una callada e intrigante mente, si él mismo fuera en recóndito acontecer en una expedición al monasterio de *San Salvador*, con el novicio *Bernarbé*?

¿Se lo contaría el secreto, si se lo dijese confidencialmente a su amigo el novicio de la familia del astorgano *Paolo Escribano*, y joven primo de *Constanza*, que estaba ya casi unida a *José*, el carpintero de los *Cordobanes*? ¿Podría este traicionarle con delatarle a sus padres la pretendida fuga o huida hasta el monasterio de *San Salvador de Tábara*? Por eso ya había comenzado a investigar sobre cómo era aquel lugar, y las posibilidades de conocer otro santo monasterio con sus monjes, y qué es lo que hacían allí, y quiénes eran los habitantes que vivían moradores de sus interiores.

¿Sería una congregación parecida a la creada por su padre *Benito*, y el resto de monjes, así como por su abad y el trasmerano *Christian Arbal*, con sus primos albañiles itinerantes?

Tendría que buscar una oportunidad pues el hambre de curiosidad y de conocimientos, y la sed de investigación le hacía parecer un monje en camino de serlo. Y ordenarse sacerdote o parecido a un fraile no entraba aún en sus planes de futuro.

CAPÍTULO DÉCIMO SEXTO

LA FAMILIA DE ANDREOMAR

CON LA LLEGADA POSTERIOR DE LA FAMILIA DE ANDREOMAR, unas semanas después de haber maquinado una fuga o expedición de un día de verano con Bernarbé, las cosas comenzaron aunque complicadas, a tener sentido para él. No sería un sentido común, sino la voluntad de saber más, aparte de las leves y pocas lecciones que algunos frailes le daban en el claustro de monasterio cuando el tiempo de rezo y oración, o de los trabajos rutinarios no lo impedían. El afán de saber nuevos conocimientos iluminaría aún más su pequeña inteligencia como de un mozalbete ilustrado, y ahondaría más en ser un jovencito cristiano, sabedor solo de un poco de latín, y de algunas palabras más del romance leonés.

Y reflexionó que era importante conocer geografía e historia del mundo actual, a pesar de que su padre Benito Andrade no quisiera mostrarle ciertas cosas y rumores que corrían por el claustro de la abadía benedictina. Sobre todo un no sé qué designio divino del rey Alfonso, al que había oído que llamaban el Magno, tercero de su nombre, y que era un rey asturleonés, que había trasladado la capital desde Oviedo a León, y que estaba muchas veces peleando con los árabes, yendo de León a Zamora, y con tres hijos que le disputaban el poder y el reino de aquellas tierras.

La familia de Andreomar se dedicaba a los tejidos, a telas y paños con los que confeccionaban vestimentas religiosas, prendas sagradas, paños de iglesias, y por ende vestidos para los cristianos, haciendo también las vestiduras precisas y concretas para una misa de iglesia, como la confección y la fabricación del llamado “alba”, o esas casullas para los oficios religiosos, o las estolas o manípulos, las capas pluviales para actos importantes, o la llamada “dalmática para diáconos y subdiáconos. Eran especialistas en hacer también sandalias, medias y ropa para los ejercicios religiosos, o zapatillas de cáñamo o esparto para mantener unos pies sanos.

Y esta familia con un carromato grande y otro pequeño, se desplazaban por conventos y aldeas para confeccionar y hacer este tipo de prendas de seda, de lana y de cáñamo para las comunidades religiosas, o para los fieles cristianos que se aposentaban a orillas o en las cercanías de los conventos o cenobios, como las abejas lo hacían para servir a su reina dentro de una colmena o de un enjambre numeroso de abejas, con sus zánganos y obreras, libando la miel y haciendo panales de cera alrededor de la reina.

Abel Andreomar de origen cordobés, estaba casado con Rema, una doncella leonesa llevada como cautiva un día a Córdoba, donde conoció y se casó con el tejedor y

comerciante mencionado, del que ahora tenía dos hijos, Perín y Tulia, el chico de unos diez años y la muchacha Tulia de siete años.

En el carronato pequeño les acompañaban la madre de Abel, llamada Torima, y una hermana de ella, Zumaila, ambas muy buenas cosedoras, notables y expertas mujeres en los tejidos y prendas de lino, o en confeccionar ropas y vestuarios para cualquier centro o institución, o los hábitos o ropajes de los monjes o hermanos de una abadía, y realizar hasta alfombras sencillas y manteles muy vistosos y apreciados por su calidad y diseño para funciones religiosas de carácter sagrado.

Y para las aldeas confeccionaban sarga, lana y otros tejidos de menor calidad o importancia, y más baratos en su adquisición que fabricándolos ellos mismos.

Cuando el pequeño Tomasillo, indagó por su cuenta y riesgo que procedían del monasterio cercano de Salvador, pues desde hace algún tiempo siempre estaba ojo avizor sobre los nuevos viajeros que se desplazaban al convento de Morerueta, se enteró, o le pareció así a él, que esos nuevos viajeros habían estado en el cercano lugar de Salvador de Tábara.

Así que decidió hacerse amigo de Perín mientras su familia hacía y confeccionaba el vestuario y prendas religiosas para los monjes del monasterio de Morerueta, pues si aquella familia itinerante en paños y tejidos se habían ido hasta allí, sería porque los frailes les habrían llamado para hacer ciertas prendas o vestuario para los habitantes o necesidades del cenobio.

Eso serían unos dos o tres meses, y así tenía que darse prisa en saber más cosas del monasterio casi olvidado para él, a unas leguas de allí, aunque estuvieran en un lugar muy cercano el uno del otro.

Intentaría hacerse amigo del niño de Abel Andreomar y Rema, para saber qué conocía el muchacho de aquel lugar de dónde últimamente procedían.

Un día jugando con una pelota de lana, el niño Perín le habló a Tomasillo de una gran torre que acababan de construir en Salvador de Tábara, donde unos monjes escribía y pintaban en una libros o pergaminos, realizando esas tareas así en secreto.

En Tomasillo se le despertó una febril imaginación, y la curiosidad le embargó su pequeña alma durante varios días. ¿Qué sitio sería aquel, tan enorme y grandioso?, sacaba en conclusión Tomasito, fiándose de las explicaciones más o menos fabulosas de su pequeño y nuevo amigo, Perín, el de Andreomar.

Un día tuvo más interés en conocer nuevas cosas de aquellos recónditos lugares para él, aunque la distancia no fuera superior a muchas leguas medievales. Y así el bueno del pequeño Tomás le regaló, a su nuevo y foráneo amigo, una peonza de madera para hacer una amistad más perdurable y duradera.

Y la curiosidad de Tomás era tan grande que le preguntó a su amigo:

- ¿Hay una iglesia tan enorme como la de esta abadía de Morerueta en esos otros lugares?
- Una iglesia grande y una torre a la que miran con asombro todos los recién llegados al monasterio –le respondió Perín.
- ¿Una torre grande, más que esta de Morerueta?

- Sí, sí, aquella de allí es muy grande, de varios pisos, y con campanas que suenan muy bien.

La mente de Tomasillo se llenó aún más de expectación y fervor. Su cerebro se iluminó de luz, su conciencia tomó un color abierto y distinto, entre un conocimiento inusual y un saber apasionado, con una dicha capaz por descubrir una torre esbelta y llena de sabiduría, con una genial configuración y de una edificación tan religiosa como maravillosa.

La simiente del conocimiento estaba ya puesto en el alma de un chiquillo medieval, viviendo entre frailes, aldeanos y artesanos. Los cimientos del aprendizaje estaban ya en marcha. Todo era cuestión de tiempo y de oportunidad.

CAPÍTULO DÉCIMO SÉPTIMO

BUSCANDO EL MONASTERIO DE SAN SALVADOR

Y LA OPORTUNIDAD SURGIÓ UN DÍA DE IMPROVISO. Como las fuentes de agua fresca buscan los canalitos llenos en sus riberas de verde vegetación, entre hierbas y plantas salvajes, flores como las azucenas y las dalias, así los humedales atraen a las plumas de pajarillos descarriados, y un sinfín de ranas saltimbanquis de duro o alegre croar, o gusanos ocultos entre barrosas y ennegrecidas tierras llenas de vida, con esos enhiestos y agudos tallos verdosos que anuncian la estación cálida del estío, donde los trinos de las aves y los silbos de los ruiseñores se confunden en el cielo con azuladas o nubecillas blanquecinas, o bien, se confunden con amarillentas retamas o floreados tomillos de suaves y profundos olores, o también con el despertar de caracoles ocultos entre setos del camino, o babosas negras como el oscuro vacío de los montes, más unas delicadas lombrices aptas para ensartarlas en las finas púas de las cañas de pescar de los aldeanos, si fuera necesario para capturar peces del nutrido río.

Mientras las colinas cercanas se llenan de sensaciones vegetales o arbustos diversos llenos de flores amarillas o colores llamativos como los del arco iris, suaves, despiertos al aire, cercanos en la inmediatez del viento. Y cuando las frondosas praderas explayan aromas y perfumes de las bellas flores tan coloristas y olorosas, peleándose con inquietas abejas o altivos moscardones, danzando en un ir y venir por las flores de los campos silvestres, o entre árboles frutales más cercanos.

El sol luce sus eternas virtudes de luz, energía y bienestar.

El cielo mitad azulado y mitad blanquecino, mitad mariposas multicolores mitad una lluvia suave de final de primavera, y el celeste cielo utiliza el viento para mostrarnos las delicadas floraciones de la naturaleza salvaje, mientras reptiles, alondras y gorriones buscan la protección de árboles y arbustos para escapar del calor venidero y del águila rapaz que se oculta en los más altos riscos y arboledas. Todo ello para distinguir desde su altura de aves rapaces con las alas y plumas estiradas al viento, como unas sensibles aves y unas inquietas salamandras llenas de veneno, culebras ponzoñosas y ratones grises, se esconden y se escurren por los pedregosos suelos de los alrededores de las grandes sombras de águila rapaz, que escudriña con sus potentes y incisivos ojos polivisuales los caminos y vías naturales que llevan de un monasterio al otro, como si un poeta cantase las delicias de unos inocentes enamorados que sueñan a verse y a llamarse escondidos entre retamas y plantas, entre jaras y encinas, para intentar amarse en secreto escondidos entre floridos arbustos, jardines de flores silvestres y feraces huertos de la región.

Y en los pantanales cercanos de *Villafáfila* aves emigrantes, cigüeñas diversas, palomas torcaces, ánsares y patos salvajes, buscan lugares adecuados y convenientes protegidos para comer cada día, y huir de peligrosos enemigos, como halcones o águilas que

sobrevuelan los campos y prados en busca de presas adecuadas para su alimentación y supervivencia diaria.

Por una senda donde terminaba el camino rural que salía del *monasterio de Moreruela*, y se dirigía hacia el otro *convento de San Salvador*, llena de matorrales silvestres, y un suelo deforme y sinuoso, con tierra gris brava y algunas piedrecitas irregulares, con las que salpicaba el centro del camino, y en los bordes o cunetas de la oculta ruta, caminaba el novicio *Bernarbé*, montado en una mula parda, llamada “*Leontina*” por los habitantes del cenobio religioso.

Era una mula más bien vieja y madura que nerviosa y lozana, mezcla de un abandonado caballo medio salvaje y una burra testadura y terca, comprada por los frailes del convento a un pastor ambulante de ovejas merinas camino de los pastos y de las sierras del sur. Iba el adolescente novicio con un mandato urgente del abad *Jerónimo*, para el abad *Anás*, y de boticario para boticario, *de fray Guillermo de Moreruela para fray Tobías de San Salvador*, ambos en la región de *Tábara*, con su zurrón y canastillo, e iba con medicinas, colirios para ojo inflamados, y cremas o pomadas para los resfriados, así como ungüentos y unos líquidos olorosos y grasientos, que el bueno de *Bernarbé* llevaba como oro en paño, pues una desconocida enfermedad se había adueñado de algunos habitantes del cercano cenobio y de sus alrededores, y sabedores de la inteligencia y de la sabiduría del monje Guillermo para curar con las plantas medicinales, les mandaba unas pociones y mejunjes especiales para sanar un determinado tipo de fiebre y resfriados, y unas plantas especiales para recubrir y masajear la piel humana como un bálsamo precioso que recubriese los infectados granos de los enfermos, o los pechos inflamados de las gentes, y todos los que podían cobijados o depositados en la enfermería del monasterio de San Salvador.

Y el chiquillo *Tomás* que ya no perdía ojo ni sueño intentando descubrir la ruta hacia el monasterio cercano, se encontró de repente y como sorpresa aquella mañana al novicio *Bernarbé*, montado en un asno tan propio para rutas cercanas y para trabajos sencillos e inusuales.

- ¿A dónde vas, *Bernarbé*, tan deprisa y tan de mañana?
- ¿Acaso es muy temprano para ir a estas horas? – le dijo casi en sueños por la madrugada, el novicio.
- ¿*Bernarbé*, no me conoces, hombre?
- ¡Ah, eres tú, *Tomasillo*! ¡Apártate del camino que tengo prisa! - dijo el muchacho iniciador de monje benedictino, mientras el pequeño interrumpía adrede el sendero con su ruin presencia física, y su perro, “*Sultán*” que ladraba como para advertir de su presencia, amén de servir a *Tomasillo* de compañía.
- ¿Qué camino dices?
- ¡Por favor, apártate, tengo mucha prisa!
- Pero, si llevas la mula “*Leontina*” contigo, ¿quién te la dejado?
- ¡A ti qué te importa eso!
- ¡Llévame unos metros a mí subido a lomos de “*Leontina*! Me gustaría caminar en su lomo trasero. ¡Deseo montar en este jumento!
- ¡Ahora no puedo, llevo prisa, otro día será!
- ¡Eso me dijiste la última vez! – dijo la voz de *Tomasillo* con visos de estar enfadado.
- ¡Quítate de adelante chiquillo, eres muy pequeño para venir conmigo!
- Muy pequeño, pero si tengo ya más de diez años.

- Eso lo dices tú. Tienes menos.
- ¡Anda, *Bernarbé*, llévame un rato por el camino que luego me bajo, de verdad! Solo deseo montar para ver que tal bien se va ahí arriba.

Hubo un momento de callado silencio y de reflexión. Se oía el trino de jilgueros y otras aves que revoloteaban por allí, en los árboles cercanos al camino. Parecía que las palabras del pequeño *Tomás* habían hecho mella en el novicio *Bernabé*. Y sabía que *Tomás* era un plasta, un pesado, y que no le dejaría avanzar con tranquilidad por la senda. Más intentaría convencerle un poco más, de las necesidades vitales de los miembros de la comunidad religiosa para la cual trabajaba su padre, *Benito*.

- Ayer, (mintiendo) me prometiste llevarme a lomos de “*Leontina*” – dijo *Tomasillo* inventando una promesa.
- ¿Yo, te prometí qué...?

Cuando uno quiere poseer una cosa, discurre cómo hacerlo para tenerlo, tal cual un diablillo que necesita la amistad de un ser débil, para ganarse la confianza y así destruir la voluntad, o el coraje del adversario. Así, *Tomasillo* como un pícaro de aquellos tiempos, intentó influir en el novicio, y le dijo:

- Pero, ¿dónde vas tan deprisa esta mañana?
- ¡A ti, qué te importa eso!
- Seguro que en el otro monasterio te espera una zagala cuidando su rebaño de inquietas ovejas.
- ¿Qué muchacha ni qué monasterio? – contestó *Bernabé* intentando arrear a la mula para que continuara su camino.
- ¡Mientes, *Bernabé*! Tú te diriges hacia el cenobio que dicen se encuentra a unas pocas leguas de aquí – le espetó a boca jarro el chiquillo. .
Aquellas sorprendentes palabras le hicieron recapacitar al novicio que estaba perdiendo ya un tiempo precioso..., aunque como dice el refrán “**Dios** da el tiempo libre y gratis”.

En aquellos momentos llevaba el novicio ya perdidos unos momentos importantes. Iba por mandato de abad de *Moreruela* hacia el otro cenobio, más anterior que el de ellos, el *de Salvador*, cuyos habitantes les duplicaba en número y religiosos y religiosas, pues procedentes de *al-Andalus*, y de las persecuciones islámicas hacia los cristianos que habitaban dichas tierras sureñas, habían tenido que abandonar las tierras que fueron indígenas, y luego romanas o visigodas del sur y del centro de la antigua *Hispania*. Ese éxodo de gentes del sur, mejoró la emigración hacia zonas del norte de *Hispania*, e influyó en la repoblación hacia las tierras del río *Duero*, que los reyes asturleonese protegían y favorecían contando a su vez con la ayuda de la iglesia y centros benedictinos procedentes de *Francia* y *Alemania*.

Pero esas gentes traían las artes y las culturas propias de ellos, es decir, lo mozárabe, el mozarabismo de sus primitivos templos religiosos y los ritos mozárabes o costumbres de sus monasterios, junto con sus métodos de construcción de edificios o iglesias como destacaron en *Santiago de Peñalba en el Bierzo*, o *san Miguel de Escalada* en el norte de *León*. Y así esta expansión de lo mozárabe llegó a zonas o regiones como *san Cebrián de Mazote* o *san Baudelio de Berlanga* en la zona castellana, como obras maestras de la arquitectura mozarabista.

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

El siglo IX y el siglo X, con su máximo esplendor, convivieron felizmente el arte visigodo con sus arcos de herradura famosos, de *san Pedro de la Nave*, en Zamora, o de *san Juan de Baños*, del rey goda, *Recesvinto*, año 661, en *Palencia*, con las etapas del arte mozárabe como los monasterios de *Tábara*, el primitivo de *san Salvador* y el reciente, el otro e inacabado de *Moreruela de Tábara*, donde *Tomasillo* y *Bernabé* tenía su casa o morada. .

Y pocas gentes sabían por entonces, sin censos ni escalas, que la población dúplice del monasterio de *San Salvador de Tábara* eran en sus momentos de álgido florecimiento y de esplendor religioso, de unos ochocientos habitantes entre monjas y monjes, cada cual en sus pabellones diferentes.

La presencia de otras comunidades arabizadas en tierras de *al-Andalus*, les había llevado a unirse ante la nueva religión del Islam, y como piña con piñones en los pinos de los montes, se habían aglutinado en torno a unos cenobios, o comunidades religiosas, que les protegían de desmanes y oprobio de otras religiones.

Por otro lado, *Bernabé*, el novicio, procedente de *Astorga* y pariente de la familia de los “*Maragatos*”, dejado allí cuando *Paolo Escribano* había llegado con mercancías hasta allí, se había afincado en el monasterio de *Moreruela*, sirviendo como lazarillo al clérigo *Guillermo* con su farmacopea y medicinas, o como enviado especial del abad Jerónimo, en misiones de urgencia y rapidez como era en este caso.

En sus reflexiones y pensamientos había decidió llevar con él al muchacho *Tomás*, pues que *fray Guillermo* así avanzaría en su objetivo de llevar medicinas y otras farmacopeas y el abad le habían encomendado, y le había metido en sus zurrones y bolsas.

Llevaría al *Tomasillo*, pero nada diría ni le comentaría de su misión especial al cenobio del *Salvador*, y cuando llevara una o dos leguas de andar le mandaría bajarse de la mula “*Leontina*” y en paz.

Pero el inocente e inexperto novicio, con su cara blanca y su negro cabello medio sucio y rizado, no supo que el muchacho, de cara redonda y despierta, flequillo negro como de monje, era muy listo y sagaz, y que las leguas para llegar al siguiente monasterio se hicieron largas, pesadas y llenas de vericuetos, pero no aburridas pues el mozuelo ya se encargó de distraerlo e ir con él hasta el final del camino que conducía por atajos y senderos hasta el cenobio de *San Salvador de Tábara*.

- ¡Qué bien se va montado en esta mula!, - decía siempre *Tomasillo* con voces altas y llenas de ilusión, por el encanto y la satisfacción de verse complacido, para saciar su curiosidad, o para admirar y conocer lo prohibido.

CAPÍTULO DÉCIMO OCTAVO

POR FIN SE DIVISA EL NUEVO MONASTERIO

TOMASILLO NO SALÍA DE SU ASOMBRO. A su tierna edad contemplaba una pequeña ciudad medieval, llena de vida, de energía, de nueva fuerza, de gozosa alegría. Un convento que parecía un lugar feliz, gozoso, como si el paraíso y el cielo hubieran aparecido de repente ante su vista. Una visión abierta a la vida, al vivir y a la felicidad. Una visión cargada de imaginación, de ilusión y de sensaciones que llenaban el alma del chiquillo de nuevas claridades, de desconocidas sensaciones, donde los sentidos se transformaban en idílicos sueños, o en novedades que él creía estar viendo un nuevo y maravilloso paisaje.

La inocencia crea un estado de embriaguez paradisiaco, la pureza del espíritu juvenil crea una sensación maravillosa. Tenemos una nueva alma infantil cuando el sol y el aire son extraterrestres. La imaginación vuela y es etérea. Solo **Dios** puede igualar la juventud.

- ¡Despierta, Tomás, pardiez! Que ya hemos llegado.
- Llegado, dónde...
- Tú espera por esta plaza, que yo no tardaré en volver...
- Por esta plaza, dices...
- Una ciudad de Dios, abierta a las bondades y a las virtudes de un nuevo universo.
- Espérame aquí en una hora aproximadamente estaré de vuelta, ¡Entendido!

Tomás ya no escuchó ni oyó nada de minutos o una hora. Tan extasiado el muchacho estaba que perdió el sentido del tiempo.

Apenas vio alejarse al novicio Bernabé camino de la entrada principal del monasterio de Salvador de Tábara.

Dos monasterios cercanos fundados por los viejos monjes, San Froilán, después obispo de León, y por san Atilano, también obispo luego de Zamora, y más tarde a su muerte coronados de santidad y dignidad sacra.

Hasta por aquella época, en el año del 909, en tiempos también del rey Alfonso III el Magno, en el cercano Bierzo, Genadio, hombre amante de soledades y valles del silencio, nombrado obispo de Astorga, (y luego santo) antes de marchar fundó el cenobio monacal de Peñalba, dedicado a Santiago apóstol, y hizo el templo a manera mozárabe, con elementos como el alfiz y los modillones, y ornamentados sus arcos gemelos de sentido lobulados y con suaves columnas con bellos capiteles corintios.

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

Parecían imposibles estas fundaciones religiosas. Parecía imposible que dos monasterios estuviesen solo a unas cuantas leguas de distancia uno del otro. Pero estas dos instituciones formadas como mini ciudades, eran auténticas y verdaderas. Realmente una visión posible de vida y de comunión espiritual y eclesiástica. Los dos cenobios de la zona de Tábara formaban unos núcleos gemelos en un territorio lleno por entonces de vegetación, esplendor natural y gentes sencillas y entusiastas.

Muchos pensaron que estas historias son irreales, pero la visión que tenía Tomasillo de ambas realidades eran nítidas y verdaderas. Y aunque su imaginación rozase términos de fantasía, lo cierto es que lo que el chiquillo veía era la propia cotidianidad de una pequeña ciudad compuesta por cerca de ochocientos monjes y monjas, que todo parecía florecer en esa especie de ciudadela, que cerca su iglesia consagrada al Salvador era enorme, no solo para los ojos de un niño, que si lo eran, sino para la gracia y la devoción de unos fieles provenientes la mayoría de la zona mozárabe del sur de Hispania. Y todo ello acontecía en esas regiones que antes de la llevada de los árabes en el año de 711 estaban habitadas por cristianos auténticos hispalenses, y que hora con la llegada de los pueblos islamizados, había un sumergido enfrentamiento entre dos distintas religiones o comunidades, y esa dualidad hacía que los cristianos, como primitivos seres y seguidores de las doctrinas de Jesús, como en los primeros siglos del cristianismo se unieran y se congregaran formando una sola familia, con nudos de comunicación como era una iglesia de dos naves, de estilo mozárabe, donde se reunían para la oración y la comunión cristiana gentes venidas del sur de la península.

Esa institución dúplice, de monjes y de monjas cristianas era normal y natural, y ni tan siquiera los brillantes, claros y curiosos ojos de Tomasillo eran capaces de ver ninguna opacidad ni negligencia en las relaciones entre ambos hermanos y hermanas. Por ello esa naturalidad le llevó a Tomasillo a acercarse más a la iglesia del monasterio donde en sus dos naves juntas, a derecha e izquierda, los fieles disfrutaban de poder realizar la unión mística con Dios Padre Salvador del Mundo.

Extasiado, y entusiasmado, por esa visión y contemplación del cenobio benedictino, con grandes toques de arte mozárabe, pues aquellos habitantes descendían como hemos expuesto del sur de Hispania, de al-Andalus, donde sus orígenes artísticos y culturales casaban con artes y decoraciones del mundo oriental.

Así que cuando el niño Tomasillo entró en contacto con el exotismo oriental su imagen se vio envuelta de una transparencia sutil y natural de gran belleza, y con pureza de formas e imaginación casi divina.

Allí se encontraba el arco de herradura califal y cordobés, a imitación del arco visigodo de donde dicen había tomado forma para su configuración. El arco cordobés tenía para su estructuración un medio del radio de la circunferencia que le envuelve, mientras que el radio del arco visigodo tenía un tercio de radio del peralte, de la línea de impostas con sus dovelas, es decir con mayor apertura, y de arranques a igual altura.

Es decir, que el califal le hacía más en forma curva, y un poco más abierto el visigodo. Aunque esto no ponía ni quitaba nada sobrenatural a los arcos de herradura, solo llamaba la atención por el gusto y la belleza de sus arcadas.

Apenas se acordaba de estas cosas Tomasillo, ni el lugar dónde estaba en aquel momento. Los rayos del sol del mañana le infundieron nuevas sensaciones coloristas. El viento que respiraba le daba frescor y anhelo desconocido, y el color que divisaba le daba tintes de sentir en otro universo, con aquellos arcos entre visigodos o islámicos, y ventanales llenos con modillones de rollos o columnas lobuladas mozárabes como luces incardinadas que penetran por unos huecos que eran los vanos abiertos como si fuera un cielo acogedor.

Ni tan siquiera pensaba dónde estaría su amigo Bernabé. Y cuál había sido su misión al venir a este otro monasterio, que el mismo rapaz como hijo de Benito Andrade sentía que existía, pero que ahora mismo sabía que era una auténtica y palpable realidad.

Ensimismado y tan absorto estaba disfrutando de la contemplación, para él casi sobrenatural y divino, de un espectáculo arquitectónico y sensual, que apenas casi divisó dentro de la iglesia, que se le acercaba a pocos pasos el abad *Anás* con el novicio *Bernabé*.

Estos se pararon por unos instantes al contemplar la santa misa que se celebraba en el altar central, entre tres sacerdotes religiosos, vestidos con hábitos blancos, albas, roquetes y cíngulos, y casullas religiosas acordes con el momento litúrgico, entre oraciones y cantos, entre los rituales mozárabes, llenos de gloria, alegría e inocencia.

Se veía desde allí parte del altar donde en una sagrada patena dorada estaban puestas los nueve pedazos de pan de la “hostia consagrada”, con sus partes correspondientes de encarnación, nacimiento, circuncisión, aparición, pasión, muerte, resurrección, más gloria y reino, daban la sensación de estar en otro mundo, en otro cielo, como en un estadio de nueve círculos sagrados como símbolos de fe, de convivencia y de resurrección.

Bernabé se paró al instante, miró al abad, y se fijó en el pequeño cuerpo, muy atento, del muchacho y en voz baja dijo al abad:

- Ese es Tomasillo, el monaguillo de Moreruela que ha venido conmigo. Es un muchacho despistado, y le llama cualquier cosa la atención.

Entonces Tomasillo les vio y se aproximó suavemente a ellos, justo al lado de Bernabé.

- Ah, sí, venid para aquí, por favor, - dijo sin más e inesperadamente el abad - y os explicaré a pocos pasos de aquí, una de las cumbres de este monasterio. Su “scriptorium”.
- ¿Su scriptorium? – dijo el novicio.
- Sí, nunca has oído hablar del “scriptorium” de Tábara,
- ¿Es un obra de Aristóteles, acaso?
- No hombre, aquí hacemos códices y biblias, y beatos que siguen la línea del Apocalipsis del santo de Liébana. ¿Eso, sí lo habrás oído hablar?
- ¿Tú Tomasillo has oído hablar de esas cosas? – le preguntó el novicio al chiquillo, esperando que tampoco él había oído hablar de ello.

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

Pero la sorpresa fue tremenda cuando oyó esto en palabras del jovencito Tomás.

- ¡A fray Andrés le he oído hablar de algunas de estas cosas! ¡De unos librotos que llamaba códices y beatos, y eran unos libros gigantes!
- Bueno, está bien, seguidme – dijo el abad del Salvador. Estas cosas son comunes en muchos monasterios.
- Este del Salvador es uno de ellos que dedicaba gran parte del tiempo y de la oración a confeccionar miniaturas e ilustraciones con sus textos caligráficos en los librotos como dice el muchacho. Y la calidad es fundamental en este tipo de manuscritos.

El abad Anás tomando de la mano al novicio, pues viéndole interesado en las lecturas e ilustraciones de textos el latín y en romance, les acompañó, junto con Tomasillo, al que tenía por un buen monaguillo que hasta había aprendido como era un códice o manuscrito, hasta un lugar a los pies de la torre del campanario, y parándose ante una puerta de entrada les dijo como en voz baja, como un silencio de rezo:

- Aquí arriba, subiendo por las escaleras, y cerca de la ventana segunda, hay una estancia, que en el monasterio llamamos de biblioteca, donde unos monjes y monjas trabajan, unos dando forma a los pergaminos y otros escribiendo o dibujando en ellos, con sapiencia e inteligencia, partes de las Sagradas Escrituras. O de las Vidas de los santos, o las “Vitae Patrum”, llamado de san Valerio, de las vidas santos padres primitivos, como hizo y realizó el clérigo Armentario para el abad Trasmundo, en el año 902, estando el rey Alfonso el Magno, y que contaba la vida de san Ambrosio y de otros santos o mártires cristianos. Es un bello ejemplar caligráfico, con pinturas de aves, cuadrúpedos, vegetales o palmetas, con colores rojos, verdes o amarillos, enmarcados en negro, y cuyas letras iniciales son muestras de calidad y hermosura.

El rey *Alfonso III* había dado un buen impulso al territorio, llegando la línea fronteriza hasta el duero, y dando dignidad regia a LA CRUZ DE LA VICTORIA, en el 908, como símbolo asturleonés de su dinastía. Él había impulsado de nuevo el monasterio de Sahagún en el año de 904, con monjes también venidos de al-Andalus.

El novicio y el jovencito Tomás, no decían ni pio y con sus ojos en órbita y llenos de asombrada emoción, pasaron al interior de un recinto donde unos religiosos escribían y pintaban, usando colores vivos y relucientes como rojos, azules o verdes, dando forma a letras y a dibujos, llenos de imaginación y alumbramiento.

Los muchachos con los ojos llenos de misterio y de asombro contemplaron por unos momentos cómo tres frailes iluminaban con calidad, unos manuscritos para ellos todavía abiertos a un mundo nuevo y desconocido.

Las palabras del abad les volvieron a la realidad de la que habían escapado por unos instantes:

- ¡Bernabé! no te olvides de recoger de la hospedería los tarros de miel que fray Gerundio ha reservado para el convento de Moreruela! ¡Entendido!

- ¡Sí, sí, padre abad, Gracias! – respondió el novicio.

Más Cuando ya salían por la puerta de la hospedería el fraile Gerundio le paró y les dijo con una sonrisa impostada:

- Ah, tomad para el viaje unos palos de regaliz, para que vayáis masticando durante el viaje de regreso.

A los dos jóvenes hasta se les olvidó de dar las gracias. Tomaron aquellos palos verdes con sabor como de menta amarga, y metiéndolo en la boca con sus dientes blancos les mordieron para extraer la pulpa que daba frescor y sabor a aquellos palitroques rectos y rugosos de regaliz.

CAPÍTULO DÉCIMO NOVENO

UN CUENTO IMPROVISADO

MIENTRAS YA CAMINABAN por el sendero de regreso a casa, y chupaban con deleite y sabor los palos de regaliz, con un gusto febril, entonces Bernabé, tomando las riendas de la mula “*Leontina*”, y cogiendo por los ramales al jumento, ideó, que él no iba a ser menos y decidió contar al Tomasillo alguna historia que se le ocurriera en su regreso. Todos habían hablado de manuscritos, códices y elementos del “*scriptorium*”, por eso estaba dispuesto a asombrar al pequeño rapaz de lo que él, un novicio que quería ser alguien, también era capaz de hacer cosas. Contar una leyenda o historia fabulada e inventada por Bernabé, el novicio más aventurero e ingenioso, del monasterio de Moreruela.

Y mientras subía a lomos de la mula a Tomasillo, él desde abajo y a pie, le comenzó a relatar alguna historia sacada de su mente calenturienta y envalentonada.

Y sin saber dónde iba a llegar tamaña osadía dijo sin más, imaginando un cuento como los que le contaba su abuela en su niñez:

ÉRASE UNA VEZ... Érase una vez qué (se dijo al momento para sí), y si iba a simular un relato que nunca había vivido ni oído hablar tendría que fingirlo, pues cómo iba ahora a quedar mal ante el bueno de Tomasillo. Así que adelante y saliese lo que saliese era suficiente. Pero tendría que llenarlo de interés, pomposidad y retórica.

- Vas a empezar o qué... - replicó el mozuelo algo enfadado con Bernabé.

Volvió a repetir lo mismo, mientras él a pie, y el chico encima de la mula comenzaban ambos a escuchar algo insólito, y vete a saber qué cosa.

“Allá en los tiempos de Maricastaña, - comenzó la historia - en un monasterio del Bierzo, a unas cuantas leguas de la ciudad romana de Artúrica, es decir de Astorga, tuvieron, o hubo un convento dúplice, es decir, Tomasillo, donde vivían por igual monjes y monjas. Igual que el que hemos dejado atrás de Salvador de Tábara. en la zona de Zamora.

La vida en él era muy feliz y cordial, pero solo en apariencia. Aún no se había terminado toda su edificación, pero lo que se dice vivir ya se podía hacerlo. Las vivencias a veces tienen poco que ver con lo construido. ¡Me sigues chaval!

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

El sol lucía en una mañana de julio y el calor apretaba en los sudorosos cuerpos. Había agua líquida y clara, tan fresca como el hielo,

(Lo conoces tú verdad!

El muchacho hizo una mueca con su cabeza deocerlo. El agua del manantial bajaba de unas fuentes del monte llamado Teleno, (que no sé si sabes es una montaña grande y alta como un gigante que se divisa desde Astorga).

Los habitantes de allí, de aquel monasterio dúplice, que era así como lo llamaban, y tenía dos pabellones distintos, y cada uno con una marcada diferencia. El femenino era de ladrillo verde y de dos plantas, más austero y servicial con agua que llenaban unas pilas y cubas para toda una semana.

El masculino, el de los varones, era de color tostado, es decir, rojizo y de tres plantas. Ambos eran bellos y hermosos. El femenino como una elipse, y el masculino recto como un troco de pino. Pero el diablo que todo lo cambia y lo mueve intentó sembrar desdichas con simientes de odio, rencor y venganza.

- ¿Sabes, Tomasillo, que significan esas palabras?
El muchacho desde las alturas del lomo de su gran mula dijo:
No soy tan tonto como puedo parecer, Bernabé. Mira, lo de odio es lo distinto al amor. Lo de rencor son malas manías de la gente mayor para con el prójimo, y lo de venganza es lo que hizo David con Goliat según me ha contado el fraile..., bueno un fraile de Moreruela.
- Creo que te inventas muchas cosas, Tomasito.
- ¿Y tú no te las inventas, también?
- Bueno sigamos el relato, que si no esto no avanza...
Pues bien el demonio en forma de viejo con máscaras de teatro antiguo, bebía agua con la mano de aquel manantial cuando apareció por el sendero un monje del convento cercano con una vasija para contener el preciado líquido.
El demonio, camuflado de pastor, al que llamaré Morlor, cuando vio que el monje se acercaba para beber y llenar el cacharro, le dijo con cierta sorna (¿Sabes qué es eso de sorna? ¿Verdad?).
Sí lo sé anda, no seas pesado, continua y no vuelvas a interrumpir el cuento, es una mala idea de hablar, e interrumpir, y de fastidiar a la gente...

Pues bien le dijo el maligno al clérigo, ¿no te parece mejor beber vino y comer pan, que beber esta insípida agua y comer los berros verdes de la charca de agua, aunque sea limpia?

El monje viéndose sorprendido por tamaña pregunta le contestó:

- ¿Quién eres tú que no te conozco bien en este paraje?
- ¡Qué no me conoces de este paraje! Soy Morlor el pastor de ovejas del monte del Teleno.
- Pues a la verdad no sé quién eres. Nunca te he visto por este camino.
- Es que yo siempre hablo con el abad o el capellán de la iglesia. Mira, el abad de aquel lejano monasterio, el de los Montes de Valdueza, me ha dado estos documentos con una carta para el abad Ricardo.
- ¿Para el señor abad Ricardo?

- ¡Sí, sí, para el mismo!
- Si me indicas el sendero se lo llevará de presto.
- ¡De presto! ¿Hay algo urgente en ello?
- Creo que sí, que son cosas de la comunidad.
- Ah, ahora que me acuerdo tengo que ir hacia la casa del amo, el señor pastor de estos lares, que me ha dicho que vaya rápido, que me necesita allí para dar el pasto a las cabras.

- Y entonces, ¿no vas a llevar el mensaje que te han dado para él?

- Pues no. De momento recuerdo que es más necesario dar de comer a las cabras, pueden morir de hambre, el estío viene cargado de sequedad y hambruna.

- - Pues si quieres lo puedo llevar yo mismo el mensaje al convento.

- No, no lo llevaré yo mismo... Pero, córcheles, hasta mañana no podría ir. Tal vez, si me promete entregarlo hoy se lo podría dar para que Ud. se lo llevara prestamente.

- Pues, sí, para mí no hay ninguna molestia. Y una vez llene el cántaro me iré para allí mismo, al convento.

- Pues encantado señor monje. ¿Cómo dice que se llama?

- Me llamo Hernando, pero todos en la comunidad me llaman hermano Nando.

- Si no es molestia llévela Ud. Y dígame al abad que se la ha entregado Morlor. Aunque mi nombre de pila, - dijo engañosamente aquel repúgnate ser -, es Ananías, al que todos llaman Nías.

El viejo pastor, es decir el demonio, entregó al fraile Nando unos papeles o legajos para entregar al mismo abad del convento, y sin apenas despedirse desapareció del lugar, tan rápido como un rayo de tormenta ilumina las cumbres de los montes, para luego desaparecer tras los cielos a los que odiaba.

Cuando el monje llevó tan feliz y contento con la labor de entregar el mensaje al abad Ricardo, todo comenzó a dar vueltas como piedra ruda y tosca de molino, pero de una manera extraña.

- ¿Fue correcto y acertado fiarse de un ser tan raro y desconocido como Morlor – se preguntó el clérigo tras haber dado el mensaje y el legado al señor Abad?
La duda comenzó a picarlo la conciencia.
- ¿Sabes Tomasillo que es eso de picarlo la conciencia?
- Sí, lo sé – contestó con arrogancia el muchacho. Es tocarse las narices porque tiene mocos.
- ¡Bueno, lo dejamos así!
- ¿Entonces qué pasó después? - dijo el jovencito Tomás al novicio que quería mantener la intriga.
- Nadie se lo imaginó pues el abad se lo calló para él.

- ¿Y para siempre? - dijo con inocencia Tomás.
- No bobo, no, lo que pasó fue esto, pero espera... Tú, chavalín no pierdes el hilo de la historia...
- ¿El hilo de qué...?
- Bueno, no importa, tú sígueme la narración.
- Pero sabes tú, ¿cómo termina la historia?
- Pues claro, chico, si no como te la iba a contar. Mi abuela fue muy sabia.

Tomasillo hizo una mueca con su redonda cabeza, y fingió dar la razón a su amigo, el novicio Bernabé, mientras la mula “Leontina” daba un arreón a la marcha.

Cuando el clérigo llegó al monasterio se dirigió en busca de abad, porque pensaba que aquellos legajos podrían contener algo serio, cosas de gran importancia, noticias de aquel suceso...

Entonces cuando el Abad Ricardo leyó los documentos que el fraile Nando le había entregado, y sabedor de que procedían de algún cuento nuevo, es decir, Tomasillo, que se contaba allí algún tejemaneje de otras personas, o de alguna confabulación sobre episodios del convento, que podían acarrear graves acontecimientos interiores...

Y supongo que sepas los conceptos de tejemanejes, o confabulación, y lo de acarrear no se refiere a transportar las mieses o los granos de trigo o cebada, sino a conducir algo malo, unos pecados y pocas virtudes de la gente, y más en concreto del propio convento religioso.

Y entonces viendo la actitud del Abad, contemplando su cara de enfado, su rostro contrariado, miró fijamente al monje Hernando, y le dijo con voz altiva y grave:

- Si esto es verdad las virtudes y nobleza de este monasterio están en entredicho.
- Señor yo solo fui testigo de lo que aquel hombre me entregó.
- Y te fias de cualquiera que te den unas sospechas o una maquinaciones. ¿Cómo sabemos que lo que aquí se cuenta es verdad, o tan siquiera poner en entredicho las serias dudas que esto nos merece, sin que haya necesidad de afirmar que estas aseveraciones sean ciertas o falsas?
- Señor, aquel hombre me las entregó para Ud. Yo no sé nada.
- ¡Yo no sé nada! ¡Yo no sé nada!
- Pues ahora salga de aquí y búsqume por el monasterio, tanto en los edificios de hombres y de mujeres, a Hortalina, la vocal y directora del coro femenino y a Crescencio, el director del coro masculino.
- Padre Abad, ¿es que han cometido alguna falta, algún pecado venial, o pecado graves?
- ¡Eso a ti no te importa! Diles que esta tarde hacia las vísperas, cuando el sol comience a desvanecerse me vean a mí que les espero en el crucero de la iglesia.
- Así se lo haré saber – contestó el fraile Nando mientras salía en sus búsquedas.

Había allí, amigo Tomasito, un rencor mutuo. El fraile Nando despreciaba la subida de mal tono del padre Abad. Y el fraile se resquemaba en su interior por la actitud beligerante del superior hacia él.

- Y les encontró pronto – dijo el pequeño Tomás cuya historia le embargaba ya el ánimo, y quería saber lo que había pasado, le dijo a Bernabé. No me dejes con la miel en los labios y dime qué pasó.
- Tranquilo amigo. Pasó lo que tenía que pasar. Que aquella denuncia entre un monje y una monja era...
- Era que se querían...
- ¿Y quién te ha dicho a ti eso?
- Pues hombre soy pequeño pero no tonto.
- Pues no, no sucedió eso que piensas.
- Entonces que pasó, dime...
- ¡Bueno sí, algo parecido sucedió!
- El abad hasta aclarar la verdad les metió en la prisión que tenía debajo de su casa, hasta averiguar si la denuncia era cierta o incierta.
- ¿Y la denuncia era que ellos eran culpables?
- No Tomás, no te puedes fiar del primer que venga. Las cosas no son tan sencillas como parecen. Hay que investigar los hechos y hablar con los denunciados. Y eso fue lo que hizo el abad.
- ¿Y los encontró culpables?
- ¡Qué prisa tienes en encontrar culpables a la gente!
- Pues dicen mis padres que cuando un monje o monja se fijan mutuamente y se quieren, como a otra persona de distinto sexo, o como se llame eso, que hay un grave pecado, que solo el Papa te puede perdonar.
- Bueno, anda, no exageres tanto. Los hombres y las mujeres siempre se han amado. Aunque hay que hacerlo en secreto, a escondidas.
- Entonces mi padre y mi madre lo hacen siempre a escondidas para que yo no los vea y lo sepa.
- Pues sí, lo hace todo el mundo.
- Y si les pillan, ¿qué les pasa?
- Si la justicia es buena hay que oír a las partes. ¿Y la justicia siempre es justa?
- Vaya parece que ahora te ha entrado sed o hambre de justicia. Pero, ¿sabes qué es eso de la Justicia?
- Pues, sí, que te crees, ¡que Dios da la razón al que considera fiel y buen cristiano!
- Bueno, anda, te contaré el final de esta historia.
- Sabes que fueron metidos en la prisión del monasterio, pues no sé si sabes tú que en cada lugar de esos había una cárcel. Allí fueron interrogados y declarados culpables del pecado de soberbia, del pecado de castidad, y del pecado de desobediencia.
- ¿Y qué es eso del pecado de castidad?
- Pues, hijo, del pecado de lujuria – le replicó Bernabé, y aunque el muchacho no entendía bien eso de lujuria, no preguntó más por parecer un analfabeto puro. Sí, uno que no sabe ni papa de nada.
- ¿Y qué castigos recibieron?
- Bueno, según contaba mi abuela, aquellos tiempos eran muy pacíficos, los frailes pacientes y flexibles, y los castigos físicos no eran muy usuales.
- Se les castigó, una vez probada sus culpabilidades, o iniquidades en amores deshonestos, con una penitencia suave para aquellos tiempos, y flexible para los amantes, con la pérdida de honor, castidad y prestigio.
- ¿Y padecieron azotes, o hambre, tal vez, oprobios y vejaciones?

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

- No llegaron a tanto. Los hombres de aquella época eran humanos como todos y el Abad Ricardo, así como el resto de monjes y de monjas. Les desterraron fuera de esos territorios. Parecieron un exilio forzoso por sus amoríos y encuentros.
- Al monje Crescencio se le envió como castigo a un monasterio de Cataluña, y a la monja Hortalina marchó en penitencia al monasterio de Galicia.
- ¿Y esos monasterios están lejos de donde estaban antes?
- Bueno, una queda hacia un extremo de Hispania y el otro hacia la parte opuesta.
- Pobres personas. Sabes que te digo Bernabé: Que el amor es lo mejor que puede existir en este mundo. Yo estoy encantado de que mis padres me quieran mucho. Y no deseo que nadie que se vea envuelto en una situación tan infeliz.
- Bueno, pareces que no eres tan analfabeto del todo.
- Pues claro, que no lo soy. Sé algo de latín. Unas palabras de árabe, y donde está León, que tiene un rey llamado Alfonso. Bueno, y tú que eres de una ciudad llamada Astorga.
- Astorga, la romana. ¡Gracias, Tomasillo!

Y así entre palabras y cuentos llegaron de nuevo al monasterio de Moreruela de Tábara.

El cielo azul, el calor del mediodía, y el aire puro que respiraban, les hizo sentirse más lozanos y agradables cuando bebieron de la fuente fresca que estaba cerca del monasterio. Y hasta la mula “Leontina” agradeció el agua fresca que bebió hasta saciarse.

PARTE SEGUNDA

TIEMPO

“DE LA FUENTE DEL MOZÁRABE”.

CAPÍTULO VIGÉSIMO

LA MUERTE DEL REY ALFONSO, REY DE ASTURIAS Y LEÓN

ERA EL DÍA DE 10 DE DICIEMBRE DEL AÑO 910.

El Rey había muerto en Zamora. A rey muerto rey puesto. Ese era el eslogan del Fuero Juzgo. Un Fuero que era de los visigodos. Una ley con rango de norma desde los romanos y sus aliados los visigodos. Los hijos siempre tienden a denostar a su rey legítimo. Las ansias de poder y de autoridad carcomen las médulas de los hijos y del primogénito en la sucesión al trono regio, e hinchán sus corazones para poseer las riendas del poder. Las leyes ponían especial énfasis en recomendar a los monarcas justicia y piedad. Ya Aristóteles había predicho para las tragedias griegas que estas contasen con el temor y la compasión para que las gentes tomaran conciencia de que la vida era eso, sufrimiento y misericordia. Porque el miedo era bueno para conseguir poner en juego todos los mecanismos del poder y de la obediencia en el público, y la piedad para que el consuelo hiciese mella en los corazones de las gentes del pueblo.

Aquel día del mes de diciembre de 910, el Príncipe de la Historia Asturiana, que también fue el primer rey leonés, murió, casi de repente en Zamora. Sus restos mortales fueron sepultados en Astorga por el obispo de esa diócesis Genadio, en la iglesia de San Cosme y de San Damián, luego un santo del catálogo cristiano. Pero más tarde se trasladaron a Oviedo donde reposan en paz.

Mas en aquellos monasterios de Salvador y de Moreruela las noticias de la muerte del rey llegaron como siempre con dos o tres días de retraso.

Y cuando la noticia saltó a ambos claustros, los monjes y las monjas de dichos monasterios llenaron de oraciones y de rezos todas las estancias monacales.

La congoja fue mayor en el monasterio del Salvador, donde sus frailes tenían puestas muchas esperanzas y fe por el bien que el monarca había realizado en esos parajes mitad religiosos mitad llenos de maravillosa naturaleza, pues Dios había dar a esos lugares bondad y paz para alzar más de cien pilares hasta el cielo.

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

Con los maitines las campanas de ambos monasterios se solapaban casi al lejos, y las espadañas con sus campanarios de bronce dorado daban muestras de querer acercar la tierra hasta el cielo, en un hermanamiento celestial y eterno.

Durante tres días el sonar artificiosos de las campanas se mezcló con el fresco fino viento frío del norte. En aquellos días de diciembre el ambiente estaba cargado de invierno. Las Navidades estaban próximas, y los Autos de cada año de los Reyes Magos se habrían impuesto por la tradición oral y religiosa.

Las fuentes y los manantiales se habían helado con sus aguas frías como chupiteles al viento.

El silencio se imponía y las almas solo pensaban en el rey muerto. El rey Alfonso III conocido a nivel popular como el “Magno”, quien con sus más de cuarenta y cuatro años de reinado había pasado de la corte en Oviedo a la de León, se ofrecía ahora al DIOS como un fiel y leal siervo cristiano, que había luchado contra los moros, reconquistado muchos territorios, y dando jaques a los musulmanes.

Atrás quedaban las dos grandes cruces cristianas, como símbolos regios de grandeza y de esplendor visigodo. Aquella de la cruz de los Ángeles del año 808, y la moderna de la Cruz de la Victoria del reciente año 908, hito en la ciudad de Oviedo y camino hacia la extensión del territorio en el nuevo reino de León.

Pero como no hay rosa sin espinas, en los últimos años del rey Magno, sus hijos le quisieron jubilar antes de tiempo, y él se opuso a ello, jugando con la vida de sus hijos y de él mismo.

Pero las tristes y melancólicas campanas seguían tañendo a muerto, en honor al rey Alfonso. Y Tomasillo no salía de su asombro por el menudo y acongojante repicar de unas suaves campanas que rezaban a su modo la muerte del rey Magno.

Hacia la tarde cuando la hora nona se aproximaba a los claustros religiosos. Otra vez los frailes encargados de tañer a difuntos comenzaron a blandir el suave lamento o tenue murmullo de los bronces que anunciaban la pena popular por el rey fallecido.

Laa vida era tranquila, pacífica, sosegada. Pero en mitad de aquel ambiente, casi indescriptible para aquellas gentes acostumbradas a ver u oír hablar de su rey aquella situación de dolor y sufrimiento por su muerte era un signo de indefensión, y más en la mente de algunos como iba a ser la futura coronación del nuevo rey.

Solo algunos frailes y monjes estaban al corriente de lo que podía suceder en el mes siguiente. Y sabían que sobre todo los tres hijos de Alfonso que se habían rebelado contra él, tenían que pactar la nueva situación.

Alfonso III, el Magno, había al final dividido el reino en tres partes, según costumbres godas. A su hijo primogénito García le dejaba la ciudad de León y todas las tierras desde donde se divisaban las montañas con sus picos y riscos hasta la llanura del río Duero, como frontera natural.

Al segundo de sus hijos, Ordoño, le dejó Galicia con sus húmedas y calladas tierras, y la parte de Portugal reconquistada a los musulmanes.

Por último a su tercer hijo, Fruela, le dejaba la propia Asturias, siempre simbólica del renacer de una reconquista que se había ofrecido espiritual y leal, en su lucha no solo por la supervivencia sino para reconquistar todo el suelo hispano desde que los árabes llegaron a Hispania en el 711, y derrotaran a aquel rey don Rodrigo, el de Guadalete.

Pero, ahora tocaba hablar o escuchar oraciones y rezos por el espíritu del rey muerto. Y las campanas avisaban cada tres horas del trágico suceso que apenaba a todas las almas caritativas y piadosas de los diversos monasterios esparcidos por todo aquel reino cristiano.

Tomasillo, triste y compungido, lloraba y se lavaba sus ojos llorosos como lo hacía su madre Andrea por la marcha al cielo de aquel buen rey, según le confesaba su buena madre.

Y fue Tomasillo en busca de su amigo el novicio Bernabé, para consolarse y salir de hondo penar.

Y el novicio le dijo a Tomasillo que no llorase más, que el rey ya hacia unos días que había muerto en paz con Dios, y que ellos ya nada podían hacer.

Y el pequeño Tomás se sintió aliviado por aquello, porque el vivido duelo permanente que llegaba a su fin, y se reconfortó gratamente sacando de sus bolsillos unas cartas de barajas estrafalarias, pintadas por algún saltimbanqui que habría llegado al monasterio no se sabía cuándo ni cómo.

Miró al cielo y lo vio encapotado. Las primeras nieves del invierno comenzaron a caer con sus leves, desperdigados y deshechos copos como si la vida avanzase hacia atrás.

CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO

A TOMASILLO NO LE IMPORTABA LUEGO LA MUERTE DEL REY, porque comprobó que el rey García era el sucesor de su padre en el trono. Se imaginó a su manera que era eso del trono que los mayores le contaban, y que para él nada tenía de especial, pues el tiempo en la infancia y primera juventud pasa lento, tranquilo, anodino y pasmado. Y sabía que ni los relojes de sol, ni los de arena, no nada, podía asimilar el tiempo en la niñez, porque el tiempo es relativo, transcurre de manera distinta al de los adultos. Y el cielo se junta con la tierra para parecer el oasis de Arabia, porque los Reyes Magos imponen vivencias con pilares que suben hasta el cielo, y para el cielo convergen los anhelos y los deseos de los humanos.

Solo con el resurgir de un primer amor en ciernes, o con las primeras sensaciones de dolor o muerte, o bien, cuando la pubertad avanza entonces ineludible hacia la madurez, y ya luna se muestra ágil, revoltosa y potente, como una nueva vida, entonces comprendemos que el tiempo ha pasado, ha volado, ha desaparecido de nuestra aurea de la infancia, y las nubes ya no se detienen como antes para poder mirar el resplandor del sol tras las lomas del horizonte azulado o anaranjado. Y también las estrellas del firmamento nocturno nos plasman nuevas luces, y nos piden nuevas miradas y otras sensaciones cuando cae la noche. Entonces la emoción brilla y la pasión se desborda.

Tomás recordaba cosas de su otra vida en los monasterios de Tábara. Cuando descubrió maravillado las altas paredes del Salvador, y aquellas otras de san Miguel de Moreruela, que así oía ahora decir a los adultos, cuando en compañía de sus padres la luna, el sol y las estrellas parecían ser el paraíso de un nuevo renacimiento. Y su ánimo volaba y volaba como las aves del cielo, su tierna alma subía y se deslizaba como los pájaros iban de árbol en árbol camino de poder conseguir y comer los alimentos que Dios les ponía en medio de los campos y las praderas, o los montes verdes de los alrededores.

La memoria del muchacho era la imaginación de unas aventuras que confluían pasado con futuro, y en las que la fantasía doraba su mente como el sol dora los campos de trigo y de centeno para que la naturaleza crezca, y se desarrolle en plenitud.

No sabía ni el cómo ni el por qué su situación iba cambiando con sus años. El tiempo era un pensamiento lejano que desbordaba los cauces del río Astura en la

primavera. El tiempo, antes pesado y maravilloso, ahora cada vez iba siendo pesado, no tan dilatado como en la niñez, sino que se acortaba y menguaba como si el cielo estuviera en otras magnitudes y velocidades, como si la luna siempre estuviera en cuarto menguante. Y la luna nueva lo ocupase todo en el firmamento.

Recordaba y recordaba cosas y conocimientos diversos, sin darlos explicación de los porqués que eran así. Y copas y copas altivas de árboles que caían de repente sobre la faz de la tierra, así la mente infantil iba trasladándose como se trasladan los astros siempre que pueden en el universo.

La memoria tiene recuerdos frecuentes, y de hace poco tiempo, que el corazón ni el alma olvida. Y así se imaginaba a su amigo Bernabé que había quedado tras los muros del convento lleno de fe en la religión cristiana, y madurando para convertirse de novicio en futuro monje benedictino.

Entonces se dio cuenta que revivía, o volvía a vivir no los andares pasados, sino las continuaciones del devenir por tierras leonesas, cercanas al monasterio de San Miguel. Y como en un sueño revivió aquellas palabras que Bernabé le había dicho un día sin más en Tábara:

- Tomasillo, me dice mi prima Constanza, la hija de aquel maragato Paolo Escribano, la novia que está ahora con José, el de los Cordobanes, te acuerdas, ¿qué cuántos años tenías?
- ¿Quién yo? – pregunté medio sorprendido.
- Sí, tú mismo.
- ¿Ello depende de quién me lo diga?
¡Para los frailes tengo unos trece años de edad!
Pero mis padres dicen que tengo once años. Sin duda quieren que no crezca muy deprisa.
Pero yo creo que tengo doce años. Doce como los apóstoles de Jesús en Palestina.

La vida es irte señalando con el dedo dónde naciste, cuántos años tienes, y dónde estudias o te formas, y qué vas a ser de mayor.

La lluvia había comenzado a cesar de llover. Por aquellas caminos llenos de tierra mojada, de barro mugriento, de sendero irregular. De agreste floresta, De hojas deshilachadas y raídas por el viento y por la lluvia, de soledades interiores, de pena y derrumbe, de negrura y de cansancio, la voz de mi padre dando voces de que el trayecto estaba llegando a su fin. Y un principio de melancolía que yo ni sabía que era eso.

Atrás quedaban las vicisitudes y riesgos de la expedición desde las tierras de Zamora hasta las leonesas cercanas al iniciado monasterio de San Miguel de Escalada. Recordaba las aventuras entre mi padre Benito Andrade y mi madre Andrea Garnache, que era una mujer portuguesa de pro y de buen hacer hijos. Como era yo mismo, recordando el capítulo primero de estas mis nuevas aventuras, como yo un lazarillo, un pícaro o un leal monaguillo para los frailes de Tábara, que quería ser de mayor un fraile, un buen religioso como mi padre me recordaba de vez en cuando.

Y allí estábamos por fin, a finales del mes de diciembre llegando por fin al cercano convento, que iba a comenzar su rodadura. Y había comenzado a erigirse a finales del año de 912. Para eso estábamos nosotros allí, mi padre, Benito, como el tocayo de la orden religiosa, un buen albañil y obrero, llamado para su realización, en aquel siglo X en Hispania.

¡So..., so..., so...! Volvió a decir mi padre *Benito* a “grito pelado”, y luciendo “pelo en pecho”, dando órdenes de parar al caballo “Lucero”, que llevaba molido y cansado el ajado carromato, y que los frailes de Moreruela nos habían dado, un destartado carro como de feria donde juglares, artesanos y labradores venden sus productos, sus canciones, sus muebles, o sus hortalizas a las gentes de los lugares y de las aldeas.

¡Qué tiempos aquellos!, recordó Tomasillo al pensar en las palabras que un día le dijera el novicio Bernabé en Moreruela:

- Yo que soy de Astorga, la maragata ciudad magnífica, la nombrada “Astúrica” en recuerdo del emperador Augusto, y soy un romano auténtico de carne y hueso.
Porque luego llegaron los visigodos, que eran foráneos, y que uno de sus reyes, el godo Leovigildo, en el año 585, conquista a sangre y fuego tanto Astorga como León, y luego se creen que toda Hispania es suya.
De la misma manera los árabes que en el 711 dicen penetran en Hispania y aquí se quedan, siendo un crisol Hispania de razas y religiones por entonces.
- ¿Me crees estas cosas que te digo, Tomasillo?
- Yo soy todavía pequeño para saberlo, pero por qué me iba a engañar Bernabé en estas cosas, pues él parecía un buen amigo.

Y continué diciéndole: “Solo sé que todavía no sé de donde soy, ni en dónde nací. Creo que en un monasterio, pero ¿en cuál de ellos?”

Mi madre Andrea dio un fuerte respingo y se llevó la mano a su vientre donde acogía el fruto del deseo de mi padre, y supongo que de ella misma.

Y fue “Lucero” quien también descansó de las vicisitudes de aquel largo camino.

Yo me fui a jugar como pude con una pelota hecha en el trayecto desde Tábara hasta este monasterio que dicen era de san Miguel de Escalada. Bueno, medio monasterio, pues la iglesia y anexos las iban a edificar en los meses siguientes.

CAPÍTULO VIGÉSIMO SEGUNDO

LAS COSAS IBAN A CAMBIAR TRAS EL PARTO DE MI MADRE.

Después del largo y ajetreado trayecto hasta San Miguel, que llamaba de Escalada, después del trajín y dificultades del camino desde Tábara hasta allí, donde nos íbamos a reunir con varios de los trabajadores de la Transmiera que habían ya acabado su labor en Moreruela de Tábara, como eran Christian Arbal y sus primos Policarpo y Agostino, así como también con Constanza, la de Paolo Escribano el maragato, y su novio, si no ya casado José, el carpintero de los Cordobanes, que haría falta en las cimbras de la madera, o en los soportes con el maderaje de arcos islamizados. Todos habían venido hasta allí para construir una iglesia bella y bonita, pues eso se decía por entonces. Y hasta el novicio Bernabé había dicho que vendría cuando el nuevo monasterio de San Miguel estuviera construido, sobre todo su iglesia, que quería ser mozárabe, pues otros muchos cristianos procedentes de al-Andalus estaban trasladándose hacía ese lugar, con las ideas fijas de construir un monasterio con gentes provenientes de aquellos lares, del sur de la península ibérica.

Sabíamos que los frailes de Moreruela, los hermanos fray León y fray Jonás ya habían llegado antes al monasterio, o de lo que de él subsistía con anterioridad. Y que nos esperaban allí para acogernos y luego tener que trabajar, no con el sudor de nuestras frentes o por imperator de nobles, reyes o señores, sino libre y responsable conciencia, más por la atención y el derroche de energía del nuevo abad Alfonso, y de sus monjes en Escalada, en pro de este sacro lugar.

Pero al llegar allí me enteré que también el monasterio de Escalada tenía la misma advocación, la de san Miguel, como lo era el monasterio de Moreruela, o la de san Miguel, como patrono de otros monasterios como el de Camarzana. Y es que el arcángel Miguel era el patrono de estos lugares, como defensor con su espada contra otros enemigos de los cristianos.

Unos días después me contaron las nuevas situaciones acontecidas, pues todos alegres y contentos como beodos para mí, me decían que mi madre había tenido no solo un hermano mío, sino dos, un niño y una niña. No sabía el por qué de la alegría de todos, pero después me fui dando cuenta que no era con un hermano agraciado, sino dos lo que mi madre había tenido.

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

Aquel día hubo, en lo que era el primer núcleo de monasterio, una explosión de júbilo y de alegría.

¿Iban a estar todos alegres y contentos, menos yo, que serio y pensativo aún, no acababa de digerir el acontecimiento en mi hogar?

¡Rayos y centellas me dije! Esto tengo que resolverlo yo mismo. Y yo sin darme cuenta de ello, ni de lo que ella, mi madre, en realidad había traído a este mundo, sonreí como lo hacían todos los que me veían y me saludaban.

Por fin pude descansar del acuciante trajín del viaje, lleno de dificultades y pequeños sinsabores.

Pero, lo malo, o lo más terrible estaba por venir.

Dentro de la insensatez de un muchacho, de esa inocencia que parece siempre brillar en sus ojos de avieso rapaz, yo no sospechaba que el tener hermanos gemelos fuera a ser un clavarío o un acontecimiento insano y lleno de agravios.

Un día amanecí sorprendido porque muchos de los que me sonreían con anterioridad comenzaron a mirarme con cierto desdén, o desagrado, y algo de malhumor.

¿Qué había sucedido en uno o dos días? ¿Cuál era el motivo de sus desplantes, como una olvidada ira de conciencia, que en la actualidad me demostraban?

Como niño que aún era no quise saber nada de lo que probablemente había sucedido. Y no di más importancia a cosas que me parecían ridículas, ni a rumores infundados, ni presté atención de lo que pudieran decir unos y otros.

La vida continuaba y las atenciones surgidas con el nacimiento de mis dos hermanos, bueno, un hermano y una hermana, no era óbice para estar triste o apesadumbrado. La vida era lo más importante, y los juegos y curiosidades infantiles eran esenciales para seguir viviendo, con los gratos estudios que algunos frailes me reportaban y que me eran gratos y reconfortantes a mi conducta y a mi corto pensamiento. Los minutos que vivía eran los más gratos y extraordinarios de mi existencia, de mi corta existencia. Los instantes de juegos y de futuros aprendizajes eran el pan nuestro de cada día, pues el vino o a cerveza todavía no eran para mi persona.

CAPÍTULO VIGÉSIMO TERCERO

¡QUÉ ALEGRÍA RECIBÍ CUANDO SUPE QUE DESDE EL MONASTERIO DE MORERUELA iban a venir, mejor dicho recibir con alegría y placer a unos seres casi familiares! ¡Qué fascinación recibí como miel en hojuelas cuando me dijeron que desde Moreruela de Tábara iban a venir hasta aquí parte o todos los integrantes de la familia de los “Cordobanes”!

El abad Alfonso y sus fratres, como él los llamaba, casi todos de Córdoba, eso sí cristianos de religión y de figura, habían comenzado las obras de la iglesia y de ampliación del claustro de Escalada hacían unos dos meses. Oí decir que tendrían que terminar las obras de iglesia, sobre todo, en un año aproximadamente. Pero como su fervor y entusiasmo no tenían límites supe que así lo harían.

Y creo yo, que para eso llamaron desde Tábara a la familia de los “Cordobán” o “cordobanes que yo nunca supe cual era el término más adecuado. ¡Bah, da lo mismo eso! Y recordé con cierta melancolía a su paterfamilia, llamado Salaí con nombre arabizado, y a su mujer, Amadán, con el toque peculiar de vestimenta mora. Eran árabes reconvertidos al cristianismo, como mudéjares o finos trabajadores de yeso y de la cal. Con sus típicas vestimentas que eran máscaras griegas de protección sino la misma sencillez de su vivir.

Conocían bien el arte califal de al-Andalus, y el arte mozárabe que ellos aplicaban a sus trabajos con perfección e inteligencia. Y no era que lo yo dijera, un muchacho de unos doce años, camino de los trece, sino que había oído decir que eran artesanos expertos en construcción, y las cosas importantes o se hacían bien, o no se hacían.

Y buena listura, o sagacidad, tuvo el señor Abad Alfonso al contratarlos para su obra en Escalada. Habían conocido el arte mozárabe estricto o correcto en algunas iglesias de Córdoba, y en sus aprendizajes no habían dudado en aplicarlo a templos cristianos de Córdoba, de Mérida o de Toledo.

Pero aquella huida de Córdoba, huyendo de las persecuciones islámicas, como cristianos marginados que pagaban sus impuestos más que los otros, que sufrían desprecio o alejamiento en barrios, y que no rezaban las oraciones preceptivas de Mahoma, habían ayudado a mucha gente, aparte de escaparse de aquella situación incómoda y dolorida, como auténticos cristianos visigodos o de antiguos cristianos romanos, a esmerarse y a superarse en el dominio de la construcción califal u oriental.

Era lo sobresaliente que se llevaba por entonces, y nada era mejor que aprovechar los recursos y elementos fascinantes de la arquitectura califal con sus arcos y columnas, siempre más alegres, poderosos y originales que los pequeños templos de origen

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

visigodo, llenos de oscuridad y de interior recogimiento, esparcidos por zonas rurales, sobre todo.

Mi lenguaje era inesperado y radical, pero en contacto con unos y con otros había aprendido que el idioma, o el habla, tienen muchos recovecos, y por esos entresijos es por donde había que escapar. Más yo, a pesar de mi juventud, había aprendido a hablar y a moverme lento y pausado, pero ágil e insospechadamente, en cosas que a mí mismo me sorprendían cada día.

Todo venía bien para la obra proyectada. Pero me dolió mucho, que el transmontano Christian y sus primos, Policarpo y Agostino, que habían venido de los primeros a Escalada, se marcharan a otro lugar, pues decían que no encajaban en la obra mozárabe que era la traza anunciada, aun siendo un magnífico constructor, y buenos ayudantes sus primos.

Es que ellos estaban acostumbrados a vagar, o trabajar, por pueblos y ciudades, de modo tan itinerante y anárquico, yendo donde los llamaran y cobrarán sus peculio, y no sabían despreciar nada de su añeja profesión, pues los templos e iglesias estaban esparcidos por la zona del Reino de León y de Asturias, o por la vecindad histórica de Galicia, donde los reyes o nobles promovían estas actividades con dineros y renombres.

Así, los nuevos componentes, e hijos de los “Cordobán”, con Anuel, el herrero a la cabeza, y también con José el carpintero unido a Constanza, la maragata, se instalaron en las cercanías de Escalada, junto con sus hijas Dalia, con sus plantas medicinales y experta en farmacia, y Azucena con sus tejidos de seda y de lino.

Fray Daniel, pariente de ellos, que se había metido a monje benedictino, había venido también por aquellos días, y como sabemos era hermanastro de José y de Anuel por parte de madre, que había tenido en un primer matrimonio, antes de fallecer de manera natural, el primer marido de Amadán.

Sin saber cómo, ni cuándo ni dónde, fray Daniel, había cambiado los frescos pintados en paredes o en pergaminos, por un esmerado poeta, y calígrafo, que le había enseñado su compañero fray Mateo en Moreruela, aunque fray Dani, como le llamaba el pequeño, todavía conservaba el mundo pictórico y artístico, en ratos libres y ociosos, cuando el trabajo y la oración se lo permitían, interesándose entonces por códices y de beatos.

Pronto, pues, el fraile Daniel, se interesó por el muchacho y sus habilidades diversas, que le llamaron la atención por la vivacidad de chiquillo, y lo despierto que era el primogénito de Benito y Andrea, ya que el muchacho estaba lleno de curiosidad e interés por las cosas materiales y espirituales de este mundo. Por lo que al pequeño Tomasillo, le empezó a llamarle “Tomasín” por el fraile Daniel de los “Cordobanes”, para darle al niño mayor empaque y cierto lenguaje asturiano o “bable” a su nombre.

Además fray Daniel se trajo de Tábara ciertos legajos y manuscritos, ciertas poesías y moaxajas, que había escrito en Córdoba y en los últimos meses en Tábara, que era una actividad callada y olvidada de su quehacer diario. .

- Tomasín ven conmigo, Tomasín tú tienes que aprender bien a escribir tanto el latín como el romance.

¡Tomasín te enseñaré primero a poetizar romances y zéjeles!
Había nacido una relación mutua e interesante. Atrás había dejado al novicio Bernabé, pero ahora volvía a tener un amigo.

Mi nombre comenzó a cambiar el “illo” de Tomasillo, por el “ín” de Tomasín. Y supe que a mis padres no les gustaba el cambio, pero como mi amistad con Fray Daniel fue creciendo, yo los convencí de que aceptarían mi nuevo cambio, como un bautizo inesperado, que era como el que mis hermanos iban a tener por parte de la comunidad cristiana, y sus nombres pronto sonarían por Escalada.

CAPÍTULO VIGÉSIMO CUARTO

HABÍA OIDO DECIR A MIS PADRES QUE MIS HERMANOS SE LLAMARÍA LUIS Y TERESA.

El por qué de esos nombres nunca los supe en realidad. Solo sabía que Luis era como un rey, y Teresa era como una princesa. Y es que mis hermanos habían nacido no como yo para ser un monje, sino ellos para ser dignos y leales cristianos del Salvador en otros menesteres mundanos.

Pero las cosas como he mencionado antes se empezaron a torcer inesperadamente.

Todo fue con la llegada al pueblo, más bien aldea todavía, de unos feriantes titiriteros, de esos que llegan como sabelotodo, o fanáticos de comedias, o teatros por las fiestas y ferias de los pueblos.

Aquel personaje se llamaba en lenguaje cómico, y así siempre escuche que le llamaban: “Tocaflautas”, aunque a otros de su círculo de comediantes les oí decir por el apodo de “Nuco”. Y sería porque tocaba ese instrumento musical con más pena que gloria.

En un viejo carronato de feria, como lo hacían juglares y juglaresas, que mujeres siempre venían con ellos, habían llegado hacia pocos días a las cercanías de Escalada.

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

Se habían enterado que mis padres habían tenido gemelos, y las malas lenguas que nada tienen que hacer, como el diablo que dicen que cuando está ocioso con el rabo se muerde la lengua, o al revés, con su asquerosa lengua se toca el rabo, había dicho o profetizado, que las parejas de gemelos, no eran una bendición de DIOS, sino un mal presagio, o una horrendo castigo.

¡Qué sabrían ellos de las vicisitudes y oprobios que el hombre vulgar, que un albañil como mi padre, tiene que sufrir por los enredados caminos y vías de los territorios del mundo, o pasar por quebradas tareas de pueblos, iglesias o monasterios, donde luce más la noche que la claridad del día!

Y hasta decía, eso odioso y maligno sujeto, que esos hijos eran futo del pecado y del diablo, pues la mujer – ellos decían con saña ante mí, que les escuchaba una esquina, pero sabían que yo estaba allí - habría tenido relaciones con varios hombres, si tenía marido era aun cornudo, que eso sí lo entendí, y me llenó de furor, de odio, de rabia y de ira, aunque la religión de Cristo está mal decirlo, y menos pensarlo ni sentirlo. Pero no lo pude evitar. Era más fuerte que mi religión. La amar a mi madre eso de “puta”, era insoportable, ruin, calumnioso, y lleno de malicia querida.

Y es que yo decía para mi mismo : “el maligno anda siempre por los caminos de Dios para entorpecer la convivencia entre los seres humanos”.

Mi madre no era así, ni lo había sido nunca. Era una mujer entregada a su marido y a su hijo, que era yo mismo. Mi madre Andrea Garnache era una esposa sumisa y buena. Y por tener dos gemelos, aquello no suponía más que Dios me había dado dos hermanos, y la envidia era la causa de que contra nosotros nos achacaran que mi hermana, que era la segunda en nacer, fuera concebida por otro ser distinto de ellos.

¡Malditas leyendas y prejuicios! ¡Malditas historias concebidas por ignorantes y resabiados!

Pero las injurias y calumnias pronto entran en los corazones y en las almas analfabetas o ignorantes de las gentes. Y los rumores pronto se quedan en las almas de los humanos como si fueran verdades o formulas benditas donde ya nada puede entrar en el alma a no ser la vilipendio y la infamia.

Y por esos infundios de tal “Tocaflautas” mi familia empezó a ser desprestigiada, pues decían que el dicho popular era verdadero, y las calamidades y oprobios eran reales, sin saber yo cómo ni cuándo empezaron a aflorar contra mi familia esos infundios.

Yo quise pelear, o guerrear contra aquel mentecato, (que Dios me perdone), y soñaba que yo era un san Miguel arcángel y él cómico un jinete del apocalipsis, y yo me vi luchando contra el malvado cómico, que de bueno no tenía ni su nombre, “Tocaflautas”, un “Malmúsico ignorante y ruin”, que era lo único que se le podía denominar.

Y lo malo fue que el bulo se extendió como aceite en el agua de una lámpara de iglesia.

Y cuando el abad Alfonso, que trabajaba con fe y ahínco en la nueva iglesia que llamaban de san Miguel de Escalada, junto con sus dos fieles servidores, uno un

gran maestro de obra venido de la misma Córdoba, muy sabio y entendido en esas artes de construcción mozárabe, llamado por el abad Alfonso, con la denominación de Mujarto, y a veces, Avenín, más el señor abad había también confiado en su ayudante, un tal Vivian o Viviano, del que aprendería luego el arte mozárabe para esta región. Pues bien, entre ellos habían mandado a mi padre a que recogiera unos sillares y viejas piedras que todavía permanecían en el lugar donde había estado la antigua iglesia visigoda, cercana al nuevo monacato que intentaban hacer.

Y es que con la llegada de varios monjes cristianos procedentes de Córdoba, para reconstituir el antiguo monasterio, la iglesia y el claustro se iba a ampliar, todo iba a ser diferentes. Y decían que ya antes, el rey asturleonés Alfonso, muerto hacía pocos años, y ahora con su hijo García, aquí en León, las obras iban a constituir una eopeya, y a contar con el beneplácito de aquellos nobles y reyes.

Pues bien, cuando el Abad le dio a mi padre el mando de la recogida de piedras y objetos diversos, con aquellas obras de las ruinas del antiguo convento allí había estado, ahora medio derruido y demolido por el tiempo y la negligencia de aquellos hombres, pues hasta decían que habían restos de edificios romanos y hasta una villa en mitad de esa zona, mi padre entonces no solo tuvo que pelear con los elementos ruinosos y demolidos de otras épocas, sino con los otros dos compañeros, hermanos ambos, que se llamaban respectivamente, Teno y Tano.

¿Y queréis saber qué sucedió?

La envidia, los celos y la ira fue el comienzo de que mi padre se enfrentará con aquellos hermanos. Al principio Teno y Tano, que así eran llamados, parecía buenos seres, pero luego algo cambió en su amistad, por inquina y enemistad.

Sería que el abad al dar a mi padre la potestad de recoger y almacenar los restos demolidos, ellos, que eran originales y muy cerca de lugar, intentaron menoscabar la posición y autoridad de mi padre, y enfrentándose a él aduciendo que mi padre era un bueno cornudo, al tener mi madre dos hijos, y decían también que el segundo era fruto del pecado, y que ella se habría acostado con otra persona, con un fraile o vaya Ud. a saber.

Y eso a mi padre le causó honda rabia y tristeza, un gran malestar y una riña continua con aquellos sujetos. ¿Iba yo a desconfiar de mi madre? No.

¿Iba yo a desconfiar de ella o de algún monje, allá en Tábara? Pues, no.

Pero, a veces tanto va el cántaro a la fuente, que hasta te obsesionas con ciertos hechos antinaturales, y no ves más que la presencia del demonio, aquí y allá, pues la sospecha, los infundios y la maledicencia son causa graves que te oprimen el corazón y el alma.

Yo no quería sentir ni pensar en ello, por lo que un buen día, me atreví y se lo conté a fray Daniel, el de los Cordobanes.

Él, sonrió cuando me vio tan apesadumbrado, y me dijo sencillamente como un hombre sabio y bueno:

- No sé si te acuerdas que hasta el mismo Jesús tuvo difamadores y enemigos.
- Sí algo me han contado, o he oído.

- Y hasta María Magdalena sufrió iniquidades por estar con Jesús como amigo y discípula. Las gentes a veces actúan por malicia, es verdad, pero también por ignorancia, insensatez, y sí también por envidias, odios y necesidades.
- Gracias fray Daniel por decirme eso y darme ayuda.
- Sé que hay gente muy supersticiosa, fanática e indeseable. Y sé que hasta algunos frailes opinan que el diablo anda en medio de los gemelos o mellizos, que así se les llama también, verdad. Y el hombre a veces olvida las razones y la lógica de ser como somos, y de nacer como nacemos. Desnudos y sin nada.
- Es verdad, fray Daniel, somos humanos y pecadores – dijo el muchacho como echando pecados y sinsabores por su boca.
- Y se guían por los dichos, supersticiones y bulos sin raciocinio ninguno, sin mensaje evangélico. Pero en estos tiempos la ignorancia y lo deprimido de algunas conciencias que no saben explicar ciertos misterios, como cábalas sin argumentos naturales, opinan que nuestro nacimiento está lleno de oscurantismo y de insensatez.
- ¿Y entonces cómo actuamos de esa manera? – dijo Tomasín envuelto en pena y tristeza.
- Otros tiempos vendrán que estas cosas se resolverán naturalmente.
- ¿Entonces no van a bautizar a mis hermanos por esas sospechas y bulos?
- El señor Abad Alfonso, es muy sabio y bueno. Creo que él no caerá en el cinismo y en la hipocresía de algunas gentes. Y ya verás, dejará pasar un tiempo y tus hermanos serán bautizados como hijos de Dios.
- Gracias por tus consejos. Gracias fray Dani, que así te voy a llamar desde ahora.
- Hay cosas que no se podrán evitar. Pero en cuento marchen los comediantes, que a veces propagan y difunden malas cosas, verás que las aguas volverán a su cauce.

CAPÍTULO VIGÉSIMO QUINTO

UN HOMBRE SE ACERCÓ AL MONJE DANIEL. Era el padre de Tomasín, quien cabizbajo y sereno se acercó al lugar donde están ellos conversando.

El fraile preguntó al momento:

- ¿Qué tal va el trabajo, señor Benito?
- ¡Pues bien!
- ¿Se ha arreglado el problema con los hermanos Teno y Tano?
- Pues, sinceramente no. Ellos quieren mi puesto. Y yo no estoy decidido a dárselo – dijo con suma sinceridad el padre de Tomás.
- Entonces confió que el señor abad arreglará estas cosas un día de estos. ¿Se los ha contado los problemas al Padre Abad?
- Sí, creo que el señor Prior tiene constancia de estas cosas. Bueno, quiero decir Abad.
- ¡Ah, no pasa nada, a él le da lo mismo Prior que Abad! Yo confío que este monasterio vaya a más y pase de Prior a Abad en poco tiempo. Las obras de construcción van ya en buena marcha.
- Sí eso espero. Gracias por estar con el pequeño Tomás. Ahora, vamos hijo, a almorzar, pues ya es la hora.
- Adiós, fray Daniel.
- Amado padre, – dijo interrumpiendo el chiquillo – llámale fray Dani, que así le llamo yo ahora.

Al pronto desaparecieron ambos camino de su vivienda, cercana al monasterio, y donde se hospedaban algunos hombres más que ayudaban a los monjes en la construcción de aquel nuevo y remozado convento.

La tarde se presentaba despejada de nubes, un eterno cielo azulado como el lapislázuli de pintura angelical cobijaba a todos los frailes y gentes del lugar que gozosas y alegres emprendían la faena de hacer una iglesia abierta, lúcida y llena de vida, y tan blanca como la nieve.

Las tareas eran bonitas, sencillas y diáfanas, como sencillo era el mensaje apostólico de Jesús.

Fray Daniel, dejó por unos momentos la tarea de traer materiales para que sus hermanos prosiguieran la labor constructiva.

Tomó unos legajos de papel como para hacer un poema o una moaxaja, o referir o escribir la gratitud que sus hermanos y el abad hacían por hacer resurgir una bella iglesia de corte mozárabe, con el maestro Mujarto venido de Córdoba, un experto en esas lides constructivas, todo para servir y honrar a Dios, por mediación de san Miguel, que era el arcángel que habían escogido para defender esos lugares.

Desde las cercanas lomas, casi a las mismas orillas del río Esla, al pie del Astura asturiano, o al antaño apostado romano, que daba lo mismo en los escritos, divisó desde ese altozano la magnificencia de observar un paisaje fértil, bonito, lleno de floresta y de espléndidos árboles tanto de vegetación de ribera como algunos frutales del entorno como perales o manzanales. Parajes donde se respiraba un aire puro y casi celestial, y donde el sol iluminaba la vega con el verdor de su pura naturaleza. Entre un aroma delicioso y paradisiaco, unos lugares magníficos para realizar esos trabajos, y donde erguir un bello monasterio, con armónicas galerías interiores y exteriores de arcos de herradura con columnas mozárabe, dando belleza y plasticidad a un lugar grato y sencillo, donde el placentero sueño se junta con una visión anhelada por el espíritu.

Un lugar perdido entre el follaje y la floresta, una comarca austera y solitaria, soledad y silencio, y lejos de una mundana urbe, donde los repliegues del camino habían conducido a Benito Andrade, a su esposa Andrea Garnache, - decía ella misma que procedía de una región portuguesa cercana a Galicia - , y a su hijo Tomasillo, en aquellos días de diciembre cuando el mal tiempo acechaba en aquella zona de esa región del reino de León.

Pero esas cosas ya habían quedado atrás. En los pocos meses transcurridos la obra del monasterio ya se había iniciado, y la sensación de paz, de sosiego, de humildad y de soledad, hacía de ese lugar un sitio magnífico donde meditar, sentir y pensar en Dios, y ayudar al prójimo en los deseos de servir al Altísimo, como un buen cristiano.

Y el fraile Daniel, la de los Cordobanes, (que ahora esa familia ayudaba a cada cual con sus quehaceres propios y naturales), en la resurrección de un nuevo monasterio, tras el caído y deshecho convento de matiz visigodo y tardorromano anterior, imaginándose el monje toda la obra arquitectónica construida, y parte de la que edificar con arte y belleza.

Los tiempos eran otros, donde la luz y los ánimos de los fieles eran distintos, donde la sencillez y la humildad se seguían como en un cenobio antiguo, o en un monacato, con fieles y frailes capaces de amar, de sentir amor al prójimo, de pensar en la bondad de Dios.

Y en el interior de la iglesia de Escalada, con aquellas finas y esbeltas columnas con bellos capiteles corintios y árabes, con esos armónicos arcos de herradura califales, o a la manera de una arquitectura tan bella y diáfana como la había sido en el palacio de Santa María del monte Naranco, o la cercana iglesia de san Miguel de Lillo, en Oviedo, que el gran rey Alfonso III había edificado para gloria y honor del Altísimo.

Y también allí en Escalada, cerca de León, la obra era importante en un monasterio dedicado a san Miguel como guardián de esos lugares. Las gentes soñaban con otro

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

espacio y otro tiempo. Las gentes eran distintas a las bárbaras, diferentes a las romanas, ya en esa época.

La esbeltez y finura de las columnas que terminaban en unos capiteles de una labra califal, como griega o romana, eran maravillosas, singulares, y como en la Córdoba con sus mezquitas, donde juego, sencillez y el arte se mezclaban con las columnas que apostaban a subir hasta el cielo,

Y las ilusiones y emociones eran otras. Lo espiritual se salía de los arcos de herradura para parecer furtivas lágrimas del cielo. Lo religioso quería irse con las estrellas de la noche en busca de la humildad, de la paciencia, de la obediencia y de la sinceridad. Y hasta de la caridad, que todo monje tenía que hacer para con él mismo y para con el prójimo.

El cielo debería estar también en la tierra, y desde la tierra se debiera buscar a Dios en las alturas del firmamento.

Y en la galería del exterior una hilada de bellas columnas, dejarían la sensación y el placer de lo vivo y de lo diáfano, junto con la impronta de un buen quehacer artístico, como si arte, Dios y espiritualidad se juntaran para ofrecer una imagen divina, eterna y admirable de lo sagrado.

La perfección arquitectónica irradiando luz y fuego interior y exterior como una visión no apocalíptica del mundo sino como las espléndidas y maravillas caras de un nuevo resurgir carismático y cristiano, sencillo y humilde, como de un nuevo amanecer. Una basílica del interior de san Miguel, en Escalada, toda una maravilla de saber hacer y emocionar a todos, a fieles, frailes y a trabajadores de una obra, realizada con manos expertas, sabias, cultas y sensibles.

Todo allí comienza de nuevo, se hace un nuevo arte, y eso era importante, ser original y creativo, eso sí aunque tomando trazas asturianas y califales según atestiguaban algunos, pero haciendo un edificio único, diferente, original, y consagrado luego por Genadio, obispo de Astorga a Dios y a la iglesia con el rito mozárabe religioso. Y todo ello, en la gran obra arquitectónica, se llevaría a término en un solo año, por méritos y energía del abad Alfonso, de sus esmerados frailes y del maestro de obra mencionado, el sabio Mujarto, o Avenín. Doce geniales meses que harían de san Miguel de Escalada un hito en la historia de Hispania y de la Iglesia de la época.

Un Fray Daniel anotó al final en sus legajos la siguiente observación: “Donde hay voluntad de superación hay amor, y el amor nos conduce al prójimo a través de Dios”.

CAPÍTULO VIGÉSIMO SEXTO

LA SOLEDAD Y EL SILENCIO de aquella época eran proverbiales y necesarios, como si toda la providencia partiese del Divino y se dirigiera hacia los pilares del cielo, y hacia las columnas que sujetan el mundo.

En el firmamento estaban las estrellas, los astros que Dios había puesto para iluminar la tierra. En el firmamento estaban los pilares y las columnas que Dios puso para sostener el mundo, el mundo celeste. Y allí moraba la Gloria de Dios.

Pero Fray Daniel era un monje diferente a los demás, sobre todo en lo relativo a poner una escuela monástica, como se decían de ellas, al servicio del pueblo, de los ignorantes y de los curiosos. Y en esas dichas estaba cuando un día habló con el Abad Alfonso, un hombre versado en letras, en religión y en arte.

Y el humilde fraile le propuso al abad:

- Padre Abad, ¿qué le parece si en estos santos y bellos lugares instalamos una escuela al pie del magno monasterio?
- ¡Hermano Daniel! En principio me parece bien. Muy bien diría yo. Pero, en cuanto a estos santos lugares no creo que todavía sean “santos”, y “bellos”, puede que el ojo humano los capte como tal en algunas personas pero ya sabe que en otros no podrían ser de la misma manera.
- Es verdad padre Alfonso. Pero lo de poner una escuela para la enseñanza de la religión, de conocimientos según propuso san Agustín, y de curiosidades según nos manifestó san Isidoro en sus Etimologías, puede ser eficaz y bueno. Yo me ofrezco para impartir clases a muchachos como el pequeño Tomás, y a otros muchachos de los pueblos cercanos. Todo ello honraría al monasterio.
- Tu planteamiento, querido Daniel, parece agradable y feliz, pero se corre el riesgo de parecer vanidoso, egoísta y soberbio. La humildad y la sencillez nace del corazón, no de la razón, y hay que buscar un término medio para poseerla.
- Efectivamente, padre Abad. Un poco de latín y de griego no vendría mal a las gentes interesadas, y nuestra comunidad requerirá unas dosis de paciencia y versatilidad para atraernos al mensaje de Dios a nuevos seres, sobre todo la juventud que busca meditar en las misiones de Dios. No solo latín, y la lengua romance para que la hablen mejor, sin palabrotas ni maquillajes, sino honesta y llanamente. Y unos conocimientos de arte, de aritmética, de geometría para entender bien las artes en las que nos movemos no estaría mal que fueran

aprendidas por los catecúmenos y fieles, o hasta los mismos monjes que algunos mostrarían sus conocimientos en otras materias y con buenas virtudes.

- Pareces un apuesto maestro, ya. Lo propondré a la colectividad religiosa, y si tú te ofreces para la escuela, con ayuda de otros frailes pues estaría bien visto, sobre todo a mis ojos.
- Gracias, queridísimo Abad, por su disposición en este tema.
- Ah, amigo Daniel, pero no debe descuidar la oración diaria, el trabajo en equipo de reconstruir este monasterio de Escalada, y el deseo de emular a los santos Padres de la antigüedad.
- Descuide padre, que así se hará.

- Mira, Tomasín, el padre Abad me va a autorizar a crear al mismo tiempo que edificamos un gran y bello monasterio, un aula o una escuela donde formar a fieles, a muchachos curiosos como tú, y a discípulos de Jesús.
- ¿Y yo puedo entrar en sus aulas? – dijo el chaval sorprendido.
- Si tus padres y tú lo queréis, sí. Sería estupendo que la escuela monástica compitiera para honra de Dios Padre con las aulas catedralicias que algunas ciudades cuidan y llevan a afecto en sus urbes, para formar a futuros religiosos o fieles.
- ¿¿Y cuándo empezamos las lecciones? Algunas clases de latín y de cultura me fueron enseñados ya el Tábara por aquellos buenos monjes.
- Pues, mira que acierto. Pronto, en cuanto la comunidad nos autorice daremos las primeras clases. ¿Te gusta como las gentes hacen el monasterio?
- Sí, Fray Dani.
- Pues pon atención e interés en los procedimientos. La aritmética con los números y la geometría con sus cálculos de circunferencias y círculos son esenciales para trabajar en las obras que aquí en san Miguel de Escalada se realizan.
- ¿Y por qué dice que los círculos son esenciales en esta edificación?
- Pues mira, hijo, todos los arcos de herradura tienen sus cómo y sus por qué. Si no se conociera ciertas fórmulas y nociones de geometría no avanzaríamos en la resolución de los arcos de herradura, que tanto visigodos como de los árabes, que tomaron de los “Elementos de Euclides” o de los números de Pitágoras con sus y los de Tales de Mileto con los principios que ellos llamaron teoremas.
- Y hasta Platón llamó a los números y a las formas los gobernantes del mundo. O aquel Eratóstenes que inventó una tabla de números primos.
- ¿De números que son parientes entre ellos, primos carnales entre ellos?
- No exactamente así, sino que hay ejemplos y propiedades que los números tienen por el mero ejemplo de serlos. Son cosas interesantes que nos llevan a otros modos de entender la geometría.
- Bueno, Tomasín, ¡dejemos estas cosas por hoy, y cuando seamos tres o cuatro alumnos empezaremos en serio las explicaciones de la materia!
- ¿Y estas cosas que me estás ya explicando y contando, no es ya en serio?
- ¡Sí, si, en serio son!

- ¿Sabes, una cosa, Fray Dani?
- ¡Pues no sé a qué te refieres!
- Bueno son dos cosas.
- Pues dímelas ya que estoy deseoso de saberlas.
- Bueno empezaré por la primera. Bueno mejor por la segunda. Puedo yo acarrear algunos materiales para la obra de la iglesia, me gustaría hacerlo y no estar tan ocioso.
- Los chiquillos no deben estar tan ociosos. En cuanto empecemos a estudiar, que a eso que vamos a hacer se llama así, te mandaré algunos tareas o labores que harás en el aula que dispondremos. Eres todavía pequeño para hacer esas cosas de traer materiales o realizar labores de arquitectura o albañilería. Para eso está tu padre y los otros monjes. ¿Y cuál era la otra cosa que me querías decir?
- Creo que esa no está tampoco en tus manos, pero me puedes ayudar en ello.
- ¿Y cuál es, si se puede saber?
- Pues quiero volver a ser monaguillo, como en el monasterio de Moreruela en Tábara.
- Bueno, se lo comentaré al señor Abad, y el será el que responderá. Tú estate tranquilo. ¡Que si Dios quiere lo serás!
- ¡Gracias fray Daniel, perdón, digo fray Dani!

CAPÍTULO VIGÉSIMO SÉPTIMO

UNOS MESES DESPUES. LA GRAN OBRA AVANZABA llena de buenas sensaciones, cargada de ilusión por la obra, mitad de aporte asturiano, pero la otra mitad nueva y original, leonesa o califal cordobesa.

¿Pero, hay que poner vallados al campo? ¿Hay que separar las partes arquitectónicas de una obra nueva, o separar continente y contenido como partes de la misma unidad?

¿Por qué hay que limitar lo que únicamente es una obra conjunta de Dios?

¿Es más importante la forma que el fondo religioso donde esta se expresa?

¿Querría Dios que solo se mencionasen sus piezas o elementos de edificación, y en cambio olvidara el contexto sagrado de su mensaje que allí tiene lugar?

Ambos deben estar unidos. La armonía y la esplendorosa belleza del arte realizado deben estar en consonancia con los designios del Altísimo.

El iconostasio y la cámara oculta deben ser puestas en paralelo con las otras partes de la edificación. Y así el arte mozárabe debe resaltar la grandeza de Dios, su pureza y blancura, su grandeza solemne, no del hombre que solo hace que cumplir con los ritos y los evangelios divinos.

Así lo bonito, lo limpio, lo original y perfecto, la blancura de sus muros, las columnas que enmarcan su grandeza, y la estética del monumento, deben estar al servicio de la iglesia en cuánto institución nacida para servir y honrar a Dios Padre. Lo blanco del alma en consonancia con la blancura y con los pilares singulares del cielo.

Y un edificio hecho con tanta fe y amor, con voluntad de agradar a Dios, con la energía de servir a la Iglesia como una marca especial de belleza, donde la esperanza y la caridad cristiana nos hagan comprender los misterios de la redención de Jesucristo, y la fuerza del Espíritu Santo por el mundo nos haga evangelizar a todos los pueblos de Hispania. Amén.

Este es un sitio espectacular, genuino, bonito. Un lugar para estar entre las fuerzas de un destino religioso.

Usando una mezcla de las reglas de San Agustín y las propias de la orden benedictina.

Un mágico lugar en un paraje agreste y natural, bello, silencioso, de verde lozanía en primavera, agradable al alma humana, donde el río Astura baja sonriente desde

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

las montañas leonesas, con ondas y corrientes cristalinas, y se dirige por las vegas, campiñas y praderas del reino de León en busca de los monasterios zamoranos de Tábara, tanto con el de Moreruela, como el del Salvador.

La campiña que rodea al monasterio de san Miguel de Escalada es rica y fértil. Algunos monjes expertos en agricultura y cierta ganadería, unos venidos de Córdoba y otros de Tábara, cuando no hacen ayudan en las tareas de reconstrucción del monasterio.

Los huertos que han sido sembrados de leguminosas como habas y garbanzos, crecen con el esplendor de la naturaleza. Sol y agua del río no les falta en verano para los ajos y las calabazas. Y más allá de los primeros sembrados cercanos al convento, monjes como fray Martín y fray Lorenzo, cultivaban trigo para las tahonas, o cebada para esas extrañas cervezas, según trajeron de al-Andalus los frailes con sus normas sobre esos cultivos, pasados de generación en generación, desde los indígenas a los romanos. Y hierbas y follajes para las tres camellas, por su buena leche, traídas desde el sur, y para los dos bueyes para el desarrollo del campo rural.

Y tres monjes del monasterio, cada día más ampliado por la llegada de nuevos frailes. Y así, más intentando formar un palomar y varias colmenas para las abejas, que en el verano dan rica y sabrosa miel.

Todos los monjes del monasterio, con el abad Alfonso a la cabeza, intentaban tener y llevar el corazón alegre, el alma purificada por el trabajo de cada día, junto con las oraciones y rezos, que servían para equilibrar su pensamiento humano y acercarlo a Dios. Y el cuerpo fuerte y sereno para honrar los misterios de Dios.

CAPÍTULO VIGÉSIMO OCTAVO

MAS UN DÍA APARECIÓ POR LA MAÑANA EL CAMPO DESTROZADO.

Y fray Dani le dijo al muchacho Tomasín.

- No todo iba a ser perfecto.
- Pero – decía el jovencito para sus adentros, y también en voz baja confesaba. ¿Qué persona iba a querer que los campos se desbrozaran a la fuerza y con violencia?
- ¿Todo, Tomasín en tu vida ha sido dulce y placentero?
- Sí, sí. – manifestó el muchacho muy apesadumbrado mientras veía los destrozos del campo con sus secuelas de roturas de plantas y destrozos de sembrados, hechos según se veía con mala intención de perjudicar a la comunidad religiosa.
- ¡Ves Tomasín! La vida no es tan perfecta como a veces la naturaleza nos lo pinta, o el hombre se afana en demostrar la pureza del ser humano. Cuando no son heladas es granizo, y cuando hay sequía todo se hace con penuria y desolación. Pero el hombre es a veces el principal causante de muchas desgracias, sin pensar en lo que luego ocurrirá tras ese accidente.
- ¿Y quién habrá podido ser el causante?
- ¡Alguien que no quería el mal!

Hubo un silencio como de noche de Navidad, pues al chico aquellas cosas no le parecían normales.

- Ves Tomasín lo que días antes te dije:

El hombre debe formarse en paciencia, humildad y amor. En obediencia al abad, y a los monjes superiores. La sabiduría vendrá porque la voluntad de Dios lo querrá.

- Y también en el deseo y en la curiosidad por saber y aprender nuevas cosas – manifestó así como de repente el muchacho.
- Efectivamente eso te iba yo a decir. ¿Ves la importancia de una escuela monástica? Muchos queremos enseñar por vocación a los demás, al prójimo. Y a mí, me gustaría enseñarte, o aprender yo de otros, cosas de números, de álgebra, de geometría, de ciencias de la naturaleza y de latín.
- Y de la lengua romance, también si es posible, hermano Dani -terminó el jovencito.

Entonces vieron aparecer a más frailes hacia el lugar donde los desastres del campo eran más vistos y patentes. Unos monjes compungidos, otros con el ánimo decaído, los otros con cara de malhumor, aunque quisieran aparentar serenidad y paciencia en sus rostros. Pero, ¿en qué conciencia o situación esas cosas no dejan huellas?

- Si huellas dijo un fraile, habrá que investigar quién lo ha hecho. Está hecho con mala intención y a posta.
- Vale, compañero, compañeros y hermanos en Jesús, recemos porque el Señor aún no se ha metido con nosotros. Serán cosas del diablo. El demonio tiene mil ojos, y sus tristes lágrimas son de mal agüero. Hay que tranquilizarse y analizar lo sucedido – acabó diciendo el padre Abad.

Hubo una tapada inquina en algunos y una desilusión o desolación en los otros, Solo Tomasín lo veía como un fastidio que tenía remedio. Y es que la voz de la infancia veía con otros modos los sinsabores de la vida.

Nadie sabía explicar el por qué de lo ocurrido. Y hasta hubo alguien que pensó. Mejor o moverlo. Pero, ¿Y si volvía a suceder? Encontrar las causas era eliminar los efectos y las futuras consecuencias. Alguien cercano a ellos tendría que haber sido – pensó para sus adentros el mismo Abad Alfonso. El tiempo nos dará respuesta a estos desmanes contra la naturaleza – marchó andando con gesto pensativo.

Y se olvidó decir... “y los desmanes contra nosotros los monjes del monasterio”.

CAPÍTULO VIGÉSIMO NOVENO

LA ACTIVIDAD A VARIOS MESES del comienzo de la construcción del monasterio iba ahora viento en popa.

Los destrozos en las fincas y en el huerto cercano parecían haberse diluido en el tiempo. Se sospechaba de unos y de otros, Pero las sospechas y los indicios son malos consejeros cuando no hay pruebas en concreto Se puede culpar a una persona sin ser ella nada, o sin haber participado en ningún delito.

La tenacidad del abad por apaciguar ánimos, acallar rumores, y tener confianza en la justicia era pródiga y manifiesta.

Ahora dijo a sus compañeros, lo importante era Dios. Y había que terminar la iglesia y comenzar el claustro, anexo a la iglesia. Su casa de Abad, y las habitaciones contiguas de los monjes podían esperar. Ahora en aquellas naves dispuestas provisionalmente era una solución apta y recomendable, solo en un principio.

Corría el mes de septiembre de 913. Las vides con racimos de uvas, que en los alrededores daban buenas cosechas, ya estaban dispuestas para la recolección.

Varios árboles frutales como peras, ciruelas y manzanos tenían las ramas cargadas de frutos. Y aunque el vino de las vides no era de primordial alimento para ellos, pues sabía que hasta los mahometanos, de la Córdoba islámica de donde habían venido no bebían alcohol por prohibírsele su religión, en cambio algunos, pocos labriegos del lugar se afanaban en recolectar las uvas para fabricar el vino de la zona.

En las lindes del las riberas del rio Esla, el “Astura” primitivo, se habían plantado algunos árboles como olmos y álamos, traídos hasta allí por algunos compañeros del Sur. Y el frescor del lugar con algunos sauces elegantes daban ánimos y sombras a las gentes de la comunidad que allí se acercaban para disfrutar de la naturaleza.

Y un buen día de finales de septiembre, el monje Julio, llegó corriendo hacia las obras del convento, hacía las horas del almuerzo, en las horas “Sextas” de oración, cuando el sol del mediodía sube a lo alto del cielo, y el “Angelus” preceptivo llama al rezo.

La voz grave y potente, nervios y entrecortado del fraile, era un poema de lamento y agitación.

- Han entrado en la tahona y han llevado un saco de trigo, y lo han dejado todo tirado y destruido.
- Repite, fray Julio lo dicho. Tranquilízate y explica lo sucedido.
- Que han entrado en el molino de agua, y han revuelto todo y se han llevado el saco último que teníamos para hacer el pan.

- ¡Espera, fray Julio! ¡Vayamos fray Hortensio y fray Abel! Yo os acompañaré hasta allá.
Todos quedaron sorprendidos por lo sucedido. Y rápidamente se desplazaron de allí para averiguar lo acontecido el abad Alfonso y varios monjes para intentar ver y saber lo acaecido.
- Continúa con la oración, y luego sigue trabajando en la labor de hacer la iglesia.

Aquello tenía visos de ser obra de los mismos individuos del estropicio de los sembrados de las fincas y del huerto.

Pero, ¿quién o quiénes eran los culpables?

¿Sería obra de las mismas personas o eran otras las que ahora habían entrado en la tahona?

El padre Abad estaba tan desconcertado como los demás frailes. Unos decían que eran estos, otros que podrían ser aquellos. La confusión era notable. Pero habría que montar un plan para capturar a autor o autores, o conocer algún indicio más y mejor.

Querían resolver el enigma, si podían antes del mes de noviembre para el cuál querían la consagración de la iglesia por el obispo de Astorga, el bueno de Genadio.

Y había que concebir algún plan inteligente para saber quien intentaba menoscabar la armonía de su iglesia.

Entonces fray Daniel se le ocurrió quiénes podían ser los responsables de aquellas nefastas actuaciones. Tal vez se equivocaba pero llegó a concebir un plan para acabar con los rateros. Y esas dudas se las hizo ver al Abad Alfonso.

Pero el Abad no se dejó seducir, ni engatusar, ni convencer por las apuestas palabras de fray Daniel. Y es que él ya tenía otro plan para descubrir a los autores de los robos y del estropicio del campo.

Lo que sí le hizo llegar fue que casi todos miembros de la comunidad de Escalada estaban de acuerdo en formar una Escuela Monástica, y que desde cualquier momento, en ratos libres, ya podían comenzar las clases, y el mismo fray Daniel impartir sus actividades y sus lecciones de aritmética y geometría, amén de su habilidad en poesías populares. Y hacerlo en compañía de fray Alberto y fray Martín, el primero con sus lecciones de gramática y retórica, y el segundo con latín y romance popular.

La alegría de fray Daniel fue inmensa y así se lo comunicó al día siguiente a Tomasín, que como conejito de aprendizaje natural fue el primer estudiante de aquella nacida escuela monástica de san Miguel de Escalada, que comenzaba sus pasos con un alumno ejemplar.

CAPÍTULO TRIGÉSIMO

TAN DESEOSO ESTABA FRAY DANIEL que lo primero que hizo aquel día de sábado, por la tarde, fue comenzar a preparar a Tomasín para ser un buen fraile.

Y no era el latín la primera materia a aprender sino a recitar unos poemas que siempre llevaba en su mente, y que su conciencia se negaba a guardar, o a callar.

Y aquella tarde le dijo al muchacho con sencillez y humildad:

- Tomasín, con permiso de fray Alberto que te dará sus lecciones de gramática y retórica, y tal vez de dialéctica cristiana, yo te voy a enseñar nociones de ritmos, de música, de rima y de composiciones poéticas.
- Estoy a sus servicios, fray Dani. Mi ilusión es aprender. Mi curiosidad es alta y notable. Y estoy dispuesto a sacrificar horas de juegos en provecho de unos estudios dignos y adecuados, o como se llame eso.
- Me dejas maravillado de tu actitud risueña y emprendedora. ¡Pues bien, no perdamos tiempo y vayamos a recitar una jarcha!
- Una qué... - replicó el muchacho de repente.
- ¡Una jarcha! Es una cancioncilla que los musulmanes llaman en árabe *muwashaha*, y que al añadir unos versos a un poema, le dan sonoridad y frescor en mozárabe. Y yo de ahí mismo incorporé unas breves estrofas. Otros lo llaman por allá, también, como zéjel. Escucha cómo es, más o menos, su estructura. Fíjate en esta y di si te gusta:

LAS NUBES A LAS LLUVIAS
MANDAN CAER COMO ALUBIAS.

LLEGA LA LUNA
A SU CÉNIT
QUITANDO EL PAN
AL ASTRO SOL.

LA TIERRA ES FLOR
Y DIOS SU CREADOR.
EL PRÓJIMO AMOR.

¡OH, CLARIDAD SON LOS DÍAS!
¡OH, LAS NOCHES SON FRÍAS!

LA LUZ DE LAS ESTRELLAS
MARCAN DEL CIELO LAS VÍAS

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

Y LAS ORACIONES MÍAS.

LAS NUBES A LAS LLUVIAS
MANDAN CAER COMO ALUBIAS.

- Eso es todo, Tomasín. ¿Te ha gustado este juego entre música y poesía?
- ¿Qué si me ha deleitado? Mucho. ¡Qué bien! ¿Sabes algo más, fray Dani...?
- ¿Qué si sé más cosas de estas? Pues sí, pero antes, primero dime: ¿cuántas lenguas o idiomas se hablan en España?
- ¡Oh, fray, me has pillado aquí! No sé cuantas...

El muchacho hizo en breve silencio y comenzó a hablar en voz baja... dos, tres,

- ¡TRES!
- ¿Las has contado bien?
- CUATRO – dijo ahora como un jovencito espabilado.
- Pues no, tampoco son esas.
- ¡Pues, cuáles son?
- Tienes que prestar atención a los monjes y personas que pasen por los monasterios.
- ¡Sí, sí lo hago!
- Pues cuenta. El “bable” o astur-leonés, que nosotros hablamos, uno. El “galaico” de Portugal y Galicia, de donde es tu madre, y son dos. El vasco que es de donde bajan algún fraile del norte, tres. ¿Te sigo contando?
- ¡Sí, sí, tres, casi te he igualado!
- Pues mira, el otro día llegaron dos monjes de Cataluña, hablando el catalán, al otro extremo en el noreste de España. Y son ya cuatro. Y no me negarás el mozárabe, muchos de los aquí vivientes, y procedentes de Córdoba, que con sus raíces árabes nos hablan en el idioma de aquel hasta aquí mismo, y son cinco. Al que algunos añaden el castellano, que se habla en algunas regiones del centro de la meseta.
- ¡Madre mía, no tendré que aprender tantos idiomas! ¿verdad?
- Todo es cuestión de voluntad, y de vocación y de familiaridad.
- Con tantas cosas no pienso que aprenda ni dos bien.
- Bueno, todo vendrá, si viene con naturalidad. Las lenguas entran solas cuando son naturales. Te voy, entonces, a decir un romancillo, que son unos versos en lengua de aquí, de estas tierras que pisamos, y que dice así:

DON RODRIGO QUE FUE REY
DE LA ESPAÑA, Y VISIGODO
DERROTADO Y YA SIN LEY
CAYÓ EN TIERRA SIN DECORO.

DON RODRIGO CON SU GREY
QUE HUYÓ EN MITAD DEL CORO
DIJO LLORANDO, ME IRÉ
Y ESE FUE SU FRÁGIL TONO.

NI LA CAVA CON SU AMOR
NI TOLEDO CON SU ORO
NI SUS HUESTES LE PREMIARON
CON VICTORIAS NI TESORO.

DON RODRIGO QUE FUE REY
DE LA ESPAÑA, Y VISIGODO,
DERROTADO Y YA SIN LEY
CAYÓ EN TIERRA DEL MORO.

- ¡No me mires ni escuches más. se acabó!
- ¡Pues qué corto ha sido!
- ¿Te ha gustado?
- Tengo que hacer yo uno – dijo Tomasín con gran ahínco.
Y pensando y repensando su sumió en un pensamiento análogo.
Y de su boca de joven balbucearon ciertas palabras inconexas intentando hacer
unos versos con su mente de chiquillo.

CAPÍTULO TRIGÉSIMO PRIMERO

DE REPENTE HUBO UN PEQUEÑO GRITERÍO entre todos los obreros que trabajaban en la construcción de la iglesia del Monasterio de Escalada. Casi tenían ya acabada la obra mayor de la iglesia del convento.

El mes de octubre de 913, estaba ya mediado su sino, y solo faltaban unos pequeños toques para acabar la cubierta del monasterio y consagrar la iglesia mozárabe al Señor en el mes siguiente.

Todos sabían que sería Genadio, el obispo de la ciudad romana de Astorga, el que bendeciría la magna iglesia de Escalada. Y que su rey ahora, el rey de León, García Primero, con su noble esposa, vendría hasta allí para ese solemne acto religioso.

A pocas semanas, antes de la consagración, otro desgraciado accidente, o inexplicable incidente, tuvo lugar.

Habían desaparecido de la obra en construcción una buena pala de madera y una gran azada. Con esas herramientas anteriormente dichas, se habían hecho parte del mortero para muros y paredes, empleando la cal, la arena y el agua para hacer los trabajos elementales.

¿Otra vez el hurto, o el robo?

Sería verdad que no hay dos sin tres. Tres robos acaecidos en ese lugar misteriosamente.

Las dos herramientas eran de madera de roble, duras, hechas y labradas con manos artesanas. Pero, alguien con juicio y sapiencia había hecho unas marcas casi invisibles en sus tallas, como cuando el limón hace aflorar letras invisibles en el papel o en el pergamino, para detectar posibles fraudes, robos o hurtos, o ser cambiadas, tal vez, por otras menos fuertes y menos consistentes.

El plan del Señor Abad que había diseñado en su día había funcionado, pero, ¿serviría para algo aquello?

Todos los monjes allí congregados quedaron impertérritos de que alguien querían hacerles daño.

Primero habían sido los destrozos a conciencia de los campos cercanos donde creían vegetales y plantas.

Después hubo el robo del saco de harina de la tahona, un robo sin ton ni son, pues todos los frailes tenían acceso al grano de trigo, y a nadie faltaba la molienda y el alimento de una hogaza de pan.

Entonces, que ocurría en ese lugar. Muchos habían pensado en rencillas y enemistades entre los miembros de la comunidad religiosa. Pero, el Abad Alfonso, listo como una corneja había observado el devenir de otros miembros auxiliares de la comunidad. Nadie estaba exento de sospechas.

Recordaba ensimismado en enfrentamiento para alzarse con las riendas de las obras del antiguo convento, y el recogido de las ruinas entre los hermanos Teno y Tano con el padre de Tomásín, Bernardo Andrade. Pero todo aquello parecía ya olvidado. Esa era la sensación aparente, aunque de todos era sabido que

algunos aspectos de ciertas colisiones que nunca se dejaban notar, y era sigilosamente punzantes entre algunas personas, que nada daban a entender a los demás.

También habían existido ciertos piques y roces entre algún fraile de la comunidad y algunos colonos o siervos que se habían acercado al lugar con visos de poder trabajar y habían sido rechazados pues el cupo y los especialistas así ya lo habían sugerido.

El señor Abad poco sospechaba de sus frailes y tenía algún reparo en algunas gentes que se habían acercado a la obra, aunque en apariencia todo era perfecto, correcto.

Entonces, ¿cómo descubrir lo sucedido?

Se necesitaba mano suave y tenue, ojos sencillos y averiguadores, y conciencia pura para no hacer de un inocente un culpable.

El abad confiaba en la experiencia y en la sagacidad de fray Horacio, un monje procedente de Francia, que era también experto en resolver enigmas y misterios. Y era uno de los pocos frailes que dominaba el juego del ajedrez, aprendido en sus viajes a Palestina y a Oriente Próximo en otros tiempos. El Abad Alfonso, fray Horacio y fray Lucio, que había venido con él, desde Córdoba, idearon cierto plan para atrapar si era necesario al intruso y descubrirle.

Sabían de la necesidad material de algunas gentes en las aldeas cercanas, pero cualquiera podría hacerlo, y a veces sería quien menos de él o ellos se sospechasen.

Pero llegado a ese punto, y siendo ya del conocimiento de todos habría que actuar con sigilo, con nobleza y con rapidez. Era necesario encontrar esos utensilios y ver qué relación, si la tenían, con los otros incidentes.

Y lo mejor era buscar en lugares insospechados y cuando nadie se diera cuenta. Es decir cuando todos trabajaran en la obra de la iglesia, dándose prisa pues la consagración estaba marcada para el mes de noviembre.

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEGUNDO

TE HABRÁS DADO CUENTA que hace unos capítulos había comenzado yo mismo, el Tomasillo de Tábara, o el Tomasín de san Miguel de Escalada, con fray Daniel, a contar muchos aspectos y cosas que nos fueron sucediendo a mis amigos, los religiosos de aquellos monasterios cuando el creer en Dios era el salvo conducto para redimir tu alma, y salvarte de las graves penas del infierno donde iban los condenados por los pecados de este mundo.

En aquellos días de mediados de octubre, había tenido lugar el tercer accidente, llamémoslo robo o hurto, de las cosas pertenecientes al monasterio de Escalada.

El sigilo y el misterio se cernían en torno a quien o quienes habían cometido aquellos desmanes. La picaresca siempre había existido en todas las épocas y siempre. Esas ingratas conductas llevan aparejadas desconfianzas y recelos. Por eso estaba bien pillar al ladrón para que toda la comunidad de religiosos y frates siguiese contenta y en paz. Nadie supo como en verdad el abad Alfonso y los monjes fray Horacio y fray Lucio, llegaron a descubrir a los culpables de tamaña osadía.

Recuerdo que fray Daniel me contó posteriormente algunos aspectos de lo sucedido. Por él supe que a mi padre Bernardo le achacaron sin fundamento algunas casualidades de algunas cuestiones al respecto. Pero él no tuvo nada que ver con que los hermanos Teno y Tano, por odio o venganza hacia él, porque los frailes le habían dado autoridad y ser considerado ayudante especial en las tareas del derrumbe y carga de los destrozos y apilamiento del anterior monasterio, y por inquina y malas posturas intentaron fastidiar y meterse con mi padre, mientras mi pobre madre, ya tenía bastante con cuidar y sacar adelante a mis hermanos, Teresita y Luisito.

Según contaron luego, los frailes que idearon el plan, revisaron a todos los fieles que voluntariamente ayudábamos en la reconstrucción del nuevo monasterio con su iglesia en estilo mozárabe.

Y revisando en silencio todas las viviendas de los monjes y algunas partes de la población congregada sin molestar a sus habitantes, y las chozas y sitios dispersos donde solíamos vivir y meter nuestras cosas, descubrieron en una cabaña situada solitariamente, hacia el noroeste del convento, un lugar escondido donde los hermanos Teno y Tano habían ocultado los enseres y cosas perdidas, o más bien, robadas.

Pero, nadie se enteró de lo sucedido, por sacramento de confesión declararon sus pequeñas fechorías, por venganza contra mi padre Bernardo, porque los frailes le querían más que ellos, y le habían asignado un buen puesto en el convento.

Y luego, tras unos días desaparecieron de nuestras vidas y de las inmediaciones del monasterio. Y todo volvió a la tranquilidad hasta que el 20 de noviembre hubo la gran celebración con la consagración del monasterio de san Miguel de

Escalada por el obispo de Astorga, Genadio, así con la presencia real del rey leonés García Primero, muerto su padre el rey Alfonso tercero hacia más de un año. También asistió la esposa del rey, a la que algunos llamaban Mumadonna. Y todos decían que aquel acto era una gran obra de los monjes y de los fieles que libres y sin cargas ni con malestares de sudores y sacrificios humanos, había logrado realizar una obra en doce meses, para honrar a Dios Padre, por unos monjes que querían seguir una mezcla de la regla de sn Benito y de la Regula de san Agustín.

La consagración se celebró aquel día 20 de noviembre de 913, sábado, aunque la tradición visigoda la hacía siempre en dominica, pero Genadio tuvo que hacerlo ese día, porque para Dios todos los días de la semana eran iguales en el Señor.

CAPÍTULO TRIGÉSIMO TERCERO

EL ANTIGUO REY ALFONSO TERCERO, DE LEÓN Y OVIEDO había dispuesto hacía ya un tiempo que el antiguo y derruido monasterio del arcángel san Miguel de Escalada fuese reconstruido, rehecho y reformado, y con la ayuda de gentes procedentes del sur de la península ibérica, y de un valiente y esforzado abad llamado también Alfonso, y con fratres o compañeros de Córdoba se encaminó a erigir una iglesia mozárabe, con claustro y monasterio, en los términos de una zona norte y cercana al río Esla, el antiguo “Astura” romano.

Y el tercer brazo de la cruz de aquel renacido monasterio fue Genadio, obispo de Astorga. Pero, antes Genadio había sido un monje procedente del monasterio del Ageo, y había llegado la Bierzo para volver a fundar otros monasterios que san Fructuoso formará en siglos pasados.

Por eso la personalidad, fuerte y erecta, sensible y religiosa, de un obispo especial, que por encima de fechas y de espacios, lo esencial era la firme y rigurosa actuación de los ritos, liturgia y celebración sagrada de una iglesia que bajo la advocación del arcángel Miguel, defensor de los principios cristianos, estaban por encima de cosas superficiales y triviales.

Así que no hizo mucho caso a la tradición visigodo que imponía el domingo como el día necesario para consagrar la iglesia.

Ya en Santiago de Compostela, la celebración había tenido lugar un lunes, pues para el Señor Padre, los días no son lo importante, es el Espíritu Santo el que debe de primar y sellar en lo divino un acto de la importancia de la iglesia mozárabe de Escalada.

Y Genadio, tenía la prelación en toda la corte real de Alfonso y sus hijos de erigirse como máximo obispo por encima del obispo de León, y de Zamora y de otros anexos.

El obispo Genadio había llegado a san Miguel de Escalada en un carromato donde él y sus ayudantes con otro carro habían partido de la ciudad de Astorga, con los primeros rayos de sol de aquel día, con sus vestimentas y ropajes y utensilios para la consagración de la iglesia.

Y llegados al lugar, el sábado, día 20 de noviembre, sábado, comenzaron los actos y rituales para la consagración al Altísimo de aquella iglesia, terminando los actos y los ritos, al día siguiente, domingo, en el que emprendería el camino de regreso hacia Astorga.

El abad Alfonso no puso objeción ninguna a Genadio. Y el rey García I y su esposa Mumadonna, estando de acuerdo en todo con el obispo astorgano pasaron a asistir a la celebración de la consagración de la iglesia y los altares de san Miguel de Escalada.

Y los monjes muy contentos, entre otros con aquellos frailes como fray Agustín o fray Orencio.

Y hasta los fieles y benditos cristianos como Bernardo de Andrade y su esposa, más sus hijos y Tomasín, la familia de los “Cordobanes” y otras gentes asistieron leales y sinceros a aquel acto que nunca olvidarían en sus vidas de fieles cristianos.

Los monjes mozárabes, muchos de ellos nunca habían asistido a una celebración y dedicación religiosa de aquel tipo, la consagración de unos altares y su iglesia. Y lo que más gustó a Tomasín, a pesar de su edad fueron los actos, los ritos mozárabes que por aquel entonces todavía se llevaba en el reino de León, hasta que el futuro rey Alfonso VI por orden del Papa lo cambiara por el rito romano, a finales del siglo XI.

Y fue ya de madrugada del domingo cuando el rito adecuado tuvo fondo y forma para que todo fuera consagrado según lo convenido.

Era un rito especial que los cristianos mozárabes que vivían en el territorio musulmán de al-Andalus, y heredado de los ritos visigodos, todavía estaban en buen uso y dedicación entre aquellos cristianos del siglo X.

Todo estaba casi perfecto, exacto y correcto. Aquel arte iluminaba los corazones y el alma de los asistentes. ¡Qué belleza de arete bajo sus pies de mozárabes! ¡Qué ilusión mirar y observar los misterios de Dios sumidos en una arquitectura tan bella y grandiosa!

El arte mozárabe, no solo era arquitectura, ni esculturas talladas, ni pinturas como las desconocidas y bellas de san Baudelio de Berlanga. El arte Mozárabe era eso y mucho más. Los tejidos y vestimentas de los oficiantes a la consagración eclesial, los metales con que ofrecían su vino y el pan, como el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Los marfiles y crucifijos hechos con suma devoción cuidado, sensibilidad y estética religiosa. Y todo el boato de formas y piezas de origen mozárabe que estaban presentes en ese acto especial y devoto.

Todo lo allí tratado parecía alegre, oriental, exótico, pomposo y con marcado sentido simbólico.

Todo había sido llevado a cabo con ilusión, fervor y dedicación, desde la aspersión con sal por el interior de la iglesia, y todos los demás actos que imponía la liturgia mozárabe. La Misa de dedicación especial, y los cánticos, esos cantos y neumas de un Antifonario hecho para la ocasión, que volvían loco a Tomasín entonados con fervor, con amor cristiano, con fuerza y pasión musical, inundando el lugar de música celestial, divino, agradable a Dios y a los sentidos humanos. Y los monjes con los cantos llanos o gregorianos inundaban la iglesia de aromas de incienso, de oraciones y de cánticos sagrados. Un rito fastuoso, rico, abierto al público y bajo el patrocinio del rey y del obispo Genadio.

Era una liturgia hispana, o mozárabe, que ya los visigodos habían implantado en la iglesia hispana. Textos y actuaciones llenas de amor, de ilusión y de fervor.

Todos había, pues, sido llevado según el rito, la liturgia de la palabra con una profecía según lo señalado, el ofertorio, el signo de la Paz, la plegaria dialogada entre sacerdote y pueblo, la Eucaristía, y el rito de la comunión. Y la colocación del pan consagrado en nueve trozos, sobre una patena en cruz. Un ritual propiamente mozárabe.

Los fieles atrás, callados y sumisos, como en un silencio divino, y los monjes adelante cantando y celebrando los actos. Y el alma se purificaba y se llenaba de celestial dulzura. Los cánticos gregorianos alzaban el espíritu hacia lo alto del cielo, con su fe inquebrantable, envueltos por los hermosos arcos de herradura, Finas y estilizadas columnas con sus magníficos capiteles bien tallados, con los sagrados altares mozárabes, con la espléndida blancura de sus espacios religiosos, sumiendo los ánimos y las conciencias de todos los asistentes en busca de los pilares del cielo, en busca de Dios, en busca de lo infinito.

Hispania era aún en el siglo X, una España diversa. La España musulmana del centro y sur, la cristiana y visigoda del norte y del centro, todos viviendo en paz o en guerras, pero, con pocas gentes originales de aquí mismo, solo los pocos indígenas y autóctonos que quedaban perdidos por pueblos, montañas y aldeas. Indígenas, romanos, visigodos, árabes y cristianos. ¿Quién por encima de quién?

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO

AQUEL DÍA HABÍA SIDO SOLEADO, grato y solemne. La iglesia se había consagrado por el rito mozárabe.

El entusiasmo de frailes y colaboradores en la construcción de la iglesia de Escalada había llegado a su máximo apogeo y esplendor. Y aunque las obras habían sido auténticas y majestuosas, la ceremonia tenía el gusto de una belleza genuina, la esbeltez artística y la armonía arquitectónica y sagrada.

Todos habían aportado un granito de arena sagrado, muchos granos de piedras y el esfuerzo con generosidad de un gran amor. Todos habían aportado su generosidad, su propio dinero, y no habían contado con el sudor del pueblo. Esas virtudes piadosas estaban en consonancia con la doctrina del Jesús Evangelizador.

Tomasín estaba diáfano y feliz. Los frailes ocultaban su júbilo y su escondida alegría entre el hábito religioso, pero en sus rostros la expresión era distinta de un día cualquiera.

Todo el esplendor del lugar era como un paraíso de los que los humanos ofrecían a Dios.

Fray Bernabé no ocultaba su satisfacción y su dicha.

El rito mozárabe ofrecía amor, lógica, carisma, detalles y serenidad. Y originalidad.

El rito mozárabe, heredado de los visigodos, era para los cristianos libres un jardín de belleza, tan literaria o artística, como plagada de atuendos y utensilios, o de pláticas llenas de palabras y discursos al estilo de los oradores paganos como Platón, Aristóteles u Horacio. Una retórica que se mezclaba con las palabras llenas de poética y maravillosa disertación religiosa, como un recuerdo a Plotino y a San Agustín.

Aquel día había sido la exaltación más gloriosa de su universo, como si el cenit del firmamento estuviera en el alto cielo de Escalada.

Pasado un tiempo. Algunas generaciones de aves y pájaros. Pasados unos pocos años, el adolescente había llegado a ser un joven casi adulto. Tomás apenas recordaba sus años exactos, para qué, todo en la naturaleza es así: pausado, verde, agridulce, renovador. Para los frailes dieciséis años, para sus padres y para el

mismo tal vez, catorce o quince. La edad no era símbolo de bienestar, ni de caridad ni castidad, ni apenas de redención ni absoluta ni relativa. Solo eran unos números sin más, y un deseo que ninguna enfermedad, fiebre, peste o malquerencia se apoderase de tu ser. Solo importaba que un bautismo y la sed de ser libre ante el sol, ofreciera un espectáculo seguro y diáfano.

Y entonces, un día Tomás pensó que su estancia allí, en Escalada, había llegado a su final.

Atrás quedaban envueltas cosas como en varias neblinas o penumbras, sus pensamientos e ideas de querer ser fraile, un fraile diferente, no un monje cualquiera, sino un monje devoto, disciplinado, obediente, sincero, como uno de aquellos auténticos santos que muchas veces había oído hablar en capillas, en claustros, en paseos, en iglesias. Un santo como aquellos que los libros religiosos contaban y narraban como los más fieles y leales discípulos de Dios, con sus aportaciones diversas tanto de conocimientos culturales como de la religión cristiana, con sus servicios a la sociedad de la que dependían, con sus entregas y sacrificios, sus oraciones y rezos cuyas reliquias y objetos veneraban todos, religiosos y paisanos, en aldeas y pueblos, ciudades y urbes, en loor de misterios, y cuya veneración religiosa atraían a gentes sencillas y a fieles cristianos de muchas partes.

Un buen día, llegaron a Escalada dos frailes en medio de una destartalada carroza. Decían provenir que eran del Bierzo, de la llamada “Tebaida”, y uno de ellos había trabajado desinteresadamente, aquí en Escalada, en los anteriores años de su construcción eclesial.

Tomás, les había oído hablar de que ellos estaban allí para requerir gentes y añadir personas para trabajar en la reforma y construcción de un nuevo templo, de una nueva iglesia. Lejos de San Miguel de Escalada.

- Me interesó aquella oferta, - se decía Tomás - aquella buena nueva, como un mensaje que Jesús daba a sus discípulos, de ir por el mundo y predicar su palabra, su evangelio, su testimonio, sea en oraciones o en construcciones religiosas.

La vida es dura, sacrificada, tenaz, a veces insípida, pero sin aventura ni voluntad de cambio, es insufrible.

Aquello me sorprendió de repente. Era distinta la proclama de otras veces, y como una serena monodia musical, como un monótono devenir, cotidiano, inocente, y siempre el mismo, me pareció percibir que unas nuevas energías, unas desconocidas fuerzas me llamaban, y me impulsaban a conocer de qué iban aquellas gentes y aquellas cosas. Y mi mente se cargó de unas nuevas y desconocidas actitudes. Y mi pensamiento se juntó con el sueño de todo adolescente, ser libre y eficaz, aventurero y cristiano, útil y aplicado, curioso y emprendedor de conocimientos, y apto para digerir sabiduría y religiosidad.

Y un día dije a mis padres.

- Me marchó, padres. Lo siento por vosotros. Lo siento por mis hermanos.

- ¿Qué dices hijo mío? – contestó mi buena madre, sin dar crédito a las palabras que decía.
- Fray Bernabé y yo nos hemos apuntado a colaborar desinteresadamente en Santiago de Peñalba.
- ¿En dónde? – dijo su angustiada madre.
- En Santiago de Peñalba, al oeste del Reino de León. Camino de Galicia, y del apóstol Santiago.
- ¿Y qué quieres decir con esos? – respondió inesperadamente sus padre Benito.
- Sí, eso quiere decir que van a poner en marcha en la “Tebaida berciana” un monasterio similar a este de Escalada. Y necesitan ayuda y colaboración.
- ¿Y trabajareis solo por libre voluntad, sin peculio ni dinero a cambio?
- Eso es madre. Mejor no lo has podido decir. Libres y generosos como Jesús.
- ¿Y tus hermanos? Luis y Teresa, pensarás en ello. Son más pequeños e ingenuos que tú...
- Continuamente, madre, pensaré en ellos. Pero Dios me tiene acostumbrado a otras cosas.
- Vete en paz, y no descuides la fe en Dios, y la esperanza en ser mejor cada día.
- ¡Dadme, padres vuestras bendiciones!
- Recuerda que siempre te querremos. Marcha en paz – dijo la madre.
- Y recuerda otra vez más, la memoria de tus hermanos. No nuestros sufrimientos, sino el amor que les debes profesar – terminó diciendo el padre.

En ese aproximadamente más de año y medio de estancia en Escalada, todavía había aprendido cosas buenas e interesantes antes de partir, pues el hermano Daniel le había inculcado otros conocimientos y cosas que le iban a valer para su vida posterior.

Sí, mis conocimientos iban creciendo como la luna en cuarto creciente, sola, pequeña y pálida, y deseosa de llenarse y ser nueva. Algo de nuevas nociones de música y gramática latina. La retórica y la oratoria preferí no aprender nada porque esas cosas eran de adultos.

Entonces, un día soleado de mayo, un buen día para la naturaleza y para Dios, el monje Daniel, antes de nuestra partida me había dicho muy discretamente:

- ¿Por qué no aprendes a componer algunas cancioncillas y versos como hacen algunos hebreos y mozárabes, unas pequeñas piezas habladas, llenas de suavidad y dulzura, de ritmo y de musicalidad, como algunas gentes utilizan estas fórmulas para amar, querer o seducir a damas y doncellas?
- ¿Y eso lo sabes hacer tú, un clérigo al servicio de Dios y de los hombres?
- Pues eso mismo es lo que pretendo decirte. Para mí mismo no serán necesarias, pues mi amor por Dios es fuerte e intenso. Pero, no dejo de reconocer que hombres y mujeres se quieren y se aman cada día.
- Yo estoy – dijo Tomas – dispuesto como un panal a la rica miel de las abejas, para captar el mensaje que tú me digas. Pero debemos tener cuidado con esas cosas, ¿verdad?

- Sí, efectivamente. Yo sé, que tú Tomás, serás un buen muchacho, y un excelente hombre. Yo te enseñaré, ahora que puedo, algunas poesías que te valdrán para ser mejor persona, y un buen individuo.
Escucha con atención, algunas cosas que recuerdo de mi tierra de al-Andalus, y que mis mayores llamaban “jarchas”, una especie de “muwassahas” árabes.
Mira una que aprendí de memoria decía así:

“Una palomita viene hacia mí
Tras los cielos y en su alto vuelo
Seguro en su afán que advertí
Para hacerme llegar la luz del cielo.

¿Qué mensaje traerá en su volar?
¿Qué actitud será su encantar?
¡La nieve en la lejana montaña
Ha dejado ya!

Viene buscando un palomo en el cañaveral
Su compañero alado, su amigo leal
Buscando la fidelidad, ¡deseando la verdad
Encontrar!

Y mira hacia atrás...
Y ve un águila enemiga volar,
Y emprende un raudo vuelo
Para entre los árboles acampar.

¡Qué susto por Dios!
¡Qué ave tan rapaz, pude esquivar!
De aquel mal enemigo escapar

Que Dios en los Cielos de este me haga librar.
Y que encuentre a mi amor cerca para la amistad.”

El silencio invadió mi espíritu. Ahora el tiempo había pasado, y de Tomásín a Tomás solo una sílaba menguaba y nada más.

- ¿Lo has entendido bien Tomás?
- Creo que el amor, fray Daniel es cuestión de sentimientos y de amistad.
- Si eso has entendido nada puedo decirte demás.
- Gracias fray Dani. Nunca me acostaré sin saber una cosa más.
- Eso es pura verdad.
- Practica con palabras así y verás que un poeta tendrás.

La soledad y el silencio de un monasterio eran las cosas que el alma y la mente humana disfrutaban de mejor sabor. Los olores del campo eran perfectos, pues plantas y vegetales asumían su función natural en una naturaleza plagada de sensaciones y pinturas. Los colores naturales eran pintorescos y lozanos, y los que el Altísimo había creado en los campos y sembrados era bellos. Y hasta lasavecillas del cielo revoloteaban y se divertían entre la floreada meseta en

primavera, y las sinfonías de pájaros, aves y avecillas que pululaban por los cielos leoneses daban sonoridad a la superior majestad, tan solemne de Dios, tras los oídos de los humanos.

Y luego, Tomás terminó diciendo estas frases con su amigo del cenobio:

- Y hablando de otras cosas. ¿vas a venir con el hermano Bernabé y yo hacia las tierras bercianas donde dicen que San Fructuoso se retiró hace muchos años?
- Creo que no es mi momento. ¡Lo siento! Me han llegado noticia de que aquel “Viviano” que estuvo por estos lares cuando hace algún tiempo construíamos el monasterio de Escalada, que pide voluntarios y ayuda para edificar o reformar aquellos templos cristianos del otro lado del reino.
- Sí, es verdad, y creo que Bernabé y yo iremos en la expedición hacia allá.
- Pues que Dios os ayude en esos menesteres gratos y desinteresados. Creo, he oído decir, que hay otros dos varones que os acompañarán en la ruta del sendero: fray Horacio que estuvo en Córdoba y fray Miquelón, el nuevo monje procedente de Sahagún.
- Ah, sí, qué bien! - dijo Tomás olvidando ya casi su pasado.
- Escríbeme en cuanto puedas, y dime lo que has aprendido allí. Y cuéntame cómo son sus habitantes, sus costumbres y tradiciones.
- Sí, eso haré. Te lo prometo.

PARTE TERCERA

TIEMPO

“DEL VALLE DEL SILENCIO”

CAPÍTULO TRIGÉSIMO QUINTO

AQUELLOS CAMINOS ERAN DISTINTOS de los que anteriormente había recorrido. Aquellas tierras no eran las de la región del Tábara, ni eran las espesas o esteparias de Escalada.

¡Qué paisajes tan diferentes! ¡Tan distintos y genuinos!

Las húmedas praderas, los valles angostos y solitarios, las montañas cercanas, llenas de silencios y misterios que no rompían los oídos celestiales, sino al contrario ocupaban una música secreta, suave, silenciosa, relajante.

Había visto que algunas tierras en los monasterios de Tábara y en Escalada los campos y zonas de cultivo estaban puestas con vides y sarmientos para que los racimos de uvas fuesen lo mejor que se podían cultivar, para que las cepas de uvas marcaran colores amarillentos al principio, o, blancas y negras, para que los monjes de allí pudiesen realizar en el otoño, algunas cubas de madera con vino mosto primero y vino a veces agrio y medio dulce después, para la ingestión natural de líquidos vitícolas, más potables que el agua siempre sujeta a cambios de putrefacción, o elementos ajenos a la naturaleza terrena, o revulsivos como contactos contaminados por bacterias en aguas infestadas.

En cambio las plantaciones de cebada para una cerveza que los monjes benedictinos siempre solían hacer con un buen caldo rojo para que la bebida fuese apta y potable, en vez de la utilización a veces poco recomendada de un agua que no era apta para beber sin más.

Las frías fuentes y los senderos serpenteantes, los humedales y los helechos, o los árboles llenos de robles, enebros o castaños cercanos al río Oza, salpicaban el camino como si sintiesen una envidiable eternidad en sus alrededores.

Y aquellos montes y bosques bercianos, cada vez más prietos y compactos como si toda la vegetación del mundo se agolpase en aquellos límites bercianos. El silencio lo hacía todo. El Valle del Silencio donde solo el arrullo de las cantarinas aguas del río se llenaban de misterio y de magia a su alrededor. Y los murmullos de pájaros casi invisibles rellenando los misterios de los aires, entre las empinadas laderas de los caminos, o como noctámbulos búhos mágicos que solo miraban impávidos a los viajeros que inhóspitos y solitarios solo quieren encontrar lugares y zonas donde poder por fin descansar, y dar alivio a sus pensamientos.

Sí, era verdad – me dije entre un rotundo silencio – que aquellos lugares eran como algunos los describían, desde san Fructuoso en el siglo VII hasta hacía poco tiempo cuando Genadio, antes de ser obispo, vino a estos lugares con doce apóstoles, para hacer en el 909 un recóndito monasterio, a los pies de estas intrincables malezas y selvas, al lado del río Oza, donde el sonido del Dios en el cielo y en la tierra solo era

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

el mensaje de unos ángeles celestiales y corales que habían equivocado el camino celeste y azulado del cielo, para internarse en un mundo silencioso y maravillosamente tranquilo y verde de montes y praderas.

¿Sería esto realidad o fantasía? - se decía para sí el bueno de Tomás.

Varios monjes procedentes de al-Andalus ya había subido hasta allí arriba de la mano de Genadio, o por su propia cuenta huyendo de las regiones islamizadas del Sur de la península ibérica, donde convivía las tres razas y religiones: Judías, árabes y cristianas derivadas de visigodos y romanos.

Se decía, pues, y con verdad, que en el año 895 Genadio había subido hasta allí, para restaurar la vida cenobítica, y en el lugar cercano de San Pedro de Montes acampar en plenitud y silencio con varios de seguidores cordobeses.

En su pensamiento y en los fieles seguidores las construcciones arábicas estaban aún desbordando sus mentes. Y hoy más que nunca el resurgir y la fiebre de construcción mozárabe era la ideal, la pragmática y la más aconsejada por su calidad y distinción artística, llena de belleza y armonía.

La obra bien hecha era el mejor mensaje hacia Dios, una genial coherencia entre fondo y forma, entre continente y contenido. Córdoba como capital de Hispania en aquella época resumía todo la cultura de Oriente y parte de Occidente.

Las iglesias cristianas se teñían de fe y de civilización, de buen arte y del mejor esplendor divino, si empleaban en las construcciones religiosas de iglesias y templos, ejemplos diversos llenos de belleza y calidad estética.

Los tiempos históricos eran los que eran. Siglo X cuando los hombres desplegaban sus mitos, sus ritos y sus tradiciones al servicio de Dios. Y para Dios solo existe Belleza, Bondad, Arte, Religión.

Los hombres miran a Dios y saben que la arquitectura, y las artes suntuarias alegran a Dios para que sus templos se den verdad, esperanza, plegarias llena de oración, con sincero recogimiento y una vida monástica en paz y con serenidad cristiana.

Altos lugares, sitios recónditos, alejados del mundo, construidos con materiales pobres y sencillos, propios de allí mismo, donde la pizarra y la dura piedra fueran el santo y seña de sus anacoretas cristianos.

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEXTO

SI EL MONJE MIQUELÓN había provenido de la fundación de Sahagún, cuando en el año de 904 el rey Alfonso III el Magno ordena y reconstruye el Monasterio de Sahagún, con frailes y monjes procedentes y venidos de al-Andalus, y tierras cordobesas, y todo ello era para sentir que Dios se encontraba en todos los lugares del mundo conocido, desde al-Andalus, hasta Oviedo, León o el monasterio de Liébana, allá en la zona cántabra. O, hasta en San Cebrián de Mazote, en tierras cercanas al Duero, que habían puesto su granito de arena en lo sensible, en lo mozárabe, en lo que sería una repoblación con monasterios utilizando iglesias benedictinas como base de su organización futura.

El rey Alfonso III quería repoblación y repoblación a toda costa en las mesetas septentrionales de la península, y que honor regio y loor divino fuesen para realizar esas cosas, con esas condiciones y propósitos, con gentes procedentes del sur, de la zona conflictiva de al-Andalus. Con cristianos mozárabes que venían ilusionados y emocionados para instalar aquí, en el norte, sus nociones y conocimientos arquitectónicos y constructivos, más prácticos, universales y útiles para honrar a su Dios cristiano.

Días antes habían partido de Escalada, cuatro monjes tan voluntariosos como aventureros. Siguiendo los consejos de su abad, Alfonso, en confraternidad con el obispo Genadio, para ayudar en espíritu, repoblar y construir materialmente nuevos centros para el cristianismo.

Cuando unas semanas antes habían llegado al monasterio de Escalada, fray Rafael y fray Feliciano, pidiendo ayuda y mano de obra desde San Pedro de Montes, para construir en la Peña Alba, una cima cercana, luego Peñalba, una iglesia y monasterio que luego recibiría el nombre en honor de Santiago apóstol, todo el círculo de ayuda y colaboración estaba resuelto, contando con la ayuda del maestro “Viviano”, que había participado también en la construcción de Escalada.

A la vista de aquel panorama, a Tomás, durante los cinco días que duró su peregrinaje, su trayecto en común con los otros clérigos hasta alcanzar San Pedro de Montes, lindando con Peñalba, y en su largo recorrido, solo se le ocurrió pensar en una oración sentimental, a modo de canción o jarcha, apta solo para recitar silenciosamente en aquellos lugares, con más devoción religiosa que fuerza creadora lingüística:

“¡Oh, Virgen María, llena de virtudes!

Acoged estos lugares olvidados y desiertos,

Gris y oscuro de pizarra y piedra.

¡Oh, Virgen María llena de gracia!

Pensad en este sitio lejano, y con soledad

Lluvioso, húmedo, y plagado de oscuridad

Dadme fuerzas para alcanzar con paciencia

Esta soledad triste y poco llena de sapiencia.

Pero, tal vez la mano del tiempo

Animará mi conciencia

Como una nave al viento

Entre nubes, mares y firme sentencia.

¡Oh, María Virgen, ábreme la conciencia

Y pon tus suaves manos en mí

Para abrir mi latencia.

Con perdón, y Adiós,

Que así lo siento.”

Desde la salida de san Miguel de Escalada había pasado por sitios de gran belleza natural, otros lugares de páramo y yermos, y al aproximarse a lugares bercianos, más verdes, frugales y bellos, porque la naturaleza era más rica y espléndida, con campos y vegetación llena de vida y de olores.

Por aquel mes primaveral las flores de la tierra se abrían al sol, al cielo y a las nubes que a veces mojaban en fresco chaparrón las tierras por las que pasábamos. Y hasta los árboles con sus cerezos en flor como pequeños pétalos blancos abiertos al viento, como suave nieve todavía perenne en algunas montañas, y así de esta forma se sentían el aroma y sabor de las próximas tiernas cerezas, o higos que en sus grises higueras brotaban ya algunos pequeños nudos de sus futuros frutos.

Llevaban el carruaje medio destartado y aviejado que los frailes del Bierzo, fray Rafael y fray Valeriano, habían trasladado hasta el monasterio de Escalada en busca de nuevos clérigos para la construcción de una nueva iglesia y monasterio en Peñalba. Montados con ellos iba Miquelón, (tres a tres), un apreciado monje, fuerte y robusto como el tronco de un chopo.

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

Las tres restantes personas éramos, fray Horacio, que había partido de Córdoba y conocía muchas artes califales y orientales, un monje culto para aquellas latitudes. Y luego íbamos fray Bernabé y yo mismo, Tomás, que aunque vestía un hábito blanco, no era ni monje ni clérigo, y que viajábamos montado en otro carronato puesto y donado por los monjes de Escalada para ayudar a nuestros hermanos, transporte llenos de objetos diversos, materiales para la construcción, y viandas para la comunidad del Bierzo.

Habíamos parado un día en la urbe de León, una ciudad amurallada, vieja y conservadora, y con la presencia de una fortificación donde ya residía el rey García I, el hijo primogénito del malogrado Alfonso III el Magno. Tenía la ciudad varios conventos de religiosos y de monjas, y el monasterio de san Juan Bautista, donde luego se erigiría un lugar sagrado para quizás san Isidoro de Sevilla, y la fortaleza romana de la parte más alta del lugar, donde las legiones romanas de la Legio VII tenían su lugar favorito de acampada, con sus termas y puertas de acceso, así como el Palacio del Rey.

Pero en nuestras prisas por llegar luego a nuestro destino berciano, poco pudimos ver y sentir como una capital, León, que había sustituido hacía unos pocos años a Oviedo en el devenir de la reconquista, y la nueva repoblación encargada por los anteriores reyes ovetenses

Iba también en la expedición, Fray Bernabé, ya más clérigo que novicio, primo de los arrieros astorganos de Paolo Escribano, y de aquellas sus laboriosas hijas llamadas Esther y Constanza, y que al pasar por las inmediaciones de Astorga sintió que su corazón se rompía en dolor y a pedazos, pues parte de su familia residía en ese lugar, rico en historia desde que los romanos la hicieran ciudad grande y libre en su Imperio romano, y cruce de rutas como la Plata que bajaba hasta Sevilla, y las que iban a César Augusta, ((Zaragoza), y a las cercanas Médulas donde se obtenía el dorado metal.

Y así, paramos otro día a descansar en las inmediaciones de Astorga. A nuestro reclamo, pues el monje Bernabé no quería entrar en la ciudad de su nacimiento, y después de habernos perdonado la guardia urbana el portazgo o pago de entrada a la histórica urbe, visitamos en aquel mes de mediados de Mayo, varios monumentos y vestigios romanos y alguna muestra del arte visigodo, que hicieron de nuestra visita, sobre todo a fray Horacio, más culto y lleno de civilizaciones antiguas, una alegre visita, más cultural que reconfortable, más íntima que de paso.

Tras una breve pauta al día siguiente, en un lugar llamado ya por entonces, sin saber quien la había puesto antes, la Cruz de Hierro, un mástil de madera terminada en una cruz de metal, en medio del Camino de Santiago, entre Astorga y Ponferrada, sentimos que el apóstol Santiago estaba en sus alrededores, como la noche primaveral siente la cálida luz de las innumerables y brillantes estrellas de los cielos en aquellos lugares del poniente peninsular. Vimos unas olvidadas y escondidas aldeas, entre unos montes que se iban abriendo a otra comarca, la berciana, llena de nuevas flores, vegetación y plantas diversas.

El cuarto día visitamos santo Tomás de las Ollas, en las mismas cercanías de Ponferrada, y en un cerro de cima plana y dominador, entre los ríos Sil y el Boeza, cuyos habitantes se dedicaban a la alfarería. Era también una construcción mozárabe, y vimos también allí, en el ábside de su iglesia, sus arcadas de la cabecera

del altar, y sentimos que no éramos los únicos que teníamos el ideal casi perfecto y armónico de construcción basado en la civilización más adelantada de occidente, que era la califal cordobesa en aquellos momentos. Pero al pensar en estas palabras recordé que alguien en Escalada había hablado del esplendor de la asturiana que también había desarrollado motivos propios artísticos, o cogido algunos vestigios del arte carolingio.

Allí, en Santo Tomás de las Ollas, estuvimos alojados con la comunidad religiosa mozárabe, que nos trataron como a sus mismos hermanos. Nos lavamos, comimos y descansamos antes de penetrar en la Tebaida berciana al día siguiente.

Desde allí nos dirigimos a san Pedro de Montes, con lugares que como hemos dicho zigzaguean montes y valles como el llamado del Silencio, recovecos de caminos olvidados, y lejos de aldeas y pueblos, senderos hechos a base de herraduras y caballerizas con carros estrechos, por senderos angostos y casi intrincables, pues muchos carros se despeñaban en los abismos montañosos, si no tenían sumo cuidado.

La Divinidad solía estar en aquellos lugares, como un inesperado y olvidado paraíso para unos pocos, que sabían del sacrificio y penitencia que era llegar hasta allí, casi como peregrinos que anhelaban la salvación de su alma, salvando a su vez los veintiún kilómetros difíciles y abigarrados desde Ponferrada.

Así que dejar los carros en lugares asentados, seguros y apropiados para guardarse, en una cabaña con tendejón y a modo de posada, antes de comenzar la subida que era lo que había que hacer, Y luego, continuar a pie, en caballerías y en mulos para subir como viajeros incansables hasta la cima, primero de san Pedro de Montes, y luego hasta Santiago de Peñalba, donde íbamos a construir una nueva iglesia, con el patrocinio real del rey García I, y del obispo astorgano Genadio.

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SÉPTIMO

DESDE LUEGO GENADIO CONOCÍA ESE LUGAR a las mil maravillas. Hasta ese lugar solo llegaban los atrevidos monjes que hacían de ese sitio un lugar preeminente para el retiro, el recogimiento y casi la incomunicación, y en un sitio casi desconocido e inexpugnable.

Primero nos asentamos en san Pedro del Monte, en una comarca llamada de Valdueza, a unos pocos kilómetros antes de llegar a Peñalba, que iba a ser este un enclave retirado y elegido por Genadio para la oración y abandonar los bienes y dones materiales de este mundo.

Pero el abandono del lugar no estaba reñido con la pureza religiosa, con el ascetismo eclesial ni con la belleza natural o artística.

Ni los maestros constructores como al que llamaron “Mujarto” en Escalada, ni a este que mora aquí en la “Tebaida berciana”, denominado “Viviano” y que también trabajó en Escalada como voluntario, ni estos monjes benedictinos como el abad Alfonso de Escalada, ni mi padre el seglar Benito, ni la comunidad religiosa de aquí o de allí, pues no hacen estas cosas por honor y renombre suyo o nuestro, sino que somos anónimos frailes, desconocidos hijos de Dios, que buscan solo al Salvador en sus almas, y en sus francos corazones.

Por eso los nombres de maestros caen pronto en el olvido, pues todo obedece a ensalzar la grandeza y la misericordia del Altísimo, que es el Salvador del mundo en esta ingrata tierra.

Y así tdo gira en torno de Dios. Y a Él solo ofrecemos nuestras mejores obras, damos nuestro talento y sabiduría para realzar su nombre divino.

La “Divinidad”, por encima de todo lo mundano. Y de ahí que todo gire en torno a ofrecer lo mejor, lo más excelente, lo mas bueno y maravilloso al Salvador.

Y las construcciones arquitectónicas, los bellos relieves o las piezas de marfil, metal o cerámica, o los hermosos mosaicos como hacen los bizantinos, solo vayan a buscar un nombre que es el de Dios o Salvador, que nunca lo usarás en vano como mandan los mandamientos sagrados.

Y en lo artístico a resaltar, lo más hermoso, bello y genial es el arte mozárabe, cuya armonía, dulzura, sencillez, espacialidad, belleza interior y exterior, esbeltas columnas y magnos capiteles entre arcos singulares de tipo visigodo, o más profusamente califales, imitan un espacio en el cielo, que es como un paraíso celeste donde se reúnen ángeles, santos, santas y sabios hombres llenos de sabiduría y virtudes ejemplares.

A los tres días siguientes ya estábamos trabajando en la construcción de Santiago de Peñalba como quería Genadio que se llamara. En los días siguientes llegaron varios frailes más que se incorporaron a las tareas de construcción de lo que sería así, primero su ejemplar y mozárabe iglesia. Llegaron tres monjes de Oviedo, que sabían ciertas historias sobre la construcción de santa María del Naranco y de san Miguel de Lillo, mandadas edificar por Ramiro I, la primera fue en un principio un palacio real de verano, y luego una iglesia.

Y pensé que en estos sitios lejanos y olvidados del mundanal ruido, para meditación y oración, tiempos sin embargo de luchas y combates de guerreros y reyes, y que esos edificios religiosos allí construidos desafiarían a los hombres, a pueblos y gentes diversas, a los tiempos venideros y a los futuros reyes, a caudillos, o futuras milicias destructoras.

Y el maestro “Viviano”, se puso manos a la obra, pues se había propuesto terminar el templo hacia el año 916. Y aunque el calendario no importaba mucho, solo el amor y la devoción al Salvador, la iglesia se comenzaría en aquella primavera de 915. Extendiéndose por la altura y las dificultades orográficas y del mal tiempo climatológico hasta el otoño del año 916. Algo más tiempo que la realización de san Miguel de Escalada.

Pero la gloria y el quehacer serían paralelos o similares a los empleados en san Miguel de Escalada. Y el templo nacería y crecería con la luz y el arte que aquellos mozárabes que habían traído desde al-Andalus. Y así harían de este arte una fuente de inteligencia, belleza, brillantez y lucidez, en honor del Dios Salvador, pues ese era su fin y propósito último al servir de habitáculo al Salvador del mundo, y predicar su evangelio allí donde estuvieran, lejos o cerca de Jerusalén como Jesús había predicado.

CAPÍTULO TRIGÉSIMO OCTAVO

EL PLAN DE ACTUACIONES ya se resolvía uniendo trabajo, voluntad de superación y oraciones, porque las gentes allí reunidas, libres de cargas pecuniarias, libres de tareas ignominiosas, solo por puro deleite y fervor hacia Dios. Solo con el sudor de su frente y dándolo todo para que la misericordia y grandeza de Dios fuesen el principal don y motivo de aquellos fieles, los más frailes, y los menos gentes seculares, pero todos desinteresadamente y sin ánimo de lucro, pues el sacrificio y la oración eran los mejores dones para entrar al final de sus vidas en el paraíso prometido por Dios.

- ¡Benditos sean los sueños de mi Señor!
- ¡Que Dios está en la Gloria, Jesús!
- ¡Invoquemos al Señor, nuestro Dios!
- ¡Él es nuestro Auxilio y nuestra Salvación!
- ¡Adelante hermanos, trabajemos según lo bien acordado!
- ¡Y demos gracias a Dios por vivir cada día!

Al escuchar estas últimas palabras, de aquella peculiar oración, todos los hermanos de la comunidad arrancaron con su “ora y labora”.

Las oraciones finales invocaban al Altísimo para que nos diera fuerzas y valor para tomar nuestro trabajo con empeño y pasión.

Todos los miembros de la congregación sabían que los planos, bocetos o trazos eran fabricados por el maestro Viviano. Pero nada hacía mostrar a nadie que él se autoproclamara con autoridad y poder.

El esquema trazado era sencillo, bello y singular. Viviano no era egoísta ni vanidoso. En aquellos tiempos lo sencillo era lo más fácil y ordinario. Pero si se hubiera mirado con ojos de arquitecto como aquel Vitruvio, veríamos que el asunto y el trazado obedecían a una voluntad de belleza encontrada, casi sensual, a base de plasmar la estética de modelos califales y visigodos.

El maestro nos había asignado colegiadamente los siguientes cargos:

- Para encargarse del transporte de piedras y materiales al monje fray Miquelón, un ser fuerte y robusto para el obrar con enorme energía.
- Para solucionar, con ayuda del maestro Viviano, los problemas ornamentales, decorativos y funcionales estaba fray Horacio, venido de Escalada.
- Para la construcción de albañilería y similares, me nombraron a mí mismo, Tomás ahora, y no quería defraudar a nadie, por eso tuve mucho cuidado en aprender bien la técnica de la mampostería y los sillares en las esquinas del edificio.
- Para rezos y oraciones mientras se trabajaba en la obra a fray Bernarbé, con quien seguía por edad y gustos manteniendo una buena amistad, y él leyendo

temas de la Biblia a sus demás compañeros frailes en algunos momentos del labora, o rezando oraciones de la regla benedictina, con suma devoción, sencillez e interés.

- Para la carpintería y madera, a los hermanos, fray Isaac y Timoteo, que ya estaban antes con el maestro Viviano.
- Para tallado de fustes y capiteles a dos monjes venidos de al-Andalus, llamados, fray Constancio y un hermano lego llamado Plácido, cuyos relieves también era muy gratos a la vista.
- Y el maestro Viviano que controlaba todos nuestros actos, junto con el reciente padre Abad, fray Basilio.
- El resto de hermanos y monjes colaborarían desinteresada y fervientemente con el padre Abad y el maestro Viviano donde les ordenasen participar.

Estas fueron las palabras que el Padre Abad Basilio transmitió a sus queridos hermanos en Dios.

Las tareas comenzaron con cierta lentitud al principio, pero luego cuando cada uno supo su lugar y su oficio, los trabajos discurrieron con más diligencia, entusiasmo y pasión.

Antes de la llegada del invierno los cimientos ya dejaban ver los seis volúmenes prismáticos de que constaban los trazos del edificio religioso con diferentes alturas, donde irían el ábside y el contra-ábside de forma de arco de herradura visigodo o califal, más las dos capillas del crucero, y los otros dos restos del cuerpo.

Y sobresaldrían como se mostraban en los planos los aleros del tejado, típicamente mozárabes, con numerosos modillones llamados de rollo, algunos con ruedas solares a lo visigótico y florones de factura espléndida.

Las visitas del obispo Genadio fueron esporádicas a lo largo de la construcción de este templo y del posterior monasterio anexo, hasta añorar a veces estos retirados lugares, donde moriría Genadio en el año de 936, después de dejar el obispado y retirarse de nuevo a esta zona.

En los días de duro invierno cuando el frío y la nieve interrumpía la acción de la construcción de la iglesia, nosotros nos recogíamos en san Pedro de Montes, rezando y viendo pasar el recio, severo y apesadumbrado invierno, con miradas lánguidas, respetuosas, esperando que con la llegada de la primavera los torrentes y arroyos del río Oza, bajasen ya con cantarina agua derretida de nieve entre las peñas y riscos, con los sonidos de los animales y de las aves, que habían estado aletargados o emigradas. Y luego, se volviesen como un murmullo risueño el escuchar por montes y valles, por bosques y árboles, entre las plantas y flora, los sonidos propios de la tierra, ofreciendo de nuevo su esplendor y brillantez en colores y flores naturales, donde rojos, amarillos y verdes disputasen su colorido y su belleza al azul del cielo entre los albores de la primavera.

En los meses siguientes se siguió trabajando todo lo que había sido diseñado según los modelos y el arte de los mozárabes. En la fachada norte o septentrional como decía el monje Horacio, iría un recio arco de herradura como símbolo de unidad y solidez entre forma y fondo. Y luego, resaltar extraordinariamente la fachada meridional o del sur, la más bonita y armoniosa de todo el complejo,

como me dijo Bernabé, pues su concepción sería mostrar la belleza pura y delicada del arte califal, que aquellos monjes eran capaces de adornar y extasiar a los fieles y a los propios monjes, ofreciendo al Dios Supremo la sabiduría y la magia de un mundo paradisiaco, que era como hacer el paraíso del cielo en la tierra o viceversa.

Allí como dos ojos de rampante águila voladora, lucían dos arcos de herradura gemelos que daban la sensación de vivir y erigirse en la añorada Córdoba. Lejos de la razzia de islamitas españoles contra las huestes cristianas, que ambos bandos litigantes nos daban en muchas ocasiones tremendos temores y dolores, como si las religiones del mismo Dios Único dieran victorias a uno y derrotas al otro bando.

Entonces una mañana, acordé con Bernabé hacer unos versos como jarchas o cancioncillas, alabando a Dios, por hacernos sentir y ver la maravilla de estos arcos geminados de la entrada meridional, donde los arcos de herradura y las tres columnas y los bellos capiteles superpuestos, sostuviesen en sus manos la entrada a un templo sagrado, hecho para honrar a Dios, y nada más.

¡Oh, Señor de nuestras vidas y corazones!
¡Oh Dios que haces maravillas
Con nuestras sencillas manos!
¡Oh, Señor, magia y misterio son tus dones!
Tú, que hiciste el Universo y la Tierra,
Te ofrecemos este templo para tu Santidad.
¡Que tus designios nos lleguen hasta este apartado lugar
Hasta este lugar lejos del ruido y del gentío.
Para que podamos adorarte y arrodillarnos
A tu santa voluntad y gloria eterna!
Amén.

Y esa misma oración la expuso el monje Bernabé, para rezar, a todos los allí reunidos. Era un día de la nueva primavera del año 916, cuando los árboles y arbustos encañaban sus tallos y crecían sus grises botones con nuevas flores para dar olor, color y sabor a la nueva estación.

CAPÍTULO TRIGÉSIMO NOVENO

LA OBRA DEL MONASTERIO de Santiago De Peñalba continuaba su proyecto y sus trazas arquitectónicas con la inteligente mano del maestro Viviano y la sabiduría del Abad Basilio.

El arte mozárabe rebotaba allí casi todo su esplendor. Y la naturaleza del lugar hacía que lo maravilloso estuviera en consonancia con la belleza de ese arte tan peculiar y lleno de originalidad. Si cerrabas los ojos podías apreciar una música suave y lejana como teñida de fibras de sedas orientales, en un ámbito circundante de armoniosos y simples espacios, llenos de bellas estructuras de tejido califal, y de abiertas formas sensibles.

Más, la fina seda de su espíritu mozárabe, con músicas íntimas, o como tenues mariposas que tejen sus fachadas, cabeceras, y capillas interiores llenas de silenciosa armonía, así también se parecían a las compactas dovelas de los arcos de la entrada, como si fueran panales de miel bien fabricados. Y donde el “alfiz” rectangular que rodea su cintura fuera la reina del enjambre que acoge a su incondicional prole. Todo ello sustentado arriba por un casi invisible “arco de descarga”, relleno de un rosario de grises perlas como piedras irregulares, que sostuviera como pilares de un enhiesto puente romano todo el entramado de la entrada con los arcos geminados de herradura observando el horizonte de la naturaleza circundante.

La natural esbeltez de aquel lugar paisajístico no estaba reñida con la singular belleza de la edificación. Ni la belleza del lugar tratado con buen gusto y arte, una estimada paciencia y rica sabiduría, entre paredes y muros de la iglesia, ni el oscuro sentimiento que regía el lugar, no competían, pues, con la naturaleza adyacente, pues magia y sencillez obligaba a hacer un paralelismo entre humano y divino, con un arte esencial y un pensamiento espiritual para alcanzar la Gloria de Dios.

Y es que este lugar de Santiago de Peñalba se merecía esto y mucho más. Como excepción narrativa decir que varios años después de su bella y feliz construcción, un rey leonés, Ramiro II, gran batallador y valiente, (abuelo de Alfonso III el Magno, y descendiente de su padre, el rey Ordoño II), dio y donó a la iglesia de Santiago de Peñalba, una gran CRUZ patada, realzada con latón y joyas preciosas. Y colocaron allí, colgando de sus brazos, los simbólicos emblemas filosóficos del Alfa y el Omega, principio y fin de todas las cosas y del Dios Creador, acto este que fue un regalo del rey, sobre el año de 940 de nuestra era, cuando el fragor de los combates entre los cristianos de Ramiro II y las tropas del califa de Córdoba, Abd-al - Rahman III, se enfrentaban dura y violentamente en la meseta, para dirimir cuál de ellos se apoderaba de un trozo mayor de la piel de toro hispánica, como si fuese un enorme botín de guerra.

La vida de los hombres depende a veces solo de un rey, o de un tirano o faraón, que impone su voluntad despótica por la fuerza a un pueblo pacífico y trabajador.

Y en aquellos primeros tiempos medievales solo la paciente y sufriente iglesia se enfrentaba al duro y autoritario poder secular.

CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO

AQUEL DÍA de principios del mes de julio no supimos quienes habían llegado, casi de incognito a san Pedro de Montes.

Eran tres monjas gallegas, cercanas a la ciudad de Lugo, que venían analizando y observando lugares para ver si podían instalar un convento femenino en la zona.

Sus nombres no parecían decir nada de lo que hasta allí habían venido a realizar. La mayor de ellas por rango y religiosidad era Sor Maia Prudencia, de unos cincuenta años de edad, junto con sor Ángela de Maia (como si fuese María en gallego) de unos cuarenta y tres años de edad, y la novicia Rosalía, que con apenas diecisiete o dieciocho años había entrado en un convento cercano a la ciudad romana y gallega, en otros tiempos llamada de Lucus Augusti, o Lugo, cerca del río Miño.

Las obras para el monasterio fundado por Genadio seguían a buen ritmo, constante y seguro.

El calor del verano se dejaba sentir con sudores, cansancio y siestas necesarias. Pero el ritmo de edificación se mantuvo en todo lo que podía ser.

Se quería consagra la iglesia a finales del otoño de aquel año. Solo el padre Abad Basilio sabía el por qué de la estancia de aquellas modestas monjas vestidas con hábitos de benedictinas.

Por un trato especial se las dejaba habitar por unas cuantas semanas en un lugar recogido del monasterio de san Pedro de Montes. Habían mirado las cercanías de allí, en una aldea cercana, que muchos decían llamarse de San Esteban antes de entrar en los difíciles caminos que llevaban a Peñalba, pero las condiciones humanas, físicas y geológicas, no lo aconsejaban al cien por cien.

El motivo de su visita y estancia, una vez sabido por todos el propósito de su estancia, como si el boca a boca fuera el mejor mensaje de la aquella zona lejana en espacio y tiempo, era que una comunidad femenina de la cercana Lugo quería explorar y ver cómo se encontraba la zona para instalarse allí, pues ya san Fructuoso y ahora el obispo Genadio habían elegido esos recónditos lugares, conocidos por la “Tebaida berciana” como lugares adecuados e idóneos para instalar una congregación religiosa.

El abad Basilio había mandado al monje Bernabé y a Tomás, (qué lejos parecía ahora aquel Tomasín o Tomasito de los primeros años) con las monjas seleccionadas por su comunidad para buscar un buen lugar donde afianzarse. Los tiempos pasaban con primor y nostalgia para todos. Pero, el bueno de Tomás, muy apto ahora en aventuras y descubrimientos naturales se ofreció, junto con Bernabé a mirar lugares y zonas aptas para hacer una congregación religiosa femenina en aquellos días del

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

reciente verano, cuando las espigas ya habían encañado y los trigos, cebadas o centenos espigaban sus granos mirando altos al cielo.

Las monjas se hacían cruces en su cara observando cómo comían de frugal y con mesura aquellos pobres monjes, a base de esos cereales obtenidos en las aldeas próximas a Ponferrada, o pescaban con sus improvisados anzuelos los peces que por los riachuelos y arroyos pasaban inocentes y solitarios, así como un determinado tipo de cangrejos de agua dulce, muy rico y apreciado en la zona de los ríos Tuerto, Sil y el mismo río Oza.

La carne, que sí la había, sobre todo en primavera y verano, y muchas veces prohibida por el abad, pues la vida en el campo y en esos valles solo estaba reservada a la caza menor de algunos conejos, liebres y algunas aves y palomas, amén de un corral con gallinas y huevos para su sustento.

El zorro y el lobo también frecuentaban aquellos inhóspitos lugares y todos sabían lo que tenían que hacer para espantar o hacer huir a aquellos peligrosos animales, que atacaban como alimañas silvestres a corzos o ciervos, y a otros animales domésticos como las ovejas, los bueyes, vacas que a veces pastaban libremente por los montes bercianos, sobre todo en el cálido estío.

La primera visita a parajes pintorescos de la zona tuvo lugar entre el Padre Abad y fray Bernabé, y exploraron algunas regiones desconocidas para casi todos ellos. Pero en las siguientes exploraciones, el Abad ya no pudo ir y fue Tomás el acompañante como un miembro más de la expedición. Trataban de observar y estudiar distintas zonas desde santo Tomas de las Ollas, en la cercana Ponferrada, hasta allí donde ellos realizaban la edificación de Peñalba, con el pico al fondo de “Guiana”, o el otro cercano de Pico Tuerto, y montes o montañas de la zona.

Y los miembros masculinos, muchos también procedentes de las congregaciones religiosas cristianas de al-Andalus, emigradas hasta esos lugares, terminaban casi a marchas forzadas la culminación de la obra monacal en su interior. Allí adentro el maestro Viviano se esforzaba en terminar las capillas laterales con bellos arcos de herradura de estilo mozárabe, y adornar los altares que había luego que encalar y enfoscar sus paredes, y poner todo en orden antes de la consagración del templo, cuya fecha estaba al caer dentro de unos dos o tres meses.

CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO PRIMERO

EL RITMO DE CONSTRUCCIÓN era el deseado, y la tarea era la justa y necesaria para que todo estuviera a punto para principios del mes de noviembre del año 916.

Pero, unas semanas antes, algo había sucedido allí, que para algunos de los componentes había cambiado el desarrollo de la obra, sobre todo en cuanto a ilusión y emotivo quehacer.

Y fue en una de aquellas inesperadas visitas a la zona de san Pedro de Montes, a la semana siguiente de recorrer algunos lugares pintorescos cuando hubo un aparente enamoramiento, muy imprevisto, de esos amores que dicen son fruto de una rápida e inesperada pasión, y de una alquimia desconocida entre personas de distinto sexo.

Al principio corrían rumores de que había sido el fraile Bernabé el que había recibido de Cupido la llama del amor. Casi todos estaban alertados del hecho. Y las caras y rostros de los miembros allí congregados al trabajo no pasaban a creérselo.

Más todos intuían que la mujer era la tal novicia Rosalía. Una joven que tras la toca religiosa se escondía una dulce y cálida joven, una sencilla muchacha, casi en flor, capaz de enamorar y seducir a una escuálida congregación de hombres. Pero eso no era lo cierto, ni sería la verdad exacta, ni de un verdadero y completo amorío.

La relación entre monjas y monjes no estaba todavía bien regulada por la iglesia, pero lo que sí era cierto que la regla de san Benito tenía por principios la obediencia, la castidad y la disciplina de sus miembros, que solían realizar con unos votos.

La imaginación volaba más deprisa que la realidad.

Era cierto, por otra parte, que algunos perfiles o rasgos físicos del rostro femenino, hacían ver a Rosalía como una doncella todavía en flor.

Pero ni Bernabé ni otros miembros se dejaba ver ni observar un acercamiento físico de nadie con nadie. Solo eran intuiciones y fantasías pero capaces de dar al traste con una buena opinión.

Un día Tomás, en una de aquellas visitas por la región tuvo la oportunidad de ver el rostro de aquella doncella, cuando el gran calor de aquel mes de verano le hizo retirarse la toca que siempre cubría su cabeza.

Y en una de aquellas visiones medio fabulosas medio idealizadas, pudo observar Tomás la dulce calidez de su fina e inocente faz, su piel rosada y frágil, sus ojos redondos y azules como para engatusar al cielo despejado de nubes en el verano, sus mejillas sonrosadas por el calor o la vergüenza, y con su tez conjunta llena de inocencia, de humildad y sencillez.

Entonces la muchacha, sin querer, tomó con sus blancas y sensibles manos la suavidad de su corta y rubia cabellera como las espigas que florecían ahora en el campo de los llanos, y aquel remolino de pelo suelto asombró la cara de Tomás que fresco y sonrojado movió sus ojos hacia otra parte, pero ya, sin proponérselo, pudo ver e intuir la hermosura de la joven, y ambos sintieron una recíproca mirada, pura y sencilla, pero llena de escondida atracción física.

Aquello parece que no pasó a mayores, pero aquella noche en su camastro el joven Tomás cambió su rostro y pensó que aquella muchacha, la novicia Rosalía, tenía un cuerpo bello, dulce y embriagador, una estatura mediana de muchacha adolescente, pero con una intensa mirada cuyas cejas eran arqueadas y poco pobladas. No es que fuera atlética ni muy fuerte, en cambio tenía una nariz delicada y proporcionada, y una boca simple, cuyos labios finos le semejaban suaves frutas de otoño. Su cuerpo delicado irradiaba una sensible y oculta virtud, una noble actitud femenina que él no sabía ni podía explicar cómo podía haberse metido en un convento para ser monja.

Entonces fue cuando él mismo, sin proponérselo también, pensó cómo era su rostro físico y varonil, hasta aquel momento olvidado y desconocido para su mismo ser.

Y se vio con un pelo negro y rizado, con unos ojos grandes y brillantes, con un rostro terso, fino y pensativo, sin que las fatigas ni la pesadez de las obras de albañilería que había soportado influyese en su tez inocente y segura, agradable y serena, como de un joven adolescente de la época medieval.

Él era alto, sonriente y sencillo. Y su nariz era gruesa y carnosa.

En su cuerpo físico, normal y con escasa barba, tendía a parecerse más un santo que a un guerrero, todo sería por la actitud sosegada y paciente con la que vivía en aquel grupo religioso.

Pero, se dijo de repente, ¿Qué hago yo soñando o pensando en cómo soy?

Si hasta ahora nada de ello me había atraído, ¿por qué la inesperada belleza de una joven mujer me atraía y me hacía parecer una persona distinta? Si siempre he sido un ser serio, callado y bondadoso, por qué cosas quiero cambiarlo ahora? Todo esto es un sueño, una pequeña pesadilla. Nada es verdad. Son fantasías más.

Su mente era un continuo ir y venir por los recovecos de su cerebro. Estaba nervioso, impaciente, y su constitución parecía ahora plegarse a una madurez repentina. Pensaba que los frailes transmiten serenidad, paz, amor y trabajo desinteresado. Aquí el dinero brilla por su ausencia.

¿Qué puede hacer o sentir, entonces una persona como yo? ¿Qué puede ofrecer mi espíritu y mi cuerpo a una doncella que quiere ser monja el día de mañana?

Todos esos interrogantes comenzaron a asustar al joven Tomás, que si proponérselo recordó a sus padres en las tierras de Escalada, trabajando ella, su madre, como campesina de unas tierras que no eran propias, y él como albañil experto en construcciones más artísticas que rurales. Y ¿cómo ya serían sus hermanos gemelos, Teresa y Luis, en más de un año sin verlos?

Entonces el agudo y profundo sonido de un gallo mañanero le sacó de ese letargo precioso y romántico que algunos enamorados creen ver en la llegada de la madrugada.

CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO SEGUNDO

CON LAS PRIMERAS LUCES del día, Tomás se levantó con cierto e inexplicable malhumor y algunas ojeras en su rostro masculino, y pocas veces había sentido aquella sensación fastidiosa, medio enigmática.

Cuando bajó al comedor para desayunar, por las escaleras su ánimo parecía diluirse en las tinieblas matutinas. Al verse y juntarse con su amigo Bernabé, le ocurrió igual, parecía un ser extraño, diferente. Apenas notó sus palabras cuando se había saludado con él.

Entonces, inesperadamente, sin proponérselo siquiera, sintió unas llamaradas de calor, de fuego, y vio aparecer por primera vez en su vida los celos. ¿Celos? ¿A esto llaman celos los humanos?

¿Yo, Tomás, un pobre hombre sintiendo celos de Bernabé, que casi no mueve un dedo ni un soplo por apagar una antorcha en la oscuridad al acostarse? ¿Por qué él no me mira como siempre de enfrente, qué le he hecho yo para que no me saludé como antes?

¿O son figuraciones mías, pesares somnolientos por no haber descansado bien y lo suficiente esta noche?

Mira, ¡él baja bien peinado y lavado! ¡Él baja aseado, risueño y feliz!

¡Y hasta su cara desprende luz, amabilidad y alegría! ¡Sus manos muestran bondad y serenidad!

¿Qué me está pasando?

Hay, por Dios, algunas cosas que obedecen a la envidia. La envidia nunca puede ser sana. Si esto es también envidia, entonces me explico las acciones de Caín con respecto a su hermano Abel.

Pero, ¿de qué le tengo envidia yo a Bernabé, si él es un ser bueno, perfecto, honrado y honesto?

Pero tal vez me equivoque. ¿Será honesto? ¿Perfecto?

Creo haberle visto fijarse en los andares y el cuerpo de la novicia Rosalía, aunque llevaba puestos los hábitos taíales.

¿Son estos signos de celos por ella? ¿Son estas cosas signos de envidia por lo que tiene Bernabé de especial y no tengo yo?

¿Y todo por una mujer? Una mujer que le hace más caso a él que a mí? Pero, ¿qué bobadas digo, por Dios? ¿Desde cuándo sé yo más que Dios en estos asuntos?

Él va para monje, y yo me he vuelto un ser algo despreciable, que no quiere ser religioso, aunque eso sí, vivir con ellos, que quizás sea más rentable.

¿Así que hay rumores que la doncella mira con mejores ojos a Bernabé que a nadie más de los varones de este convento? Quizás ella o él se hayan enamorado en secreto.

Pero, yo juraría, eso no, por Dios, que ella me ha mirado a mí varias veces con miradas cargadas de erotismo. Yo no conocía la sensualidad y ahora sé lo que significa.

Esto me está volviendo loco. Tendré que contárselo al padre Abad, a Basilio. Pero, ¿y si entonces se ríe de mis sueños, y me aparta de la comunidad?

Que dilema es esto. De la noche a la mañana me he vuelto desconfiando, egoísta, celoso y envidioso. ¿Es esto normal en estos parajes de Peñalba, donde el frío del invierno congela los pensamientos y las ideas, donde en el otoño las hojas se caen al arrollo y a los campos sin dar cuenta a nadie de adonde van a parar?

Voy a ir a la afuera a meditar un poco sobre lo que me está pasando.

Iré y no se lo diré a nadie. La mañana clarea y los astros de la noche se esconde ya entre los cielos azules del firmamento.

La voz prieta y segura de Bernabé le sacó de sus meditadas angustias.

- Hoy Tomás iremos por la mañana a ver algunos lugares tras las zonas de san Pedro del Monte. En dirección al poblado de san Clemente, al fondo del valle que recorre el río Oza, a unos cuatro kilómetros por debajo de san Pedro de Montes, zona que llaman de la Valdueza, ¿qué te parece?
- ¿Qué hoy iremos a la zona de la aldea de san Clemente? – dijo casi sin pensar en sus palabras.
- Sí, sí, esa zona es muy interesante.
- Muy interesante, eso yo creo – le respondió Tomás como si fuera el mismo eco de voz de Bernabé.
- ¿Ah, por cierto, Tomás, te gusta más la leche de cabra que la de vaca?
- ¿Que si me gusta más qué...?
- Bueno, déjalo. La leche es solo leche blanca.

CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO TERCERO

HE DECIDIDO PENSAR – se dijo a sí mismo como en un monólogo interior - que todo lo soñado era pura irrealidad.

Ni las hermanas monjas que acompañan a Rosalía, parecen haberse dado cuenta de nada, ni de ningún romance, ni amores o como se llamen a este tipo de encuentros.

Hoy debemos partir hacia el sur, hacía la zona de san Clemente, y miraré por precaución y prudencia si veo, o si noto, algo distinto en el ambiente cuando estemos por esa zona.

Pienso que todo son especulaciones mías.

Salieron de mañana después del desayuno los cinco juntos, y llevaban un borriquillo de la mano de Tomás, y en una bolsa amarrado a su lomo iban algunas frutas, manzanas y peras, y unos pedazos de pan con unas rebanadas de queso para el camino, que serían comidas a eso del mediodía, cuando el ángelus del Señor llamara a la oración, pues Bernabé era muy dado a rezar en esas situaciones, cuando el mediodía del sol llamara a la oración, como lo hacían algunas religiones como los cristianos, y los musulmanes.

Pasados unos arbustos llenos de flores y de vegetación, tras un corto recorrido, como de una milla, o varias leguas como decían algunos habitantes del lugar, Tomás observó que Bernabé junto con las monjas sor Maia Prudencia y sor Ángela de Maia, se habían alejado un trecho de ellos, mirando una especie de valle entre las lomas de un monte cercano. Fue ese el momento adecuado por Tomás para pararse inesperadamente en su recorrido y hablar con la novicia Rosalía.

Parecía que el varón ya había pensado en esas circunstancias para detenerse como si nada pasara en absoluto, Hablar con la grácil joven era uno de sus objetivos, aunque con la cabeza tapada con su toca femenina, dejaba entrever su hermoso rostro, sus mejillas coloradas y sus suaves manos de muchacha juvenil, sin pensar en su difuso cuerpo de mujer, que se adivinaba singular y gracioso tras los hábitos que le cubrían parte de su ser.

Le temblaba la boca y su cuerpo, pero trató de esconder sus palabras hablando de cosas superfluas en un comienzo.

- ¡Mira, sor Rosalía, el sol es más potente y calienta más en este mes que en agosto!
- - Te he dicho que no me llames “sor”. Eso déjalo para las hermanas Prudencia y Ángela, pues ellas ya son unas monjas de hábito talar propias de su edad y estado. Yo, apenas soy una nueva aprendiz de religiosa benedictina.
- - ¿Te digo la verdad? – dijo él de repente.
- Puedes hablar lo que quieras. Yo no provenga de clase rica ni nobiliaria, soy tan pobre, quizás, como tú podrías serlo.

- ¡No te enfades pues! Tú persona, me dice mi ego, no es muy válida para ser religiosa.

- Pero, ¿cómo se te ocurre esas cosas a ti? ¿Cómo te atreves tan siquiera ni a sugerir eso? ¡Podría enfadarme con esas cosas, entiendes! ¿Por qué lo piensas y lo dices? Si me meto a monja será porque me llama esa profesión.

- ¡No, no digo que te metas monja sin más! Eso solo es para santas y beatas. Y gentes de buena caridad, sin ofender.

- Pero, ¿qué sabrás tú de santidad y de religión? ¿Acaso fuiste ya alguna una vez novicio? ¿Y tu mente te da pábulos para decir esas cosas sin más?

Hubo unos momentos de misterioso silencio. El joven muchacho se dio cuenta de su equivocación, y maldijo que sus palabras salieran sin pensarlo bien de su boca.

Su cara cambió de imagen, y pensó en su interior que todo lo había estropeado, y que ella pensaría en el fiasco producido.

Pero, fueron unas palabras de ella, dichas a continuación, lo que le hizo reflexionar por un momento, y pensar que su imagen volviera a ser la misma que en la anterior conversación.

- ¡Anda, sigue adelante, y no te separes mucho de ellos, pues pensarán algo deshonesto de nosotros, si nos perdemos por aquí!
- ¡Ah, sí, perdona! Más me preocupa Bernabé que las monjas.
- ¿Y por qué dices eso, si se puede saber?
- Porque pienso que a ti te gusta Bernabé. Es un fraile apuesto, muy trabajador, religioso y buena persona. ¿Acaso no son verdad estas cosas?
- ¿Pienzas que Bernabé está mirándome deshonestamente, de manera no casta, cuando se dirige a mí?
- ¡Bueno, no lo sé a ciencia cierta!
- ¿Cuántos días llevamos aquí viendo zonas apropiadas para instalar un convento, según nos ha recomendado el obispo Genadio?
- Pues, me parece que cuatro o cinco.
- ¿Y crees que ese tiempo es el necesario para incurrir en una grave observación?
- He visto como le mirabas a veces cuando él insinuaba algo.
- ¿Y por esas cosas tú piensas que él me mira con descortesía y lascivia?
- Tal vez, sí – afirmó Tomás como algo resentido.

- Mira, no digas bobadas, medita las cosas antes de decirlas, Vayamos donde llegan ellos, pues esto sí puede suponer que nosotros tengamos algo guardado de otras cosas.

Él bajó la cabeza, y pensó en silencio en cuántas necedades había cometido e insinuado a ella, y cómo había caído en grave desmerecimiento.

Pero él no se dio cuenta, por falta de experiencia y de edad, que ella no se había metido con él de una forma clara, airada y contundente, como aquellos que no son bienvenidos y son arrojados de un lado con intolerancia y desprecio, y a veces con desdén y desaire, y con él, nada de ello había ocurrido, de momento.

CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO CUARTO

AQUEL DÍA VINO A VISITAR LAS OBRAS, casi inesperadamente, el obispo Genadio, que más que un obispo o perteneciente a una alta institución eclesial parecía un eremita saliendo de su cenobio con parquedad, mesura, humildad y silencio.

Porque eso en los anacoretas de siempre, del antaño y de ahora, la soledad y el silencio, la paz y la tranquilidad, el amor y la meditación, se encontraban por aquellos parajes con abundantes formas o vestigios como en las alforjas de una mula o de una caballería, con abundantes cestos llenos de piezas de frutas del lugar, como se depositaba una cosecha de peras o manzanas, cerezas o castañas, o racimos de las viñas, con uvas tomadas más abajo del valle, en las bercianos páramos.

Todo ello lo hizo con parsimonia y recato como en él era norma y costumbre, y comenzó a visitar las zonas donde estaban también las cuevas y oquedades roqueras incrustadas en la roca madre, como habitáculos para servir a Dios con solemnidad, sencillez y oración divina.

Saludó el buen y servicial obispo, a todos los que estaban por allí, y al mismo tiempo a las monjas que todavía estaban en la zona, y se interesó por los lugares visitados y recomendados.

Luego, realizó una visita más cuidada, una santa visita a unas cuevas y grutas seleccionadas, donde varios eremitas siempre solían habitar, aún en esos tiempos de comienzos del siglo X.

Después el buen Genadio se interesó por el arte mozárabe, por la belleza y sutileza de sus elementos arquitectónicos y religiosos, y por la elegante sencillez de los arcos de herraduras sujetos por finos y sensibles fustes, con capiteles que no por bonitos eran menos consistentes y divinos.

Decía que “la belleza es el símbolo de Dios en el Cielo”. Y no le faltaba razón, pues estética y armonía, sencillez y arte, son signos de la inteligencia divina, donde la Gloria de Dios está por encima de mundanas actitudes humanas, que aprecian unas artes y desprecian otras, solo por el mero hecho de ser emocionales a su corazón. Y es que la inocente y enorme sensibilidad del prelado, y la sutil belleza llena de encanto por la obra bien hecha, y con esfuerzo realizada, son los mejores signos de inteligencia y de sabiduría que los cielos pueden tener o merecer.

Las edificaciones son hermosas y bellas si el espíritu divino aflora en ellas a través de todos sus poros y de sus ángulos, o atraviesan con benevolencia sus muros y paredes, o si hay destellos de ingravidez y eternidad en sus recoletos y callados espacios, donde el sol del día, o la difusa y gris claridad de la luna en el anochecer, hacen que aquellos lugares tengan una sensación especial, un marcado carácter espiritual, o una grata emoción sensorial, donde mora el espíritu sagrado de Dios, por encima de otras necesidades vitales.

El obispo Genadio aplaudió con medida y moderadamente lo bien hecho por los frailes y demás hermanos en Jesús, como era la configuración de espacios y tiempos para la oración y penitencia. Y la esmerada labor del maestro Viviano, sin cuya fábrica no se hubiese logrado alcanzar tamaña obra mozárabe.

Criticó, en cambio, con alguna severidad aquellas formas que ensalzan solo lo arquitectónico u ornamental en la iglesia, como eran querer aumentar el número de capillas sin más, pues decía que solo a Dios se le quiere y se adora en el altar mayor.

Y dijo que la estrechez del camino con sinuosas curvas y terraplenes, de llegada a Santiago de Peñalba, era para afianzar sus creencias, con una cierta precaución y prudencia para hacer lo mismo en la vida cristiana, y que ello no estaba reñido con la amplia y devota misericordia y piedad que Dios tiene para con los humanos, en el amplio cielo azulado, para que los bienaventurados sean bien acogidos al Reino de Dios porque siguen su docta y bondadosa doctrina.

También especificó al señor Abad que las monjas visitasen dos lugares concretos que el obispo recomendó estudiar por si fueran buenos para la instalación de un monasterio retirado de mujeres en aquellas tierras.

CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO QUINTO

LA VISITA DEL OBISPO GENADIO no resultó mal a nadie, sino que fuente de querencias a la obra de Dios, de exaltación a la Gloria divina y de fervor espiritual a una causa religiosa llena de amor, sentimiento, testimonio y religiosidad comunitaria.

Además al día siguiente, casi antes de la salida del sol por las montañas cercanas a Peñalba, cuando la comitiva del obispo abandonó el lugar con sencillez y silencio, y cuando los gallos cantaban a los cuatro vientos el “ki-ki-ri-ki” con pasión y frenesí, y con fuerza para que las gallinas posteriormente cacareasen alegremente al poner sus huevos en el nial correspondiente, y ese fue el momento adecuado y oportuno cuando el abad recogió unos dones y pequeños regalos que el obispo de la diócesis de Astorga, había dado para que los frailes y monjas recibieran unos dones del Señor, por manos de Genadio.

Entonces el abad ordenó a fray Miquelón y fray Bernabé que repartiesen esos benditos dones entre los allí reunidos. El primero para darlos entre los monjes y el segundo a las monjas que por entonces allí estaban.

Cuando los dos frailes y recibieron en dos cestas los dones dejados por el obispo a raíz de su visita se llenaron de cierta sonrisa humana y contenida alegría.

Contenían en su interior unos dones como “perdones” religiosos que así algunos los denominaban.

Eran unas determinadas cantidades de viandas y de frutos secos como redondas y claras avellanas encerradas en sus cáscaras grises, enormes nueces de aquellos bellos ejemplares de nogales de la zona, y unos almendrados llenos de prieta cáscara que envolvían en su interior los agradables frutos de la almendra, la fructífera semilla, muy apta para ser comida, o ser utilizada en postres de encargos. También les iba en las cestas donadas, unas cuantas castañas ya algo revenidas del otoño anterior, y también unas ricas tostas, como pastas de avena y trigo, quemadas al horno, pero sabrosas y esponjosas al paladar, que sirvieron para alegrar las siguientes jornadas como prueba de amor y esfuerzo colectivo a la obra de Santiago de Peñalba.

Y tres botellas de un buen vino dulce de la zona que el señor Abad Basilio se los guardó para beberlas con la comunidad en las festividades cercanas de la

consagración de la iglesia, así como unos frascos con varios higos escarchados de la cosecha anterior, pues el mismo obispo Genadio había prometido adelantar el acto religioso por las malas condiciones meteorológicas de aquellos lugares. Y así a mediados de octubre tendría lugar la consagración religiosa si las primeras nieves no lo hacían casi imposible.

Miquelón repartió feliz aquellos frutos que la generosidad del obispo de Astorga, el buen Genadio, diera para todos los miembros de la comunidad benedictina que trabajaba en la obra de Santiago de Peñalba.

Por su parte Bernabé fue en busca de aquellas hermanas benedictinas que se hallaban buscando un lugar idóneo para instalar, si ello fuera posible en los alrededores de Peñalba, un lugar justo y adecuado. Y cuando iba para allá, en busca de sus habitaciones, se encontró con Tomás, y le dijo para bien donde iba con esos dones que el Señor obispo había dejado para monjes y monjas.

Tomás entonces intentó camuflar su sorpresa, y con suavidad pidió a Bernabé que si le podía acompañar en ese cometido. Hecho lo cual, al llegar allí se encontraron que las monjas salían para rezar en la capilla de la iglesia de san Pedro de Montes.

Pero Bernabé se adelantó a las monjas mayores, y reservando las que Tomás iba a dar para Rosalía, que salía detrás, las pararon cortésmente, y les dieron esos benditos dones. Ellas no tuvieron más remedio que aceptar todo lo dado por el santo prelado, así como corresponder gentilmente a lo que había sido ese honrado favor, que el obispo había tenido a bien regalar a todos los que en aquel día de atrás estaban en su visita a Peñalba.

Tomás que tenía ganas de hablar con la joven Rosalía sintió que un bien por otro, no era mal recompensa.

Y así tras su decepción de conversar con la joven a expensas de lo que fuera, despidió a Bernabé, y le dijo que él iba también a rezar a la iglesia sin más, saliendo detrás de las monjas, siendo seguido a reajo por la joven novicia.

Y le pareció divino y hermoso aquel cántico espiritual entonado en la capilla que las tres monjas invocaron al Altísimo. La belleza de sus voces se confundía con las letras y la música de sus canciones. Unas extraordinarias canciones que salían puras de sus almas, y que hechizaron aún más el corazón de aquel joven,

CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO SEXTO

TOMÁS SE ESTABA OBSESIONANDO CON LA JOVEN NOVICIA.

Casi sin darse cuenta sus pensamientos iban y venían empapándose de la misma figura. Y su aspecto se iba pareciendo a la de un ser enfermo en amores, vinieran estos de donde vinieran.

Bernabé había notado en Tomás su entusiasmo febril por aquella joven. Pero nada dijo, y su discreción fue mayor cuando fue preguntado por sus compañeros dónde lo había dejado. Una piadosa mentira le sacó de su estrecho remiendo:

- Le mandé cortar unos leños que estaban caídos a orilla del camino, y que estropeaban la senda dejada por el obispo.
- Y no sabía que tenía que acabar de dar la lechada a esa fachada – dijo Fray Horacio con cierto rin tintín.
- No lo sé. Pero él vendrá en cuanto acabe la tarea de limpieza del sendero, pues algunas ramas ocupaban el sendero impidiendo su tránsito.

Eran respuestas para salir del paso, pues él no era consciente de dónde había ido en verdad Tomás tras su despedida.

Creía que había ido también a la iglesia tras las hermanas benedictinas. Pero no lo sabía a ciencia cierta. Así que lo mejor fue decir esa mentira piadosa, ese peccadillo venial con poca importancia.

Pero, ¿qué había sucedido entonces?

Las monjas se dirigieron como sabemos a orar unos cuantos minutos al templo cercano.

Entonces Tomás antes de que salieran de la iglesia se le ocurrió ir al campo, a un lugar que él sabía había varias higueras silvestres, y cortar varias frutos de “brevas”, que eran allí llamados así, como unos higos tempraneros de gran tamaño, entre verdosos y amarillos, y pocos en cada arbusto, típicos del mes de junio o de julio,

donde maduraban entre algunas ramas, como antecedentes de los que serían una múltiple cosecha de higos dulces y sabrosos que en el otoño se ofrecen con toda su benevolencia por higueras de la zona. Pero lo que no había previsto coger del campo fue unas diez o doce fresas silvestres, muy tiernas, pequeñas y rojizas, aparecidas entre las matas de los arbustos, y que vio como una inesperada respuesta, a no ser solo tachado solo de oportunista entre las monjas.

¿Qué diría Rosalía de esta apuesta? ¿Qué les parecería a las otras monjas que con ella estaban?

Cuando después de una media hora llegó a Montes, se dio cuenta que a orillas del río Oza las mujeres lavaban algunas ropas de su ajuar.

Entonces, él, ni corto ni perezoso se fue a donde estaban ellas en el cercano lavadero, y allí les ofreció los frutos de las brevas de la higuera, cosa que ellas agradecieron, porque no se puede despreciar un favor si este viene de buenas manos.

Ellas dijeron a la novicia:

- Anda, hermana Rosalía, lleva esas brevas y fresas a nuestra estancia.
- Y dale una postal de nuestra comunidad religiosa al hermano Tomás.

Él, estuvo a punto de decir, “yo no soy hermano ni miembro de una comunidad religiosa”, pero decidió callarse eso, y seguir en silencio a la joven novicia. A fin y al cabo eso era lo que quería, y la oportunidad no llama todas las veces a la misma puerta.

Así que disimuladamente partió detrás de la joven que había tomado aquellos frutos de higuera regalados por Tomás.

Entonces, cuando ya llegaban al lugar donde las monjas tenían sus estancias, él, inesperadamente y con cierta pasión, no escondida ni fingida, se abalanzó suavemente cerca de la joven mujer.

Y cuando iba a dejar aquella especie de higos en una repisa del cuarto, instintivamente rehusó ella la cara del joven que se abalanzaba directamente hacia su rostro con intención de besarla.

- Pero, qué haces, muchacho, le dijo ella de repente, medio enfadada, medio sorprendida.

Él, cara de angustias y sorprendido por la negativa de la joven a ser besada, rehusó también mirada y actitud, y dijo como sorprendido por ello.

- ¡Oh, no, perdona! No intentaba hacer nada malo.

Y ella sacando fuerzas de su debilidad femenina dijo, sabedora de que aquel joven estaba enamorado de ella:

- Si quieres algo ahora no. Yo no te conozco lo suficiente, escíbeme unos versos que un día me dijiste que solías hacer.

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

Él, muy callado, constreñido, y recuperándose de aquel susto, y de su desfachatez, o del desplante de la novicia, respiró profundamente, tomó aire y dijo:

- Ah, sí, sí! Te haré unas estrofas en un bello poema como un zéjel o *muwassahas*.
- ¿Y qué es eso?
- Pues, pues...

Dijo el joven con cierto espíritu de reflexión intelectual:

- Pues, es una breve canción de amor, que usan en otras partes de al-Andalus.
- ¡Ah sí, he oído hablar bien de al-Andalus, y sus poetas!
- Pues eso. Una bella canción de ...
- Él iba a decir de “amor”, pero se paró en la última expresión.
- ¡He oído decir que hacen hermosas canciones! – dijo la mujer sin darle importancia.
- Sí, ya me lo dijiste otra vez.
- Sabes que te he dicho que me gusta la música y la pintura.
- ¡Sí, es verdad!. ¡Bueno, me voy, Adiós! - profirió el joven.
- ¡Adiós, Tomás, y no dejes de rezar por la paz y por el amor!
- ¡Así lo haré, mujer!

CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO SÉPTIMO

EL PLAN DE BERNABÉ de ir aquella mañana a ver algún lugar más quedó en suspenso, pues cuando regresó Tomás a la obra mozárabe, tuvo que acabar diversos enfoscados y encalados de paredes, dando así cal, con agua y arena a determinadas partes de la iglesia.

Por eso, solo fue al día siguiente cuando el Abad Basilio les mandó visitar esos dos lugares que el obispo Genadio les había propuesto y recomendado estudiar y visitar.

Fue lo mejor para distender las relaciones encubiertas de Tomás hacia la novicia Rosalía.

Mientras tanto la febril imaginación de Tomás ya le había llevado a escribir un poema o canción para la novicia Rosalía. Le había salido algo largo. Pero, ¿qué partes cortar? Cuando uno se enamora todo parece imprescindible.

Y una vez acabado su borrador, lo difícil no sería haberlo escrito, sino la manera de hacerle llegar a ella, con cierto sigilo y misterio, el fragmento que él había compuesto para ella, y en cómo hacer que nadie se enterara de esos asuntos.

Así, pues, entre esos variados apuntes poéticos, estaban estos textos, escritos al albur de una inusual y frenética pasión, sin discernir si todo estaba correcto y era lo adecuado:

A Rosalía

La nave del alma camina hacia el cielo

Envuelta en el vapor de la pasión.

¿Es esto un deshonesto amor?

¿Es desprendida pasión

Por donde rueda el sol?

Busco en la noche la estrella
Que tiene la magia del cielo.
Busco en las flores del campo
El color del sol de madrugada.

Somos cual pareja de cerezas
Que habitan esta región.
Ella roja al paladar
Él un cerezo en flor.

Busco en los ríos
El amor de tu corazón.
Busco en el viento
La pasión de tu querer.

Busco en el manantial de Peñalba
La luz de tus claros ojos.
Busco en tus ojos
Ese amor del día.

¡Oh, qué duro es amar, mi amor!

¡Oh, qué puro sería encontrar la magia!

¡Oh, qué duro es amar de amor!

Si los amantes buscan el deseo

Entonces hay enamoramiento.

Y el amor brilla

Más fuerte que el sol.

Más sereno que la noche

Más humilde y sin rencor

Que una rosa aún en flor

Entonces es que hay amor.

Que las lágrimas del alma

Son causa que mi amada

Ofrece como ritos del amor

O como lluvias de dolor.

Rosalía, eres la luz del cielo

Eres la soledad de la fuente

Y el silencio de los campos.

Eres la fuerza de las flores.

Rosalía eres

El sabor de una higuera floreciente.

Como una fresa

Con el color de la pasión.

¡Oh, mi amor, oh mi amada!

¡Oh, qué duro y puro es amar de amor!

¡Oh, que duro y fuerte

Sacrificio interior por amar!

(León, a 8 y 9 de Julio de la era del 916, o del 2017)

Pero él supo, días después que la fiesta solo dura lo que la noche al día.

Días después las tres monjas abandonaban aquellos parajes de Peñalba, no sin antes haber visitado los dos lugares recomendados por Genadio, el prelado de la diócesis de Astorga.

Tomás se las había ingeniado para hacer en una especie de papiro confeccionado por él mismo con unas especies y fibras vegetales como un medio de expresión original, empleando a su vez para la escritura unas plumas de aves de la zona, y unos tintes de color que él usaba en la construcción de los edificios, y marcando curvas letras con esos textos o fragmentos tan llenos de amor y pasión.

Pero, para qué servirían esas cosas si luego los amores se desvanecen con el tiempo y el viento trae otra manera de mirar la vida.

Fue cuando él le entregó a ella, en medio de la noche, aquel grisáceo legajo de escrito.

Y cuando él creyó que era muy difícil de hacerlo vio que había sido muy fácil entregarle a ella esos poemas que ella había querido recibir de su puño y letra.

Y todo había sucedido por un descuido de las monjas superiores a la salida de la capilla de oración.

CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO OCTAVO

AQUEL DÍA, A MEDIADOS DE OCTUBRE tuvo lugar la consagración de la iglesia de Santiago de Peñalba.

Era un domingo de fiesta y de celebración eclesiástica. Y todo iba a ser desarrollado con el magnífico rito mozárabe, quehacer lleno de vida y de originalidad desde los tiempos de los visigodos.

Todo estaba preparado para que en ese día se consagrara el magno templo de estilo mozárabe que monjes, obispos, fieles cristianos, y altivos nobles ofreciesen a Dios. Mas también fue de destacar la representación real que se hizo del rey Ordoño II de León, segundo hijo del rey Alfonso el Magno que había trasladado la corte y la capital desde Oviedo a León y fue el último gran rey de Oviedo, y el ahora su otro hijo y sucesor, gran batallador y valiente guerrero, siempre empeñado en causar terribles derrotas al infiel musulmán, tanto por tierras leonesas como cordobesas.

Ordoño II fue el revulsivo para estar casi siempre implicado en el resurgir violento y guerrero en continuas luchas contra el gran califa cordobés Abd-al.Rahman III, y aparcando las cuestiones religiosas para un segundo término como fue el caso de Santiago de Peñalba.

La Reconquista de los territorios y zonas que habían pertenecido a los visigodos iba y venía de aquí para allá, como van y vienen los comerciantes maragatos desde Astorga y por la geografía del norte de la península ibérica.

Hasta allí había venido una comitiva desde san Miguel de Escalada con varios frailes de la comunidad escalatense y el Abad Alfonso, y hasta llegado con los padres y hermanos de Tomás, como eran el laborioso Benito y Andrea su querida madre, y Luis y Teresa sus entrañables hermanos gemelos, para asistir a aquel acontecimiento en el que había trabajado desinteresadamente Tomás, su primogénito.

Tomás tomó nota como pudo de lo que observó. Y creyó ver, aparte de Genadio de Astorga, del que todos creían ver en él, ya un gran santo sin estar canonizado,

porque Santiago de Peñalba pertenecía a dicha jurisdicción eclesial. Y también creyó ver a los obispos de León y Zamora, así como a otros prelados gallegos, y a otros tantos abades y priores de conventos y monasterios. Sobre todo los de varones, pero a su vez, de otras comunidades femeninas como el monasterio gallego de Lugo, donde provenían las monjas Sor Maia Prudencia, y sor Ángelus de Maia, junto con su abadesa Sor Sagrario y otras compañeras, así como fue una gran alegría para el joven trabajador ver a la novicia Rosalía, siempre al lado de las monjas benedictinas.

Y habían tenido suerte pues aquel domingo de octubre, como el día supremo donde Dios había descansado de su magna obra de la Creación del Mundo, el sol lucía con todo su esplendor, antes de la llegada de las nieves de invierno.

Y hasta la Luna en la noche anterior había brillado casi llena y orgullosa de su color, junto con el resto de astros brillantes del firmamento, que en aquellas soledades y silencios de aquellos lugares inundaban los cielos de estrellas y fulgurantes destellos celestes, que iluminaban con fuerza y tesón, aquellas ya algo cortas noches del otoño.

Todo parecía sugerir paz y bienestar en el ambiente de aquel Monasterio de san Pedro del Monte, cercano y a punto de consagrarse el de Santiago de Peñalba. Allí en la zona no se daba acopio ni provisión para acoger a toda esa selecta multitud y congregación de obispos, frailes, abades, nobles aristocráticos, y fieles cristianos.

Varias tiendas de campaña, y jaimas mozárabes, se habían puesto en los alrededores de las iglesias para acoger a gentes y personalidades en el tamaño acontecimiento.

Tomás estaba muy contento saludando de lejos a la novicia Rosalía. Mientras el obispo Genadio, como recuerdo de aquel otro insigne varón por aquellas regiones, San Fructuoso, en el siglo VII, oficiaba ya los actos y los rituales necesarios, a primeras horas de aquel día, estando ya toda la multitud reunida, tanto en el interior de la iglesia como en sus alrededores, iniciando la liturgia de consagración empleando el consabido rito mozárabe, ya oficiado en la anterior consagración de Escalada como era un rito secular mozárabe desde los tiempos de los visigodos.

La primera introducción religiosa la había llevado a cabo el obispo de León, y la liturgia de la palabra el obispo de Zamora. Luego el Ofertorio, el Signo de la Paz, y las Plegarias, como un diálogo entre el sacerdote y los fieles cristianos, habían sido recitados por varios de los abades asistentes al sagrado acto. El obispo de Astorga, Genadio, se había reservado según los preceptos mozárabes a los actos de la Eucaristía y la Comunión.

Al final de los actos, según las costumbres usuales de la época, da y envía una simple y sencilla despedida a los asistentes, como fórmula para acercar más la iglesia a los fieles seguidores de Jesucristo.

Genadio siempre fue uno más de los religiosos asistentes en aquella celebración de la consagración de Santiago de Peñalba, aunque él había puesto las primeras piedras del monasterio, como Cristo había mandado hacer con el apóstol san

Pedro. Y ahora al final había ofrecido el templo como un representante más de Cristo en la iglesia.

La ilusión de Tomás era reunirse, cuando la festividad religiosa hubiera acabado con sus titos y plegarias, con la novicia Rosalía. Quería presentarla a sus padres para que la tuviesen presentes, y como a una hija más de la comunidad cristiana.

Él era en el fondo un iluso, un inocente y un confiado cristiano.

Más todo al final le saldría bien. Y una vez acabados los ritos tuvo lugar un ágape común y un pequeño banquete frugal donde todos los asistentes almorzaron y hablaron de cosas de aquel día, y de otras menos importantes.

CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO NOVENO

TOMÁS APROVECHÓ UNOS MOMENTOS, tras el almuerzo, y antes de partir hacia los distintos lugares y monasterios la multitud y gentes allí congregadas, para ir a saludar a las monjas del monasterio de Lugo.

Estaba claro que él seguía estando enamorado a su forma y modo de la novicia.

Pero, en esos días anteriores se había preguntado si ella también lo estaba de él. Esa inquietud le removía la conciencia, y no le permitía conciliar bien el sueño.

Por eso sentía una obligación de preguntarle sobre esa cuestión. Tenía que conseguir unos momentos particulares para hablar con ella, antes de que la consagración de ella para monja definitiva fuese de mayor resonancia y calado.

Cuando él se fue, para el lugar que ocupaban las monjas benedictinas, con sus padres y sus hermanos, Luis y Teresa, para presentarse y ser conocidos, pues a sus padres, Benito y Andrea, ya les había hablado un poco de ellas, y mientras se saludaban y hablaban sobre esos actos anteriores y sobre sus vidas y trabajos cotidianos, ocurrió que Rosalía y Tomás se apartaron disimuladamente un trecho, y comenzaron a hablarse entre ellos.

Luego, ya se sintieron confortados y medio seguros entre otras gentes. Ella se mostró deseosa de decirle algunas cosas nuevas que había meditado en anteriores días. Pero el supremo deseo de hablar de él hizo que fuera el que comenzara el diálogo diciendo:

- ¡Todo esto ha sido muy bonito y encomiable, muy bueno! - dijo él mientras miraba fijamente a los ojos de Rosalía, para ver la reacción de ella, y acordándose mentalmente del poema hecho en los meses anteriores como un acicate de conquista.

- Sí, efectivamente todo ha salido bien y a la perfección. El obispo Genadio siempre correcto y bueno como un santo. El templo muy bello y bonito – dijo ella saliendo por la tangente.
- La santidad está en todas las partes – dijo Tomás como queriendo resumir los hechos. La felicidad de las personas es una cuestión que Dios da a cada uno, independiente de su estado civil.
- ¡Sí, la santidad Dios la da de balde! – aseveró la muchacha con buenas intenciones.
- Es verdad – continuó Tomás – pero hay que merecerla también. Yo estoy enamorado de ti desde el primer día que te vi.
- No digas eso, que haces que me ruborice.
- ¿Y tú estás enamorada de mí? - dijo sin más Tomás, partiendo por la mitad y rompiendo aquel juego verbal anterior.

La novicia Rosalía sabía que ella también se había enamorado de Tomás, pero sus hábitos la impedían por ahora decir la verdad al completo. Así que se ruborizó aún más, y su vergüenza alcanzó niveles de miedo y temor.

Se repuso inmediatamente y dijo:

- Aún Tomás no estoy preparada para ello. Creo que lo más conveniente sería esperar unos años más. Mientras, yo me formaré más en el convento con oraciones, música, letras y pinturas. ¿Qué te parece eso? Y así estaremos seguros de nuestras vidas e intenciones.

Aquel jarrón de agua fría desconcertó a Tomás, que ya no supo que decir ni cómo actuar.

- ¿Pero, ¿me quieres o no? – estalló el joven con ciertas prisas, y olvidando la respuesta de la joven novicia.
- ¡Sí, sí!, pero no es asunto de querer o no ahora. Somos aún muy jóvenes y nos convendría esperar y pensar más en estas cosas. ¿No te parece Tomás?

Estaba el joven muchacho a punto de decir que no, que no le parecía bien, cuando por detrás vinieron sus hermanos Teresa y Luis para interrumpirlos y decirles que se marchaban.

Todo quedó paralizado. Pero sus miradas hablaron por ellos como cuando dos novios se miran a los ojos y se desean felices relaciones.

La grata festividad de la consagración de Santiago de Peñalba llegaba a su final.

Algunos prelados partirían a sus lugares de origen al día siguiente, pero otras gentes y monjes de otros monasterios partirían ya para sus respectivos lugares y cenobios.

Ese fue el caso de la novicia Rosalía, y también de Tomás, que se había quedado con la miel en los labios al no poder todavía besar a la joven, ni saborear el encuentro con su amada. Los tiempos aquellos eran los que eran, y no serían los de ahora.

La iglesia por entonces hacía un lapsus de amistad entre hombres y mujeres, pero la felicidad y encuentros, momentos de alegría y de fe, entre monjes y monjas eran más relajadas que los de las siguientes generaciones.

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

El amor y la paz estaban por encima de dogmas y complicadas actuaciones civiles o religiosas. Si Dios bajase a este mundo otras cosas hablarían, otras cosas se verían en la faz de la tierra – decía el simpático Tomás como si fuera el mismo apóstol incrédulo de Jesús que solo si metía sus manos en la herida del costado de Jesús entendería que era Él en realidad.

Sobre todo era una época que apostaba por el amor, la piedad y la misericordia entre los seres humanos.

¿Y las guerras y contiendas?

Los nobles y varones de aquellas estirpes visigodas aún soñaban con resucitar el reino visigodo de Leovigildo o Recadero, o de último rey godos don Rodrigo.

Ese era el problema entre musulmanes y cristianos. Entre el Islam y el Cristianismo hispánico. Hermanos de hecho en la piel de Iberia, y no de sangre ni de territorio.

La respuesta estaba en el corazón de los humanos, y mientras estos sintiesen que el odio y el rencor, la ambición y el egoísmo perviviesen en sus cuerpos nada tendría arreglo.

CUARTA PARTE

TIEMPO

“DE REGRESO A ESCALADA”

CAPÍTULO QUINCUAGÉSIMO

EL TIEMPO PASÓ RAUDO Y VOLANDO como cuando un águila real sobrevuela los campos y montes de su territorio en busca de presas que no se dejan cazar ni ver, ni capturar, pero él, tenaz y valiente, persigue hasta las sombras, con su agudo ojo, distante y seguro como el fino viento, y que desde las alturas vigila y caza determinadas presas para su supervivencia.

Tomás, libre como el viento, permaneció trabajando y ayudando a los hermanos benedictinos de Santiago de Peñalba durante otro año más, quizás buscando respuestas que no llegaban de la novicia Rosalía.

Luego se forjó la idea de irse de nuevo a san Miguel de Escalada a convivir con sus padres que estaban allí, y marcharse con sus bártulos de albañil, y sus utensilios o instrumentos de escritor que le había estado enseñando a perfeccionar en su letra y su caligrafía el propio abad Basilio de Peñalba.

El abad de aquel monasterio era un gran conocedor de algunos aspectos de bibliotecas, libros y manuscritos, cuando él se había influenciado por la cultura mediterránea, y como monje había estado en Córdoba, cuya ciudad había reunido unas magníficas y espléndidas bibliotecas desde la antigüedad hasta al-Andalus, con ejemplares latinos, romanos, bizantinos y árabes de gran fama y prestigio, y de carácter artísticos-literarios. Y allí en otras décadas de su existencia, antes de su ida y encuentro en Santiago de Peñalba, había aprendido muchas cosas y técnicas que en el Oriente estaban más vistas y desarrolladas que en los territorios cristianos del norte de la península.

Pero ahora, muchos cristianos, llenos de mozarabismo y cultura, habían ido a asentarse en las tierras del norte peninsular, en la zona berciana.

Mas antes, cuando el invierno finalizaba ahuyentando lobos, vientos y nieves, y resucitando osos o pariendo luego oseznos, la renacida primavera llegaba con toda su energía y fuerza creadora, Tomás con su amigo el fraile Bernabé, habían pedido permiso a la comunidad de frailes de Santiago de Peñalba, y sobre todo al abad Basilio, para ir a Lugo, al monasterio de las monjas allí instalado, con un acopio de ofrendas y dádivas, como eran nueces, castañas, vinos, almendras, avellanas, higos y pasas secas, más las primeras cerezas del lugar. También llevarían y especias como clavo, canela y jengibre, así como otras plantas algo desconocidas para muchos, como decían de un café aromático de Ceilán, procedentes del oriente de Asia, llevadas y transportadas hasta los puertos andalusíes por barcos y bajeles de ricos comerciantes bizantinos o árabes, que hacían la ruta desde allí en el Oriente, desde Persia hacia la costa de Almuñécar, en el al-Andalus hispánico.

Y todo para Tomás, en connivencia con otro fraile del convento, Bernabé, con raza también de ser un maragato y comerciante con arraigo y experiencia familiar. Tomás tenía un motivo aparentemente secreto, con un incentivo potente y grave, como era entrevistarse con la novicia Rosalía, de la que no se había vuelto a tener noticias, y pensaba invitarla a ir a san Miguel de Escalada, donde él se marcharía a comienzo del verano para establecerse allí definitivamente.

Más los tiempos de lucha y guerra no habían terminado en un territorio disputado por cristianos, descendientes de los godos de don Rodrigo, sino que cada vez se reproducían los conflictos anclados en aquellos lejanos tiempos cuando en el año de 711 los árabes vencieron al rey visigodo, y ahora todos los protagonistas lo hacían más violento y salvaje, con más ahínco, fuerza y violencia.

Los tiempos de guerra y belicosidad no habían acabado todavía.

El rey leonés Ordoño II estaba muy influenciado por nobles y por algunos jerarcas de la iglesia, dando fueros y cartas de repoblación, negociando con órdenes religiosas para afinar población, o repoblar por ampliar territorios, más conseguir cierto estatus social, un alto honor regio, como hombres que todavía eran y añoraban los vestigios del pasado, del antiguo reino de los visigodos, cuyas peculiares costumbres y leyes imperaban todavía con su Fuero Juzgo, lleno de leyes y normas, más o menos cruentas y anacrónicas, con sus guerras tribales por uso y costumbres, o fratricidas entre hermanos o gentes como condes o nobles de su mismo mundo guerrero que nunca terminaban de desaparecer, fruto de las costumbres germanas de los godos.

El Rey de León, siempre preparando ejércitos para enfrentarse contra las huestes islámicas del califa cordobés.

Y en aquellos años, cuando en la era de 913, con la advocación del arcángel san Miguel en Escalada, y posteriormente en estos años de 916, con Santiago de Peñalba y en otros monasterios y conventos del Reino de León, las espadas y las lanzas se alzaron en batallas y contiendas entre unos y otros, cristianos contra árabes, y que llenaban de horror y temor a sus habitantes y población servil. La iglesia cristiana apenas podía hacer nada por evitar las luchas y los derramamientos de sangres hermanas en el suelo hispánico. La intransigencia de unos y de otros trajo la emigración de ciudadanos cristianos de al-Andalus, llamados mozárabes como

sabemos, y la repoblación de territorios del norte por habitantes de otras regiones de la Iberia norte, como lo serían con gallegos, astures o cántabros en la zona del Duero, y posteriormente de vascos en la mesetaria Burgos.

Ni Genadio con su estimable santidad ni otros buenos obispos con sus mensajes podían contener el ímpetu belicista de unos y otros.

Ordoño II y el Abd-al-Rahman III enfrentados por conseguir territorios y un buen botín de guerra. Un rey leonés combatiendo por tomar, o arruinar las ciudades de Beja y Évora, o la misma Mérida, en una lucha sin cuartel, llena de muertos, esclavos y prisioneros.

Los monjes, pues, que procedentes de la zona de Córdoba, los denominados mozárabes, y cristianos procedentes de León y Asturias, se esforzaban en negociar y abrir nuevas vías comerciales y rutas de entendimiento y de paz, sobre todo religioso.

Pero, los hombres y varones guerreros de uno y otro bando luchaban cada uno en su idioma y con sus armas, para conquistar territorios y fronteras al enemigo. Un combate de ajedrez fiero y desintegrador de la piel de Iberia.

La civilización árabe con su idioma peculiar de signos cúficos, contra los vestigios cristianos llenos de latinismos, de germanismos y de un nuevo cristianismo.

Fueron años duros, violentos, salvajes.

CAPÍTULO QUINCUAGÉSIMO PRIMERO

LOS TIEMPOS ESTABAN CAMBIANDO A MARCHAS FORZADAS.

Mientras la iglesia se esmeraba en construcciones monacales, y movimientos religiosos de gran alcance eucarístico, litúrgico y evangélico, en cambio, reyes y califas se enfrentaban en el suelo hispánico por conseguir territorios, riquezas y tesoros del otro contrincante, botines de guerra para pagar a soldados y mercenarios, y honores de reyes y condes.

Corría, como se dice en las crónicas, el año de 916, cuando la iglesia de Santiago de Peñalba llegaba a su fin de edificación y meses después se consagraba a Dios.

Pero, por aquel entonces, una feroz y cruel batalla entre cristianos y moros tenía lugar cerca de la localidad de San Esteban de Gormaz.

El califa de Córdoba estaba sorprendido por la intrepidez y valentía del monarca leonés. Y quiso darle un merecido castigo. Reunió para esa expedición un gran y formidable ejército, y se precipitó con él esperando obtener una gran victoria sobre el numeroso también ejército cristiano.

Pero he aquí, que la lucha tuvo un revés imprevisto, y fue del califa y su ejército musulmán el que quedó diezmado pese a ser superior en hombres y armas. A veces la historia cambia el rumbo, el ritmo y la actuación de los hombres.

Y fue así, a finales del año de 917, cuando en la plaza de San Esteban de Gormaz, luego bien amurallada y una de las más bellas y ejemplares fortalezas de la zona al este del río Duero, cuando el ejército leonés venció estrepitosamente al temido ejército musulmán, saliendo victorioso el rey Ordoño II frente al califa cordobés.

Más cuando Genadio y sus frailes, fieles y acólitos diversos, hacían oraciones y realizaban rezos y plegarias, en esos años de catástrofes y combates, para que aquellas sangrientas batallas llegasen a su fin, y hubiera paz y entendimiento entre ambos bandos, todo quedó en agua de borrajas.

De nuevo hizo un gran ejército el califa de Córdoba, Abd-al Rahman III, deseoso de revancha y de una contundente derrota sobre el rey leonés Ordoño II. Reuniendo de nuevo poderosos combatientes con el que arrasar y derrotar al de los ejércitos cristianos del norte, el califa musulmán se encaminó a tierras cristianas.

Y fue a mediados del mes de julio del año 920, unos años después de la batalla de San Esteban de Gormaz, el encuentro duro, cruel y contundente entre ambos ejércitos, cristiano y musulmán, tuvo lugar en las proximidades de Valdejunquera, cerca de la localidad navarra de Estella.

Y aquí, en Valdejunquera, en un aciago día, el 26 de julio del 920, decían las crónicas de cristianos y de musulmanes, que el ejército cristiano fue terriblemente derrotado con miles de muertos, cientos de prisioneros, y la destrucción total de las huestes de los cristianos.

Y tras la derrota llegó el ajuste de cuentas.

Primero, el califa árabe se retiró victorioso a su Gran Córdoba.

Y el monarca leonés, Ordoño II, se fue para León, e intentó ajustar cuentas y traiciones de algunos condes castellanos, que, o bien no habían colaborando con las huestes cristianas en los combates entre moros y cristianos, y negociando a espaldas del rey cristiano con el propio califa cordobés, o por deslealtad según los códigos y leyes godas, en vigor con el Fuero Juzgo como ley suprema, o desertando en el campo de batalla habían dejado solo al rey leonés en la cruel y dura batalla.

Todo lo cual hizo posible que se dieran desagradables aspectos y situaciones con traiciones, deslealtades y rebeldías, por las ansias secesionistas e independientes de condes y nobles, y que según el Fuero Juzgo, todos los nobles y condes en territorios al Norte y al Este del río Duero, debían tener plena lealtad y obediencia al monarca supremo.

Todo ello encolerizó al rey y a los leoneses, que querían rigor, orden y justicia ante tamaña osadía por parte de algunos nobles godos de la región donde los castillos territoriales imperaban en esas zonas, y los señores y condes mandaban sobre la vida de las poblaciones y las haciendas del reino.

Y desde aquí la historia unida a leyendas y poemas heroicos se tiñen, a veces, con oscuros recovecos y determinadas complicidades, bien para ensalzar o proteger las líneas separatistas de unos, o bien para malgastar o complicar los fehacientes hechos de otros mandatarios regios.

Unos decían que los castellanos temían la nueva alianza entre el rey de Pamplona y el rey de León para repartirse las tierras riojanas, en contra de la rebelde

y separatista Castilla. Y otros en cambio decía que la postura de deslealtad y traición se debía al ansia expansiva de Castilla, y en contra de la conservadora del reino de León.

A todos les faltaba también otros argumentos como eran la nueva constitución de una nueva zona llamada con posterioridad Castilla, por los innumerables castillos y fortalezas que estaban enclavados en su región, para defenderse de los musulmanes, que asolaban la región con mucha frecuencia.

Y dentro de todo ese panorama hubo clérigos y monjes, monjas o seglares, humildes y sencillas gentes, o sencillos labriegos y siervos que habitaban e intentaban vivir pacíficamente, lejos del mundanal ruido de armas, luchas, combates y refriegas conviviendo entre hermanos, en los alejados confines de montes, sierras y campiñas, donde los monasterios y conventos, se asentaban olvidados de todos, en el silencio de valles y montes.

Con la fuerza de la oración, la confianza en Dios y en el rezo y las plegarias, y con sus manos trabajando el ora y labora, en campos cercanos, entre el rezo de cenobios, escondidos y ocultos entre valles, campos y elevados montes, y con frailes unos con manos callosas por el campo, y otros monjes con finas y tersas manos como iluminadores de manuscritos desde el Apocalipsis, o códices o retazos escritos o pintados con capítulos de la Biblia, Vidas de Santos o de otras efemérides cristianas.

La vida no era fácil. La vida estaba llena de agobio, de necesidades, de enfermedades, de guerras y crueles vicisitudes.

La vida era tremendamente difícil, insana y casi sentida como pecadora.

Solo la humilde iglesia protegía a los débiles de las asechanzas y malvadas artimañas de los nobles o aristócratas superiores.

Reyes, nobles, clérigos y campesinos ofrecían una pirámide social triste, deshumanizada, feudal, inmoral, y llena de miedos, terrores y vicisitudes sin cuento.

Solo la vida en los monasterios y cenobios se llenaban de piedad, misericordia, oración y trabajo cristiano.

La vida era difícil, breve e injusta.

CAPÍTULO QUINCUAGÉSIMO SEGUNDO

ESCALADA CON SU ARTE MOZÁRABE EN SU MONASTERIO, había cambiado solo el tiempo necesario en el que un lobezno, ese animal maligno y terrorífico de los campos helados y desérticos, se convierte en un adulto lobo, capaz de infringir a dentelladas mortales la ruina de los labradores y ganaderos, con la muerte de corderos, o cabritillos, ovejas o carneros, en un santiamén de rezos monacales.

Corría el año de 920, tres años después de la última visión en un monasterio femenino de la ciudad de Lugo con la novicia Rosalía, y diez años posteriores a la muerte del rey Alfonso el Magno de Asturias y León.

Un buen día de primavera alguien llamó a las confiadas puestas del monasterio de san Miguel, en Escalada. Sus manos temblaban de frío, de cierto desánimo y de compungida expectación.

Tomás entre otras actividades y menesteres a que se dedicaba allí por aquel entonces, estaba al cargo de las puertas de entrada como portero del monasterio de Escalada, según órdenes del abad superior.

Y la sorpresa pudo ser mayor si sus manos inocentes no se hubieran detenido por el frío de aquel mes de abril, e intentara calentarlas frotándolas, unas palmas con la otra para salir de helada mañana. Y con paso lento, pero firme, se dirigió para abrir el portillo de hierro de la entrada principal.

Fue la última sorpresa inesperada para Tomás, lo último que esperaba encontrar y recibir en aquella madrugada.

- Buenos días. Venimos de la ciudad de León.
- Pueden abrirnos, por el amor de Dios.

Tomás no reconoció aquellas voces, tan desconocidas y femeninas que nunca cayó en la fe ni en el conocimiento de reconocer una de ellas como propia, y escuchada con anterioridad.

Tan solo oyó el débil relinchar de una caballería ante las puertas del convento.

Había transcurrido unos años consecutivos llenos de monotonía e ingravidez. Años amorfos, insulsos, indiferentes, para el muchacho que abandonara el monasterio de Escalada, aquel Tomasín de fray Bernabé y fray Daniel, y después el Tomás de Santiago de Peñalba, después de haber permanecido en él un año más tras su finalización, esperando la respuesta de la joven Rosalía.

Ahora era el Tomás de Escalada y de Santiago de Peñalba, quien se había transformado en un ser adulto, al servicio de los monjes de Escalada como un mantenedor de los recintos, o como un mayordomo de cuanto necesitaran con las relaciones con el mundo exterior, y con pueblos y aldeas cercanas.

Los búhos y lechuzas habían pasado en silencio y con desconfianza, atentos y atentas a la mirada difusa del tiempo, pero con buen ojo avizor de las aves, tanto entre los recovecos de montes bercianos como en los amplios árboles, chopos y álamos de las orillas del río Astura, cercano al monasterio de san Miguel de Escalada, divisando y observando cómo la tierra se hacía helada y hielo, y luego, luz primaveral, y más tarde fuego, cuando la canícula del estío todo lo inflama de calor y de la brillantez de oro.

Nada hacía presagiar que los tiempos cambiaran. Decían que se habían oído tambores de guerra, toques lejanos de batallas y secuelas de desgracias y ocultos presagios con nuevas advertencias de la llegada del Fin del Mundo. No eran nuevos esos presagios que algunos a veces inocentes, incultos o astutos viajeros ponían en boca de monjes, extranjeros y juglares de todo tipo y ralea.

Los rumores de nuevas llamadas a combatir por el Islam unos, y por Dios y Santiago, otros, inundaban a veces los valles y montes como si los lobos y buitres de las alturas hubiesen presagiado los futuros acontecimientos y próximas desgracias ajenas.

El abad Alfonso había dado paso a otro abad, y estaba a punto de ocupar la abadía un monje que trasformaría el panorama pictórico, con el paso de los años, como el monje llamado Magius, uno de los más grandes y gloriosos artífices caligráficos e iluminadores de bellas imágenes y miniaturas del siglo X en estas regiones leonesas, pródigas en códices, antifonarios visigodos, beatos mozárabes, y celebres Biblias o hermosos manuscritos cristianos.

Y dentro del monasterio de Escalada, en el fragor de un combate espiritual y religioso, otros seres, unos monjes que levitaban como sombras en la noche, llenos de verdad humana, belleza espiritual, con humilde y sencilla actitud cristiana, se abrían camino en medio de una vorágine belicosa, cruel y maligna, rezando y trabajando dentro de la paz y seguridad de un monasterio, para parar y detener una lucha de moros hispanos contra cristianos hispánicos, y viceversa.

- ¡Buenos días tengan sus mercedes! – dijo el portero sin distinguir si eran damas o monjas, y que con aquel saludo, que valía para todos, cumplía sus expectativas de saludo protocolario.
- ¡Buenas días, señor fraile! – le respondieron con suavidad y franqueza aquellas personas foráneas.
- ¡Buenas tengan Uds.! Pero, por favor, yo no soy fraile. Solo el campanero y el portero de este monasterio, y para hacer otras cosas que se hagan menester.

CAPÍTULO QUINCUAGÉSIMO TERCERO

EN UNOS AÑOS MÁS TARDE EL SCRIPTORIUM del Monasterio de Escalada, competiría con el de otros monasterios limítrofes o lejanos en el espacio, cuando unos a otros conventos se prestaran sus volúmenes o códices, sus beatos y manuscritos para ser copiados y escritos en bellas miniaturas, con alabanza a la semblanza de Dios, conservando esos legajos y textos sagrados un aroma de belleza y calidad artística, sobre todo con los textos del Apocalipsis de san Juan, cuyo signo y símbolo de significado sacro, se iba a convertir en usual y testimonial, ya que el Fin del Mundo se esperaba para finales de esa centuria, a finales del año MIL Ya que los vaticinios y señales de gentes proféticas que se desenvolvían en el ambiente peculiar de aquel siglo X, así lo hacían prever en sus manifestaciones.

Tomás fue a abrir el portón principal del monasterio, lenta y con cierta reflexión, pensando en quienes serían esas personas, a esas horas de la mañana cuando el tibio sol ya avanza en círculo por el firmamento azulado del Este, dibujando una esfera hacia el mediodía del sur peninsular.

Cuando por fin, abrió el chirriante portón de entrada, no acertaba a ver lo que sus ojos veían.

Creyó ver visiones, porque se le nublaba la vista ante la entrada de la fuerte luz del exterior, pero lo que si intuyó, y mejor dicho, acertó a contemplar fueron las figuras de dos jóvenes muchachas vestidas con hábitos religiosos, algo cansadas por las vicisitudes del viaje, y como se dirigían a él, pensando que era un apuesto fraile más del monasterio.

El entusiasmo y la emoción surgida de repente le movieron a ser prudente desde el principio por temor a equivocarse de personas.

- Pero, ¿no eres tú sor Rosalía? – dijo Tomás titubeando y pulsando una voz interior que le desgarró el alma.

- Bueno, llámame así, pero aún no he tomado los hábitos definitivos. Sigo siendo la novicia Rosalía, a secas. Y esta es mi compañera sor Cándida, del mismo monasterio lucense.
- ¡No puede ser los que mis ojos vislumbran! ¡No puede ser...!
- ¡Sí, pues lo son! ¿Nos abres la puerta para pasar, por favor, o qué?

Tomás todo diligente les abrió de par en par las puertas para que pasaran adentro del recinto.

- Esperad, un poco, voy a llamar al señor Abad, al padre Plácido, que ahora es el nuevo abad. Dejad esas cosas ahí, que regreso enseguida.

El tiempo pareció detenerse en su deambular a través del espacio, como se detiene la leona antes de iniciar una caza sobre sus presas preferidas en los bosques, regiones de llanura, o de zonas selváticas africanas.

El tiempo detuvo sus rayos de sol que eran los que marcaban las horas solares en aquel artefacto del suelo, colocado al inicio del claustro monacal que marcaba un original estado del horario diurno.

- Son casi las doce del mediodía. La hora del Ángelus del Señor.
- Pues, recemos – dijo sor Cándida -, mientras viene hacia acá el señor Abad.

Apenas concluyeron de orar con esa actitud de humildad y benevolencia, cuando llegaron hasta ellas, el abad, acompañado de Tomas, que sonreía con su despierta cara, fresca y juvenil, como esperando recibir la satisfacción y alegría de aquellas mujeres que habían llegado a Escalada inesperadamente, y sin mandar ningún aviso o mensaje de la llegada.

- ¡Buenos días tengan sus bondades! – dijo el nuevo fraile, causando una honda impresión en las monjas -. Me llamo, o me llaman el abad Plácido. ¿Qué les trae por estos pagos de Dios, hermanas?
- ¡Buenos días tenga su misericordia! – dijo Rosalía. Venimos de la ciudad de León, donde hemos descansado de nuestro viaje desde Lugo.
- Muy bien, en la oración del Señor. ¿Y cuáles son sus necesidades más urgentes por estos pagos?
- Decimos – explicó ahora sor Cándida - que hemos recorrido un amplio camino, siguiendo desde la ciudad romana de “Lucus Augusti”, bajando por un camino de peregrinaje hasta Samos, y luego nos hemos ido hasta “O Cebreiro”, llegando hasta el cercano lugar de santo Tomás de las Ollas, cercano al lugar que llaman de Ponferrada. Desde allí hemos ido a Astorga donde nos recibió ese santo Padre, ese sagrado varón, Genadio, quien nos alojó durante unos días en unas de sus casas cenobíticas. En Peñalba no lo pudimos conseguir ni tener Casa, merced al duro e inhóspito clima, y ahora vamos a intentarlo en la meseta que dicen de aquí, en Escalada, y si no iremos hasta el reformado monasterio de Sahagún, que está bajo la advocación de san Benito.
- Excelente obra piadosa – dijo el reverente abad. Desde que nuestro anterior abad, fray Alfonso de Córdoba, nos encomendó la tarea de que cuidáramos de nuestra zona, muy buena y rica en aspectos naturales y culturales, e históricos, por estar Escalada cercana a la ciudad de Lancia. Todo nuestro afán es llenar nuestra vida de espiritualidad y de fervor cristiano, pues esta región debe ser poblada y evangelizada para Dios.

- Creo que el hermano Tomás que ya estuvo en Santiago de Peñalba os conoce algo en estos menesteres - contestó el señor abad - . Podéis hospedaros en casa de sus padres, que trabajan con nosotros en varias labores, y tienen unos habitáculos y estancias aptas para estas situaciones, ¿Qué te parece Tomás si las llevas generosamente hasta allí, y si es de su agrado? - dijo mirando a las jóvenes monjas - . Pueden quedarse el necesario tiempo que deseéis para sacar adelante vuestro cometido espiritual, y ese proyecto de búsqueda de un lugar adecuado en estas zonas leonesas para establecer un cenobio o convento religioso.
- ¡Gracias, Padre Plácido! Yo me ocuparé de llevarles a casa de mis padres y que si a las monjas les gustan que tomen alojamiento allí.
- ¡Gracias a todos!, - dijo la hermana Cándida, sonriendo como hacen los niños cuando son agraciados en la escuela por sus deberes bien hechos.
- ¡Tomad vuestras cosas y seguid mis pasos! - dijo Tomás encaminándose hacia afuera.

Las dos mujeres iniciaron el camino detrás de él, después de haber explicado algunas cosas más al abad, y de cómo habían llegado con ciertas penurias y sinsabores hasta allí, en San Miguel de Escalada, bajando desde Galicia, a través del monasterio de Samos hasta la ciudad de Astorga, y luego a León.

Todos iban en silencio. Contento el amigo Tomás, sin explicarse cuáles eran las intenciones y los planes de Rosalía en aquel momento, para él ni novicia ni hermana de la comunidad de hermanas benedictinas de aquel monasterio de Lugo.

Por otra parte, la que fuera novicia Rosalía, que en realidad se había enamorado de aquel joven Tomás en Santiago de Peñalba, y del cual conservaba aún cierto ardor y callada pasión por el hombre que le había enseñado muchas cosas. Ella ahora ponía en práctica esas cosas meditadas como era un seguimiento espiritual, casi más moral y de ética cristiana, más libre y cordial que hondamente religioso. Un sentimiento más cristiano y auténtico, sin cinismo ni hipocresía, y una experiencia de la vida humana más acorde con las vicisitudes del día a día, los trajines y las necesidades de unos y de otros, la piedad y el conformarse con lo que la vida nos da cada día.

Más los acontecimientos civiles y religiosos que estaban teniendo lugar entre moros y cristianos, lejos de los límites de sus monasterios o conventos eran otra cosa.

En aquellos tiempos las poblaciones y gentes hablaban en latín, un latín romano ya algo desvirtuado de sus orígenes comunes o literarios o de la Italia central, y a veces sus lenguajes o hablas eran fórmulas, modos de hablar y de entenderse, y palabras asturianas o gallegas, de un nuevo romance que no era aún el castellano futuro. Pero con todo esto las gentes se entendían, se miraban y hablaban, y comprendían, a medias, los misterios y las vicisitudes de cada camino.

Los tiempos eran aún oscuros y sencillos, tiempos aquellos de una cultura mozárabe, de espíritu cristiano y de un coraje y afán batallador y guerrero.

CAPÍTULO QUINCUAGÉSIMO CUARTO

EL REY ORDOÑO II DE REINO DE LEÓN, seguía con su afán indomable y su animada ilusión de poder, contienda tras contienda, y su anegable marcha de conquista para desposeer a los árabes de sus tierras, que habían venido al principio en el siglo VIII, en los años después del 711, a apoderarse del territorio, otrora vez de la Hispania visigoda, él que se sentía un fiel continuador de usos, costumbres y leyes de antaño.

El tesón y la fuerza conquistadora del que fuera segundo hijo de Alfonso III, este último rey astur y el primero leonés, por establecer en esa ciudad de León su sede y capital, decimos pues, que el ardor guerrero e indomable, y su espíritu godo del rey Ordoño II, fue incalculable hasta el punto hacer de su vida un gran hito histórico en el camino de la Reconquista cristiana.

Así construyó su palacio real sobre un solar de las antiguas termas romanas, situado sobre una cima y altozano urbano entre los ríos Torío y Bernesga, donde luego se asentaría la catedral de Santa María por encima del viejo campamento de la Legio VII romana. Y dicho palacio real del rey Ordoño le fue luego donado al obispo Frunimio II de León, para su nueva sede episcopal leonesa.

Y MIENTRAS EL REY ORDOÑO II llevaba en el exterior su incansable lucha y conflagración con los árabes, aglomerando y reuniendo en torno suyo, los ejércitos cristianos para su confrontación con el Islam mahometano, por otro lado, el bueno de Tomás, ahora en el monasterio de Escalada, se dirigía con aquellas dos siervas del Señor, para la aldea o lugar donde sus padres tenían su hogar y vivienda, y cuidaban con esmero unas casas, propiedad de los monjes, donde alojaban a veces a huéspedes hispánicos o andalusíes, o bien, gentes foráneas, procedentes de Francia o de regiones alemanas.

Tras la última y aplastante victoria de las tropas del rey leonés en San Esteban de Gormaz hacia el año de 912, tuvo luego lugar el desastre y la doble humillación de la derrota leonesa en el año de 920, en Valdejunquera, como hemos señalado, por parte de las tropas musulmanas de Abd-al-Rahman III, con su dura e implacable venganza, y la traición de algunos condes castellanos deseosos de conseguir la independencia y libertad de su territorio a costa de lo que fuere.

Fueron luego años de paciencia, nobleza, dignidad, resignación y consuelo cristiano, donde las artes de la miniatura cristiana resaltaron con bellas obras pictóricas, estupendos códices, nuevos antifonarios visigóticos y mozárabe, y la magna obra de iluminación llamada, “la Biblia Sagrada”, llevada a término hacia el año de 920 en un “scriptorium” del obispado leonés, junto a la iglesia de Santa María.

Todos aquellos acontecimientos y sucesos, más guerreros que religiosos, apenas dejaban dormir al rey Ordoño, y tampoco dejaban dormir en paz al lego Tomás, que después de la presentación de Rosalía y sor Cándida a su madre Andrea Garnache, por mandato del abad Plácido, la relación entre madre e hijo se fue un poco deteriorando, pues la madre veía que Rosalía y Tomás tenían en secreto algún acuerdo amoroso o placentero no confesado.

Sus hijos menores de unos ocho años de edad, los gemelos Teresa y Luis, iban las veces que podían a tomar lecciones, a la escuela monástica que tenía lugar con unos pocos niños del pueblo y aldeanos cercanos al lugar, y que impartían algunos monjes del monasterio como el padre Daniel y fray Anselmo, un recién llegado que les impartía historia y lenguaje.

En aquella casa familiar, las dos recién personas llegadas, Sor Cándida y Rosalía, compartían como podían, comidas, habitáculos, trabajos y palabras sobre lo que sucedía dentro y fuera del convento y de la región leonesa.

Más intranquilidad y desasosiego tenía cada día Tomás, que veía que su pasión y comunicación con la joven Rosalía unas veces aumentaba y otras disminuía e furor y pasión, como aumenta y disminuye el agua del molino en invierno y en verano, que los monjes tenían en las proximidades del río Astura, cerca de Escalada para moler el trigo o el centeno y convertirlo en blanca harina.

Así el bueno de Tomás dudaba como su tocayo en otros tiempos históricos, en el apostolado de Jesús, sobre si sus relaciones con Rosalía eran honestas, sinceras, honradas o válidas en una relación amorosa y cristiana.

El veía, por su parte, que su amor por la joven era sincero y caro a los ojos de Dios.

Pero, ella, ¿su amor y pasión por el joven había cambiado de signo y significado, en aquel tiempo, o solo ocultaba su relación para no perjudicar a nadie?

Con estas razones el joven Tomás se devanaba los sesos, sobre todo de noche intentando pensar y aclarar su vida en relación con el ambiente en el que estaba viviendo.

Por eso una noche soñó que su mundo propio cambiaba de forma y de sentido.

Se decía, ese era su meditado o soñado pensamiento, en su dislocado devenir interior, que Dios había creado el mundo entero, es decir, el Cosmos o Universo

celeste que él veía todas las noches en el alto cielo nocturno, lleno de miles y miles de estrellas brillantes, de astros tintineantes que iluminaban el cielo con enormes brillos y fulgores, en regiones desconocidas, con un intenso e inmenso resplandor de millones de estrellas que en el firmamento destacaban dentro de los grandes e infinitos límites nocturnos de aquel espacio iluminado.

Eran esos tintineantes astros como innumerables objetos celestes puestos allí por el Sumo Creador para deleite de sus sentidos y grandes sensaciones aéreas, levitando en altas atmósferas radiantes, para hacer sabedor a todos los mortales de sus incalculables y grandes poderíos, de sus magníficos misterios o de infinitas y ocultas realidades.

Lo indefinido, lo eterno, lo inimaginable inmortal, entraban en sus cosmos humanos como un infinito número de astros y constelaciones que inundaban el cielo de cálidas sintonías musicales, como altivas y corales sinfonías, algo calladas pero elocuentes, cual millones de olas y de oleajes marinos inundan playas y océanos, humedecen costas e islas, entre el azul color de un cielo mundano y el amarillo o naranja resplandor de unas estrellas que iluminaban el negro cielo nocturno como antorchas o velas sacras.

Y se dijo en sus sueños que Dios después de crear la luz infinita que brilla en el espacioso firmamento, creó el silencio y la soledad, para estar tranquilo y olvidado lejos del mundanal ruido de espadas, guerras, lanzas y trompetas.

Una especie de ángel o arcángel salvador le vino a ver en la solemnidad dormida de la noche para decirle y sugerirle que también había una música celestial que solo la escuchaban quienes eran fieles siervos de Dios, y que parecía ocultarse en medio de las brillantes estrellas como luceros que solo saben expresar la luz de las almas, y el resplandor de los espíritus de la noche, y expresarse a los mil vientos a los que saben orar en silencio, en callada oración celeste.

Y que por ello, los frailes y monjes de esos conventos y monasterios que conocían, rezaban y se sacrificaban de noche, en el silencio de claustros y galerías, y se abstenían en cuerpo y alma de coger impurezas y deslealtades a Dios, llenándose de esfuerzos y sacrificios, pues todas las noches, para huir de tentaciones, para escapar de impurezas y malos pensamientos, sobre todo con mujeres pecadoras, tenían que rezar y orar, en vigiliadas de vísperas, completas, o antes con las primas, maitines o laudes, etc., para así poder vencer la lujuria, las pasiones de las noches, los impuros deseos, que eremitas y anacoretas ya habían practicando para huir y escapar de lascivias y fantasías sexuales de la carne, porque el demonio aprovechaba aquellas situaciones de peligro, cuando el cuerpo se abandona al sueño, para infringir pecados y deshonestas capitulaciones. Y que en algunas noches fatídicas, obsesivas y sensuales los sueños adormecían como drogas terapéuticas a los pobres monjes que dormitaban sus vanos sueños entre sus pobres camastros de paja o lana.

Todo ello para librarse de eróticos pensamientos, o de escondidos sentimientos muy livianos, tan prohibidos como el soñar despierto con mujeres de la calle de aquella Sodoma y Gomorra, para intentar salvar con la pureza y castidad, con la obediencia y prudencia, con la fe y la paciencia, más con la vigilia y la humildad, más, con la oración y templanza, todas y cada una de sus vidas anteriores con sacrificio y la ayuda de la caridad cristiana, con el prójimo y consigo mismos.

Y así fue como al día siguiente se levantó apesadumbrado pero feliz, meditativo y lleno de otra vida, pensando que los sueños, las fantasías innecesarias y las pesadillas a veces sirven para algo.

Para mantenerse en forma en la oración y en la salud.

Y se marchó temprano, al amanecer con nuevos bríos y fuerzas, entre un alba y un matutino día lleno de silencios y de fe, dando gracias a la nueva madrugada que se dibujaba en el cielo, para tocar con ganas y deleite las campanas de rigor de la espadaña monacal, para que oída y sentida, cercana y lejana, fuese recordada en la siguiente misa de oración cristiana, y fuese escuchada como el florido resonar de un horizonte nuevo y feliz por monjes y fieles del lugar.

CAPÍTULO QUINCUAGÉSIMO QUINTO

LOS AÑOS PASABAN COMO PASAN LOS CANTOS DEL GALLO que desde su corral o patio canta y difunde a los cuatro vientos o puntos cardinales del horizonte, la fragancia o el fresco aroma del nuevo día, entre árboles, arbustos y retamas, cercano todo a ríos y arroyos, entre tapias y ventanas de viviendas aldeanas, entre los muros y paredes de paramentos, claustros y conventos, esperando que la luz de la madrugada iluminen caras, frentes, pensamientos y cuerpos humanos, para la gracia y el deleite de Dios, que está siempre presente y oculto en el interior de las iglesias benedictinas o cristianas, como se ocultan las piedras húmedas de ríos, arroyos y riachuelos, para ser bañadas con gracia, frescor y lentitud.

El tiempo pasó como el laurel crece en las orillas secas de los ríos para esparcir aromas y olores, como especias para el grato sabor de comidas y de los comensales, y servir de corona triunfante a atletas o premiar a los justos por sus favores o virtudes.

El tiempo pasó feliz y callado como los caldos de vino añejo que las vides de las haciendas próximas daban cada otoño una muestra de exquisitez y sabor como rememorando la Sangre de Cristo en la Eucaristía en la Última Cena.

Aquel año de 922, aproximadamente dos después de la llegada de la novicia Rosalía y de sor Cándida, esta con sus treinta y siete años de edad, las cosas habían cambiado y se habían transformado como la redonda uva se transforma en claro vino, o las blancas nieves de las cumbres y montes dejan paso al rápido y deslizante agua que recorre valles y arroyos en la estación primaveral.

Las dos mujeres habían estado visitando lugares y parajes cercanos a san Miguel de Escalada, y lugares cercanos a otros monasterios y cenobios como el de san Pedro de Eslonza, cercano a Escalada. Y hasta habían llegado al reconstruido monasterio de Sahagún, con muchos de aquellos monjes también venidos de al-Andalus en años anteriores y bajo el reinado de Alfonso III el Magno.

Más todo había resultado infructuoso, o por lo menos desaconsejable en esos momentos. Hasta la visita, hacía ya varias semanas, que se habían ido a un lugar recóndito, y apartado del mundo, por mediación de un natural nacido en aquel lugar, y hasta allí fueron ambas monjas, a inspeccionar y ver en lo que llamaban el monasterio de san Cebrián de Mazote, muchas leguas más allá de Escalada. Allí, donde también había un casi escondido monasterio, entre malezas y bosques, que pasaba desapercibido, y cuya construcción mozárabe era casi idéntica a los motivos y hechuras de San Miguel de Escalada.

San Cebrián de Mazote tenía una configuración arquitectónica muy depurada y esbelta, y su iglesia era recoleta y llena de sensibilidad mozárabe, un ejemplo de planta con ábside y contra ábside de expertos e ingeniosos constructores en el arte mozárabe, todo el espacio lleno de belleza y sutileza ligera, como la suavidad de una alfombra oriental que parecía levitar en un aire especial y divino.

También habían ido a observar en un sitio cercano, y a su vez localizado, un buen lugar cerca de un paraje llamado de “Gradefes”, donde muchos años después se levantaría un convento también de benedictinas, pero, por aquel entonces no se pudo llevar a efecto.

Sor Cándida y la novicia Rosalía habían permanecido allí durante un tiempo después, como personas adeptas al monasterio mozárabe de Escalada, y aceptadas por la congregación religiosa, viviendo en las estancias añejas al monasterio, al lado de la casa de Benito y Andrea, padre y madre de Tomás.

Allí, luego, se habían asentado también, construyendo unos sitios anejos más, como estancias hospitalarias que los monjes dedicaban al cuidado primero de enfermos y heridos, y luego sirviendo a las muchas necesidades vitales de un camino que intentaba llegar a Santiago de Compostela, donde muchos peregrinos extranjeros se dejaban la piel o la vida intentando llegar a los confines de Galicia, región esa que las hermanas conocían perfectamente, por su origen gallego, y haber conocido desde los monasterios de Lugo y Samos, un lugar de peregrinación.

Unos hechos singulares, ocurridos un año antes, en el 921, habían cambiado la situación de ambas mujeres.

Todo ocurrió de la siguiente manera:

Después de varias vicisitudes para elegir un buen lugar en las cercanías de Escalada, para hacer una nueva congregación religiosa femenina, estas se habían venido abajo por no encontrar entonces un lugar adecuado, como lo había sido a su vez, antes en Santiago de Peñalba, como hemos dicho.

La estancia de las hermanas allí en Escalada se había convertido después en rutinaria, monótona, habitual, y todo presagiaba que allí se iban a instalar para vivir siempre o por mucho tiempo, cuando Tomás y Rosalía, se habían propuesto casarse, un buen día, con el permiso de la comunidad religiosa allí instalada, y hacer por fin una familia cristiana.

Y así, un buen día Tomás Andrade y a joven Rosalía, la de Méndez, se casaron por la iglesia, y unieron cuerpo y alma como siempre lo habían deseado desde aquellos años en Santiago de Peñalba.

Y al año siguiente en 922, nacería un niño de ambos cónyuges al que pondrían por nombre Martín, porque Tomás estaba harto y cansado de que le llamaran Tomasín, o Tomasillo, u otros diminutivos, y de esa forma con el nombre de Martín, se evitaba que le llamaran diminutivos como lo habían hecho con él. Y el mismo nombre le pareció interesante y grato a los ojos de su madre, la que fuera novicia, Rosalía, ahora la de Los Méndez, que eran los apelativos de su familia gallega.

Tomás siguió con las funciones y actividades que siempre había tenido en el convento, y Rosalía, luego, como enfermera y repartidora de mensajes y proveedora de alimentos entre lugares diversos y aldeas próximas.

La vida de sor Cándida se vio influenciada por el devenir de Rosalía. Ambas eran buenas cristianas, pero sabedoras de que en la comunidad de Lugo no eran muy aceptadas por su forma de ser y de pensar, habían decidido partir de allí, instalarse en otra región, bien viviendo en algún lugar de acogida, o bien siendo buenas cristianas en otros monasterios.

Eran tiempos donde el servir a Dios era una cuestión de fe, de esperanza y de caridad. Dios era un Ser Supremo, Señor y Juez de los Altos Cielos, y el más Misericordioso con los pecados de los hombres. Él era el que perdonaba los pecados y las faltas graves. De ahí que varios frailes, devotos de estos postulados, les invitasen, como monjes más libres y abiertos, que si no tenían vocación religiosa, se dedicaran a servir a Dios en otros menesteres cercanos como enfermeras o cuidadoras de gentes necesitadas.

“Dios es el auténtico perdonador de infidelidades y pecados. El Ser Supremo más justo de Universo”

El hombre no es quien para decidir si amas u odias a un semejante, solo Dios tiene todo el conocimiento superior para juzgarlo. Dios prefiere que el hombre ame y quiera de buena fe a la persona amada, y que además se utilice su nombre con generosidad y benevolencia.

Por eso, un buen día, cuenta la historia, que aprovechando la idea que habían pedido organizar unas tareas y trabajos en el cercano monasterio de Sahagún, y pidiendo voluntarios y trabajadores aptos para esa función allí, para tener buenos albañiles y peones de obras, llegaron dos hombres procedentes de la Transmiera cántabra a Escalada, y dirigiéndose a Benito Andrade, le pidieron que les encomendaran a ellos, y les acompañaran para caminar y servir de lazo de unión hasta el monasterio de Sahagún.

Benito se ofreció primero a servir de nexo con los frailes, y luego estuvo trabajando con aquellos dos hombres, cuyos nombres eran Gregorio, el mayor ellos, de cuarenta y dos años de edad, y un ayudante que traía de aprendiz con él, llamado Juanello. Así pues, los tres, Benito, padre de Tomás y los dos trasmeranos recién llegados, se dedicaron a trabajar en obras de paramentos, tejados, muros y escaleras, y reformar las diversas estancias, para reforzar las obras del monasterio de Sahagún.

Y tanta fue la amistad y confianza entre ellos que Gregorio, que actuaba después como un capataz, merced a sus conocimientos en el arte de la construcción, se vino a asentar en los habitáculos cercanos al monasterio de Escalada, y allí fue donde conoció a sor Cándida, y poco a poco se fueron enamorando ambos, pues ejemplos no les faltaba a ese respecto.

Y pronto, Gregorio tomó el ejemplo del hijo de Benito, y como Tomás Andrade y Rosalía Méndez, se unieron en sacro matrimonio como en una unión cordial y

sincera, hasta que sus amistades convergieron en que aquella santa promesa de unión cristiana fuese eterna y perdurable como era el cielo estrellado en aquellas nítidas noches de verano, tan diáfanas y bellas, inmaculadas y limpias como un agua de manantial de montaña.

Más Juanello, ayudó luego a Tomás en algunos menesteres y necesidades en el convento de Escalada, cuando los trabajos en Sahagún disminuyeron. Y allí en una aldea cercana este conoció a Annica, que era una campesina de buen ver y mejor forma, joven como él y en edad de hacer una familia.

Todo vino después a resultar favorable de una manera casual para la marcha del convento, pues en el año siguiente de 922, con la llegada del nuevo Abad, Magius, en el monasterio de Escalada, las directrices de los monjes y servicios comunes cambiaron de signo.

Y con el nacimiento del hijo de Tomás y Rosalía, el apelado Martín, fue el alma y la vida de nuevo de sus abuelos, Benito y Andrea, que felices les ayudaron, en otros menesteres, aunque sus otros hijos gemelos, Teresa y Luis estaban también muy contentos con aquel primo suyo, recién llegado al mundo, en mejores circunstancias que ellos en aquellos fríos, húmedos y inhóspitos días de invierno cuando la familia acababa de llegar a Escalada.

CAPÍTULO QUINCUAGÉSIMO SEXTO

CORRÍA YA EL AÑO DE 922, y algunas cosas habían cambiado como hemos visto para bien, en San Miguel de Escalada. El nuevo abad, Maius, o Magius, estaba ya trabajando en la confección de un nuevo Beato de Liébana, una de las varias copias que la iglesia estaba relacionando con la llegada del Fin del Mundo, y basada en el Apocalipsis de san Juan.

Un nuevo Abad estaba al cargo de la abadía, interino o provisional, definitivo o asentado allí por sus muchos méritos y capacidades, que todo valía en unos momentos claves en la vida del Reino de León.

En el año anterior habíamos dejado a Tomás intentando ahora formar un hogar con Rosalía, unos jóvenes cristianos, adosados al mismo monasterio de Escalada por su costumbre, su confianza, su tradición y su unión espiritual y material con la comunidad religiosa de Escalada.

Por otro lado, Gregorio, el recién llegado de la región de la Transmiera cántabra, que daba excelentes maestros y buenos albañiles con trabajos de construcción de iglesias, monasterios y edificios rurales, había seducido a sor Cándida, que en poco tiempo había abandonado los hábitos talares, y decidido ser una buena cristiana, mejor que una inexperta y despistada monja, donde sus servicios religiosos dejaban mucho que desear por su atolondramiento, desorden y descuido eclesiástico.

Y algunas palabras bonitas y medio sinceras, hechas por aquel hombre de la Transmiera, frases más queridas o sentidas por su oído peculiar que por sus hábitos, la habían seducido y llenado de perplejidad.

Y como decía el refrán leonés, ya por aquel entonces, “que no hay mujeres frías, provengan de donde provengan, sino hombres inexpertos”, de ahí que la amistad primero de cercanía, y luego de convivencia entre ellos llegara a ser una cuestión de enlace amoroso y sensorial.

Gregorio, que no era mal hombre, si no un honrado trabajador, y Cándida, la descuidada monja, se conocieron mejor, convivieron en paz y armonía, y se hicieron dos personas entrañables y particulares, de vida cristiana y honesta.

Y las palabras ocultas como fruto de una fuerte pasión como fueron: “qué bonito culito tienes”, o “qué bien luces tu talle y tu cintura de dama”, o aquel otro dicho popular: “el espejo de tu cuerpo desnuda hasta el mismo cielo”, llegaron a perturbar la mente, y a sentir amor dentro de Cándida como flor embelesada de primavera.

Estos y otros ingredientes de frases agradables y amorosas llenaron luego el corazón de Cándida, aquella sensible mujer, que como su compañera Rosalía, no serían ni la primera ni la última en el discurrir de unas relaciones con sus sentimientos a flor de piel.

Y los labios humanos hicieron más que cien oraciones en latín. Y los sueños ya no ocultaron las gracias y el donaire que Gregorio dedicaba a esa mujer, cuyo nombre de Cándida tomó luego el apelativo de Dona Dida, en recuerdo del amor que aquella mujer del libro de Virgilio había sido hecha para el héroe troyano de Eneas.

Por otro lado, el joven aprendiz de oficio de albañil, Juanello, había tomado buena nota de ellos, y de sus aconteceres, y como aquellos buenos ejemplos a seguir, se había hecho también novio de una joven aldeana llamada Annica, para feliz encuentro de todos.

Eran tiempos de paz y bonanza, en los monasterios religiosos del norte, por una parte, y de aviesas y pertrechadas tropas para la guerra y combates entre califas moros y reyes cristianos.

Pero en los claustros, en los talleres y galerías, y en determinadas estancias y aposentos, tenían lugar felices encuentros en los distintos “scriptorium” de los monasterios, y de rezos o trabajos agrícolas en lugares como huertas y fincas cercanas al convento.

Y desde los claustros, y desde su celda monacal, el abad Magius abría nuevas puertas y ventanas, nuevas artes y pinturas a la devoción de nuevas realidades pictóricas y escritas, como eran traer a colación las nuevas nociones de caligrafía e ilustraciones como se hacían en aquellos lugares como Bizancio, en Egipto y en el Oriente.

La miniatura con sus distintas formas y maneras de hacer que Biblias, Vidas de Santos o de los Padres de la Iglesia, Códices, Antifonarios y Manuscritos religiosos como inicio de la llegada del Anticristo, un Beato de Liébana como resumen del Apocalipsis de san Juan, que iniciasen con su primera letra capital, bien formada y mostrada, con un nuevo significado, y como símbolo para una nueva época, y para desarrollar nuevos mensajes evangélicos, y nuevos estilos de vida tanto monacales como catedralicios.

Este año de 922 en san Miguel de Escalada se vivía un régimen de transición y afinamiento, desde que en el año de 913 el abad Alfonso y el obispo Genadio, inaugurarán el monasterio de Escalada, con gentes y hermanos que provenían de zonas de al - Andalus.

Así años después la afluencia de gentes que venían de esos territorios del sur de Hispania, todavía eran importantes y necesarios para el devenir histórico. Y así nos encontramos que uno de aquellos hermanos o fratres esenciales en ese tiempo era oriundo de esa parte territorial de Iberia.

La emigración de mozárabes permanecería en circulación todavía muchos años después como atestiguan las llegadas de numerosas gentes procedentes de aquellas regiones del sur de Hispania.

Y Tomás para nada se mudó de mente, o de estilo de vida, cuando la comunidad religiosa de Escalada convino en nombrar Abad a Maius, nombre latino que le hacía merecer el apelativo posterior de Magius. Así lo encontramos el primero en San Miguel de Escalada, y el apodo segundo el tomado en San Salvador de Tábara muchos años después.

Así que Maius era nuestro abad cuando en el 922 ejercía sus funciones de jefe superior en el monasterio benedictino de Escalada. Pero era que ese Abad era mucho más que su cargo, porque además su vocación, o ilusión o gusto primordial, era la miniatura, tanto caligráfica como ilustradora o iluminada.

Y así, todos los miembros seculares y eclesiásticos de san Miguel de Escalada tenían en orden y para bien, que se dirigieran a ese Abad, palabra de mayor rango que un prior de conventos, según convino en definir Tomás a sus nuevos compañeros como a Juanello o Gregorio, pues el rango categórico de Maius era el de Abad, o ser más importante que un priorato, pues Escalada era un lugar de mayor categoría que otros lugares.

Por ello, hacía ya unas semanas que el lego Tomás hablara con el Abad Maius para exponerle las circunstancias especiales y deseos para trabajar en materias pictóricas o textuales, pues tanto Rosalía como él querían colaborar en las tareas de imprimir o copiar códices o biblias en el “scriptorium” que allí iba teniendo lugar.

El interés del Abad fue mayúsculo y decidió que ellos le ayudaran, con su auxilio o enseñanza dada por su parte, con el cálamo o con las tintas, y por parte que ellos que aprendieran los mejores materiales, cosas y enseñanzas que el Abad sabía dar, aportar o imprimir a esos temas.

Así que mientras Tomás y su padre Benito, con la ayuda de Gregorio y Juanello, hicieran y construyeran un agradable sitio para acoger el taller de miniatura al lado del monasterio de san Miguel de Escalada, pues todo hacía suponer que los trabajos de copias del Comentario del Beato de Liébana, con su Apocalipsis de san Juan tuvieran lugar allí ya y al momento.

Y mientras, por otro lado, las huestes de los árabes se iban congregando para enfrentarse años después con las tropas del rey cristiano leonés, el abad Maius o Magius intuyó que era esencial que el “scriptorium” recogiese y se hiciese un ejemplar similar y miniado, en hermosas letras como carolinas o godas de gran belleza y tono ejemplar, como prototipo de cultura refinada y sacra. Y así se fue creando una escuela de la miniatura, como reflejo de una singular pintura en aquellos lejanos tiempos del siglo X.

El Reino de León era todavía en esas épocas un lugar casi de total tradición visigoda, donde la acuñación de moneda era casi inexistente, y la circulación de monedas provenían aún de fuentes romanas, de la época de los visigodos, o de cuando los suevos pasando por Hispania se instalaron en Galicia, así como de la poderosa moneda árabe que circulaban en los intercambios comerciales entre moros y cristianos como un hilo conductor de transacciones comerciales.

La economía en el reino leonés era rudimentaria, parca y escasa, con pequeños mercados donde el trueque era el principal vector de intercambio, y solo la agricultura autosuficiente y ciertos pastos de ganados daban cierta importancia al desarrollo económico de esa región hispánica.

La muerte del rey Ordoño II en la ciudad de Zamora, a causa de una grave enfermedad, dio paso a aquel breve reinado de su hermano Fruela II, como sería lo pactado con anterioridad, según costumbre y modos de actuar de los godos.

Por entonces correría ya el año de 924, fecha en la que el tercer hijo del rey Alfonso III, aquel rey Fruela, reinó sobre los confines de León.

CAPÍTULO QUINCUAGÉSIMO SÉPTIMO

PRONTO, Y CON ALGUNOS AÑOS DE DESARROLLO POSTERIOR, EL MONASTERIO DE SAN MIGUEL DE ESCALADA se convirtió en un centro fabril, cultural y literario donde bajo el aprendizaje de Maius se fue depurando, y perfeccionando el arte de la miniatura, un arte especial, bello y selectivo, donde solo los frailes, monjas, o eclesiásticos eran capaces de leer, de entender los dibujos, y de realizar hermosas páginas, o singulares folios, con el empleo de técnicas y materiales propios de un estilo mozárabe, escogido, refinado, y lleno de belleza y delicadeza.

Nos encontramos ahora en el taller de san Miguel de Escalada, que los sabios monjes y el seglar Benito, con su hijo Tomás, y los demás compañeros, habían ampliado y adecuado para esas tareas de iluminación de pergaminos, y donde el maestro Maius se encontraba a su cargo, usando una pedagogía muy adecuada y brillante, y una técnica específica hecha con paciencia y nobleza, intuyendo gracia y estética en folios de pergaminos, y párrafos selectos de letras caligráficas y de figuras pictóricas de bella factura.

Indistintamente, pues, le denominaremos Maius en latín de Escalada, o Magius en su etapa posterior de San Salvador de Tábara, cercano a Zamora.

- Mirad, amigos, - dijo con voz tenue el bueno de Magius a sus discípulos – las letras deben hacerse cada vez con menos agua. El aguazo solo debe de permitir que los colores posteriores sean más nítidos y coloristas.
- ¿Entonces debemos usar menos agua, y más temple, con miel, huevo y cola? – dijo Rosalía que estaba muy interesada en aprender bien la técnica de la miniatura.
- Bueno, casi es así. Efectivamente, menos agua y más grasa, los colores deben ser más compactos y dar varias capas para tamizar con cera quizás, para que los dibujos sobresalgan de su pergamino. Este taller de san Miguel de Escalada debe ser ejemplar para el resto de los centros culturales que se dedican a estos menesteres.
- ¡Esto está bien, y es muy bonito! Pero sobre todo, como dice Maius, debe imperar la paciencia y el estilo mozárabe, verdad - comentó uno de sus discípulos allí presentes.
- Bueno lo del estilo debe ser personal. Lo mozárabe siempre presente. La paciencia es fundamental, y la disciplina y el amor a la regla y a la técnica debe ser consustancial con este arte: un tercio pictórico, un tercio intelectual, y el otro tanto literario.
- ¿Cree su merced que yo, una mujer medio monja y muy seglarizada, tendré la suerte de practicar estos menesteres con eficacia y destreza?
- Todo depende de la voluntad, del interés y la atención que pongas en resaltar la caligrafía, con el “scribens”, y la miniatura con el “depinxi”. ¿me entiendes mujer?
- ¡Creo que sí, maestro! - contestó con humildad la atenta Rosalía.
- Pues adelante con los trazos y el cuidado de las palabras capitales que inician los textos sagrados. Del comienzo dependen la lectura de toda la obra del copista, pues nosotros no somos los artífices de esto, ni el Beato de Liébana lo fue de su Apocalipsis, sino que debe ser nuestro Dios el que ponga santo y seña a todas estas cosas. ¡Es nuestro Dios, el Señor y Juez Supremo que juzgará estas cosas! Nosotros solos somos ayudantes en la confección de códices, Biblias o Beatos, Tomamos nota y lectura de los ejemplares que nos prestan otros conventos y monasterios. Y asentimos en la factura que esos documentos nos presentan.
- ¡Qué bien si siempre estuviera Ud. aquí! – dijo una voz de fraile masculina que intuía la destreza, perfección y calidad artística del maestro Maius, que tenía buena letra y mejor trazo como unas visigóticas palabras llenas de belleza y admiración para quienes la veían y las leían.
- Nosotros solo servimos para mostrar estas cosas, para dar y enseñar a otros discípulos estas cosas, si es que les gusta estas ocupaciones y tienen voluntad de aprender y de transmitirlo luego a los demás. Unas veces estaremos aquí en el monasterio de Escalada, y otros los abades o los obispos nos enviarán a otros conventos para difundir y mostrar estas cosas y libros a los compañeros o gentes sencillas con ganas y ánimo de aprenderlas, y de difundirlas.

Tomás observaba con envidia, detrás de unos paneles la tarea de unos y otros. Los copistas a elegir con esmero y detalle las gratas letras del pergamino, y los ilustradores a pensar la mejor manera de realizar dibujos y miniaturas aptas para ver y soñar en una especie de magia pictórica cuando los años de la década de los veinte tocaban a su fin.

Recordaba el bueno de Tomás, que pronto estarían con ellos el monje Bernabé, que tras haber pedido permiso al abad de Santiago de Peñalba, quería iniciarse en el manejo de las artes caligráficas o pictóricas que el maestro Maius hacía en san Miguel de Escalada.

Y su alegría era indescriptible hasta el punto de preguntar al maestro sobre asuntos relacionados con ello, que requería una mayor instrucción en esas artes.

- Maestro, ¿qué se requiere para no salirse de las líneas principales?
- ¿Para no salirse de las palabras versales? Pues como alguien ya ha dicho, paciencia, lentitud, un poco de saber en geometría. Hay también que esperar que las letras sequen, y que la tinta no emborrone el folio.
- ¿Y yo sería un acertado calígrafo?
- Pues mira, tú mismo Tomás lo sabrás. Si te tiembla la mano y te sales del guión, mejor dedícate a otras actividades. Aunque haya cosas que nos guste realizar, no todos valemos para todo. Hay que ser sincero primero con uno mismo, y luego con los demás. Sinceros con Dios siempre, siempre. La Belleza es esencial en la obra de Dios. Y en la de los Hombres también.

Tomás se calló la palabra. Estuvo en silencio. Y añadió en su interior mente: “Y la dignidad lo mismo”. Sabía que aquellas otras cosas dichas por Maius eran las verdaderas. Y dejó que Rosalía y los demás miembros que estaban interesados y eran buenos practicantes de ello, fueran los elegidos.

Eran obras comunes, de todos, tareas que en la confección de las palabras participaban todos, pues todos eran alumnos, siervos y discípulos de Dios, y al ser una obra común y general la participación era de todos, no había ni privilegios ni favoritos, no había artistas principales, aunque todos sabían que sin la mano y la presencia de Magius la obra no se realizaría bien.

CAPÍTULO QUINCUAGÉSIMO OCTAVO

LOS TIEMPOS TRASCURRÍAN LENTOS, LÁNGUIDOS PERO INEXORABLES.

Un rey había dado paso al siguiente. “A rey muerto, rey puesto”. Las leyes y normas visigodas estaban todas en vigor, y la mayoría de las veces parecían cumplirse a rajatabla.

En el Reino de León ahora se repartía los favores, la autoridad y los poderes tanto el rey intitulado como el que hacía de ello, si pactos y acuerdos así lo aconsejaban, y lo hacía posible.

Pero el poder y la ambición, la avaricia y la posesión, eran cosas altivas pero normales entre los descendientes de altos cargos godos. Lo que ellos habían usado durante un tiempo histórico antiguo parecía imponerse todavía, a pesar del paso del tiempo, y del paso de romanos, de sí mismos o de los nuevos árabes.

En los territorios de Norte el uso de “Fuero Juzgo”, era norma suprema para nobles godos, para caballeros, condes, adalides y siervos del monarca.

Si el monarca no castigaba a la pena de muerte al traidor o al conspirador, a nobles amotinados o a parientes desleales, y por ser el rey, el principal Juez y Señor, se perdonaba la vida, entonces entraba en vigor la siguiente ley del Fuero visigodo. Y era que se le arrancaba o se le sacaban los ojos en sustitución de esos castigos máximos. Y sus bienes y haciendas eran confiscados como lo habían hecho anteriormente los reyes Ramiro I y Alfonso III el Magno.

Todo siervo en la esfera inferior de la jerarquía goda debe suprema lealtad y fidelidad a su monarca, quien posee la potestad de castigar y adquirir la hacienda del insubordinado a su mandato.

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

Así ocurrió en aquellos siguientes años, con Alonso IV, llamado el Monje, y el futuro rey leonés, Ramiro II.

Fueron años de cierta anarquía y desconcierto en el panorama del reino leonés.

En esos lejanos años, hacia el 929 muere también el padre de Tomás, Benito Andrade, nacido hacia el 870. Y es sepultado en la abadía de San Miguel de Escalada, a los cincuenta y nueve años de edad, aunque tanto frailes como seglares sabían que las fechas y datas tenían solo valor estimatorio, pues los censos no existían con la verdad o certeza en esos años de los reinados de reyes leoneses. Eran tiempos del reinado del rey Alfonso IV, llamado el monje, por haber estado en su abdicación metido a monje en un monasterio de Sahagún, en los últimos años de su reinado.

Fue enterrado el bueno de Benito en el cementerio de San Miguel de Escalada por acuerdo general de la comunidad religiosa ya que siempre había trabajado y pertenecido a los servicios del monasterio de Escalada, además de llevar el nombre del fundador de la comunidad religiosa, el que fuera san Benito.

El bueno de Tomás, así como su esposa la gentil Andrea, y sus hijos gemelos, Luis y Teresa, se lo habían agradecido en el corazón, y que fuese enterrado en aquel cementerio, y aunque no fuera en el propio claustro, y si en las dependencias anejas que para estos menesteres también contaban los frailes del convento.

En este reinado, pactos y contrapactos, alianzas y rupturas, tuvieron lugar en aquellos años del gobierno de Alfonso IV, entre los años finales de su reinado, hacia el año de 931. La muerte inesperada de la reina Onega, esposa de Alfonso IV, hijo de Ordoño II, sumió al rey en una profunda depresión, y abandonando el cargo regio se lo cedió y traspasó a su hermano Ramiro, renunciando al Trono de León, quien se hizo cargo del gobierno.

Más luego el rey Alfonso, denominado por estas causas el Monje, se arrepintió de ello, se salió del monasterio de Domnos Santos, cercano a Sahagún, y le volvió a solicitar el trono cedido a Ramiro.

Pero oponiéndose este por la debilidad y por los acuerdos anteriores estalló una guerra civil, por la cual fue derrotado Alfonso IV, que fue hecho prisionero de Ramiro II.

A su vez, los tres hijos del anterior rey Fruela II, que también hubieran podido ser herederos del trono leonés, contaron en esta rebelión en favor de Alfonso IV, con la ayuda de los asturianos, opuestos por entonces a Ramiro.

En las luchas fratricidas, estos primos de Ramiro, amotinados contra él, y pretendiendo la Corona de León, perdieron batallas y tras su derrota fueron hechos prisioneros por el futuro Ramiro II.

El nuevo rey Ramiro II los lleva a León como prisioneros, y junto a su hermano Alfonso IV, el monje, al perdonarles la vida a los cuatro, en cambio y según las leyes ancestrales, les manda sacar los ojos, según los preceptos y normas de los visigodos.

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

Y así, con este trágico episodio, se inicia el largo reinado de Ramiro II, tras su coronación real, y ungido rey de León en noviembre de 931, en la iglesia de Santa María de León, con pompa y gran solemnidad religiosa y civil.

Pronto Ramiro II se pone manos a la obra, y al año siguiente, en el 932, inicia una incursión por territorio musulmán, y atacando la pequeña ciudad amurallada de Magerit (Madrid), que tomó a los moros.

Despechado y humillado el califa árabe, Abd-al. Rahman III, prepara un buen ejército para enfrentarse a las huestes cristianas de Ramiro II. Y en la ciudad de Osma, siendo el año de 934, se enfrentan ambas tropas, siendo derrotado el califa cordobés, sufriendo miles de muertos.

Por esa época, en el año de 936, aquel incansable y magnífico prelado de Astorga, el bueno y santo obispo de esa región berciana, Genadio, ese varón que siempre quiso ser eremita, un buen anacoreta que vivía en grutas como sacrificio y con cuyas oraciones sanaba y complacía a gentes pobres y necesitadas, muere en ese año del reinado de Ramiro II, después de haberse vuelto a meterse fraile solitario, y su soledad vuelta a renacer. Un hombre lleno de santidad y dignidad humana.

Y en aquellos años también el abad Salomón de Santiago de Peñalba, entre los años de 931 al 937 amplió y desarrolló al completo la iglesia y monasterio fundado años atrás por el bueno de Genadio, ahora viviendo como un ermitaño en una cueva cercana a Peñalba. Un valle del Silencio considerado la “Tebaida leonesa”. Fueron años de misticismo, religiosidad y paz con Dios y con el Hombre.

Años prósperos y sagrados aquellos, con el abad Salomón terminando la obra iniciada por el santo Genadio, y que les cogió a todos casi por sorpresa en Santiago de Peñalba con la muerte en 936 del que fuera obispo de Astorga. Fue la culminación en el año siguiente de 937 del monasterio e iglesia de Peñalba, un hito importante en aquella zona berciana, donde los montes Aquilianos, tan cercanos y solemnes, llenaban de silencio y de oración a los habitantes de san Pedro de Montes y de Santiago de Peñalba.

Época de espiritualidad, años de pobreza y soledad, tiempo de oración y misericordia, donde la Divinidad sacra lo llenaba todo: conciencia, virtudes y meditación. Y a sus espaldas, en dirección a Galicia, quedaban las Médulas, zona de tierras de oro donde los romanos habían conseguido riquezas auríferas llevando el preciado metal a Roma.

Cinco años después, los ejércitos de ambos bandos habían iniciado los preparativos de un enorme enfrentamiento para decidir la supremacía de vastos y extensos territorios más allá del Duero.

Y fue en agosto del año 939 cuando se libraría una de las más feroces, crueles y sanguinarias batallas entre hispanos musulmanes y cristianos hispánicos, para decidir el futuro de amplias regiones tras el río Duero.

Tuvo lugar en un lugar llamado Simancas, población indígena de los antiguos vacceos, a orillas del río Pisuerga, en confluencia con el río Duero, cuando tuvo lugar una de las más grandes batallas desde el tiempo de Alejandro Magno y de los

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

Romanos. El califa Abd-al-Rahman III, con un grandioso ejército puesto al día, y por otro lado, el rey leonés Ramiro II, astuto, inteligente y prudente, ayudado por las huestes de los condes castellanos, navarros y gallegos, van a iniciar los hostilidades.

La lucha encarnizada y sin cuartel fue impactante, dura y sangrienta, una batalla que entre “Simancas” y días después en “Alhandega”, donde las tropas cristianas derrotaron y exterminaron implacablemente a las musulmanas, con cerca de 80000 muertos, numerosos cautivos, y un excelente botín en riquezas, oro, joyas, plata y vestidos, según cuentan tanto las crónicas árabes como las cristianas.

Esta victoria llenó de moral, de fe y de valentía al rey Ramiro y a sus gentes.

Y así Ramiro II se hizo, y fue, un gran artífice en la repoblación y fortificación de ciudades y tierras del reino leonés. Repobló Salamanca y Ledesma, edificando fuertes y castillos, y muchos pueblos de las riberas del río Tormes. De ahí su posterior nombre que pasó de llamarse Bardulia a Castilla por sus fortificaciones.

Ramiro II mandaría en su reinado edificar varios monasterios en honor de Dios y de santa María por sus victorias logradas en campos contra los musulmanes, cuya idioma el árabe era distinto del latín, o del iniciado romance hablado por los leoneses, y derivado del gallego y del astur.

Él mandaría también construir años después la iglesia del Salvador de Palat del Rey, un monasterio junto a su Palacio real, para que su hija doña Elvira morare en él con plenitud de poderes religiosos, y fuese la abadesa de dicho convento. El monasterio poseía una mediana extensión de terreno, y estaba dentro del recinto amurallado de la ciudad de León.

Un año después de la victoria de Simancas-Alhandega, en el año de 940, la abadesa Elvira que habitaba en su convento de monjas, cuyas construcciones estaban también edificadas en arte mozárabe, como era el más prestigioso, artístico y bello por aquel tiempo medieval.

Aquel paraje medieval, instalado junto al Palacio de Ramiro II, un monasterio también concebido como belleza mozárabe para albergar la sepultura del rey leonés, y cuya iglesia presentaba dos ábsides enfrentados como dos ejércitos en formación, cuyos arcos de herradura daban estilo y carácter al recinto mitad religioso y mitad civil.

Vanidoso el rey padre; orgullosa ella, la infanta Elvira; ejemplar el recinto como un medio de acercarse a Dios.

Con su primera esposa, Doña Adosinda, de Galicia, tendría a su hijo y sucesor en el trono leonés, a Ordoño III.

Con su segunda esposa, doña Urraca, tendría a su hija Elvira.

Un día de verano del 940, la infanta Elvira, hija de Urraca y de Ramiro II, llamó para venir hasta allí, en la ciudad de León, al abad del monasterio de san Miguel de Escalada, que entonces era a la sazón, “Recesuivindus”, al que también denominaban Recesvindo, quien iba acompañado por el calígrafo y archipictor, el supermagister Minius, que era Magio, el antiguo abad también del cenobio, y cuya propuesta de la infanta, actual, en verdad, abadesa del convento femenino, era que

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

se imprimiese y copiase para el convento de Palat del Rey , una Biblia miniada, bellamente ilustrada, y magníficamente escrita en bellas letras ejemplares, para servir de ejemplo y devoción al resto de la comunidad religiosa femenina.

Las palabras de la infanta y abadesa del cenobio fueron estas:

- ¿Nos harías con amor, devoción y presteza una Biblia para honrar a este sacro monasterio que mi padre el rey Ramiro quiere hacer también para disfrute y entendimiento de la comunidad religiosa?

Las palabras del abad Rescenvindo fueron de sorpresa y no obstante sacando cierta animosidad de su espíritu, miró a Maius, quien, también sorprendido por la petición regia y religiosa, tragó saliva para su boca, calló la boca y respiró hondo, dejando que el abad contestase a dicha petición.

Saltándose el protocolo, el abad de Escalada dijo mirando a Maius:

¿Qué le parece a Ud. la proposición de a abadesa doña Elvira? ¿Cómo andan en el taller del convento con los trabajos en Códices, Vidas de Santos y en los Comentarios del Apocalipsis de san Juan?

El maestro tomó saliva para hacerla desaparecer inmediatamente en la boca, y con humildad y sencillez contestó:

- ¡Trabajo hay el suficiente, pero se puede hacer una excepción con la Biblia!
- Muchas Gracias tengan sus mercedes.
Nos hacen un gran favor que será recompensado por Dios y por los estipendios y honorarios que nosotras pagaremos por la realización de los trabajos.
- No es para tanto, señora abadesa – dijo Recesvindo -, sonriendo levemente de alegría y admiración por la actitud de la abadesa de confeccionar un manuscrito bíblico.
- Haremos lo que podamos – manifestó Maius a doña Elvira.

Aquel encuentro satisfizo las ilusiones y las demandas de la comunidad religiosa femenina, cuando la abadesa les comunicó que el ya famoso Magius iba a realizar en el monasterio de san Miguel de Escalada un manuscrito con diversas miniaturas pintadas para goce de todos, de la iglesia y del fervor cristiano.

Años después se levanta una tremenda losa en torno a Tomás Andrade. Su madre Andrea Garnache, que había nacido en el año de 881 en Galicia, fallece de muerte natural, a los sesenta y dos años de edad, siendo enterrada al lado de su marido, en el cementerio de san Miguel de Escalada. Todo esto sucedía en el año de 943 en el amor divino de Cristo, y en pleno reinado del rey Ramiro II de León. Su hijo Tomás recordaba tras el fatal desenlace la vida ajetreada, a veces atormentada, difícil que había llevado. Recordaba con su ágil memoria, las penurias y vicisitudes de los caminos, fríos, húmedos y polvorientos. Y los problemas de la convivencia tras la llegada a Escalada desde los monasterios de Tábara, en Zamora, y el alumbramiento de parto de los dos gemelos, de Teresa y Luis, de los sudores y necesidades que tuvieron que pasar en vida, y de la estimable ayuda también con que fue acogida su madre después de la muerte de su esposo Benito.

Ahora sus hermanos, a la edad de treinta años, tenían el porvenir medio resuelto. Teresa en un monasterio de monjas en Sahagún había profesado sus votos de pobreza,

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

castidad y obediencia, con sinceridad y humildad. Y Luis estaba trabajando de todo, de agricultor, de albañil y de lego en el monasterio de Escalada.

Eran muy devotos de san Miguel a quien habían pedido protección y seguridad para sus vidas, y el arcángel de Dios se la estaba ofreciendo naturalmente con caridad cristiana.

Su esposa Rosalía sentía también la muerte de su suegra, con amor cristiano. Desde su labor de copista y miniaturista, trabajando con denuedo en la abadía de San Miguel de Escalada, en el “scriptorium” o taller copiando y dando forma y color a Biblias y Códices o Beatos, con la ayuda de Maius, en su escuela que con otros monjes del lugar como el fraile Daniel o Bernabé, o fray Anselmo, imitasen y copiasen las letras que Magius ordenaba hacer en aquellos pergaminos, y realizar las tareas encomendadas con presteza, claridad y perfección.

Su hijo Martín, nacido en el año de 922, que no sabía a su edad de veintiún años por el oficio o la profesión a seguir. Estaba apesadumbrado por la muerte de su abuela, a la que había querido en cuerpo y alma, pero se imponía la disciplina y el amor a Dios, sin decidirse qué hacer, si tras los consejos de Maius seguir el camino de su madre en el taller, o en cambio continuar con la profesión de su padre, es decir, un poco de todo y un todo de poco, como marcaban los cánones religiosos donde vivía sujeto y sin darse cuenta. Las tareas eran hacer muchas cosas con necesidad, o pocas cosas bien hechas.

Los años pasaban y pasaban como pasa la rueda del tiempo y de la fortuna, sin preguntar si eso era bueno o malo, tanto para todos los frailes, monjas y los seglares mortales.

Y en aquel funesto día, cuando enterraban en Escalada a su madre Andrea, un viento fresco y acogedor les hizo averiguar y creer que Dios estaba en todas partes, y que con su unión fraternal, no los abandonaría nunca. Así, pues, Tomás tomando las riendas de la familia, como hijo primogénito, hizo todo lo posible para que de allí en adelante, no defraudar a su querida madre muerte.

CAPÍTULO QUINCUAGÉSIMO NOVENO

TODO ESTABA SIENDO HECHO SEGÚN LO PROGRAMADO:

Los gallegos y los asturianos procedían de indígenas, suevos, romanos y astures, la población era una mezcla de culturas diversas y los leoneses como mezcla de todos. Más la lengua era una mezcla de latín romano, del germano y visigodo, y antiguos lenguajes, hablas y tradiciones hispanas que en las comarcas se hablaba.

Los reyes antiguos astur-leoneses habían llamado a emigrantes mozárabes de al-Andalus para poblar algunas zonas del norte de su reino. Luego, cuando la necesidad obligó a los reyes leoneses repoblaron también otras amplias zonas del norte del Duero con cántabros, vascos y gentes foráneas.

Así fueron configurándose zonas o regiones con personalidad propia y distinta.

Ramiro II entendió que su reino estaba configurado por gentes distintas en muchos aspectos diversos de su vida.

Una serie de circunstancias adyacentes, anhelos y deseos significativos, ambiciones de clanes o tribus, egoísmos familiares y sociales, envidias y venganzas de parentescos, hicieron que un conglomerado de hechos históricos cambiara hechos y situaciones dando origen y situaciones a nuevas configuraciones geográficas y políticas.

Y así surge en el siglo X una nueva, arrogante, arrolladora y nueva personalidad, como fue el personaje de Fernán González.

Un hombre según algunas crónicas árabes y castellanas frío, calculador, valiente, atrevida y de ardiente personalidad.

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

Con una actitud fuerte, arrolladora, la más de las veces desleal y deshonesto con su rey. Una serie de cosas hicieron que leoneses y vándulos o castellanos se odiasen, se pelearan y se enfrentaran porque Castilla y su conde Fernán González quiso hacer de Castilla un reino independiente y libre.

La actitud beligerante del Conde castellano inició una apuesta inteligente y astuta.

Unas veces aliado al rey de León, otras veces indisciplinado y descortés, traidor y falsario, hicieron de su obra una nueva manera de convivir. Fernán González era en el fondo un estadista que aspiraba a hacer de Castilla un nuevo reino, independiente de León al que pertenecía por lazos de etnia, raza, religión y linaje visigodo.

La región del noreste peninsular comprendida entre los ríos Duero y el Ebro fue poblada pues por diversos pueblos como los bástulos de guipuzcoanos, los autrigones también de la zona vizcaína, los cántabros y los de Liébana del Beato de su nombre. Esta zona se denominó primero “Bardulia”, y luego merced a tantos castillos levantados en su territorio se llamaría Castilla como ya hemos dicho.

Región esta de la meseta norte que siempre había sido muy rebelde e independiente como lo fuera la ciudad de Numancia con sus habitantes, que se enfrentara con ímpetu y espíritu combativo hasta con la misma Roma y a su imperio.

Con poseer esta región soñaba el conde Fernán González, un asado guerrero, un contumaz pretendiente a separar esa zona del Reino de León.

Así estaban las cosas y como cuestiones de nobles insumos godos que según la tradición siempre habían sido levantisco contra sus reyes, en un principio electos por la Asamblea, y luego tras Pelayo el de Covadonga de régimen hereditario.

Fernán González tenía una personalidad fuerte y rebelde. Era de carácter audaz y mentiroso en sus fórmulas de política y pactos. Tanto pactaba con los musulmanes de Córdoba como con los reyes leoneses dependiendo de su interés y de su territorio, que a veces ya hacía suyo.

Ni Ramiro II se atrevió a enfrentarse a él como lo había hecho con su hermano y primos a los que había consentido sacar los ojos según de segundo castigo dado por el Fuero Juzgo, y con el conde castellano siempre había terminado perdonado sus traiciones frente al enemigo árabe, aun cuando le abandonara como el conde don Julián al rey godo don Rodrigo en la batalla de Guadalete.

El conde castellano Fernán González tenía también una política de enlace matrimonial, y hereditario, que obedecía a una inteligencia y astucia muy planificada. Se trataba de unir con lazos matrimoniales lo que con lazos políticos no se podía realizar en parte todavía.

Aquel varón castellano que fue bueno con los suyos y con su región, y clasificado de traidor y rebelde por los propios leoneses, como si fueron dos clanes o razas étnicas distintas, que también lo eran, levantó luego leyendas e historias a favor o en contra, cuando el territorio de Castilla ya significaba un amplio territorio distinto del Reino de León.

Aquel espíritu de independencia cuajaría años después en la toma de posesión casi soberana, pero sí hereditaria, de un nuevo reino: la Corona de Castilla, y los

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

antiguos condes convertidos en reyes, hasta que el rey Fernando I unificaría ambos reinos.

En resumen, el carácter disgregador y electo de los antiguos visigodos, grupos o clanes que se disputaban el poder, como descendientes de germanos y tribus del centro de Europa permaneció vigente durante muchos siglos después.

Y las rencillas y cuestiones dinásticas perduraron a lo largo de los años como perduran las altivas montañas de la zona cántabra y de los Picos de Europa.

La iglesia con sus obispos, abades, eclesiásticos y monjes, permanecieron como estatuas de piedra, como esculturas de mármol o alabastro, la mayor de las veces, pues los obispos eran nombrados aún por los Papas desde sus sedes en Roma.

Aunque los obispos o abades no ponían ni quitaban reyes en los tronos reales, sí en muchas ocasiones ayudaban y consentían en labores políticas o dinásticas. Y su labor en los muchos Concilios y Asambleas Generales entre reyes, nobles y obispos así lo atestiguaban,

Pero la labor callada, disciplinaria, de trabajo y oración en los monasterios, conventos, e iglesias cristianas todavía obedecía a una labor evangelizadora y piadosa, digna de resaltar con santos, mártires y vidas ejemplares que seguían la doctrina de Jesucristo.

CAPÍTULO SEXAGÉSIMO

CUANDO MAIUS Y EL ABAD RECESVINDO llegaron al monasterio de san Miguel de Escalada, sabían que tenían una labor ímproba y acuciante.

Pero a señas del abad interpretó el archipictor y calígrafo Maius que debían concluir primero lo que estaban haciendo y escrito en el Comentario del Beato de Liébana, porque a su vez tendrían que devolver prestado al monasterio, y a su vez tendrían que pedir prestado alguna buena y excelente Biblia por los conventos con scriptorium que podría prestárselos.

Además suponían que Maius contaba ya con varios discípulos que le podrían ayudar en las labores de confección de pergaminos, y la escritura de otros ejemplares manuscritos, donde la miniatura realizada por Maius estuviese apoyada por rasgos caligráficos que sus discípulos lo harían muy bien.

Así que Maius, con permiso del abad, reunió a sus ayudantes a los que dijo:

- La infanta Elvira nos manda imprimir y copiar una “Biblia” para el monasterio de Palat del Rey en la ciudad de León. Así on el mandato del abad Recesvindo, nos proponemos comenzar a hacer el texto bíblico, que con la ayuda de Dios seremos capaces de realizar lo antes que podamos.
- ¿No será una labor ardua hacer los dos manuscritos a la vez? – mencionó la voz del monje Daniel que ya trabajaba en esas labores del taller así como su compañero Bernabé, que también realizaba ya textos escritos con buena mano.
- Sí es eso muy posible y con ello y hemos contado. Todos nos dedicaremos a todo, para no herir sensibilidades ni eliminar a nadie. ¿qué os parece esta proposición?

La cuestión era importante, así como lo fue el silencio posterior a los hechos comentados.

- Si todos estáis de acuerdo. Que os parece que elijamos a una persona para que comience la labor de la Biblia.
 - Sé es mejor así? – comentaron los demás.
 - Entonces ¿quién quiere hacerse cargo del comienzo de la Biblia?
 - Si no hay nadie en contra, yo misma me haría cargo, por provenir de la abadesa Elvira de Palat - dijo Rosalía con severidad y aplomo.
 - ¿Estáis todo de acuerdo en ello?
- Hubo un pequeño silencio como de acuerdo y consenso.
Entonces que sea también fray Anselmo y fray Tobías (que se había incorporado hacia unos meses a estas labores quienes inicien esta obra), mientras los demás, y vosotros también en ocasiones prosigamos la obra del comentario del Apocalipsis de San Juan.

Al día siguiente Maius estaba ya enfrascado en la copia del Apocalipsis imitando y plasmando los textos latinos con palabras llenas de sabiduría, belleza y cierto relieve caligráfico, cuando no con la hechuras de imágenes propias o cedidas por esos códices más antiguos.

La confección de las páginas o folios de un pergamino no era cuestión banal, era un arte y un trabajo minucioso, detallista, perfecto, y todo debía de hacerse con un patrón y una regla cuya estética fuera una obra artística, de ahí, que no todo el mundo o personal valiese para esta labor. Esas eran las normas que Maius elaboraba y ponía en práctica como tarea de enseñanza y para sus discípulos un aprendizaje sutil y delicado.

Y así dando normas y ejemplos continuó el maestro elaborando los textos del Apocalipsis de san Juan, escribiendo él con cuidado, interés y corrección en las líneas correspondientes y con la mejor letra posible, dando la angulación apropiada lo siguiente:

“Vi a la derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos...”

Así que el Cordero abrió el primero de los siete sellos, vi y oí a uno de los cuatro vivientes, que decía con voz como e trueno: Ven. Miré y vi un caballo blanco, y el que montaba sobre él tenía un arco, y le fue dada una corona, y salió vencedor.

Cuando abrió el segundo sello, oí al segundo viviente, que decía: Ven. Salió otro caballo, bermejo, y a que cabalgaba sobre él le fue concedido desterrar la paz de la tierra y que se degollasen unos a otros, y le fue dada una gran espada.

Cuando abrió el sello tercero, oí al tercer viviente, que decía: Ven. Miré y vi un caballo negro, y el que lo montaba tenía una balanza en la mano. Y una potente voz decía: Dos libras de trigo por un denario y seis libras de cebada por un denario. Pero el aceite y el vino, ni tocarlos.”

Para todo este texto estuvo el maestro Maius más de dos semanas, pues letra y caligrafía estaban reñidas con la rapidez y la intención manual. Había que ir con

suma cautela, dando estilo y perfección a las letras escritas, esperar que estuviesen secas de tinta, y que el pergamino se hiciese duro y palpable.

Todo el texto tenía que ser como entendido como una unidad, por eso aunque todos se esforzaban en conseguirlo, Maius sabía que cada mano, y toque, era distinta aunque intentasen hacer la misma forma. Esto luego ya no logró perturbarle, y solo miraba que todos se hiciese de una manera excelente y lo mejor que cada uno pudiese.

Otro día estimó conveniente que el fraile Daniel, grato en el cuidado de todo lo que practicaba, tomara el cálamo y la tinta y con su mano diestra copiara lo mejor que pudo los siguientes párrafos de san Juan:

“Cuando abrió el sello cuarto, oí la voz del cuarto viviente, que decía: Ven. Miré y vi un caballo bayo, y el que cabalgaba sobre él tenía por nombre Mortandad, y el infierno le acompañaba. Fueles dado poder sobre la cuarta parte de la tierra para matar por la espada, y con hambre y peste, y con las fieras de la tierra.”

Y en este texto el monje Daniel estuvo más de una semana, pues él sabía que no era el maestro Maius, aunque lo intentó hacer lo mejor posible no alcanzó la perfección y nobleza del maestro.

Después de otro tiempo de sacado y estudio, le tocó el turno a la mano de Bernabé, y que como compañero de Tomás, y ahora ayudantes de Maius, prestaban toda su sabiduría y atención que la obra resultase lo mejor que se podía, y sabedores de ser una obra en común, sabía que si no fuera por Maius el conjunto no saldría bien.

Y así pasado ese tiempo prudencial de secado la mano del monje Bernabé, con sumo cuidado y notoriedad imprimió en buenos caracteres caligráficos las siguientes palabras del Apocalipsis de san Juan, según la obra que tenía al lado para copiar, y que era la de un libro también copiado de Beato de Liébana.

Y así fue escrito en aquel pergamino lo que decía el quinto sello. Y luego comenzó a escribir en otro día, el mismo Bernabé, lo que estaba escrito en el sexto sello y que decía:

“Hubo un gran terremoto, y el sol se volvió negro como el saco de pelo de cabra, y la luna se tornó toda como sangre. Y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra como la higuera deja caer sus higos sacudida por el fuerte viento.”

Todo este texto estuvo más de quince días, y dejaron descansar sus manos y al pergamino lo pusieron boca arriba y abierto para que pudiese exhalar el aroma de la tinta contenida en sus pieles.

Entonces un buen día el abad Recesvindo le llamó llamar a todos, y les invitó a un buen y sabrosos jarro de cerveza que los monjes de los monasterios sabían beber para casos como este, donde el valor se unía con el sacrificio y la sabiduría se unía con la humildad.

En otra mesa y con sencillez y humildad otros miembros de la comunidad habían estado trabajando también en la confección de la Biblia para el monasterio de Palat del Rey donde la monja abadesa, hija del rey Ramiro II, les había encargado hacer ese bello códice bíblico.

Maius les había comenzado a escribir los primeros textos del libro del Génesis. Luego Rosalía y sus otros componentes continuarían los textos con trazos finos y esbeltos como los que hacía Maius, de un estilo casi visigótico.

CAPÍTULO SEXAGÉSIMO PRIMERO

TODOS LOS COMPONENTES DEL GRUPO DE ESCALADA trabajaban al unísono, unificando criterios y cuestiones que Maius respondía con presteza y deleite, porque no hay mejor obra y vocación, que aquella que se elabora con grato ardor y con grandeza de ánimo.

Y Maius era un ferviente devoto de la obra bien hecha, para honrar a Dios Padre Salvador del Mundo.

Y aquel encargo de la abadesa de Palat, hija de Ramiro II, era también una obra para la devoción al Señor de los Altísimos Cielos.

Rosalía compartía con Maius y sus colaboradores, fray Anselmo y fray Tobías, la grandeza de ser los encargados de copiar, y a veces redactar o inventar la situación y colocación de diversos textos bíblicos.

Y teniendo a la que fuera novicia por buena caligráfica y apta iluminadora comenzaron los textos con Maius como copista principal, con la palabra capital de la “EN” como palabra clave de inicio, una imagen de letra pomposa y solemne. Y continuaba la escritura poniendo todo el interés y vehemencia en lograr un manuscrito sublime y principal.

“... el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la haz de las aguas.

Y dijo Dios: Sea la luz, y fue la luz. Y vio Dios que la luz era buena: y apartó Dios la luz de las tinieblas. Y llamó Dios a la luz Día, y a las tinieblas llamó, Noche.”

Estos fueron los primeros textos de el magister de Maius escribía para la nueva Biblia de la abadesa Elvira, hija de rey de León, con los primeros paisajes del Génesis de Moisés.

Después de haberlas hecho, y esperar que se secaran de la tinta que el pergamino absorbía, Rosalía continuó la narración con la ayuda de Maius en cuanto a estilo, ángulos y letras, para que todo fuera casi igual y perfecto. Y la joven Rosalía teniendo a Maius como maestro absoluto continuó la labor con las siguientes palabras, estando muchas horas con ella su marido Tomás que tomaba nota de su quehacer, sin intentar siquiera coger el cálamo o la pluma para hacer algunas líneas disimuladamente apostadas en filas, aunque mostraba un interés grande por hacerlo.

Rosalía pasado el tiempo preceptivo, continuó la narración con sumo cuidado y especial interés, intentando hacer una bonita letra como de molde.

“Y dijo Dios: Haya expansión en medio de las aguas, y separó las aguas de la tierra. Y llamó Dios a la expansión Cielo.

Y al tercer día Dios dijo: Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase la seca, y así fue. Y llamó Dios a la seca, Tierra: y a la reunión de las aguas Mares. Y vio Dios que era bueno.”

Tras estos textos le tocó el turno a fray Anselmo, que era un varón muy dado a este tipo de cosas, y gustaba de la cultura antigua y de las artes de todos los tiempos, y cogiendo el cálamo y mojando la tinta adecuada comenzó a formar las letras y la caligrafía más correcta y noble.

Así se mantenía la norma de que las obras son tareas en conjunto del equipo que Maius como jefe de obra proponía, y el monje continuó con estas palabras:

“Y dijo Dios: Produzca la tierra hierba verde, hierba que de simiente; árbol de fruto que de fruto según su género y naturaleza.

Al cuarto día dijo Dios: Sean lumbreras en la expansión de los cielos para apartar el día de la noche, y sean por señales y para las estaciones, y para días y años. E hizo Dios las dos grandes lumbreras; la lumbrera mayor para que señorease en el día, y la lumbrera menor para que señorease en la noche. E hizo también las estrellas. Y vio Dios que era bueno.”

Estas fueron las frases que le tocó copiar al monje de fray Anselmo, y lo hizo con esmero, aptitud y claridad. Días después pasó el testigo de plumas y tintas a su compañero Tobías, quien comenzando con una sincera oración para sus adentros imprimió las palabras siguientes:

“Y al día quinto Dios dijo: Produzcan las aguas reptil de ánima viviente, y aves que vuelen sobre la tierra. Y creó Dios las grandes ballenas, y toda cosa viva que anda

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

arrastrando, que las aguas produjeron según su género, y toda ave alada según su especie.

Y al siguiente día, sexto de la Creación, dijo Dios: produzca la tierra seres vivientes, según su género, bestias y serpientes, y animales de la tierra según su género. Y vio Dios que era bueno.”

Y para acabar los primeros días de la Creación del Universo, tomó Maius el cálamo adecuado, y con ánimo muy dispuesto, concluyó la exposición que Moisés en el Génesis hacía con deleite y sabiduría.

“Y dijo Dios a continuación: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza, y señoreé en los peces de la mar, y en las aves de los cielos, y en las bestias, y en toda la tierra. Y los hizo macho y hembra, y los bendijo diciendo: Fructificad y multiplicad, y henchid la tierra y sojuzgadla. Y vio Dios que todo lo que había hecho era bueno.

Y acabó Dios en el día séptimo su obra que hizo, y reposó ese día de toda su tarea. Y descansó en ese día santificándolo.”

Y llamando Maius al resto de miembros de ese equipo, y también con el fiel de Tomás, que había siempre estado, cuando podía, estar presente para formarse en estas escrituras, le dijo que comunicase al señor Abad que habían acabado la redacción con los Días de la Creación del Mundo. Cuando el abad llegó a su estudio y taller llevaba esta vez una botella de buen vino del lugar que los monjes habían hecho en el lagar del monasterio. Y todos bebieron unas copas con deleite y alegría, porque debe de ser recompensada la generosidad y el trabajo, casi desinteresado, con leves y sinceros actos como ese mismo, y no parecer bien ni mal a nadie.

CAPÍTULO SEXAGÉSIMO SEGUNDO

LAS ENSEÑANZAS DE MAIUS estaban fructificando, y aquellos textos en ilustraciones comenzados años antes estaban llegando a su final.

Con el paso del tiempo a Maius le fueron cambiando su nombre. Y su apelativo se convirtió por uso y costumbre en Magius. Y algunos le denominaron Magius. Lo importante no es el nombre sino la tarea y actividad que el monje realizaba, es decir un trazo de letra impecable, de estilo casi propio, eso si tal vez copia de la visigótica.

Las enseñanzas de Maius, ahora Magius, fructificaron, y su fama se extendió por el territorio del Reino de León como un arroyo marcha estrepitoso y difuso cuando las nieves de la primavera discurren alegres y sin control, inundando valles y llanuras como si fueran flores de los campos.

Los nobles y caballeros godos siempre altivos, vanidosos y ambiciosos de poder como desde los tiempos de sus primeros reyes godos en Hispania, Ataúlfo o Eurico, cuyo sistema de nombramientos hemos dicho que era por elección en Asamblea, intervienen y se mezclan en disputas y desordenes de todo tipo.

Una serie de monarcas visigodos, implantan su doctrina arriana a sus súbditos hispanorromanos. Hasta las luchas por el poder del rey Leovigildo, fundador de la

grandeza visigoda, y acabando con el reino de los Suevos en Galicia, con su hijo Hermenegildo, y la muerte de este en sacrificio católico, los nobles y gentes de su estirpe conjuran y se traicionan mutuamente, hasta la llegada de los árabes en el año de 711, donde hay también la traición de un noble conde goda, el tal don Julián, con el rey don Rodrigo, y que se pasa a los árabes en plena batalla por poderes y recompensas. Solo unos doscientos mil visigodos gobernaban a una población hispánica y autóctona de más de ocho millones de personas.

La vida y estratagemas, rencores y traiciones era frecuente entre ellos, y eso continuó con los reyes posteriores a Pelayo.

De ahí que el carisma de los nobles godos siempre sea bronco y duro, combativo, de intrigas y sediciones. Sus ambiciones y rebeldías, envidias y celos, no tenían excusas ni parangón.

Nos encontramos ahora en el reinado siguiente a la muerte de Ramiro II. Su hijo Ordoño III tiene que librar conflictos y enemistades con nobles castellanos, a la cabeza con su altivo e indisciplinado Fernán González, y con nobles y magnates gallegos que no reconocían su autoridad.

También algunos nobles gallegos y magnates de zonas como Valdeorras intentaron aprovechar la instigación de Fernán González a Ordoño III con una rebelión que fue sofocada por el monarca leonés.

Los árabes deseosos de venganza por las derrotas de Ramiro II y de ahora de su hijo Ordoño III, forman un ejército e invaden la zona de Castilla. El conde castellano viendo que los musulmanes entran por su territorio pide ayuda al monarca leonés, que a su vez reúne a sus tropas y conjuntamente vencen a los árabes en “San Esteban de Gormaz”, en el año de 955.

Fiel a los postulados godos, Ordoño III había mandado escribir a un grupo de jurisperitos y gentes de religión, la llamada Biblia Gótica, con la ayuda de Florencio, y con la colaboración del presbítero Sancho, terminan este código, en el año de 960.

Años estos en que Magius escribe y confecciona en el monasterio de San Miguel de Escalada sus Beatos, Biblias y Comentarios del Apocalipsis de san Juan, un libro cuyas palabras en griego, de “apo” igual a “des”, y “kalipto” igual a “velar”, era el libro “revelación” de los acontecimientos ocultos revelados por Dios, que iban a suceder al final de los tiempos, del mundo.

Muere inesperadamente el rey Ordoño III a causa de una grave enfermedad en septiembre del año 956, y es enterrado junto a su padre el rey Ramiro II, en la iglesia del Salvador de Palat del Rey en León, a sus treinta años de edad.

CAPÍTULO SEXAGÉSIMO TERCERO

VOLVAMOS UNOS AÑOS ATRÁS EN EL TIEMPO.

Encontrábamos a Maius trabajando con sus discípulos fray Daniel y fray Bernabé en una de las copias del Comentario del Beato de Liébana, con la redacción e iluminación del apocalipsis de san Juan, realizado en san Miguel de Escalada, y por otra parte la narración de una Biblia para el monasterio de Palat del Rey, cuya monja abadesa era la hija del rey Ramiro II, y que ella les había encargado la confección de ese texto bíblico, que el propio Maius en colaboración con el fraile Anselmo y fray Tobías, y la que fuera novicia Rosalía, casada ya por entonces con el bueno de Tomás, y que habían tenido un hijo llamado como se ha dicho, Martín, continuaban la labor n ese libro sagrado.

Corrían años de esplendor y aprendizaje bajo las enseñanzas de Magius, a quien ya muchos llamaban por ese nombre, derivado del anterior.

Unos haciendo con el manuscrito sobre la Biblia de la abadesa doña Elvira, hija del rey de León, y otros continuando la versión del Apocalipsis, tan de moda en la época, y tan difundido por la jerarquía de la iglesia, y por abades y obispos, sobre la próxima venida a la tierra del fin del Mundo, y facilitada por un texto original cedido por el monasterio madre de Santo Toribio de Liébana,

continuaban con ardor y pasión entregados a la copia del manuscrito cántabro bajo la mirada y la tutela de Magius.

El lego de Tomás, casi siempre vestido como los monjes del monasterio de Escalada con su hábito negro, estaba siempre pendiente del mantenimiento, materiales y limpieza, más de las necesidades de todos los miembros del taller, y del mismo Magius en particular. Y también estaba contento y feliz de que Rosalía participase en las gratas tareas de ensalzar a Dios haciendo trabajos para la Biblia sagrada, o colaborando en la confección del manuscrito del Apocalipsis como a veces era llamada para hacer las bonitas letras con que aquellos ejemplares causaban admiración por su belleza y arte a los que las leían o contemplaban.

En este estado de cosas y de ánimos, hacia el año 941, año después de la comenzada Biblia, Magius daba las instrucciones precisas a sus ayudantes, y mejoraba la enseñanza que su sabiduría le daba, con los procedimientos, las técnicas y el arte adecuado para llevar a feliz término los pergaminos, con estas palabras en sesiones en el taller o en la sala de pintura y caligrafía.

- Amigos, debemos ser más perfectos que los anteriores códices y libros de la época de Carlomagno, con sus letras carolinas, y ser mejores que las librerías visigóticas, que son ya excelentes textos. Pero hay que evitar la monotonía, y ser más arriesgados y diferentes.
- ¿Y las letras maestros debemos mantenerlas todos lo mismo? – dijo Tobías desde la admiración que sentía por Magius.
- Las letras que deben ser uniformes y simétricas no quieren decir que todas ellas sean formadas por el mismo patrón. Libertad en el rasgo, unidad en la vista lejana. ¿Que cómo se hacen estas cosas? Con paciencia e imaginación, y buen temple. Los ángulos serán de un 46° o un 43° aproximadamente. Estas cosas son de una realización matemática perfecta, y aunque parecen cosas fáciles conllevan una experiencia y una pulcritud muy esencial en este arte caligráfico.
- ¿Más complicado, maestro es igualaros a vos en la iluminación de los textos? – afirmó fray Daniel desde su escaño.
- Iluminación es primordial en estos casos. Yo mismo sigo los pasos del manuscrito prestado por el monasterio de Liébana. Pero llega un momento que tienes que inventar o seguir pautas diferentes. Y hay que hacerlas con honestidad y humildad. No se puede querer ser más que el original. En cuanto a pintura ya he dicho que hay que huir del aguazo puro, y hay que implementar más densidad y que se haga más compacto con nuevas capas leves de pigmentos, unas encima de otras pero con suma intuición de belleza.
- ¿Entonces seguiremos la norma que su maestría nos ha enseñado hasta aquí?
- El manuscrito debe hacer sentir que en sus pergaminos luzcan la luz diáfana como si esta proviniese del mismo cielo, y su luminosidad se haga visible en todo el pergamino tratado.
- ¡Un espíritu nuevo irradiado con imágenes que configuran los parajes anunciados en los textos! – afirmó Rosalía, dando cierto énfasis a los textos gráficos.
- Efectivamente. El color verdoso se modula con otro color complementario como el marrón tirando a rojo. Y el azul se combina con otro color oscuro, tirando a negro. El espacio tratado debe ser imaginativo, con libertad para transmitir horror y desprecio en los réprobos, o sensación de ingravidez o beatitud atemporal en sus rostros. La figura humana debe de aparecer con actitudes

- humanas descriptibles y reconocidas por todos, que hagan ver la sensación intuitiva de que Dios está por encima de todos, y Él es quien premia o castiga.
- ¿Y Maestro Magius, cómo se debe tratar el bestiario y a los animales que aparecen en el Apocalipsis? – mencionó con afán de aprender mucho el monje Bernabé?
 - El vestuario debe estar lleno de simbolismo, pero de un simbolismo cristiano que haga ver a los lectores u oyentes que las maldades de los hombres serán castigadas con tremendos y fulminantes castigos por el Dios cristiano del Universo. Utilizar distintos puntos de vista en cada una de las figuras, no las hagáis iguales, eso es monotonía y vana simpleza. Los ojos tanto de hombres como de animales y bestias que miren fijamente a la cara del vidente, y sus miradas que sean como diabólicas, hipnotizadoras. Los caballos con sus caballeros deben ser distintos y apasionados con terrible dureza: el blanco del bermejo, el caballo negro del bayo, imágenes locas y sentidas. Ves como les he pintado con anterioridad. Todos los seres diversos y diferentes en sus monturas con imágenes sugestivas y atractivas para el fiel cristiano.
 - ¿Y para los veinticuatro ancianos a que nos hace referencias luego? - dijo Rosalía muy interesada en el tema, y esperando la respuesta.
 - Para la figura del Anticristo, o los ángeles con sus trompetas, o los relatos de las doce tribus de Israel, o bien como tú misma dices, de los veinticuatro ancianos que adoran el Trono del Cordero, deben de hacerse las figuras con lentitud, cuidado y esmero, y debemos ver las caras de los hombres con sus enormes ojos de expresión en estos acontecimientos futuros, llevados por el interés y la reacción que sus miradas imprimen en los videntes. Y los hacemos con el exotismo mozárabe que nuestra conciencia y ornamentación nos lleva a asumir como cristianos de este mundo.
 - ¿Y debemos dibujar también un espacio arquitectónico lleno de arcos y columnas mozárabes como marca el original de Liébana? – dijo con sencillez fray Anselmo.
 - Sí, sí, la arquitectura es importante. Arcos de herradura y columnas deben configurar un espacio pensativo y oriental, porque da ambientación, y dinámico realismo a los hechos narrados.

Y abriendo Magius el Apocalipsis por el lugar que ocupaba la visión de san Juan sobre los veinticuatro ancianos leyó aquel momento que dice:

“Al instante (dice san Juan en v.4,1) vi una puerta abierta en el cielo, y fui arrebatado en espíritu, y vi un trono colocado en medio del cielo, y sobre el trono uno sentado. Y el que estaba sentado parecía semejante a la piedra jaspe y a la sardónice, y el arco iros que rodeaba el trono parecía semejante a una esmeralda.

Alrededor del trono vi otros tantos veinticuatro tronos, y sobre los tronos estaban sentados veinticuatro ancianos, vestidos de vestiduras blancas y con coronas de oro sobre sus cabezas.

Salían del trono relámpagos, y voces, y truenos, y siete lámparas de fuego ardían delante del trono, que eran los siete espíritus de Dios.”

Los avisos y mensajes que en esos tiempos se daban aconsejaban a todos los cristianos prepararse para la llegada del fin del mundo, y todos creían que

tendrían lugar unos terribles y angustiosos acontecimientos hacia el año Mil de nuestra era.

En “Anticristo” pronto vendría a este mundo, y machacaría con dureza y crueldad a los cristianos. Un caudillo árabe con sus imbatibles huestes, o un jefe militar musulmán, pronto harían estragos y horrendas calamidades entre los cristianos, para que el “Apocalipsis” de san Juan tuviese visos de verdad.

CAPÍTULO SEXAGÉSIMO CUARTO

LOS REYES PASAN. LAS LEYES CAMBIAN. LOS PUEBLOS PERMANECEN. Las ciudades se destruyen y se vuelven a edificar. Y los ejércitos solo sueñan en sus victorias.

Y las tropas moras sueñan en aplastar a sus contrincantes, mientras las huestes cristianas anhelan conquistar territorios y ciudades, como si la Rueda de la Fortuna jugase ella sola a ser una balanza fiel veraz, llena de sabiduría y valentía. Pero no es plata todo lo que reluce en el campo, ni oro todo lo que brilla en la oscuridad.

Pasan los años como tiempos que las estaciones añoran desde sus sueños.

Cualquier tiempo pasado fue mejor.

Pasan las golondrinas que habían construido sus nidos con sus proles en los aleros de tejados y huecos de casas abandonadas, volando a ras de techos como si el juego consistiese en caminar por el cielo como ángeles divinos.

En muchos monasterios se construyen palomares, la mayoría redondos como queriendo imitar el lenguaje de arquitectos y matemáticos donde la circunferencia reina por motivos propios como elemento divino.

Y algún monje afamado en ciencia sabía que desde unos monasterios a otros la comunicación por palomas mensajeras era factible, pues, el tal ave obedece siempre a ir y venir de determinados lugares si hay una mano experta que dirija sus vuelos. Y así se había recibido un mensaje desde el monasterio de Santo Toribio de Liébana, en la zona cántabra, para que por necesidades de contrato y por correspondencia con otros centros religioso que lo demandaban, pues el tiempo de contratación ya había caducado, el ejemplar prestado para su copia e imitación sería recogido en el próximo mes de octubre por unos monjes de Liébana que se tenían que trasladarse a la ciudad de León.

Efectivamente, Magius y sus ayudantes habían ya acabado el ejemplar de san Miguel de Escalada, y el original de Liébana ya se lo podían llevar, pues la copia completa ya había sido realizada.

En aquellos meses se estaba terminando también el ejemplar de la Biblia que la abadesa de san Salvador de Palat del Rey, doña Elvira Ramírez, hija del rey Ramiro II, había encargado hacia unos años al monasterio de Escalada, y donde el archipictor y calígrafo Maius se había comprometido y responsabilizado, en unión de Rosalía y varios monjes de confección un libro de tan envergadura para el monasterio en cuestión.

Aquel día había acompañado al abad del monasterio de san Miguel de Escalada el propio Maius, acompañado de los frailes Daniel y fray Tobías. Y otro carromato especial les habían acompañado pero esperando afuera del monasterio fray Anselmo, acompañado de Rosalía y Tomás.

Aquel ejemplar de Biblia llenó el corazón de la abadesa, quien en días siguientes se lo mostraría al resto de las monjas.

Y fue el propio Magius quien hablando con la madre abadesa le atestiguó que afuera del monasterio había una mujer, Rosalía, que había sido novicia en otros tiempos y que también había aportado su mano en la confección del código bíblico. E inmediatamente, mandó la madre superiora que buscaran a esa otra mujer que con su mano también había participado en la hechura de la Biblia, y les comentó que como no la habían penetrado al convento en un primer momento.

Cuando entró Rosalía en los aposentos conventuales, de sobra conocidos por ella en otros tiempos, dio y suspiró un respingo de satisfacción, y ambas mujeres se dieron la mano y felizmente se desearon paz y amor en Cristo Nuestro Señor.

Era verdad: Paz, Amor, Pasión y Cultura eran los elementos que aquella manera de hacer Códices o Biblias, con caracteres mozárabes y miniaturas bellas y originales, podían aportar a la devoción cristiana y a las enseñanzas de Jesucristo.

La abadesa les invitó a almorzar frugalmente con ellas, pero ellos declinaron su ofrecimiento, pues querían visitar y conocer mejor la ciudad de León, y habían quedado a almorzar en el convento masculino de San Juan Bautista que unos monjes conocidos les habían invitado hacía unos días.

Entonces la abadesa les informó que también ellas iban a sufrir un cambio de residencia pues se iban a vivir a un nuevo monasterio leonés, situado a unas pocas leguas del anterior, un cenobio dedicado ahora al joven niño-mártir San Pelayo, o Pelayín, muerto bajo las ordenes de califa Ald-al-Rahman III de Córdoba.

Luego todos visitaron lo que era la ciudad de León, que había acogido la Legio Séptima Gemina, con sus muros y murallas romanas, sus termas y sus campamentos, sus calles perpendiculares como eran la “Porta Principalis Sinistra”, al lado como dirección este, o salida del astro sol, y que terminaba en la “Porta Principalis Dextra”, donde el sol al atardecer se mete en el horizonte. Transversalmente era atravesada a su vez por la Porta Praetoria y al otro extremo la Porta Decumana.

La ciudad tendría unos dos mil y pico de habitantes por aquel entonces. Luego visitaron el Mercado, pues la ciudad era sobre todo agrícola, y entraban los productos vegetales a la ciudad en las cercanías de la iglesia que luego sería de san Martín. Las tiendas y comercios eran casi de trueque, cambio huevos o gallinas por telas o sandalias e piel o cuero, cambio cerámica o artesanía rural por pieles o zapatillas, cambio agua o leche por cereales, cambio tejidos bonitos de oriente por monedas antiguas visigodas, andalusíes o romanas. Las mulas, caballos y borricos llenaban la ciudad con gentes diversas en las fiestas o en los mercados. Y aquel trajín les pareció sorprendente a Tomás y a los compañeros del convento, y hasta Rosalía se trajo un utensilio de barro para meter aceite en épocas de escasez.

Los reyes vivían en el centro de la ciudad, en Palat del Rey con su palacio real, noble pero poco ostentoso, una mediana urbe rodeada de murallas y torreones, con sus vigías y soldados.

En cambio, los nobles y condes leoneses, castellanos y gallegos vivían en sus castillos y fortalezas, con más esplendor que los mismos reyes, en sus mansiones fortificadas con más lujo y esplendor que los mismos monarcas. Y es que los descendientes de aquellos godos, desde Fernán González hasta el conde de Monzón, tenían a sus servicios huestes y sirvientes, que a veces, eran más poderosos y altaneros que los monarcas del reino de León.

Para Magius, que provenía de la zona de al-Andalus, la ciudad de León tenía mucho todavía que ganar, y pasar de ser una ciudad romana, medio destruida por el paso del tiempo, de las guerras y de la dejadez humana, ahora, eso sí, con calles estrechas, oscuras y medio empedradas, de casas de dos o tres pisos, dormida aún en la noche romana, a ser una ciudad más moderna, abierta y emprendedora, cosa que aún no era.

Y también a los ojos de Tomás la ciudad, en cambio, era una especie de fantasía pasada y soñada, semejando a un gran pueblo, con callejuelas de día llenas de bullicio y vida, y por la noche poco iluminadas, con antorchas y fuegos incandescente poco de fiar entre los viandantes.

Cuando volvieron a casa, al monasterio de San Miguel de Escalada, tenían su mente feliz pero algo obnubilada por aquella visión medieval de una urbe pequeña tan primitiva como atrasada en el tiempo histórico.

PARTE QUINTA

TIEMPO

“EL MANUSCRITO DE TÁBARA”

CAPÍTULO SEXAGÉSIMO QUINTO

TODO CAMBIA COMO LA NOCHE SE TRANSFORMA EN DÍA con los primeros rayos de Sol.

En los monasterios benedictinos la normalidad era la oración y el trabajo. El “ora y labora” de la regla de san Benito hecha con devoción, amor, pureza y pasión por las cosas bien hechas. Con su corte de pelo casi calvo, característico de su cabeza, con su rasurada peluca como un aro de corona, hasta la sencilla perfección, sintiendo el frío en la cima de su cabello, como quien posee una naturaleza lánguida de ostentación y parca belleza.

Los días transcurrían lentos y seguros con la parsimonia de una gris araña siempre silenciosa y escondida para no importunar al que va a ser su presa cuando caiga en su red de invisible y sedosa tela.

Corrían los años como tersa rueda que el viento mueve acariciada por una invisible mano humana.

Reyes muertos reyes puestos, con vidas de corta edad.

ORDOÑO III cuando tenía 30 años de edad.

SANCHO I cuando tenía 35 años.

ORDOÑO IV a los 36 años.

RAMIRO III moriría con 23 años de edad.

Mejor ser campesino o clérigo que rey.

Muertes, vidas y haciendas se suceden con triste y amarga realidad.

Los malvados jinetes del Apocalipsis no perdonan a reyes ni a obispos.

A Sancho I le sucede en el trono leonés, en el año de 966, su hijo de cinco años Ramiro III. Se hace cargo del trono leonés, como regente, su tía Elvira, que había sido la abadesa del monasterio de Salvador de Palat del Rey, mandado construir por su padre el rey Ramiro II.

Muchos nobles leoneses, y más los condes castellanos, no querían obedecer a una monja y menos a un niño. La tirantez y desconfianza se instaló en la corte leonesa como las víboras se instalan en cuevas abandonadas.

El mal era endémico en los visigodos, y así las sangres que corrían por las venas de nobles y señores godos estaban emponzoñados con los letales virus de la envidia, la ambición y maldad.

La dama Elvira, valiente y enérgica, tenaz y constante como hija de reyes, consiguió librarse de las atosigadas cadenas de los nobles y condes a su servicio, en continuas rebeliones.

Pero como no hay dos sin tres, ni vida que dure cien años (menos de la mitad en aquellos cruciales años de la Edad Media), una vez apaciguado el fuego y la deslealtad leonesa y castellana, un nuevo incendio se propagó por la zona gallega del reino de León.

En el año del Señor de 968, desembarcan en las costas gallegas de Pontevedra, más de cien barcos vikingos cargados hasta los topes con viles soldadescas normandas, hasta un total que contaban los hechos de más de ocho mil hombres, que comienzan a asolar y destruir villas, aldeas, iglesias y viviendas de la región de Galicia. Su jefe le llamaban Gunderedo, un feroz y despiadado vikingo.

Los saqueadores, matan e incendian por doquier a gentes y pobladores de la zona, con rapiñas y saqueos, y urge una contraofensiva contra ellos.

El pequeño rey designa con la ayuda de su tía Elvira, a un enérgico obispo, Rosendo, luego santo, de la diócesis de Santiago de Compostela como lugarteniente y jefe de las tropas reclutadas para la expulsión de las tropas normandas.

Pero las tropas vikingas se hacen fuertes, y tiene que ser la mano armada y heroica del conde Gonzalo Sánchez, quien reuniendo un gran ejército, logró matar al jefe Gunderedo y expulsar por completo a los vikingos, dos años después, en el 970.

El pequeño rey Ramiro III, con su prudente y enérgica tía Elvira, como regente, comenzada bien el reinado.

Peo las historias no son como bien empiezan sino como trágicamente terminan. Y el reinado de este pequeño rey terminó mal para todos. Las ambiciones de condes castellanos como los de otros nobles y condes leoneses, traicionaron al rey, como para seguir la maquiavélica costumbre de traicionar con deslealtades e incumplimientos los deberes de los nobles con sus monarcas soberanos.

Y así tras la derrota de la regente doña Elvira en san Esteban con el califa Al-Hakan II ante el castillo de Gormaz en el año del Señor fechado en el 975, la regente abandona el trono tras las insidias y deslealtades de unos y de otros.

Después seguirán las traiciones de los nobles contra el monarca pidiendo ayuda y colaboración al califa cordobés Al- Hakan por parte de condes castellanos.

Pero detengamos aquí y continuemos la historia de Magius y sus compañeros los monjes, así como del seglar Tomás y su familia, en el mismo monasterio de San Miguel de Escalada, donde la había dejado con anterioridad.

CAPÍTULO SEXAGÉSIMO SEXTO

MAGIUS, ES ORDENADO POR SU ABAD PARA ABANDONAR SAN MIGUEL DE ESCALADA, y llevarse el manuscrito tipo modelo del Comentario del Apocalipsis de san Juan, para irse a copiarlo al monasterio de Salvador de Tábara que necesitan uno de esa categoría, localidad en los confines del reino de León, junto al río Esla, o Astura, como muestra de universalidad y colaboración entre los distintos monasterios benedictinos de la época medieval.

Corrían los años de la década de los sesenta, y las condiciones de guerra y confrontación bélicas eran cada vez mayores entre los cristianos y los musulmanes.

El Abad de Escalada manda que acompañen al pintor y calígrafo Magius, en su nuevo itinerario, a Tomás Garnache, y a Bernabé, el maragato como algunos lo denominaban por su procedencia, que ya habían estado allí, en Tábara, hacía

muchos años. Pero, Tomás se había hecho más adulto, padre de familia y con más edad a sus espaldas, y no quería abandonar a su esposa Rosalía. Por lo que al final con el consentimiento de todos, el Abad ofreció que pudiera ir su hijo Martín al monasterio de Salvador de Tábara. Años atrás ya habían muerto como se ha dicho, los padres de Tomás, el incansable trabajador Benito y su querida madre, Andrea, que con Dios descansen en paz.

Los tiempos pasan veloces y estoicos, anodinos y tan impertérritos con el viento frío del norte, o como las violentas lluvias del Oeste, que la faz de la tierra cambia de fisonomía en cada estación y con el paso de los años, como la pausada nieve hace que todo sea en la naturaleza de una blanca pureza y serenidad.

Llegado el mes primaveral de finales de abril, los tres varones se pertrechan de alimentos y víveres para los próximos días o semana, con un carromato adecuado acompañado de un mulo, con vestidos y vituallas correspondientes a su rango y edad, y se ponen en camino, siendo ya avisados por unas palomas mensajeras de Escalada al monasterio de Tábara, del sorprendente viaje de Magius y sus ayudantes, como peregrinos culturales de monasterio en monasterio, a la largo del reino de León.

Cuando salen ya de León, camino de Tábara, iniciando el camino de la ruta de la Plata que iba también desde Astorga a Mérida, se les unen inesperadamente y sin ellos apenas percibirlo dos personas como si fueran peregrinos y viajeros.

Habían pasado unas cuantas leguas de camino, cuando Bernabé que dirigía entonces el carromato de los clérigos se da cuenta que les siguen dos caballeros algo andrajosos y descuidados, con unos amplios sombreros que les tapa la cabeza hasta la frente, uno montado en un pobre y desnutrido caballo más blanquecino que tordo, y el otro montado en una mula grisácea de cabello largo y algo descuidado, más cargada de años y trajines.

Al principio parecía que ellos adelantaban al carromato de frailes con aspecto cansino pero continuado, y que se dirigían hacia otro trayecto distinto, pero una vez pasados varios tramos de la vía, sin desviar su trayectoria, se dijeron unos a otros:

- ¡Parece que llevamos compañía! – advirtió Bernabé a sus compañeros.
- ¡No sé si será buena o mala! - respondió Martín, el hijo de Tomás.
- ¡Está bien, mantendremos igual el trayecto, - advirtió el monje Magius -, y observaremos qué quieren y a dónde van!

Los dos viajeros anduvieron todavía un trecho más de camino, y viéndose sorprendidos, uno de ellos se acercó a su carromato y dijo:

- ¡Hola, buenos días señores frailes, o padres que están con Dios y con el cielo!
- ¡Buenos días tengan también sus mercedes! – contestó Bernabé mientras atizaba suavemente al mulo.
- ¿Tal vez llevemos todos, el mismo camino? Me llamo Amorrer, este es mi caballo “Zalamero”, y soy de la cercana Astorga. Me dedicó a trajinar con pieles de caza diversa como pieles de conejos, nutrias y liebres, garduñas y zorros, o alguna piel de lobo de los que no son bienvenidos en ninguna parte.

Llevo también en las alforjas, algunas vasijas y vasos de arcilla como la “sigilata romana”, que hacen de cuencos y jarras para la bebida y la comida, para vender a los aldeanos.

- Y este es mi compañero Techo, natural de los picos de montañas norteñas. Él os lo explicará.
- ¡Ah, soy Techolo! Techo para los amigos. Voy en esta mula a la que llamo “Holgazana”, y podéis adivinar el porqué.
- Bienvenidos seáis compañeros del camino. ¡Que Dios os guarde en vuestro peregrinar! – dijo Magius con seriedad, y seguridad, con la experiencia que dan los años y la actividad de los trajines por rutas y caminos.

Todo parecía normal, bueno tan normal y cotidiana no lo parecía. Pero no había ya que desconfiar ni ver en esos momentos, porque motivos de desconfianza no parecían ser que los uno mismo se imaginaba, sino estimar la precaución y la prudencia, que hacen del hombre un ser lleno de sabiduría. Sin embargo la duda estaba presente en el ambiente.

- Yo arreglo quincallería y objetos rotos o agujereados de labriegos o aldeanos – especificó sin preguntárselo Techolo, desde su desvalida mula -. También soy como un juglar o cantor que en plazas y aldeas vendo canciones y canto romancillos con el acompañamiento de esta flauta y tamboril me da en cada momento.
- ¿Qué van Uds., a algún monasterio cercano? - preguntó de repente el otro caballero, cuyo ropaje y pertrechos eran en verdad algo ajados por el tiempo, y que parecía salidos de una mala plaza como tahúres de mala fortuna.
- ¡Sí, efectivamente vamos a un monasterio! ¿Y Uds. hacia adónde caminan por estos senderos de Dios? No temen a ladrones o a incursiones de los moros? - dijo Magius a los viajeros.
- Todavía “razzias”..., no serán hasta los meses de estío, allá por julio o agosto. Y en cuanto a ladrones, o desperdigada gente morisca, ya somos, verdad, cinco para defendernos de ellos, si a sus reverencias no les importa nuestra compañía - contestó Amorrer con palabras que quería ser de erudito y entendido, y mirando a todos ellos como componentes del grupo.

Entonces el otro miembro del recién llegado grupo añadió a las palabras de su compañero:

- Pues parece que llevamos de momento el mismo camino, nosotros vamos hacia la ciudad de Zamora, yo como quincallero llevo instrumentos para arreglar metales de bronce o cacharros u ollas que con el uso cotidiano se pican o se atraviesan de agujeros diversos. ¿Y vuestras mercedes que trabajos, aparte de rezar se traen por estos pagos?
- Nosotros los monjes trabajamos en muchas tareas, ahora – dijo Magius sin maldad alguna - vamos al monasterio de Salvador de Moreruela a escribir unos códices sobre el Apocalipsis. Los tiempos no están para otras cosas. Los enemigos del cristianismo se crecen y se alzan en armas.
- ¡Sí, eso he oído decir! Las incursiones de unos y otros se suceden. Pronto habrá una gran batalla, uno de ellos tiene que superar al otro - dijo Amorrer fríamente.

Después de más saludos y habladurías, de hablar sobre esto y aquello, pareció que la convivencia era la normal, y como era ya las doce del mediodía, desde que habían comido unos mendrugos de pan y añeja cebolla, rezado el Ángelus del Señor a mediodía, y como el vientre llamara a la comida determinaron parar, echar el ganado a pastar, y en un cercano arroyo de agua limpia y cristalina pararse a almorzar bajo una solitaria arboleda, que estaba a orillas del camino.

Y tras el frugal almuerzo todos los componentes del grupo, los dos caballeros y los tres frailes, incluidos Martín, tras un breve descanso echan sus caballerías y mulas a caminar por los caminos que llevaban a Zamora.

La tarde caía cansina, abovedada de varias nubes medio grises y oscuras, y con su talante y andares llenos de misterios y de cautela mutua.

CAPÍTULO SEXAGÉSIMO SÉPTIMO

AL LLEGAR LA NOCHE, SOLITARIA, Y LLENA DE ENIGMAS, todo pareció querer dormir bajo un misterioso cielo estrellado.

Una leve hoguera había dado cobijo a los viajeros mientras había cenado. En una cazuela de metal los frailes habían calentado y freído un bacalao que traían en salmuera, y añadido unos garbanzos de la zona, con ajo y cebolla, todo en una componenda apta para los estómagos acostumbrados de los monjes.

Por su parte, una fogata distinta los dos mercaderes habían asado un conejo que habían cazado el día anterior, todo aderezado con ajo y perejil de campo, y puesto con unas setas y especies aromáticas de hierbas conocidas, que por el camino habían encontrado los viajeros mercaderes.

Entonces Techolo se dio cuenta que la cazuela de los clérigos estaba empezando a agujerearse como ocurre con los objetos de metal al cabo de un uso continuado en el tiempo.

Y en un momento determinado dijo:

- No es que me importe meterme en los asuntos de los monjes. ¡Válgame Dios de hacerlo! Pero he querido observar que sus cazos y cazuelas van a peor estado de conservación. Mi oficio es como les he dicho antes el de quincallero por aldeas y pueblos. Y sin no tienen inconveniente les arreglo en un periquete esos cazos u ollas de bronce con mis instrumentos, materiales de todo tipo que guardo en mis alforjas.
- ¡Ah, Gracias – contestó Magius -, no es necesario hacerlo! Todavía están bien de uso.
- Pero, si por mi parte no tengo ningún inconveniente en arreglarlo, se lo prometo. Lo haría gratis para vuestras mercedes.
- Bueno, no quiero importunar, pero mañana hablaremos de estas cosas, por favor – terminó de comentar el monje pintor.

Al día siguiente la mañana amaneció nublada y triste, y el tiempo se hizo más abrupto y desagradable, algo ventoso y con las lluvias lejanas en el horizonte, que les parecían anunciar su caída en tierra en las próximas horas. Los campos y toda la población agradecerían las gotas o lágrimas celestes que el Creador mandaba sobre la faz de la tierra.

Fue la desconfianza de Bernabé sobre aquellos sujetos la que despertó una inquietud casual pero agobiante sobre el modo de actuar de aquellas gentes.

Las prisas de ellos ahora era irse casi sin despedirse. Las palabras secas y desconfiadas eran por fin aclaradas y fiables.

Entonces el monje miró sobre una plataforma que apenas sobresalía del interior del carromato, y cuando levantó y abrió la tabla, que guardaba un manuscrito miniado, el que Magius llevaba desde san Miguel de Escalada, oculto en una zona del interior, tras una madera de igual tamaño que las medidas del libro, comprobó que allí solo había unos paños y cuerdas en desuso para tapar y disimular el robo que había tenido lugar.

Se lo comunicó inmediatamente a Magius mientras todos los presentes recogían sus enseres y se disponían a partir. Los primeros rayos o relámpagos aparecieron en el horizonte. Y un ensordecedor trueno inundó de un ronco acento los oídos de los allí congregados.

Y se preguntaron en sus cabezas de inmediato:

- ¿Cómo había podido desaparecer aquel legado escrito del monasterio de Escalada?
- ¿Sería los dos viandantes los culpables de su desaparición?
- Pero, cuando y en qué momento alguien había podido cometer el hurto, si todo parecía normal y en buen estado de forma.

Esas cuestiones se preguntaban en sus mentes tanto Magius como Bernabé, o como Martín quien ya sabía ahora de la desaparición de códice.

Entonces, Magius pensó por unos momentos, que quizás, fue su propio descuido el que podría ser el causante de lo pasado, un acto aquel que fue inocente e ingenuo, y muy bien estudiado y aprovechado a lo mejor por los dos viajeros mercaderes.

En breve tiempo los tres acordaron que habría sido la actitud de los dos mercaderes los causantes de estas cosas. Y acordaron actuar de alguna manera...

Todo había sucedido en la penumbra de la noche anterior, cuando recogían los enseres de cada cual, y en un momento determinado, Techolo se presentó con un papel donde tenía escrito en latín vulgar, como todo lo que llevamos expuesto en castellano, una rima de las compuestas por él para divertir o convertir infieles a cristianos. Piezas con ritmo diverso, para que le dieran algunos dineros por esas palabras y cánticos de juglar de plaza y pueblo.

La rima del poema era declamada con cierto interés por Techo, con fingido entretenimiento, mientras ellos, los monjes, casi embobados, la escuchaban sin más, y sin tomar precauciones en sus haciendas, mientras su otro compañero, Amorrer, buscaba y rebuscaba en su carromato, tratando de encontrar algún códice o manuscrito que vender luego a señores, condes o nobles principales, o a extranjeros fuera del País, que les pagarían bien con unos buenos cuartos y dineros por un excelente libro o manuscrito.

El poemita declamado decía así, más o menos:

“Allá en otros tiempos

Las lluvias nos maldecían,

La luna nos envidiaba,

El sol nos adormecía.

**

Allá en otras épocas

Los romanos nos gobernaban

Los visigodos nos domaban

Los árabes nos invadían

Y las gentes así huían.

**

Allí de otro modo

Los cristianos nos adoctrinaban

Reyes y obispos nos inculcaban

Oraciones, leyes y sacrificios.

**

Hoy de nadie son fiamos

Todo es traición y trueque

Todo es envidia y ambición

Hoy ya nada es de corazón.

**

Si quieres tener alegría

Paga un sueldo por estas porfías

Y saldrás ganando en armonía.

Es un pequeño precio por esta canción

Que de verás alegra el corazón.

Con estas canciones y discursos fuera de lugar, y llenas de ingenuidad, los monjes creyeron al día siguiente que alguien había entrado en su carromato y les había sisado el libro.

Recordaban que su compañero, ese Amorrer, no estaba presente cuando la declamación había ocurrido. Pero, eso no era exactamente lo sucedido.

Y es que en un momento determinado de aquella reunión Martín recordó, que había observado al final de la cancioncilla que alguien se movía en el interior de su carromato. Y dirigiéndose hasta allí encontró que salía afuera el mercader Amorrer, pero sin darle mucha importancia esto le había preguntado:

- ¿Buscaba algo de aquí adentro?

Y el astuto mercader le había contestado:

- ¡Oh, no gracias, solo observaba el metal de sus cazuelas por si estaban muy deteriorada, y habría que tapar los agujeros!

El joven Martín, hijo de Tomás y Rosalía, no se había percatado de las otras intenciones malvadas de mercader. Y así nada vio de malo ni nada dijo por entender muy natural esas palabras y cosas del mercader.

Más con la desaparición de aquel libro manuscrito al día siguiente, unió detalles y conjuntó los hechos con aquella misteriosa desaparición.

Y comentándose lo que creyó haber pasado a sus compañeros, los monjes Magius y Bernabé, entendieron que los mercaderes y vagabundos llevaban en sus alforjas el mencionado manuscrito.

- Pero, ¿en qué alforja irá escondido? – se preguntaron mientras los presuntos ladrones se iban distanciando más y más de su carromato.
- ¡Ahora o nunca! - dijo Magius. Nos llevan ya una cierta distancia.
- ¡Pienso que el manuscrito esté escondido en las alforjas de Amorrer, que es quien lleva los cacharros y cerámica romana para vender! Es un buen escondite y fue a él a quien vi hurgando por el carromato.
- Pues debemos darles alcance y preguntarles con insistencia si llevan el libro, aunque todos sabemos que sí, lo importante es saber dónde lo tienen oculto.

Cuando llegaron a la altura de ellos, haciendo como si nada fuera extraño, contestaron y dijeron, muy astuta y diplomáticamente, al monje Magius, que ellos nada sabían de lo ocurrido y de lo que estaban diciendo los frailes.

- Nosotros nada sabemos de lo que nos está hablando – dijeron con picardía e ironía los dos mercaderes como si la cosa no fuera con ellos.
- Gracias, perdonad – dijo Magius con cierta tristeza en su rostro.

Así que ¿cómo resolverían este grave acontecimiento?

Los dos viajeros mercaderes tomando por ingenuos y tontos a los frailes.

Y los monjes actuando con astucia e inteligencia, aunque no mostrando de momento la valentía y picardía de sus hábitos tales.

CAPÍTULO SEXAGÉSIMO OCTAVO

MIENTRAS EN SAN MIGUEL DE ESCALADA LAS HORAS DE LA REGLA BENEDICTINA TRANSCURRÍAN CON LA EXACTITUD DE UN RELOJ DE ARENA.

Los Maitines y las Laudes al amanecer cuando el gallo saltarín levanta con sus canciones del ki ki ri ki a las gallinas, y los corrales se desperezan de la cansina noche.

La hora “Prima” lleva a una primera oración, y en la “Tercia” los frugales desayunos ya han sido tomados, y los rezos comienzan a dar sus frutos entre las primeras labores de las huertas, campos y arbustos.

Al mediodía, la Sexta, el canto del Angelus con el *campanille* o campana llamando al rezo del “Angelus” a María, y recomenzando luego las labores del campo, y las tareas de los talleres, almacenes y la bodega, donde la cerveza con la cebada y el lúpulo se llenan de aroma y de frescor, así como el vino que provino de las negras uvas se almacena también en barricas de roble o de madera. El agua si no era de fuente buena y de confianza pura no se bebía ni se tomaba, pues todos sabían que los microbios invadían sus invisibles líquidos. Y enfermedades y descompuestos favorecían una posible muerte en pocos días.

Y el herrero con su martillar sonoro, arreglando rejas o portillos, ventanales o cancelas, o poniendo herraduras a las caballerías necesitadas de ello, sudaba y sudaba como un ejercicio cansino pero necesario.

Luego vendrían las Nonas con la toma del almuerzo, si no ha sido antes. Y, posteriormente las “Vísperas”, como horas de trabajo, rezo y lecturas.

Por último las “Completas”, con rezos de oraciones al completo, con lecturas de la Biblia y con los rezos de las normas de la regla de san Benito, antes de internarse en la cena, e ir a dormir.

En aquellos días también la biblioteca del monasterio se llenaba de vida y de actividad literaria.

Con la marcha de ilustre Magius días antes todo había sido algo más triste y apenado, con el monje Bernabé y el joven Martín como acompañantes del camino hacia San Salvador de Moreruela, en Tábara, por orden del Abad de Escalada, a la sazón el Padre Gregorio, y para copiar allí, en aquel otro convento una copia del manuscrito del Apocalipsis de san Juan,

En aquel taller, en aquella nave anexa al monasterio, Fray Daniel y fray Anselmo, ayudados por fray Tobías y la considera novicia Rosalía, a la sazón esposa del lego Tomás, continuaban la labor de copiar un nuevo Antifonario mozárabe para la ciudad de León después de haber terminado la Biblia para el monasterio de Palat del Rey, el Palacio del Rey, cuya abadesa había sido Doña Elvira, la hija del rey Ramiro II, soberano artífice de la repoblación de Peñafiel, Cuellar, Salamanca y Ledesma, con gentes venidas de Galicia, de León, o Zamora.

Los días habían pasado lentos pero inexorables. Los meses y las estaciones dormidos como invernan los osos durante el invierno, casi sin enterarse de la situación.

En la ciudad de León, hacia el año del Señor de 960, se acababa de confeccionar, otra joya literaria de arte visigodo y mozárabe. Era una hermosa Biblia, de estilo visigótico mozárabe, que artesanos y lingüistas habían hecho para la iglesia de Santa María de León, con bellas letras del inicio y unciales. Razones estas de la alta calidad literaria y artística de códices, antifonarios y manuscritos donde el reino de lo mozárabe estaba considerado de suma belleza y gran calidad en Biblias y códices.

Los años pasaban con la huida de la nieve de montes y montañas, en cada primavera para mostrar al mundo y a la naturaleza que todo tiene su tiempo y su vía, que todo tiene su momento, su quehacer y su disciplina, como los frailes de la orden benedictina tienen sus reglas y sus normas de convivencia.

En aquel tiempo ya despuntaba y demostraba su valor un monje nuevo llamado Emeterius en el monasterio de San Miguel de Escalada, del cual todos hablaban bien, desde el mismo Magius, ahora en camino de Tábara, hasta los mismos compañeros del convento.

Y Emeterius llegaría a ser uno de los grandes en la confección y despuntar de los códices y los manuscritos miniados.

Con el paso de los años Rosalía y otros miembros de la comunidad religiosa morirían, para el pesar de todos, primero de su amado esposo, Tomás, y de su caro hijo Martín, y luego de los que habían colaborado con ella en los distintos manuscritos de Escalada, de donde nunca abandonaría el lugar ni la nave del scriptorium del convento, viviendo en casa aparte pero trabajando con interés y asiduidad en copias e ilustraciones con Maius desde sus comienzos en Escalada.

Pero dejemos eso y también convivamos con los monjes que esperan con deleite y pasión la llegada de Magius al cenobio de Salvador en Tábara.

Ellos rezaban y pedían a Dios buen camino para que el viaje del mayor maestro de los códices leoneses llegase vivo y sano, y a salvo, al monasterio de Tábara.

Más, ellos no conocían las extrañas vicisitudes por las que Magius y sus acompañantes estaban pasando en aquellos momentos en el camino o trayecto hacia allí.

Volvamos a los hechos que estaban sucediendo...

¿Cómo se iba a presentar Magius con las manos vacías hasta allí?

Estaban teniendo dificultades, complicaciones y vicisitudes que no sabían cómo resolver adecuadamente y según la moral cristiana.

Pero fue la actitud de Martín, quien en un logro de valor y esfuerzo, disimulando su objetivo final, se dirigió con cortesía pero con seguridad a Amorrer y a Techolo, y sin más, sin contar tampoco con lo que iban a hacer los otros frailes, se le ocurrió decir a los mercaderes:

- Llevan Uds., Ud. Amorrer, según nos dijo ayer, piezas de arcilla y de buen barro romano para vender en aldeas y pueblos, ¿verdad? Mi madre necesita unos cuencos o jarras para meter la leche o aceite allí, querría que me vendiera una pieza de más o menos litro para su almacenamiento.

El hombre pillándole descuidado de esta acción, intentó primero disimular que no tenía esos utensilios, desviar la atención por otros conceptos, como era que de ese tamaño no llevaba nada, y mostrar así su fingimiento con oculta simpatía.

A lo que el joven Martín, dijo sin importarle nada.

- Perdón, quiso decir de medio litro o de cuartillo, que es, me parece, los que dijo mi madre que necesitaba comprar.

El mercader Amorrer, ya no supo que responder. Si decía que no dejaba claro que algo ocultaban allí. Así que tal vez no desconfiaran del todo pues los monjes y Martín solo querían adquirir ese recipiente sin más. Así que paró su caballo "Zalamero" y se dispuso a abrir las alforjas donde tenían los recipientes de arcilla sigilata romana, y donde también ocultaba entre los cacharros y vasijas el manuscrito robado, oculto entre varias piezas de cerámica.

Mientras abría la alforja correspondiente, pues en la otra llevaba pieles y curtidos de caza y de animales, Martín dijo:

- Si tiene un cuenco redondo de los de alfarería fina me da uno de ellos.
- ¿Un cuenco o una vasija? – sugirió el mercader a Martín.
- ¡Mejor un cuenco!

Y mientras abría la mencionada alforja al descubierto, Martín y Bernabé, jugándose todo a una carta como los tahúres, se abalanzaron sobre la mula y entreabrieron lo más posible la alforja de material vegetal. Era una postura inesperada, impropia de religiosos que adoran el orden y la disciplina, que no les gusta la violencia ni nada parecido, pero, ¿cómo saber la verdad del manuscrito cuando tenían, casi toda la seguridad, que fueron ellos quienes lo habían hurtado?

- ¿Qué Dios nos perdone nuestro atrevimiento? - pensaron para sus adentros.

Pero la estratagema les dio buen resultado. Por una de las piezas de alfarería asomaba el canto o piel de un libro. Inmediatamente Bernabé tiró de la solapa de lo que parecía un libro, y este asomó con todo su esplendor al descubierto. La táctica de atrevimiento vertiginoso había dado sus resultados positivos. Y la cara de satisfacción de Magius fue ver y contemplar un claro día de primavera cómo los cielos se llenaban de fina lluvia, que empapaban el manto de una naturaleza que solo deseaba agua y luz.

Y su corazón también se empapaba de alegría y de frescor.

La voz, contenta y alegre, de Martín, manifestó todo un callado entusiasmo del alma, y el ánimo de Magius se volvió risueño y feliz. Y Bernabé sintió que el Cielo les acogía.

Habrían preferido no haber hecho eso, pero las acuciantes circunstancias así lo habían aconsejado.

- Creo que este es su libro manuscrito Maestro Magius - dijo Martín todo eufórico.
- Sí, este es sin duda alguna. Gracias Martín.
- Ahora caminemos hacia el monasterio con ilusión y gozo. Y mientras lo hacemos recemos una oración a Dios por el descubrimiento, y por darnos buenas nuevas en esta inexplicable aventura.
- Eso pues hagamos. ¡Gracias Señor Mío! – insistió Bernabé, mientras los dos viajeros ladrones ponía pies en polvorosa y abandonaban sin rechistar aquel lugar con las cabezas agachadas, y su espíritu acongojado, si de verdad eran buenos siervos en Dios, que lo dudaban más que nunca.

NUESTRA LLEGADA AL MONASTERIO DE TÁBARA FUE APOTEÓSICA. Contamos nuestra aventura como un hito glorioso del camino.

No solo se había salvado un manuscrito de gran valor histórico y artístico, sino el oficio y profesión para varios años, pues la confección de un libro miniado como lo eran los Comentarios de Beato de Liébana, en versión del Magius leonés, era también una honra y un honor para toda la comunidad benedictina de allí en San Salvador de Tábara, pues iban a tener un manuscrito digno de alabanza y de la piedad de Dios.

Pronto los sinsabores y acontecimientos del trayecto iban a quedar olvidados, y aquellos ruines seres no pasarían a la historia, malos ejemplos de convivencia, además, sin pena ni gloria.

La fama, destreza y brillo artístico de Magius se había extendido por aquel mundo conocido del reino de León.

Corría el año de 965 y ya para entonces Magius había comenzado una labor pictórica y pastoral que debía llegar años más tarde a su plena confección y admiración por los Beatos, cuya habilidad y arte, tanto en caligrafía y en ilustraciones preciosas, llevaban su tiempo y su especialidad, más una sutil belleza y una cuidada religiosidad.

Su magnífica y alta torre de piedra del “scriptorium” del monasterio de Tábara, era para él ya tan habitual y corriente como lo eran las cuevas de eremitas y anacoretas que inundaban muchas regiones leonesas o de Zamora, donde monjes como Genadio o Atilano vivieran en aquellos casi inhóspitos parajes de otros siglos, o como el de san Fructuoso en el siglo VII.

Así pues, Magius se alzaban como un maestro ágil, artístico y gozoso. Su vocación artística le llenaba de fe, de amor al arte y de veneración a Dios.

Los Comentarios al Apocalipsis de san Juan se habían extendido por la España y Europa cristiana como se extienden las amapolas en un campo de cereales. Las ilustraciones miniadas y las bellas letras caligráficas hacían que aquellos tomos fueran hermosos ejemplares de alabanza a Dios y de exquisito comentario artístico.

Hermosas ilustraciones mozárabes llenas de virtuosismo y de álgida calidad batalla literaria. Maestría y personalidad daban a aquellos códices una sensación única y ejemplar. Y en los monasterios benedictinos que desde Irlanda llegaron como olas del mar hasta las tierras europeas y del norte de Hispania, hacían de esas miniados evangelios y comentarios para alcanzar la salvación del hombre en medio de atrocidades y guerras. Pintores y calígrafos como Magius que sobresalían con su huella imborrable de perfección y calidad artística.

Aquel manuscrito sobre los Comentarios del Apocalipsis basado en el del Beato de Liébana, con sus textos ilustrados era de un sensacional cromatismo lleno de originales representaciones oníricas y simbólicas siguiendo los textos de san Juan.

Bestias, ángeles, ancianos, corderos, árboles sagrados, arcos esbeltos y columnas mozárabes, caballos apocalípticos y jinetes guerreros, iglesias de oriente, historias esotéricas, leones y aves terroríficas, serpientes y largas espadas, monstruos sanguinarios, etc., todo ello preparaban el ambiente horripilante y tétrico de un final de siglo cargado de malos presagios.

Y la belleza de las composiciones y los textos sagrados le daban coherencia y fiabilidad a las historias allí narradas y descritas, manteniendo el misterio y el simbolismo de contado por san Juan.

Si el colorismo impresionaba, los bellos textos escritos daban significados con las crueles escenas que allí se impregnaban de emotividad y sentimiento, de atemporalidad y ornamentación, como eran los castigos y sufrimientos que los ímprobos y pecadores tendrían en el Juicio Final, con sus tormentos, castigos y sufrimientos diversos.

Día a día, semana a semana, mes a mes, los folios y pergaminos se llenaban de figuras con escenas de gran cromatismo, de letras y palabras hermosas, magníficas en caligrafía, letras tan visigodas como latinas, llena de armonías y bellezas como si fueran mil lozanías.

Magius estaba dotado de fina sensibilidad, dotado de encanto y armonía. Magius daba a todos lo que en sí mismo tenía y sabía, almacenado por los años y la experiencia a porfía.

Y en aquel Beato de Tábara ponía amor y conciencia, ponía arte y delicadeza, tanto a palabras como a las pinturas allí vertidas.

Allí en el cenobio de San Salvador de Tábara, copió con deleite y arte una joya mozárabe que solo Dios y el mismo sabían el tiempo que le llevó confeccionarlo.

Pero un buen día se sintió enfermo, su cuerpo sufrió los envites de tiempo y de la enfermedad, Y su vida al cuerpo abandonó, su rostro palideció, y se llenó de un semblante ajado, y en pocas semanas su vida terminó. Y ese manuscrito quedó cortado y inacabado.

Era el 3 de noviembre del año de 968. Un aciago día lleno de tristeza y pena.

Un día lleno de nostalgia y pesadumbre. Un día en que su trabajo incompleto allí quedó. Un códice abandonado a la mitad de su labor.

Y el famoso varón así nos dejó. En uno de aquellos folios de pergamino su trabajo abandonó. Y sin más los frailes le dieron sepultura después de rezar por la salvación de su alma. Después de misas y sepultura allí mismo en aquel monasterio zamorano. Y enterrado en un bello sarcófago, en el claustro, su cuerpo con su alma se metió, y se encontró.

Sus ayudantes, fray Bernabé y el varón Martín, y los monjes que últimamente le ayudaban como fray Mateo y fray Jeremías, le rezaron con piedad y devoción. Velas encendidas en medio de una oscuridad penetrante, rezos y oraciones por su difunta alma, amortajado su cuerpo como si fuera un abad o un obispo, pues

eso y más se merecía, Todo se invadió de una levedad ingravida. A la bondad y la calidad de aquel hombre se unía su fervor por la obra bien hecha.

Además el siempre había dicho que lo primero era Dios y lo segundo su alma.

Contaba setenta y cuatro años de edad. Quizás fueran setenta y cinco, solo él sabía en realidad los años con que Dios le había premiado.

Descanse en paz Magius o Maius en el Cielo, Él que con tanto ardor y coraje intentaba plasmar un Apocalipsis lleno de escenas y figuras desconocidas, y con su letra tan directa y horizontal que ni los vientos del mar podía hacerla tumbar en medio de las aguas u olas del océano.

CAPÍTULO SEPTUAGÉSIMO

PRONTO LA NOTICIA DE LA MUERTE DE MAGIUS llegó al monasterio de san Miguel de Escalada de donde había procedido hacia unos años antes.

La inesperada muerte de Magius ensombreció el monasterio de san Salvador de Tábara en una penumbra angosta y extraña, como si unos buitres esperaban la carnaza de un caballo desbocado y gravemente malherido que en caída libre desde un quebrado altozano quedara al instante moribundo.

Y cuando semanas después la noticia llegó al monasterio de san Miguel de Escalada, patria y casa de Magius donde vivió gran parte de su vida, la melancolía y la nostalgia se apoderaron de todos sus habitantes.

La vida seguía pero no continuaba igual y de la misma manera.

Fray Bernabé y el varón Martín iniciaron antes un viaje de vuelta desde Tábara hasta Escalada. Los pasados acontecimientos habían iniciado un nuevo sesgo en la vida de muchos seres.

Además se complicaba con las noticias que le habían llegado a Martín sobre el estado de salud de su padre, el bueno de Tomás, tan servicial y destacado por su cualidad de ayuda y de desinteresado altruismo.

Al año siguiente el abad de Salvador de Moreruela de Tábara mandó un escrito al abad de san Miguel de Escalada para pedirle que por Dios les enviasen un discípulo ferviente y apasionado por la escritura y las pinturas de Magius para acabar el códice miniado sobre el Apocalipsis de san Juan, a imitación del Beato de Liébana, y que se pudiera dar finalización a los folios del pergamino que el propio Magius dejara inacabado e inconcluso tras su muerte en el mes de noviembre de 968.

Un año después de la muerte de Magius acaecida en el monasterio benedictino de Tábara, el cuerpo de otro varón, el simpar Tomás, aquel iluminado Tomasín, ferviente seguidor de muchos de los acontecimientos sucedidos en aquellos monasterios, sobre todo en el de San Miguel de Escalada, primero como hijo de Benito y de Andrea, luego formado como lego y ayudante de monasterios, casado posteriormente con la novicia Rosalía, y padre de varón Martín, enfermó gravemente y acabó sus días casi con la misma santidad de un buen fraile benedictino, a sus casi setenta años de edad.

También su muerte repercutió febrilmente sobre todo en el monasterio de san Miguel de Escalada, a quien había estado casi sujeto y dedicado en cuerpo en alma como un ferviente fraile de aquellos de “ora et labora”, seguidor del santo Genadio, amigo entrañable de abades y de monjes castos y obedientes, enamorado de Rosalía con quien se casa y tiene un hijo, Martín, ahora un fiel ayudante, sirviendo de enlace entre Tábara y Escalada.

Descanse en Paz en el Señor. Los monjes del monasterio escalatense tomado por uno de ellos dedicaron al bueno de Tomás, misas y oraciones por la salvación de su alma, por su dedicación en cuerpo y alma a los monasterios por donde pasó. Tanto en los dos conventos de la zona de Tábara, como en el de Santiago de Peñalba, o como en el propio de San Miguel de Escalada.

Fueron años de necesidad, de amor desinteresado al prójimo, de ayuda al necesitado, de rezo y de oración, albañil como su padre si la necesidad lo requería, amigo de sus amigos, y servicial para todo el mundo.

Con su desaparición así como con la muerte de Magius se acaba una época y comienza casi otra, aunque con el paso del tiempo apenas lo notaran las congregaciones religiosas que por allí pululaban, monjes benedictinos llamando a la oración y al trabajo agrícola, artesanal o popular, practicando con el ejemplo

y sirviendo a Dios, Salvador del Mundo, así como propagando la fe cristiana a todos los fieles que por los monasterios se acercasen con devoción y con su humilde sencillez.

Meses después de aquellos sucesos el Abad del monasterio de Escalada manda a un discípulo emérito y selecto como era el monje Emeterius para que se dirija a Tábara, y en el monasterio del Salvador termine acabando, siguiendo el criterio de Magius, aquel inconcluso manuscrito basado en el Apocalipsis de san Juan, y siguiendo las escrituras y pinturas del que fuera su maestro.

Para que le acompañe en esos tragos le manda que le acompañe el monje Senior y el varón Martín, hijo de Tomás y de Rosalía.

Los tres juntos, Emeterius, Senior y el ayudante Martín, trabajarán en Tábara acompañados de una monja que allí en Tábara ejercía la profesión de pintora y a la que unos llamaban “En” y otros Emma, también buena calígrafa y pintora.

Y allí dos nuevos manuscritos comenzarían a plasmar el nuevo mundo de los Beatos.

CAPÍTULO SEPTUAGÉSIMO PRIMERO

SI LA NOCHE ABRE AL DÍA, SI LA LUNA DEJA PASO AL SOL, si la nieve deja el agua derramar que atesora sus entrañas, si el viento huye de las cuevas y grutas cuando estas alumbran a seres humanos, de la misma manera Emeterius, Senior y Emma, dejan paso a descubrir nuevos valores y testimonios pictóricos y caligráficos.

Y el varón Martín les ayuda con los útiles y instrumentos a que todo salga bien, y a la perfección. Las aguadas, los pigmentos coloristas, los pinceles, secantes, los disolventes, o los mismos pergaminos con sus selectos folios, aptos para la imprimación, son traídos y llevados por Martín como un dócil servidor de aquellos.

Cuando llegan al cenobio de Tábara, una impresionante imagen no se borra de la mente de Emeterius. La figura de una torre todo poderosa y sublime, como una torre áurea que le marca un antes y un después.

¡Oh turre tabarense, alta et lapídea!

Ese será el motor de arranque, la convicción de ser un alto discípulo de Magius, el respeto y devoción tanto a maestro como a la magna torre donde se encarna la labor pictórica y caligráfica de aquel inacabado manuscrito que el piadoso de Magius dejó incompleto.

Y en Tábara realiza Emeterius la acción completa junto con Senior y la monja Emma. Y cuando en el colofón final impriman sus nombres todo será claro y el final feliz tendrá lugar.

Y todos ellos encontrarán que el sarcófago de Magius enterrado en un ala del claustro de aquel monasterio tabarense les dará suerte. Y ese fervor y solemnidad con que reciben esa muestra de honor y de esplendor se hará posible después en la copia completa del Beato de Tábara, como réplica del manuscrito escalatense que aportara Magius hacía varios años atrás, tras su llegada al monasterio.

La experiencia es un grado, la constancia y moral dos grados, la sensibilidad tres grados, la caricia y el amor al manuscrito cuatro grados, y en fin, la calidad artística completarán los cinco estadios o grados.

Si Emeterius recoge el asombro de la torre tabarense, si Senior calladamente y en silencio sorprende por su ingenuidad y carácter religioso, si Emma nos muestra su sencillez y devoción religiosa, y Martín lleva y trae útiles, utensilios, pinceles y pigmentos con el fervor de un neófito, la unión de todos hace la belleza de una obra que iniciada por la mano de Magius llega al final tratada y terminada por ellos como si nada o en silencio ocurriese. Cuando ellos hacen veladamente una de las aportaciones miniadas más importantes en la historia de la pintura, como si fueran los mismos egipcios quienes plasmasen sus ideogramas o pictogramas, o bellas pinturas murales en honor de los faraones o de sus dioses egipcios.

Y cuando acabaron el manuscrito de Tábara, otra hermosa obra artesanal les tocaría realizar e iluminar, y seguidamente comenzarían la versión de otro Beato, una obra ejemplar también, rica y esencial, realizada también por ellos mismos.

Y solo Emeterius, junto con Senior y la monja Emma, darían término y colofón en el año de 975 a un nuevo manuscrito, cuando al abad Dominicus, le presentasen ese otro Beato, llamado luego el Beato de Gerona, como muestra de la originalidad y trabajo que figuran en el colofón de esa obra, como uno más de

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

esos códices iluminados, miniados hasta la saciedad, una obra ejemplar, que el abad Domingo manda consignar como modelo histórico de alabanza a Dios, y en honor al Salvador.

Con el Beato de Escalada, junto con el Beato de Tábara, y por fin con el Beato de Gerona, terminan una fase mozárabe de bellos manuscritos, llena de sugestión por el fin del mundo, llena de belleza y sensibilidad por tener unas obras hermosas de arte, y llena de religiosidad por plasmar obras eternas e inmortales.

Cuando unos años después un fanático guerrero militar, un cruel caudillo árabe invada y destruya pueblos, casas, ciudades, derrote y venza a los cristianos del Norte, con muertes, desolación y cautivos, será la prueba material y espiritual para entender que aquellos mensajes de los Beatos o Comentarios al Apocalipsis no fueron en vano.

Pero cuando san Juan escribió el Apocalipsis quizás soñara en aquel tiempo que el mal y el maligno eran otra cosa, eran una versión catastrófica y sanguinaria del Anticristo.

Por eso la pintura del cromatismo mozárabe, y del color rojo, como significado de sangre y horror, como fuerzas del Mal, diseñadas para causar miedo y pavor en las ilustraciones de los Beatos son representaciones auténticas y verdaderas.

San Juan lo describe como la infernal lucha entre lo demoniaco con sus ángeles malignos o bestias esperpénticas, y las milicias salvadoras de san Miguel arcángel, en un feroz combate en el que ganan las fuerzas del Bien.

Ya habían pasado muchos años, varios siglos desde que se escribió el Apocalipsis, y los hechos eran ahora más verosímiles o reales que antaño.

Y un generador de males, y un terrible caudillo, como un nuevo Atila, aquel satánico rey de los Hunos, ahora reconvertido en un feroz guerrero árabe, al que llamaban Almanzor, “el Victorioso” estaba a punto de irrumpir en el panorama amargo y dramático de la Hispana cristiana, a finales del siglo X.

CAPÍTULO SEPTUAGÉSIMO SEGUNDO

INESPERADAMENTE CAMBIÓ EL SIGNO DE LOS TIEMPOS.

Una sombra tiranocida y mayúscula se apoderó de grandes territorios donde convivían poblaciones cristianas del Norte, y de otros lugares, y donde el rayo

destructor de un guerrero cordobés, de nombre musulmán Mohamed Ibn Amir, asolaría sin piedad pueblos, monasterios y ciudades del Reino de León.

Dos años después, en el 977, de la terminación por Emeterius, el monje Senior y la monja Emma, terminan el manuscrito conservado en Gerona, como el anterior códice de Tábara (a día de hoy en la Biblioteca Nacional de Madrid), o el anterior del Beato de Escalada, (actualmente en la Morgan Library de Nueva York), y una fuerza destructora se produce desde Córdoba hacia los territorios del Norte peninsular cristiano.

Si en el feliz año de 975 los monjes habían acabado sus manuscritos con trabajo, ilusión y devoción cristiana, no puede decirse de igual modo en el año 977, cuando el guerrero árabe, Almanzor, inicia sus correrías e incursiones desoladoras por el norte de Hispania.

El primer ministro cordobés seduce y goza de la confianza de la sultana Sobheya, anulando la personalidad del califa Hisem II, hijo de Al Hakam.

El emir musulmán se deshace de sus rivales cordobeses e inicia una confrontación con los cristianos del norte. Y en unos veintiséis años, hasta su muerte en Calatañazor, hacia el año 1002, inicia más de cincuenta correrías o “razzias” por el territorio cristiano, humillando, destruyendo pueblos, iglesias, ermitas, monasterios y ciudades, así como matando a soldados y hombres libres, persiguiendo a todo el mundo, raptando mujeres y niños, y capturando animales, y personas cristianas, como botines de guerra injustos y codiciados por las huestes moras.

Un odio infernal se extiende por regiones enteras, y todos huyen de ese anticristo, ese asesino criminal que mata y destruye por matar, porque el mundo musulmán puede hacerlo.

Y la ojeriza y resabio que le tiene al Reino de León con sus reyes poderosos es marcada y sanguinaria.

Pero ahora Almanzor aprovecha las luchas intestinas, injurias dinásticas, los problemas y enemistades entre los mismos cristianos, leoneses y castellanos contra gallegos y portugueses, como una agria y profunda enredadera que se enrosca por miembros y músculos carcomiendo lealtades, fidelidades, dando angustias y descréditos, ambición y envidias, cosa que aprovecha el caudillo militar cordobés para imponer destrucción y muerte por doquier.

Ha llegado el “Apocalipsis”. El Anticristo está representado por el mazo árabe.

La situación es caótica, tremenda y desmoralizadora.

Almanzor doblega y destruye en sus incursiones o campañas, casi anuales, ciudades, monasterios, pueblos y habitantes como Zamora, Barcelona, León, Coímbra, Coyanza, Astorga y Santiago de Compostela.

El general musulmán agudiza rencillas y traiciones de cristianos contra cristianos. Condes gallegos y portugueses enfrentados a leoneses y castellanos.

Aquellos a favor del cordobés, pero también en las filas leonesas algunos nobles luchan con las huestes árabes. Los nobles y condes derivados de los antiguos visigodos se enfrentan entre ellos para seguir con las nefastas dinastías de oligarcas y aristócratas godos.

La ciudad de León cae pasto de las llamas y de la destrucción en el reinado de Bermudo II, en el año 988, enfrentado a gallegos y otros pueblos, y Almanzor que se la tenía jurada al Reino de León por anteriores lances guerreros donde las huestes leonesas habían triunfado con reyes como Ramiro II se tomó la revancha y con su soberbia y altanería vengó aquellos antiguos enfrentamientos con saqueos y ruinas. Fuego, terror, humo, muerte y destrucción, y sanguinaria crueldad empapó la ciudad y a sus habitantes.

Bermudo II había huido a las Asturias de Oviedo con los cuerpos muertos de reyes, santos, reliquias y riquezas.

Bermudo II había mandado construir entre los años 990 y 992 el Monasterio de Carracedo, en el Bierzo, a tres kilómetros del camino de Santiago, y con vistas a ser enterrado en él.

Sería en el verano del año 997 cuando tuvo lugar una de más tristes y deplorables incursiones del militar cordobés. Los cristianos de Santiago de Compostela nada pueden hacer por detener el fanático saqueo y destrucción del apóstol Santiago.

Solo el caudillo moro respeta por temor divino la tumba de apóstol. Y perdona la vida de un monje que esta arrodillado y sujetando la tumba de Santiago.

Pero lo más significativo y curioso fue que el mismo Almanzor mando desmontar las pequeñas campanas de la iglesia mayor, y a manos de cautivos cristianos transportarlas sin más la capital cordobesa para hacerlas lámparas para su Mezquita Mayor con velas encendidas, como humillación y desprestigio para los cristianos.

COMO APÉNDICE particular mencionar que dichas campanas de llamada a la oración, convertidas en lámparas de iluminación para la Mezquita mayor de la ciudad de Córdoba fueron devueltas y llevadas ahora por musulmanes tras la conquista de la ciudad para los cristianos en el año de 1236 por el rey de León y de Castilla, Fernando III, apodado el Santo.

Más de doscientos años después Hispania seguía siendo igual de diferente. Y al día de hoy ocurre lo mismo. Eran pocos y mal avenidos. El reino de Francia es unificador. Hispania es disgregador. ¿Es bueno o es malo estas cosas?

La unión hace la fuerza. ¿Y qué hace la desunión?

Creo observar que las gentes lo llevan en la sangre. Somos descendientes de visigodos, de árabes, y también de romanos.

Al menos el imperio romano hizo acueductos, vías, puentes, minas, ciudades para la diversión y la holgura, teatros y anfiteatros, palacios y monumentos artísticos, con villas y mosaicos preciosos, arte y artesanía, y nos dio el latín como lengua común.

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

Luego convinieron las lenguas romances con el latín culto y de siempre, y en España el árabe también fue lengua común en muchas regiones del Sur peninsular.

Hoy tendríamos, a fecha de 2017 que hablar leonés o Bable, gallego, castellano, catalán, euskera y árabe. Esa sería nuestra aportación a la cultura mediterránea y europea.

Vendrán otros tiempos y otras lenguas. No lo dudemos.

Pero la historia sigue y continúa.

Veremos cómo lo hace y del por qué de los acontecimientos.

CAPÍTULO SEPTUAGÉSIMO TERCERO

LOS MONASTERIOS OLVIDADOS

Y en aquel estado de cosas todavía tuvo tiempo, el varón Martín, hacia el año de 970, cuando todos eran felices, trabajadores y complacientes en el monasterio de San Salvador de Tábara, donde Emeterius en aquella torre taburense, de piedra y belleza sin par, trabajase en la terminación del manuscrito de Tábara, comenzada por el maestro Magius, y en unión también con el monje Senior y la gentil Emma, haciendo una verdadera y auténtica obra de arte con aquellos libros miniados, orgullo y destreza, pasión y belleza plástica.

Allí el varón Martín tuvo la valentía de casarse con una bella mujer leonesa llamada Lucinda hacia el año del Señor de 970. Él con sus desposorios al cumplir sus cuarenta y ocho años, y ella a sus treinta y seis abriles.

Y dos años después nacería su hijo Antón Andrade, de aquel linaje serio, honrado y trabajador, en el 972.

Al quinto año de su casamiento, en el año de 975, tendrían un segundo hijo llamado Daniel, que al cabo de un tiempo se convertiría con el paso de los años en un honorable monje benedictino.

Después pasaron algunos tiempos y espacios unas veces felices, y otros dudosos e inesperados. Todo el tiempo parecía detenerse tranquilo y sosegado tras las riberas y lomas del río Astura, tras los bosques de la sierra de la Culebra, tras los campos de las orillas del río Esla. El tiempo parecía congelarse como los hielos de las tierras yermas del norte europeo. La monotonía era el pan nuestro de cada día. La conservación del ambiente natural resultaba cansina, cotidiana. El tiempo parecía detenerse en el circundante espacio. La mentalización de las gentes era siempre la misma. Los rezos y el paternóster no cambiaban.

Pero, los nubarrones correrían años después tan galopantes como una manada salvaje de patos silvestres que oscurecían el cielo a su paso endemoniado, veloz y enigmático por el cielo azulado.

De la misma manera los grises nubarrones que venían de la Córdoba califal aunaban malos presagios, funestos mensajes de desolación, malolientes aromas de flores putrefactas porque el sol abrasaba la piel sin piedad y con asolador estupor.

Las “razzias” o incursiones a territorios cristianos del Norte habían comenzado ya, y en aquellos años sobre el 979 todo iba de mal en peor.

Todo hacía suponer que las palabras de san Juan en su Apocalipsis se iban a cumplir a rajatabla. Desde el Sur el general árabe Almanzor estaba dispuesto a asolar y destruir todo lo que se le pusiese por delante, siendo cristiano la visión de su mal.

Los augurios y las profecías de otros tiempos se realizarían como se realizaron los presagios y profecías sobre la muerte y la resurrección de Jesucristo en muchos parajes de la Biblia.

Los cuatro malvados jinetes del Apocalipsis camparían a sus anchas por suelos cristianos con guerras, desolación, ruinas, hambres, enfermedades y pestes.

El azote de Dios, ahora el guerrero Almanzor se erigía en el azote de la cristiandad.

Todo hacía presagiar lucha, muerte y cautiverio.

Fueron años de impotencia, inseguridad, como una augusta y oscura preparación para matanzas y destrucciones.

Hacia el año de 976 en el cenobio de Salvador de Tábara abandonaron sus recintos religiosos y su torre lapídea, y la comunidad benedictina a la que habían servido con esfuerzo, honor, pasión y cierto ingenuo deleite, los monjes Emeterius y Senior, pues las avanzadillas de castigo y desolación árabes estaban en el ambiente. Y hacia el norte cristiano dirigieron sus pasos junto con otros compañeros y amigos. Su meta fue de nuevo el monasterio de san Miguel de Escalada, pensando que el guardián del cielo, el arcángel San Miguel pudiera parar el orgullo árabe, más luchar y enfrentarse al maligno Almanzor.

La calígrafa y pintora Emma, y sus compañeras, permanecieron en Tábara al servicio de Dios y de lo que pudiera suceder en adelante.

Los tiempos eran difíciles, inseguros, pero ¿cuándo no lo habían sido?

Quizás unas lenguas montaraces lo habían descrito de peor manera. El latín hablado cristiano se oponía al árabe de los andalusíes, y al euskera o vasco.

Todo hacía presagiar que en el año Mil las catástrofes anunciadas en el Apocalipsis se cumplirían al pie de la letra.

Vendrían miserias, pobreza, furibundas guerras, atroces ruinas, muertes sin parangón, castigos por insolencia de algún rey, por injurias hacia otras religiones, y destrucciones por doquier.

Razones y lógica no faltaban en aquel estado de ingravidez y penumbra.

La sombra de la guerra se cernía sobre el Reino de León.

Martín se sentía orgulloso de haber tenido un padre especial como el bueno de Tomás, aquel Tomasín del monasterio de Moreruela, y luego desconcertado cuando sus ojos como platos blancos descubrieron el primitivo monasterio de san Salvador de Tábara con su amigo Bernabé, y a lomos de un animal de carga.

¿Qué lejos quedaban aquellos felices años, aquellos tiempos y lugares? Recuerdos de añoranza cuando Tomás se internó en otro espacio cercano y conoció, con el novicio Bernabé, el primero de los monasterios de Tábara.

Él, Tomasín para algunos monjes viviendo su niñez e infancia en aventuras continuas, y con sus padres construyendo partes del monasterio, del otro convento de Moreruela de Tábara. Y a pocos kilómetros o leguas de distancia un monasterio del otro, el más grande de Salvador de Tábara, donde allí estaba con su mole y torre de “scriptorium”, ambos fundados por san Genadio de Astorga y san Atilano de Zamora, como ejemplares conventos donde cohabitaban a su manera y reglas disciplinarias monjes y monjas que por aquel entonces se dedicaban al culto, devoción y amor de Dios y al prójimo.

Y qué no decir de su abuelo, aquel hombre trabajador y desinteresado como fue Benito Andrade casado con la incansable y simpática Andrea Garnache.

Una generación ejemplar y carismática, de leyenda y sin patrimonio.

Ahora a estas alturas todo había cambiado para Martín, donde su madre la gentil Rosalía, primero novicia y luego la esposa de Tomás, con sus pinturas murales y letras góticas dando todo lo que tenía de culta y disciplinada en san Miguel de Escalada con el maestro Magius por canon y ejemplo.

Tiempos duros, cargados luego de nubes negras, de rayos tenebrosos de ciega tormenta, de campos incendiados por las huestes moras y de traidores cristianos al lado del Almanzor, jinetes que asolaban campos, incendiaban monasterios como lo fueron los dos mencionados de Tábara. El de san Miguel de Moreruela tendría una respuesta más de reconstrucción con los años posteriores. Pero el cenobio de Salvador de Tábara sería ya asolado y destruido por completo por Almanzor, y demolida aquella bella lapídea torre donde el maestro Magius y Emeterius y otros artistas, habían realizado unos textos y pinturas llenas de bellos prodigios artísticos con esos hermosos ejemplares de códices iluminados.

El monasterio de san Miguel de Escalada sufre menos virulencia que aquellos pero lo sufre, y solo se salvan unos pocos, como por ejemplo el de san Cebrián de Mazote, cuya ubicación casi secreta y oculta lo hacía olvidado entre montes y arboledas.

Lo mismo cabe decirse del cenobio berciano y benedictino de Santiago de Peñalba, escondido entre montes y valles de silencio, y de difícil acceso en los Montes de León, en los montes Aquilianos, donde ni Almanzor pudo desviarse de su ruta a Galicia, o encontrarlo en aquellos arduos e inhóspitos parajes.

Los desastres, muertes y despropósitos de Almanzor llegaron también a monasterios de Cataluña como el de san Cugat del Vallès, donde fueron inmolados el Abad y varios monjes y arrasado su monasterio benedictino.

Y tras aquellos años de infortunios, muertes y destrucciones, también el varón Martín, junto con su querida esposa Lucinda, su hijo Antón, y con su nuevo hermano, Daniel, tres años menor que aquel, escaparon y se internaron en los montes de Galicia, y luego se fueron a Santiago de Compostela, siendo allí también hostigados y perseguidos por las huestes de Almanzor, teniendo que refugiarse en distintos lugares para escapar de una muerte segura.

Y ellos, personalmente, vieron desde lejos, como en el año de 997, el azote de Dios, el caudillo Almanzor, destruía la ciudad santa del apóstol Santiago, y con muchos cautivos cristianos, transportaban fatigados y sudorosos hacia Córdoba, y a sus pesadas espaldas, las pequeñas campanas de la iglesia compostelana, para servir de pebeteros o lámparas encendidas en la Mezquita Mayor cordobesa.

Cuando en el año 1002, muere Almanzor, solo un monje dijo aquellas palabras que hacía epitafio a la tumba de un general temido y malvado, y que ni reyes ni nobles cristianos habían podido vencer.

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

Cuando el fraile anunció con aquella frase la sentencia del cielo y de las honradas gentes hacia un mal hombre, que ni tan siquiera había respetado los lugares sagrados, todo cambió de color y de diseño, terminando el indeseado año Mil.

Por eso, esas profundas palabras de aquel buen monje dicen con verdad y exactitud lo que tuvo que ser y representar su muerte para el resto de los cristianos:

“En el año de 1002 murió Almanzor y su cuerpo fue sepultado en el infierno”

Amén.

EL RENACER DE LEÓN

A la muerte del rey leonés Bermudo II que con la osadía de un antiguo rey goda se había enfrentado sin éxito al general Almanzor, primer ministro del apocado y mujeriego califa cordobés, Hisem II, subió al Trono de León, su hijo Alfonso V.

Todo el territorio estaba destruido tras años de desolación y ruinas, y la labor de reconstrucción era ingente, urgente y necesaria. Había que recuperar población, fortalezas y territorios perdidos, llenos de ruina y la muerte de muchas gentes y habitantes del reino.

Había que poner freno al pesimismo y a la desmoralización general.

Y había que llamar con entusiasmo y firmeza, y llenar con variada población muchas ciudades y lugares destruidos del Reino de León.

Tras el fallecimiento del rey Bermudo II, el "Gotoso", por su cuerpo grasoso y redondo, y su enfermedad de la "gota", sube al trono leonés su hijo Alfonso V, fruto de su segunda esposa doña Elvira, pues con la infanta Velasquita, retirada luego en un monasterio, solo tuvo una hija, Cristina.

Alfonso V tenía solo cinco años de edad cuando fue coronado y ungido rey de León en la iglesia de Santa María de León. Su reinado fue desde el 999, fecha aún con Almanzor en vida, y la de 1028 con su muerte a los 33 años, cuando fue atravesado por una saeta enemiga desde una torre en el cerco de Viseu.

Alfonso V comenzó a hacer un Fuero para León y su contorno o alfoz que ocupó una parte de su reinado.

Todo estaba por hacer tras el descalabro del reino por el moro Almanzor. Y en los años sucesivos a la muerte de este, unas Asambleas y Curias superiores a modo de los antiguos Concilios toledanos, redactan un Fuero especial para León y su alfoz, en el que se abordan numerosas cuestiones y problemas a resolver.

La Asamblea comenzó con normas generales en el Reino, en 1017. Tres años de la definitiva según los cronistas que se inicia en Aula Regia solemne en León, el día 1 de agosto de 1020. Todo tiene lugar en la iglesia de Santa María, en presencia del rey Alfonso V, y la reina doña Elvira, con nobles, condes, duques, y obispos y abades de los monasterios leoneses circundantes, que redactaron de obligado cumplimiento hasta cincuenta y ocho decretas.

En esta segunda parte o fase se redactó el "Fuero de León", en un latín más puro, perfecto y correcto, emendando y ampliando los textos del año diecisiete.

La primera parte para la jurisdicción eclesiástica, y el resto para la jurisdicción civil del gobierno de la ciudad. Todo en código de leyes y normas organizadas

para el mejor funcionamiento del reino, con preferencia de lo eclesiástico sobre lo civil.

Aquella libertad anterior donde el monje Odonio se escapara de su monasterio y se amancebara con la abadesa Onega, hacia el año de 982, y luego vagando lujuriosamente con ella por distintas regiones, quedaría anulada, al corresponder al Señor Obispo de turno la jurisdicción eclesiástica, según el nuevo Fuero de León.

Más beneficiados salen los nobles, condes y duques como siempre, a quienes además de tener la servidumbre casi como siervos de la gleba, son todopoderosos y libres en sus territorios con jurisdicción militar, económica y judicial, y ni el rey tiene jurisdicción sobre ellos si se amancebaban o se casaban varias veces. Solo el Papa podía desbaratarlo, y a veces ni eso.

Los hombres libres y los campesinos pagando tributos por sus productos, obras y ventas.

Los nobles y cortesanos todo libre y exentos de impuestos.

También con estas normas y códigos de conducta se podían castigar a un religioso o monje si se consideraba fugitivo de su cenobio respectivo, como había ocurrido con la invasión de las “razzias” del moro Almanzor, cuando muchos monjes se habían recogido y refugiado en mansiones o castillos de grandes señores feudales.

Y años después, con Alfonso V el Noble, o llamado también el de los “Buenos Fueros”, y tras la muerte de Almanzor, viendo la decadencia del califato de Córdoba, se dispuso a reconquistar parte o todo del perdido territorio cristiano.

Por eso cuando el anterior rey leonés, Bermudo II construyera el Monasterio de Carracedo, en el Bierzo, y tras su casi destrucción en el año de 997 por Almanzor de este convento, casi sin haberlo terminado en obras, las cosas comenzaron a cambiar.

Dos años después de la “razzia” a Santiago de Compostela, y quizás hacia el 999, el cenobio de Carracedo se vuelve a reedificar tras la desolación anterior.

En este estado de cosas, el hijo mayor de Martín y Lucinda, Antón Andrade, se volvió desde León, donde allí estaba en ese año de Dios, para participar luego en la reconstrucción del Monasterio de Carracedo, trabajando como lo habían sido sus predecesores, albañiles y restauradores, como su abuelo Tomás, y el padre de este, Benito Andrade, en faenas de mantenimiento y construcción de monasterios.

Antón había sido llamado por su hermano de sangre Daniel, ahora obtenido el hábito a monje benedictino, en el mismo Monasterio de Carracedo.

El lugar era privilegiado y nuevo. El clima bueno y apreciado, y los campos eran muy aptos para la economía y la agricultura.

El recogimiento interior y meditación, en su “ora” de la regla de san Benito, junto con actividades diversas, con sus vides y vinos, sus árboles frutales y las

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

ricas hortalizas, “*labora*”, más la cultura histórica de la zona, daban el eco obligado a unos menesteres propios de los monjes en aquellos lejanos años.

Ahora el antiguo cenobio de San Salvador, supuesta joya del arte mozárabe, se llamaría años después, con la refundación, el monasterio de Santa María de Carracedo...

FINAL

José Luis Escudero Vázquez

León en Agosto y Septiembre de 2017

ANEXO

EL BOSCO. POEMAS

EL BOSCO

COMENTARIO SOBRE EL TRÍPTICO DE LAS DELICIAS

Hay palabras nuevas para debatir y discutir. Hay encargos para entretener y aprender. Hay encargos para intervenir y encargos para desear. Hay encargos para plasmar originalidad y creatividad.

Hay momentos para sentir el inefable deseo de pintar y de agradar.

Así cuando Hieronymus van Aeken, el Bosco, sigue las huellas flamencas, frías, detallistas, intimistas, de Jan van Eyck, de Robert Campin o de Roger van der Weyden, se desarrollaba en los Países Bajos toda una escuela flamenca, donde el detalle, la sutilidad, la grandeza, el sentimentalismo religioso, invadía muchas vías y caminos de la cotidianidad.

En el Bosco todo fluye con naturalidad desde el principio, con cierta singularidad, plasmando un nuevo estilo personal y una técnica desconocida. Su iconografía se desliza por unos ámbitos diferentes, genuinos, autónomos.

Su sentimiento y razón caminan a veces juntos y a veces muy dispares. Su fantasía abre unos campos originales, distintos. En sus encargos desliza genuinamente sus posiciones artísticas sin que nadie ni el mismo lo puedan remediar.

Uno es como es, y punto. Su pintura es plástica, brillante, colorista, pero autónoma. Diferente. Original.

Sus comitentes o clientes son gentes entendida, inteligente, culta y cuidada.

Cuando hace el Tríptico de las Delicias, o de las Fresas, ya la realiza pintando con puro gozo, él ya es feliz y grato a realizar una gran pintura con deleite y pasión. Poco a poco, paso a paso. Lo importante es plasmar la idea de felicidad, primero como lo entiende el pintor, y luego en los demás. Haciendo que del cuadro o de tríptico emanen sueños, salgan dilemas, enigmas, cuestiones que den que hablar, que hagan reflexionar.

Que miren al comitente de tú a tú. Que deslicen misterios y enigmas como si fuera el mismo Edipo el que contestará a esas cuestiones filosóficas o teológicas.

Y lo mismo que un servidor realiza en esta escritura o textos su complacencia y amor a las letras y a las palabras, su manera de visionar el mundo, poniendo pasión, frescor y deleite en su escritura, acentos y ritmos en aquellos puntos y comas, en aquellas frases matizadas, de la misma manera el Bosco pondría

inteligencia, técnica, estilo personal y gozo artístico en la plasmación de cada forma, de cada detalle, de cada punto de color, en cada rasgo sutil de pintura.

El Bosco estaba por encima de los otros pintores flamencos de su época. El Bosco estaba, ¿quizás? por encima de sus contratistas o comitentes de la Borgoña, ¿o por encima de la mano del propio Dios al que representaba?

Quizás interpretó el mensaje divino de lo que era o quería ser el Paraíso, el Infierno o el Limbo, explayando y pintando un Jardín distinto donde los sueños, las fantasías o las pesadillas pesen y se manifiesten con fuerza, energía, miedo y terrible pavor. Y con la valentía de ser diferente y genial.

El Bosco tenía personalidad, tenía originalidad, tenía pasión y fuerza expresiva.

Quería ser un pintor rompedor, revolucionario, sensual y sensible a las cosas de la naturaleza, a las imágenes de los humanos, y a los misterios de Dios.

¿Es pecado seguir los instintos o los impulsos de los placeres mundanos pero naturales?

¿Es el “Jardín de las Delicias” un reto o un pecado, una soberbia o un desplante? Todo ello pensando que si en el mundo estuvieras tú solo sin ninguna cortapisa, y sin tener la concepción del mal o del pecado en la mente, o bien, si actuases libre y naturalmente en el mundo, según tu propia y libre conciencia o voluntad, ¿actuarías así de esa manera?

Pero, ¿qué es o entendemos por lo “natural” para cada uno?

¿Esto podría ser lo pensado o racional, lo moral o lleno de conciencia?

- a) Solo lo natural y propio del ser humano.
- b) El deseo de poseer o tener todo, y hasta el sexo.
- c) Es lo natural seguir los pasos de los hombres que ellos quieren, o interpretar como lo que es lo más bueno para el ser humano.
- d) Es hacer que la moral de Dios haga al hombre un ser obediente y disciplinado.
- e) Es natural vivir y sentir la desnudez como cuando uno viene al mundo, despojado de toda artificiosidad ni ropaje, y sin apenas sentimientos ni deseos, solo el de supervivencia.
- f) Es natural que el Bosco pinte solo su imaginación, su fantasía por encima de dogmas, principios morales o religiosos, o cualquier concepto filosófico que le haga ser distinto y diferente de los demás.

El Bosco hace los cuadros para invitarte a entrar en su mundo pictórico, en su paraíso o en el infierno, y para que viendo el magnífico cuadro interpretes, o manifiestes, tus ideas, tu opinión, tu concepto de vida y de muerte, tu noción de Dios Creador del Mundo.

Personalmente hago y escribo sonetos, poemas y lirás, etc., primero porque me gusta y siento placer al hacerlo, segundo porque siento que me

comunico con los demás seres humanos, y con Dios que puede que me dé ese coraje y esa fuera de voluntad para hacer lo que me encanta, lo que quiero.

De la misma manera que a cualquier hombre o mujer le gusta su profesión u oficio, su manera de comportarse o de querer afirmar su personalidad o su carácter. Es decir manifestarse como artista, como individuo particular dotado de magia, de encanto, de ilusión, de formación o de educación.

La pasión y la voluntad, la constancia y el gozo, es fundamental en el desarrollo de un artista. La técnica y el estilo nacerán por sí mismo.

He decidido poner mi poesía y mi pensar al servicio de conocer y deleitarme con aquellos cuadros pictóricos que al Bosco le hicieron disfrutar, reflexionar, y amar su profesión.

FINAL

José Luis Escudero Vázquez

A 15 y 16 de Agosto de 2017. Y corregido el cuatro de diciembre de 2017.
Dado en León. España.

BOSCO.

POEMAS, LIRAS Y SONETOS

SONETO

EL BOSCO CON PINTURAS Y POEMAS

SON CUADROS DE FANTÁSTICA ARIDEZ

INMERSO EN UN PAISAJE EN DESNUDEZ

COMO HILOS CONDUCTORES DE MONEMAS.

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

**

UNA IMAGINACIÓN DE MIL LEXEMAS
QUE BULLEN EN EL ALMA, INGRAVIDEZ
ESCUDRIÑANDO FUEGO Y PESADEZ
DEL FUTURO CUAL AVE CON FONEMAS.

**

CUERPOS DESHECHOS EN LA NEGRA NOCHE
LOCURAS EN SINIESTRAS CIEN MORADAS
HAZAÑAS MAQUIAVÉLICAS DEL PORCHE.

**

ALMAS DE CARACOL CONFABULADAS
SOÑANDO SINRAZONES COMO ANOCHE
ANGUSTIAS, SOLEDADES, FRACASADAS.

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ
LEÓN, SIETE DE AGOSTO DE 2017

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

SONETO INTERIOR

SOLO AL AGUA REZUME MIL RECUERDOS
SOLO LA LUZ SE HACE AGUJERO NEGRO
ENTRE MANCHAS DE CARNE EN DOLOR NEGRO
LA MENTE DESHECHA Y SIN TERCIOPELO.

**

LLORA LA MUERTE SU ALMA Y SU RECELO
UNA FUENTE DE FUEGO Y LUZ QUE TENGO
INGENIOS Y ARTIFICIOS DE ELLOS VENGO
CON MAGIA, SENSACIÓN, ILUSIÓN, CELO.

**

HORRIBLES CRÍMENES, TERRIBLES MUERTES
ALADOS Y MIL PÁJAROS VOLANDO
FRIALDAD Y TERROR, CON SERES INERTES.

**

INQUINA Y MALDAD CON PECES NADANDO
TRÍPTICO DE MATIZ ANAL, SIN SUERTES
VIDAS SIN VIVIR LA VIDA ACUCIANDO.

León a siete de agosto de 2017

José Luis Escudero Vázquez

“EL CORAZÓN DEL TRÍPTICO DEL JARDÍN”

SONETO LIBRE

VUELAN LOS PECES Y NADAN LAS ESPINAS
Y SE CLAVAN EN LOS ESPÍRITUS COMO LETANÍAS
FANTASÍAS DE SOÑAR NUDOS A PORFÍAS
BOSCO Y TINIEBLAS EN LAS COLINAS.

**

RUGE EL VIENTO EN EL AGUA Y ASÍ TRINA
EL CIELO AZUL AL MAR QUE MALDECÍA
MIL CUERPOS ATRAVESADOS EN AGONÍA
RUGE LA LUZ QUE FINGÍA EN LAS OSCURAS MINAS.

**

EL INFIERNO MÁS INFIERNO PARECÍA
LOS TORMENTOS MÁS FEROCES RELUCÍAN
LOS DESNUDOS SON ALMAS QUE SENTÍAN.

**

SOLO DIOS CON SU AROMA SE CRECÍA
CON ADÁN Y EVA EN SU MISTERIO PALADÍN
PENSABA QUE DE LAS FUENTES EL AGUA YA SALÍA.

**

Y EN CENTRO EL "HORROR VACUO" DEL JARDÍN
MIL Y CIENTOS LOS SERES RELUCÍAN
ENVUELTOS ENTRE MACABRAS SINTONÍAS
DESDE UN MUNDO AL OTRO CONFÍN.

LEÓN, A SIETE DE AGOSTO DE 2017
JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

EL TRÍPTICO DEL JARDÍN DE LAS DELICIAS
EL BOSCO

POEMA CENTRAL

DIOS ENTRA EN LA MENTE DEL ARTISTA
Y ESTE TRNASFORMA EL MUNDO CON DELEITE
LO METAMORFOSEA COMO OVIDIO CON RAZÓN
INUNDANDO EL CIELO CON SU CORAZÓN
DESDE EL ANCHO ORIENTE HASTA EL PONIENTE.

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

TODO ES SUTILEZA Y BRAVEZA
MISTERIO Y RESPLANDOR
FANTASÍA TANTO MÁS QUE ILUSIÓN
INGRAVIDEZ COMO IMAGINACIÓN
INOCENCIA, IGNORANCIA Y DOLOR.

MISTERIO EN LAS FIBRAS DE LA RAZÓN
ETERNIDAD EN LOS VIENTRES CON PASIÓN
DEL INFIERNO UN ESTERTOR
EN EL PARAISO DULCE AMOR
Y EN EL LIMBO GLORIA Y DESAMOR.

¡QUÉ FELIZ PARADOJA ES
ANIMALES U HOMBRES AQUÍ SON!
MARAVILLA ES LA CONJUNCIÓN
LO EXTRAÑO ES LO VIVIDO CON HONOR.
NADA ES LO QUE PARECE SIN DESHONOR.

CON LA NATURALEZA HACE EL BOSCO SU CREACIÓN
CON SERES EXTRAÑOS SU PASIÓN
EN EL HORROR VACUI TODO ES EXPLICACIÓN
DESECHABLE COMO EL AGUA
PALPABLE COMO EL AIRE
INEXPLICABLE COMO LA TIERRA

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

INSUMERGIBLE COMO EL FUEGO.

E INCOMBUSTIBLE COMO EL CIELO.

¡ESTO Y ESTAS VIDAS ASÍ SON!

LEÓN A 25 DE JUNIO Y 7 DE AGOSTO DE 2017.

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

EN EL JARDÍN DE LAS DELICIAS DEL BOSCO

CONEJOS EN TRÍPTICO

CONEJOS OCULTOS, IRRESOLUTOS

ESCONDIDOS, DIFUSOS

SEMIENTERRADOS,

MULTITUD DE CONEJOS ABSOLUTOS.

CONEJOS OBJETOS, COLORISTAS

DIÁFANOS Y ROEDORES.

CONEJOS DISIMULADOS Y CAMUFLADOS

ARTÍSTICOS Y PINTADOS

CONEJOS PÍRRICOS Y PARVOS,

CONEJOS NIMIOS, SEMIOCULTOS

¿CONEJOS FELICES O INFELICES?

CONEJOS RISUEÑOS O INGRAVIDOS.

PIELES DE CONEJOS AMARGADOS.

DIFUSOS PALADINES DEL TIEMPO.

ANIMALES VIVIENTES

SERES DESPERDIGADOS EN LA ESTEPA

¿QUÉ MIRAN, QUÉ PIDEN, QUE DAN?

AQUÍ Y ALLÍ

¡UNOS CUÁNTOS VIENEN Y VAN!

CONEJOS, SÍ CONEJOS SON.

LEÓN, 7 Y 8 DE AGOSTO DE 2017

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

POEMA TRÁGICO DEL JARDÍN DEL BOSCO

¿Desesperanza o esperanza?

¿Aquí he la cuestión del jardín fantástico?

¿Dónde nace la vida? ¿Dónde está el infierno?

¿Es el sol, es el agua, es Dios?

¡En el centro del Jardín mora el alma y mora Dios!

¿Caos o maldita explosión vital, o de inhóspita muerte?

¿Nacimiento o devastación?

¿Oscuridad o negatividad?

Castigos dolorosos o desnudeces sufrientes.

Almas que lleva el diablo a las entrañas del abismo.

¿Sueños de angustias, angustias soñadoras?

Fresas salvajes, moras malditas y naturales.

Conejos ocultos en la noche, y en el día.

Aves que vuelan en un amanecer maldito.

Un Jardín en el cielo. ¿Paraíso o Gloria?

Un Jardín en el cielo. ¿Fantasía desconocida?

¡Oh, sueños, como pesadillas vivientes!

¡Oh sueños que amargan la vida y crecen la muerte!

Animales que viven con los hombres.

¡Animales torturadores de la dicha humana!

¡Animales verdugos de los humanos!

¡Cohabitación de seres antagónicos!

¡Desdichas como pesadillas insufribles!

La mente del Bosco desvela imaginación aterradora,
Subterfugio de almas rotas y depravadas.
Quimera de ensueños en grupos atormentados.
Desnudez superior de seres abiertos al abismo,
Crucificados en los suelos del destino,
Carcomidos por salvajes bestias sin escrúpulos,
Devorados por misteriosos seres del averno.
Como un limbo desquiciado, insensible y virtual.
Máquinas que devoran la sangre como quien devora la piedad.
Artículos que la imaginación confisca con fuego y armas.
Círculos de caballos movidos por el viento aterrador.
Esferas y lagunas en el llano espacio del cielo azulado.
Especímenes salvajes que derraman y derrochan dolores a los improbos.
Todo es así porque antes hubo otro cielo y otra tierra.
Hubo otro paraíso y otro estadio de vida.
Animales y hombres conviviendo en amor y desamor.
Mundo al revés de dicha o perversión.
¿Un Jardín para visitar, olvidar o reflexionar?
Un Jardín para meditar qué son los sueños,
¿O qué es la frágil naturaleza para el hombre
Cuando el frío, la oscuridad, el látigo y la desnudez
Es el castigo de los dioses, o del Dios Creador?

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

POEMA BREVE SOBRE EL BOSCO

BOSCO, MUNDO INFORME, ESÓTERICO, DESCONOCIDO.

UNA GENIAL CONCEPCIÓN DEL MUNDO PRIMITIVO.

AJENO A VECES AL PECADO, AJENO A LA VIRTUD,

UN MUNDO PARADÍSIACO Y ONÍRICO.

FABULOSO Y GENTIL.

**

MUNDO DE MAGIA Y DE RELÁMPAGOS

FIGURAS INFORMES, NUEVAS, RESPLANDECIENTES.

MEZCLA DE EROTISMO, SENSUALIDAD, PLACER.

**

UN MUNDO REPLETO DE SUEÑOS NO REALIZADOS

ESPEJOS DE UN UNIVERSO Y DE FANTASÍA

VAGANDO EN LA MAGIA DE UN SILENCIO CÓSMICO.

**

ES LA DESNUDEZ DE LAS DESNUDECES DESNUDAS.

VARONES Y HEMBRAS EN ABSOLUTA INMADUREZ

UN ESTADO ORIGINAL PLAGADO DE MISTERIOS

PLAGADOS DE SENSACIONES AMORFAS E IRRESOLUTAS.

LEÓN A 11 Y 12 DE AGOSTO DE 2017

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

SONETO ATMOSFÉRICO

SURGE LA HUMANIDAD DE AQUELLA NADA
Y ASÍ DIOS OFRECIENDO ENTRE SUS MANOS
EDÉN, LUZ, CIELO, INFIERNO Y MIL ARÁNDANOS
Y ADÁN CON EVA, SU MUJER AMADA.

**

CON MUCHA DESNUDEZ ASÍ NOMBRADA
SENSACIONES DOLIENTES Y DE HERMANOS
DE FLORES EN AMARGOS CULOS VANOS
CON LA FUENTE Y LA ESFERA RENOMBRADA.

**

LAS FUENTES CON EL AGUA YA ALUMBRADA
CÍRCULO SUTIL, JUEGOS AMOROSOS
EN UNA HUMANIDAD TAN ASOMBRADA.

**

MARAVILLAS, RECREOS MUY OSTENTOSOS
DEL COLOR ENTRE FRESA DELEGADA

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

CON SENTIDOS QUE BULLEN CAPRICHOSOS.

LEÓN, A DOCE DE AGOSTO DE 2017

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

SONETO:

“EL INFIERNO” DEL BOSCO

FLUYE EL AIRE IMITANDO A FRÍA MUERTE
FLUYEN LAS DURAS ALMAS TAN DOLIENTES
FLUYE EL VIL FUEGO SIN NINGUNA SUERTE
FLUYEN LAS MIL TORTURAS MAL OLIENTES.

**

MARABUNTA EN CASTIGOS DE SUFRIENTES
SOFOCANTES QUEJIDOS ASÍ AL VERTE
MÚSICAS INACORDES Y EXCLUYENTES
NUBES ÍGNEAS CON CIEN AGUAFUERTES.

**

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

LA NEGRURA COMO ALMA DEL INFIERNO
EL FUEGO COMO LUZ, DESASOSIEGO,
ENTRE ATROCES CASTIGOS DEL AVERNO.

**

CONEJO TORTURANDO HASTA ESE CIEGO
MANOJO EN EL SUPPLICIO TAN ETERNO
CON CÁRCAVAS DE OLLÍN, PUTREFACTO EGO.

**

ANGUSTIA EN PENETRANTE YA DOLOR
FRÍA LA ETERNIDAD ROJA EN COLOR.
CRUENTO ESCARNIO, TORMENTO DE HORROR.
ABISMO TERRORÍFICO EN PAVOR.

LEÓN, A 12 Y 13 DE AGOSTO DE 2017
JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

LOCURA Y PECADO

POEMA SOBRE EL BOSCO

La máscara negra del diábolo.

Oh, Bosco con tus desesperadas inquietudes

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

Lupa fina y concisa, lupa de amor y técnica

Paladín en detalles y colores,

Locura o pecado, globo o tambor,

Gaita o zampoña, flauta o escabel.

Recetas flamencas para él y para todos.

La vida sale de la mente a la mano

Y de la diestra mano camina hacia la pintura.

Combinación de colores adecuados a la tabla.

Al lienzo y a la acuarela, estudio del alma

Estudio del cuerpo desnudo, estudio de la carne.

Todo bajo el prisma de un Dios moral

Bajo la luz de las tinieblas.

Dios crea al hombre y este crea su circunstancia

Dios crea la belleza y la fealdad.

Dios crea el bien y el mal.

Crea la serpiente y la manzana.

Y a Adán y a Eva.

Dios crea animales junto al hombre

En pie de igualdad, de semejanza.

Primero son los animales que rodean la tierra,

El agua, las fuentes, los lagos y las lagunas.

Y en pie de igualdad los crea, los reproduce,

los extiende sobre la faz de la tierra.

Empeño insalvable para que todo siga en armonía

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

Pero esta se rompe hasta la inimaginable tierra.

La Biblia contada por el Bosco como si fuera la misma mirada de Dios.

Y el Bosco lo vio así: nuevo, desconocido, a su manera.

Fantasmagóricamente diferente a la Biblia

Superficialmente deforme, anormal.

Sigilosamente callado, angustiado, informal.

Teñido de frutas, pájaros, aves de color, sonidos y agua.

Nubes de locura, vegetación azulada, sentidos deformes,

Todo brota de la locura, de la imaginación fabril,

De una fantasía anormal, loca, casi pecaminosa.

¿QUIÉN FUE ANTES DIOS O EL BOSCO?

¿EL BOSCO O DIOS?

EL MISTERIO ES NO SABER LA VERDAD,

ES CONOCER EL TRIPTICO SEGÚN SU CAUSALIDAD

SEGÚN SU ORIGINAL PROCEDER

SEGÚN SU PINTURA MEDIEVAL.

EN RESUMEN, NADA DE LO DICHO ES NADA.

CADA ÉPOCA EL HOMBRE LO INTERPRETA

SEGÚN SU MENTE Y SU TIEMPO.

EL JARDÍN DE LAS DELICIAS

ES PARAÍSO O INFIERNO

SEGÚN SEA VISTO POR EL PECADOR

O POR EL LOCO VIRTUOSO.

UNA CUESTIÓN DE MISTERIO SIEMPRE PRESENTE,

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

DESDE EL PASADO HASTA EL FUTURO.

LEÓN A 26 DE JUNIO Y 13 DE AGOSTO DE 2017

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

SONETO HORRIPILANTE

Pinturas del Bosco

NAVEGA EL MAR SIN AGUA, HORRIPILANTE
NAVEGANDO EL CIELO SIN FIRMAMENTO
NAVEGA SIN VIENTO A CADA MOMENTO
NAVEGA EL ALMA SIN RUMBO PALPITANTE.

FANTASÍA TAN RÍGIDA, ADELANTE
ENCHARCADA DE FRÍO AIRE QUE NI SIENTO
DESNUDEZ EN LA LLUVIA, LUZ QUE MIENTO
EN LA VERDAD ONÍRICA, APLASTANTE.

MISTERIOS QUE SE AGRANDAN EN LOS SUEÑOS
SUPPLICIOS QUE ADORMECEN MIL PASIONES
Mil LLANTOS QUE DEVORAN PESADILLAS.

SUEÑOS SON, ESTERTORES Y LECCIONES,
QUE NAVEGAN EL CUERPO CUAL ARDILLAS
CARCOMIDAS LAS VENAS ENTRE LEÑOS.

LEÓN, A 14 DE AGOSTO DE 2017
JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

POEMA CON LUZ OSCURA Y FUEGO

Fantasia horripilante
Mil monstruos de la noche
Sábanas oscuras del infierno,
Esculpidas de llagas y floridas

Donde los demonios esconden las virtudes.

**

Pesadillas del infierno caótico
Amaneceres de sangre humeante
Como instrumentos musicales
Donde el sonido huye del misterio
Y la fría sensación de la muerte
Se convierte en dulce armonía
De la fatua desarmonía
De lo insensible y de lo amargo.

Todo suena a agonía misteriosa
Donde el Bosco sueña con su inconsciencia
Donde el pintor pinta su pesada ciencia.

Álgidas pasiones ya sin vida
Álgido aroma pestilente
Sensaciones malignas desbordantes
Donde reina la rata lúgubre con cazuela de corona
Y los cuerpos desnudos son pastos de castigos
Suplicios infames que vomitan insensateces
Que derraman mil lágrimas a destiempo.

**

La vida es la muerte sin consuelo
Las lágrimas llora mil destellos

Y los cuerpos sufren mil misterios.

León, a 14 d agosto de 2017

José Luis Escudero Vázquez

SONETO AL JARDÍN DE LAS DELICIAS

ORIGINAL ESTILO TAN SIMBÓLICO

IMPRESIÓN EN EL ALMA YA CAÓTICA

PANEL CENTRAL RELLENO Y ESTRAMBÓTICO

CIELO QUE ES UNA LUZ TAN ANACRÓNICA

PASADA CON ATMÓSFERA SINCRÓNICA

COMO UN ESPEJO GRANDE Y ALEGÓRICO

FINGIENDO LA BONDAD MELÓDICA

TAL COMO UN PARAÍSO MUY ARMÓNICO.

PLACERES Y PECADO SIN CONCIENCIA

LUJURIA SENSUAL CUAL GOZO FRANGANTE

SUMIDO EN ANCHO ESPÍRITU SIN CIENCIA.

VARÓN Y MUJER COMO BUEN AMANTE
UN MUNDO SIEMPRE COMO ADOLESCIENCIA
LUJO TEÑIDO EN CÍRCULO DANZANTE.

León, a 14 de agosto de 2017

José Luis Escudero Vázquez

SONETO

TEATRO DEL MUNDO DEL BOSCO

TEATRO DEL MUNDO ES LA SUGERENCIA
ESCENAS DE MORAL, CUADROS ABIERTOS

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

FUERZA DE DEBATE EN BENEVOLENCIA
ENTRE LAS MIL SECUENCIAS YA CUBIERTOS.

TODO ES DETALLE Y UNA GRAN PACIENCIA
MUJERES Y VARONES EN LOS HUERTOS
DESNUECES Y FRESAS SU TENDENCIA
DESEOS Y SENTIDOS, NO DESIERTOS.

FLUYE DEL SUTIL LIMBO SUAVE BRISA
Y PALABRA INVENTADA ES LA "JUERGUICIA"
UNA JUERGA DE AMORES CUAL LESBIANOS.

EN UNA VIBRACIÓN DEL ALMA LISA
Y LLANAMENTE ENTRE HERMOSA CARICIA
PUES EN ESTE UNIVERSO SON HERMANOS.

LEÓN A 16 DE AGOSTO DE 2017
JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

LIRAS A LA PINTURA DEL BOSCO

CAE DE LO ENIGMÁTICO
HAY UN NATURAL Y SENSUAL EMBRUJO
FRÍO Y CARISMÁTICO
MUY NOBLE Y TAN INFLUJO
QUE TODA LA VIDA ES SUEÑO DE BRUJO.

LA LUZ DEL ALBA SUEÑA
A SER SOMBRA EN LA YA OSCURA NOCHE
Y EL HOMBRE ASÍ PUES SUEÑA
TRAS UN JUEGO Y DERROCHE
QUE INFIERNO O LIMBO VAN EN POBRE PORCHE.

ALMA EN CUERPO VA DESNUDA
MUJERES GIRAN EN ACIEGO CÍRCULO
EL CUERPO EN ALMA MUDA
TRAS UN MUNDO ESOTÉRICO
Y UN COLOSAL AMBIENTE METEÓRICO.

LOS HOMBRES ASÍ MUESTRAN
IMÁGENES DESNUDAS DE SIMIENTES
LAS AVES TAMBIÉN VUELAN
MISTERIOS INOCENTES
QUE AL ALTO CIELO SUBEN INDECENTES.

VARONES YENDO EN CABRAS
OTROS A LOMOS DE CERDOS Y BELLACOS
GRUPOS QUE EN AROS LABRAS
SENSUAL AROMA EN SACOS
DESNUDEZ Y DINAMISMO EN ZANCAJOS.

ESFERAS TAN RADIANTES
ALEGRAN CON AGUAS TAN TRANSPARENTES
COMO NUEVOS AMANTES

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

O DE RÍOS NACIENTES
DE RIBERAS SAGRADAS, COMPLACIENTES.

TAL TEATRALIDAD
ES COSA DE FINGIDO MISTICISMO
SIMPLE BANALIDAD
DE AUSTERO EXOTISMO
O EXTASIADO Y DIONISICO LIRISMO.

León a 16 de Agosto de 2017
José Luis Escudero Vázquez

EL CARRO DE HENO

Dos versiones sobre el carro de heno
Hay, pero ambas la avaricia muestra
Hasta codicia así ellos demuestran
Como furia salvaje es al veneno.

¡Oh, qué lucha tan ruin es la codicia!
Todos los hombres su ímpetu aquí deslizan
Cerril esfuerzo que todos movilizan

Intentando robar con avaricia.

Acuden como víboras al engaño
Por este pecado se hiere o se mata
Obispo y campesinos hacen daño.

La turba fatal fajos de heno arrebató
Y un monje glotón se sienta en su escaño
Mas el emperador el mal remata.

Humanidad amarga y pecadora,
Amantes inocentes en la cúspide
Y el Cielo da una ley sancionadora.

León, 16 y 17 de agosto de 2017
José Luis Escudero Vázquez

EL JUICIO FINAL TRÍPTICO DEL BOSCO

SONETO

UNA GRAN COLMENA DE CONDENADOS
ENTRE TERRIBLES Y OSCUROS CASTIGOS
EN FUEGO Y DESNUDEZ CON DESABRIGOS
MALIGNOS PRESOS SIN PIEDAD CAPTURADOS.

**

PUENTE BLANCO Y DE ROJO MALGRADO
DEPRAVADOS E INFAMES QUE MALDIGO
ESPELUZNANTE AROMA SIN TESTIGO
Y EL AIRE TURBIO TAN AMENAZADO.

**

ÁNGELES DEL MAL EN DIABLOS CONVERTIDOS
ADÁN Y EVA DEL PARAÍSO BENDITOS
Y MÁS TARDE POR EL PECADO EXPULSADOS.

Y EN EL INFIERNO TODO ESTÁ CARCOMIDO
GENTES EN SINRAZÓN DESFIGURADOS
ENTRE REJAS Y TORMENTOS SOMETIDOS.

León, a 17 de Agosto de 2017

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

RECITAL SOBRE EL BOSCO

¡OH BOSCO, BOSCO!

GENIAL Y ORIGINAL IDEA

PENSAMIENTO INTELIGENTE Y DETALLISTA.

NUEVA CONCEPCIÓN DE LA CREACIÓN

NUEVA IMAGEN CON SU ILUSIÓN

INVENTANDO FIGURAS Y DISEÑANDO ALMAS

Y CUERPOS DESNUDOS SIN RAZÓN

MÁS CÓNCAVOS APARATOS CON SUGESTIÓN,

ARTILUGIOS Y SERES DE SENSACIÓN

DETALLES INGENUOS CON PASIÓN.

ENCUENTROS FANTASMAGÓRICOS CON EMOCIÓN

QUE HABLAN DE SINRAZONES Y ADMIRACIÓN

MÁQUINAS O DIABLOS QUE TORTURAN CON AFLICCIÓN.

TODO UN MUNDO MAQUIAVÉLICO EN LA SUPERSTICIÓN.

¡OH BOSCO, BOSCO!

GENIAL Y ORIGINAL IDEA

NUEVO CONCEPTO DE LA CREACIÓN

CON NUEVOS ARGUMENTOS DE MAQUINACIÓN

CUAL UN SURREALISMO EN LA CREACIÓN.

CREADOR DE UN SIMBOLISMO ANÁRQUICO

CREADOR DE FURIAS Y ANIMALES FANTÁSTICOS

PINCEL DE CROMATISMO ILUSORIO

EVANGELIO APÓCRIFO NO DOMÉSTICO

ENJAMBRE DE AVES RAPACES QUE DEVORAN TODO

DEVORAN SUEÑOS, DEVORAN CUERPOS DESNUDOS,

DEVORAN ALMAS, DEVORAN SENSIBILIDADES

Y PRODUCEN ALUCINACIONES Y EXTREMOS SENTIMIENTOS.

TODOS SUEÑAN A QUE SUEÑOS SON.

TODOS SUEÑAN A QUE FIGURAS SON.

TODO ES SOÑAR SIN ALMA NI ILUSIÓN.

UN FUEGO DEL NEGRUZCO INFIERNO

HUMEANTE SEMILLA DEL PECADO

DONDE LOS SERES NAVEGAN EN PROCELOSOS ABISMOS

ABISMOS NEGROS DE LA NOCHE QUE INFLAMAN CONCIENCIAS

QUE PRODUCEN RÍOS DE MUERTE Y SERVIDUMBRE

QUE IRRADIAN FUEGOS DE MISERIA Y PUTREFACCIÓN.

EN EL PARAISO EL AIRE DEL CIELO
FELICIDAD SEMEJA
Y FUENTES DE AGUA CLARA DE ILUSIÓN SE VISTE.
DISEÑOS CON ESQUEMAS SONNOLIENTOS
PARECEN SALIR DE UN MUNDO NUEVO.
UN MUNDO DISEÑADO PARA EL MEDITAR
PARA EL PENSAMIENTO VERDADERO.
EL EDÉN DE LAS DELICIAS
EL EDÉN SOÑADO
EL EDÉN DE LA PRIMAVERA.
EL JARDÍN MARAVILLADO Y MARAVILLOSO.

DIOS Y LOS DIABLOS, ÁNGELES MALOS VOLADORES.
ADÁN Y EVA, Y DIOS.
ADÁN Y EVA Y EL ÁNGEL.
ADÁN Y EVA Y EL MUNDO.
SERES QUE DEL SUEÑO SON.

Y DIOS CREÓ A LOS ANIMALES CON SU VIDA Y SUS QUEHACERES
A LOS ANIMALES COMO SERES INGENIOSOS,
COMO SERES QUE ALUMBRAN NOCHE Y VIDA.
QUE CASTIGAN E INFRINGEN MIL CASTIGOS.
CONEJOS DE MIL FORMAS REPRESENTADOS
COMO ESPECIE QUE EMERGE DE LA TIERRA.
PULULAR QUE SURCAN LOS PRIMEROS ANIMALES

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

COMO ESPEJOS TRANSPARENTES DE LAS AGUAS.

DE LAS FRESAS SALVAJES O SILVESTRES

COMO VANIDAD DE ESTE MUNDO.

PASIÓN Y FANTASÍA EN EL BOSCO

COMO HILO CONDUCTOR DE LAS DELICIAS

COMO CONDUCTO ATÁVICO DE MUERTE Y VIDA.

OH, BOSCO, TÚ PASIÓN SE IGUALA A TU ILUSIÓN.

TU DINAMISMO ES LO MISMO QUE TU PINTURA

QUE EMERGEN DE LA PROFUNDIDAD DE TU ALMA.

DETALLE ÍNTIMO, FINA DELICIA DE GUSTO Y SABOR.

ESPEJO DONDE EL MUNDO SE MIRA

SUCUMBIENDO EN EL ABISMO DE LA VIDA

DONDE VIDA Y SUEÑO SON

SON LA VIRTUD Y EL PECADO

SIMBIOSIS QUE EN EL HOMBRE SON

PREMIO Y CASTIGO

CUAL RECOMPENSA Y CASTIGO SON.

CUERPOS DESNUDOS Y ALMAS INGENUAS

COMO ERÓTICOS JUEGOS DEL AMOR

SON LOS DETALLES DE LAS FUENTES.

UN MUNDO DE ENCARGO

QUE SUEÑA A SER LIBRE

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

A SER..., A SER OTRO MUNDO SIN IGUAL.

UN NUEVO MUNDO SIN PARANGÓN

DONDE EL HOMBRE SE HACE NUEVO

Y DIOS SE CREE SU ESCULTOR,

DONDE LA ESPERANZA ES DIFUSA

Y EL HOMBRE SU ESTERTOR,

UNA SOMBRA DE SU CREADOR.

UN ANHELO, QUE PUEDE SER

UNA SENSACIÓN ATROZ,

O UN MENSAJE QUE INFUNDIÓ

QUE INFUNDIÓ AL HOMBRE

CON TRISTEZA Y SIN ILUSIÓN.

MAS UNA ETERNA VISIÓN

QUE QUIZÁS DIOS ASI ALUMBRÓ.

Y EL BOSCO, OH BOSCO, ASÍ PINTÓ.

LEÓN A 12 Y 21 DE AGOSTO DE 2017

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

LAS PUERTAS CERRADAS DEL TRÍPTICO

EL JARDÍN DE LOS SUEÑOS, UN FRUTO CON SUS DELICIAS.

UN LUGAR DONDE JUEGA LA FANTASÍA Y LA ILUSIÓN.

EL ANVERSO DE ESAS PUERTAS CERRADAS

TERCER DÍA DE LA CREACIÓN SOÑADA

UNA ESFERA LLENA DE DIFUSAS REALIDADES

UN GIGANTESCO MUNDO DE VIDA MUERTA

DONDE SEPARÓ LAS AGUAS DE LOS CIELOS

Y A LA SECA LLAMÓ TIERRA SECA,

Y A LAS AGUAS REUNIDAS LLAMÓ MARES.

PERO AÚN LA VIDA ES UN ESTERIL LUGAR

SIN VIDA NI VIVIENTES.

Y EL BOSCO LO PLASMÓ EN TABLA CON GRISALLA

Y DIFUSOS GRISES

UNA PAISAJE LLENO DE SENSACIONES SIN VIDA

UN LUGAR INHÓSPITO Y ESOTÉRICO

FANTASMAL VISIÓN DE LA INCOSCIENCIA

DE LO QUE SERÁ PERO NO ES

DE LO GENUINO Y SOÑADO

DE LO APARENTE Y FINGIDO.

PUERTAS QUE SE ABREN O SE CIERRAN A LA VIDA

CADA DÍA SE ABREN

CADA ATARDECIDA SE CIERRAN

Y DE NOCHE PERMANECEN CERRADAS A LOS SUEÑOS.

EL JARDÍN DE LOS SUEÑOS

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

COMO DELICIAS DE GLORIA Y FAMA
SABOR Y AROMA SENSUAL
DONDE ANIMALES Y HOMBRES VIVEN EN PAZ
COHABITAN LA TIERRA DE UNA EDAD DE ORO.
ETERNO PAISAJE DONDE HOY NADA ES
DONDE FUE ENSUEÑO Y SUTILEZA,
DONDE LA BRISA SE HACE LUZ
Y LA LUZ FUEGO, Y EL FUEGO AIRE,
Y EL AIRE DIOS, Y
DONDE EL BOSCO SE HIZO COLOR,
PINTURA Y DELICIA.
Y GUARDANDO TODO ESTO
UN POSTIGO DE VIDA Y SIMIENTE
DONDE LA GRISALLA GRIS LUCE
EL COLOR DE LA TRISTEZA,
LA SENSACIÓN DEL PROXIMO PORVENIR
LA SOMBRA GENTIL DE LA DELICADEZA.

LEÓN, A 21 DE AGOSTO DE 2017

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

ANEXO ESPECIAL SOBRE LA VIDA RETIRADA

VIDA RETIRADA II

NO SE PUEDE IGUALAR LO QUE YA ES

¿SE PUEDE QUERER LO QUE YA EXISTE?

¿SE PUEDE BEBER EL AGUA DEL MISMO ARROYO?

¿SE PUEDE COMER EL MISMO PAN DE IDÉNTICA TAHONA?

LIBRE COMO EL MAR Y EL CAMPO HAGO

LIBRE COMO EL VIENTO EN LA MAÑANA GRIS

LIBRE COMO EL ALMA EN POS DE SU CUERPO.

LIBRE COMO EL SOL CALENTANDO EL CIELO.

HORACIO LO HIZO CON SU "BEATUS ILLE"

FRAY LUIS ESCRIBIÓ SU "VIDA RETIRADA"

FERNÁNDEZ DE ANDRADA "MORAL A FABIO"

Y MELÉNDEZ VALDÉS CON "VUELTA AL CAMPO".

VERSOS SENCILLOS, ELEGANTES, PENETRANTES

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

VERSOS SOBRIOS, CAUTIVOS, FORMA Y FONDO

VERSOS DE NOSTALGIA, PENA Y MUERO

VERSOS DE EQUILIBRIO Y PERFECCIÓN.

LUNA CLARA DE ABRIL Y MAYO

LUNA DE UN CIELO LLENO POR LA ESFERA

LUNA MUY APACIBLE DEL MES DE JULIO

LUNA BLANCA Y SOLITARIA DE OCTUBRE.

LUNA COMO ESPEJO DE LA VIDA CLARA

MIRADAS QUE SON VIDA Y SON DIVINAS

CÍRCULOS CONCÉNTRICOS DE SOLEDAD

CÍRCULOS CELESTIALES ENTRE LUZ Y PAZ.

LUNA DORADA Y LUNA AMARGA

LUNA RETIRADA DEL BELLO DÍA

LUNA AMIGA DE LA NATURALEZA CLARA.

UNA LUNA SOLITARIA EN LA MONTAÑA.

¡MÁS UNA VIDA RETIRADA

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

Y DE SU ESPÍRITU ENAMORADA!

Y AHORA, EL POEMA EN TERCETOS ENCADENADOS

VIDA RETIRADA Y FELIZ

**

¡OH VIDA DULCE Y FUEGOS MIL DESTELLOS!
CUANDO EL ALMA GRISÁCEA AL SOL SUBE
AVES CON TRINOS DAN CANTARES BELLOS.

Y DESPLEGANDO LUZ, AROMA Y NUBE
ENTRE PAZ, AMOR Y NATURALEZA
Y UN SUTIL AIRE QUE CIEGO SUCUMBE.

EMBRIAGA EL AGUA CON BEBER CERTEZA
EMBRIAGA LA LUZ SIN AMOR NI CELO
Y EL PAISAJE ES LA FLOR CON SU BELLEZA

LA LUNA SIN BONDAD NI AMOR NI VELO
DESPOJÁNDOSE EL HALO, Y SENCILLEZ

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

LAS NUBES RODEAN EL MAR DEL CIELO.

ESCRITO ESTE POEMA EN DESNUDEZ
SILENCIO Y PAZ, EN MEDIO LA CAMPIÑA
Y ARRIBA EL ALMA PIDE SENSATEZ.

DONDE HAY SOSIEGO NO HAY RAYO Y RIÑA
DONDE PALABRA HAY RICA AMISTAD
DONDE HAY AMOR LUZ Y VERDE VIÑA.

DE LAS FUENTES CAEN MURMULLOS DE PAZ
Y CON LA MIEL DE ABEJAS SU DULZURA
CON HOJAS DE LOS ÁRBOLES LA BONDAD
Y EN EL MONTE BELLEZA CASI PURA.

LEÓN A DOS DE OCTUBRE DE 2017
JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

FINAL

ÍNDICE

- 1ª Parte: Tiempo “DEL SOL ABIERTO”
2ª Parte: Tiempo: “DE LA FUENTE DEL MOZÁRABE”.
3ª Parte: Tiempo “DEL VALLE DEL SILENCIO”
4ª Parte: Tiempo: “DEL REGRESO A ESCALADA”
5ª Parte: Tiempo: EL MANUSCRITO DE TÁBARA.

ÍNDICE

LOS CIEN PILARES DEL CIELO

EL REINO DE MOZÁRABE

CAPÍTULO PRIMERO. “EN BUSCA DEL MONASTERIO”...	7
CAPÍTULO SEGUNDO. “HACE UNOS AÑOS”...	10
CAPÍTULO TERCERO. “EN LOS CONFINES DE MORERUELA”	12
CAPÍTULO CUARTO. “POR UN CENOBIO SERENO”	14
CAPÍTULO QUINTO. “AQUELLOS OTROS TRES”	16
CAPÍTULO SEXTO. “TAMBIÉN”	19
CAPÍTULO SÉPTIMO. “EL ABAD”	21
CAPÍTULO OCTAVO. “NI QUE DECIR”.	24
CAPÍTULO NOVENO. “TIEMPOS DUROS”.	25
CAPÍTULO DÉCIMO. “PASADO UN TIEMPO”.	27

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

CAPÍTULO UNDÉCIMO. “LA LLEGADA DE CARROMATOS”	29
CAPÍTULO DUODÉCIMO. “UN PASEO POR LA CAMPIÑA”	32
CAPÍTULO DÉCIMO TERCERO “LOS VARONES”	35
CAPÍTULO DÉCIMO CUARTO. “EL OTRO MONASTERIO”	38
CAPÍTULO DÉCIMO QUINTO. “EL MONASTERIO”	40
CAPÍTULO DÉCIMO SEXTO. “LA FAMILIA DE ANDREOMAR”	42
CAPÍTULO DÉCIMO SÉPTIMO. “BUSCANDO”.	45
CAPÍTULO DÉCIMO OCTAVO. “POR FIN”	49
CAPÍTULO DÉCIMO NOVENO. “UN CUENTO”	54
CAPÍTULO VIGÉSIMO. “LA MUERTE DEL REY”	61
CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO, ”A TOMASILLO”	64
CAPÍTULO VIGÉSIMO SEGUNDO.”LAS COSAS”.	67
CAPÍTULO VIGÉSIMO TERCERO. “QUÉ ALEGRÍA”	69
CAPÍTULO VIGÉSIMO CUARTO- “HABÍA OIDO”	71
CAPÍTULO VIGÉSIMO QUINTO. “UN HOMBRE”	75
CAPÍTULO VIGÉSIMO SEXTO. “LA SOLEDAD”	78
CAPÍTULO VIGÉSIMO SÉPTIMO. “UNOS MESES”	81
CAPÍTULO VIGÉSIMO OCTAVO. “MÁS UN DÍA”.	83
CAPÍTULO VIGÉSIMO NOVENO.”LA ACTIVIDAD”.	85
CAPÍTULO TRIGÉSIMO “TAN DESEOSO”	87
CAPÍTULO TRIGÉSIMO PRIMERO.” DE REPENTE”.	90
CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEGUNDO .” TE HABRÁS DADO”	92
CAPÍTULO TRIGÉSIMO TERCERO. “EL ANTIGUO REY”	94
CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO. “AQUEL DÍA”	97
CAPÍTULO TRIGÉSIMO QUINTO, ”A. CAMINOS”.	103
CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEXTO. “SI EL MONJE”	105
CAPÍTULO TRIGÉSIMO SÉPTIMO “DESDE GENADIO”	109
CAPÍTULO TRIGÉSIMO OCTAVO. “EL PLAN”	111
CAPÍTULO TRIGÉSIMO NOVENO. “LA OBRA”	114

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO. “AQUEL DÍA”.	115
CAP. CUADRAGÉSIMO PRIMERO. “EL RITMO”	117
CAP. CUADRAGÉSIMO SEGUNDO.” CON LAS LUCES”	119
CAP. CUADRAGÉSIMO TERCERO. “HE DECIDIDO”	121
CAP. CUADRAGÉSIMO CUARTO. “AQUEL DÍA”	123
CAP. CUADRAGÉSIMO QUINTO. LA VISITA”	125
CAP. CUADRAGÉSIMO SEXTO. “TOMÁS”	127
CAP. CUADRAGÉSIMO SÉPTIMO. “EL PLAN DE B.”	130
CAP. CUADRAGÉSIMO OCTAVO. “AQUEL DÍA”	134
CAP- CUADRAGÉSIMO NOVENO. “TOMÁS”	136
CAPÍTULO QUINCUAGÉSIMO. “ EL TIEMPO”	140
CAP. QUINCUAGÉSIMO PRIMERO”LOS TIEMPOS”	143
CAP. QUINCUAGÉSIMO SEGUNDO.”ESCALADA”	146
CAP. QUINCUAGÉSIMO TERCERO-“EN UNOS AÑOS”	148
CAP. QUINCUAGÉSIMO CUARTO. “EL REY ORDOÑO II”	151
CAP. QUINCUAGÉSIMO QUINTO” LOS AÑOS”	154
CAP. QUINCUAGÉSIMO SEXTO.”CORRÍA EL 922”	158
CAP- QUINCUAGÉSIMO SÉPTIMO. “PRONTO”	161
CAP. QUINCUAGÉSIMO OCTAVO.”LOS TIEMPOS”	164
CAP- QUINCUAGÉSIMO NOVENO. ”TODO ESTABA”	170
CAPÍTULO SEXUAGÉSIMO. “CUANDO MAIUS”	173
CAP. SEXUAGÉSIMO PRIMERO. “LOS COMPONENTES”	176
CAP. SEXUAGÉSIMO SEGUNDO.”LAS ENSEÑANZAS”	179
CAP. SEXUAGÉSIMO TERCERO. “VOLVAMOS”	181
CAP. SEXUAGÉSIMO CUARTO. “LOS REYES”	184
CAP. SEXUAGÉSIMO QUINTO “TODO CAMBIA”	188
CAP. SEXUAGÉSIMO SEXTO. “MAIUS”	190
CAP. SEXUAGÉSIMO SÉPTIMO. “AL LLEGAR.”	193
CAP. SEXUAGÉSIMO OCTAVO. “MIENTRAS”	197

LOS CIEN PILARES DEL CIELO. EL REINO DEL MOZÁRABE

CAP. SEXUAGÉSIMO NOVENO. “NUESTRA LLEGADA”	200
CAPÍTULO SEPTUAGÉSIMO. “PRONTO LA NOTICIA”	203
CAP. SEPTUAGÉSIMO PRIMERO. “SI LA NOCHE”	205
CAP. SEPTUAGÉSIMO SEGUNDO. “INESPERADAMENTE”	207
CAP. SEPTUAGÉSIMO TERCERO. “LOS MONASTERIOS”	210
CAP. SEPTUAGÉSIMO CUARTO. “EL RENACER DE LEÓN”	214
FINAL DE LA NOVELA	
EL BOSCO. POEMAS. “EL JARDÍN DE LAS DELICIAS”.	218
ÍNDICE...	257

FIN

D.L.: LE-82-2018

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

CALLE LAS FUENTES, 22, 3º.

24004 LEÓN

987211702 – 669153431